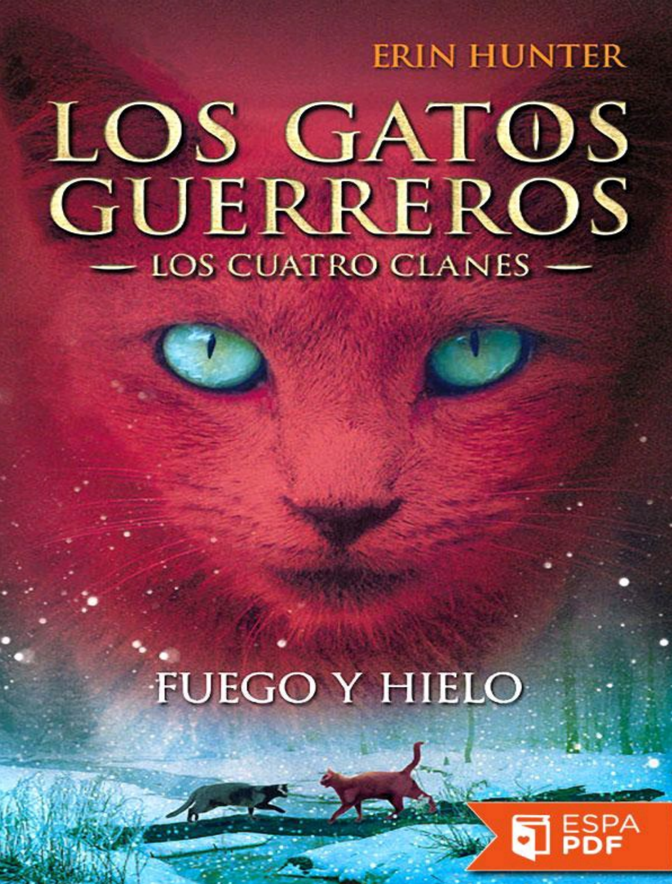

ERIN HUNTER
LOS GATOS GUERREROS
— LOS CUATRO CLANES —
FUEGO Y HIELO
ESPA PDF

Corazón de Fuego se ha convertido en un guerrero del Clan del Trueno por derecho propio, pero en el bosque acechan aún muchos peligros.

Él y su inseparable amigo Látigo Gris serán los escogidos para ir en busca de los miembros del Clan del Viento y hacerles saber que son libres de regresar a su territorio.

Se acerca el invierno, y a las disputas habituales con los otros clanes se añade la necesidad de conseguir más alimento y proteger a

las nuevas camadas de futuros guerreros.

Por si fuera poco, cuando se recrudece la tensión con los otros clanes, Corazón de Fuego descubre que su mayor amenaza podría provenir de un traidor de su propio clan.



Erin Hunter

Fuego y hielo

Los gatos guerreros: Los cuatro clanes - 2

ePub r1.0

Kars 06.06.14

Título original: *Warriors - Fire and Ice*
Erin Hunter, 2003
Traducción: Begoña Hernández Sala

Editor digital: Kars
ePub base r1.1

Para mi hijo Joshua, cuyas sonrisas
me hacen feliz mientras escribo,
y para mi editora Vicky, sin la cual
Corazón de Fuego jamás se habría
convertido en guerrero.

Gracias en especial a Kate Cary.

Filiaciones

CLAN DEL TRUENO

- **Líder**

—ESTRELLA AZUL: gata gris azulada con tonos plateados alrededor del hocico.

- **Lugarteniente**

—COLA ROJA: pequeño gato leonado con una distintiva cola rojiza.

—Aprendiz: POLVOROSO.

- **Curandera**

—JASPEADA: hermosa gata parda oscura con un característico manto

moteado.

• **Aprendices**

—POLVOROSO: gato atigrado marrón oscuro.

—ZARPA: gato de pelaje largo y color gris uniforme.

—CUERVO: pequeño y flaco gato negro, con una pizca de blanco en el pecho y la punta de la cola.

—ARENISCA: gata de color miel claro.

—ZARPA DE FUEGO: hermoso gato rojizo.

CLAN DE LA SOMBRA

- **Líder**

—ESTRELLA ROTA: gato atigrado marrón oscuro, de pelaje largo.

- **Lugarteniente**

—PATAS NEGRAS: gran gato blanco con enormes patas negras como el azabache.

- **Curandero**

—NARIZ INQUIETA: pequeño gato blanco y gris.

- **Guerreros**

—RABÓN: gato atigrado marrón.

—Aprendiz: MANTO PARDO.

—GUIJARRO: gato atigrado plateado.

—Aprendiz: ZARPA MOJADA.

—CARA CORTADA: gato marrón con numerosas cicatrices de lucha.

—Aprendiz: ZARPA MENUDA.

—NOCTURNO: gato negro.

• **Reinas**

—NUEVE DEL ALBA: atigrada y pequeña.

—FLOR RADIANTE: blanca y negra.

• **Veteranos**

—CENIZO: flaco gato gris.

CLAN DEL VIENTO

• **Líder**

—ESTRELLA ALTA: gato blanco y

negro de cola muy larga.

CLAN DEL RÍO

• **Líder**

—ESTRELLA DOBLADA: enorme gato atigrado de color claro, con la mandíbula torcida.

• **Lugarteniente**

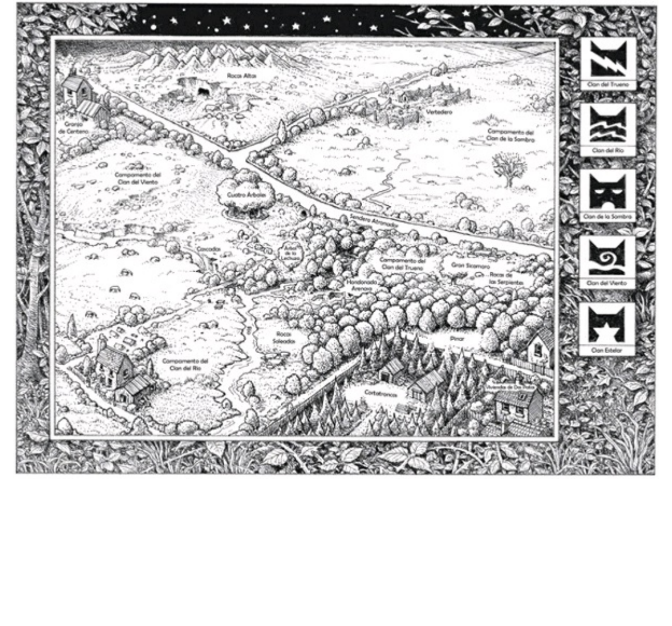
—CORAZÓN DE ROBLE: gato marrón rojizo.

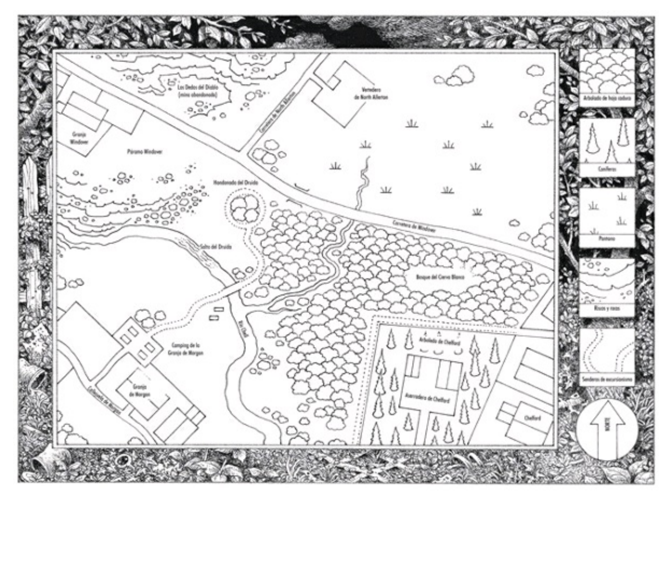
GATOS DESVINCULADOS DE LOS CLANES

—FAUCES AMARILLAS: vieja gata gris oscuro, de cara ancha y chata.

—TIZNADO: rollizo y afable gato blanco y negro; adora vivir en una casa junto al bosque.

—CENTENO: gato blanco y negro; vive en una granja cercana al bosque.


Rocas Altas
Granja de Centeno
Vertedero
Campamento del Clan de la Sombra
Campamento del Clan del Viento
Cuatro Árboles
Sendero Atronador
Cascada
Árbol de la Lechuza
Campamento del Clan del Trueno
Gran Sicomoro
Rocas de las Serpientes
Hondonada Arenosa
Rocas Soleadas
Pinar
Campamento del Clan del Río
Cortatroncos
Clan del Trueno
Clan del Río
Clan de la Sombra
Clan del Viento
Clan Estelar


Los Dedos del Diablo
(mina abandonada)
Vertedero
de North Allerton
Carretera de North Allerton
Granja
Windover
Páramo Windover
Hondonada del Druida
Carretera de Windover
Salto del Druida
Bosque del Ciervo Blanco
Camping de la
Granja de Morgan
Granja
de Morgan
Arbolado de Chelford
Aserradero de Chelford
Chelford
Arbolado de hoja caduca
Coníferas
Pantano
Riscos y rocas
Senderos de excursionismo
NORTE



Prólogo

Las llamas lamían el frío aire, lanzando chispas al cielo nocturno. El resplandor de la hoguera parpadeaba en una extensión de tierra baldía cubierta de hierba destrozada, y convertía en siluetas a los Dos Patas que había junto a ella.

En la distancia apareció un par de

luces, anunciando que se aproximaba un monstruo. Éste pasó rugiendo por un Sendero Atronador muy elevado, llenando el aire de gases tóxicos.

Por el borde del descampado se movió un gato; sus ojos relucían en la oscuridad. Sacudió las orejas bien erguidas, pero luego las agachó para protegerse del ruido. Lo seguían más gatos, de uno en uno, por la sucia hierba. Llevaban la cola baja y olfateaban el helado aire con la boca fruncida.

—¿Y si nos ven los Dos Patas? —siseó uno de ellos.

Respondió un macho enorme, cuyos ojos ámbar reflejaban la luz del fuego:

—No nos verán. Su visión nocturna es muy mala.

Al avanzar, las llamas iluminaron el pelaje blanco y negro de sus poderosos omóplatos. El gran gato mantuvo la cola bien alta, mandando un mensaje de ánimo a su clan.

Pero el resto de los gatos se agazapó sobre la hierba, temblando. Era un lugar extraño. El estruendo de los monstruos castigaba el sensible vello auditivo de sus orejas, y el hedor acre les irritaba las fosas nasales.

—¿Estrella Alta? —inquirió una reina gris, moviendo la cola con desasosiego—. ¿Por qué hemos venido

aquí?

El macho blanco y negro se volvió hacia ella.

—Nos han echado de todos los lugares en que hemos intentado instalarnos, Perlada. Tal vez aquí podamos encontrar algo de paz —maulló.

—¿Paz? ¿Aquí? —repitió Perlada con incredulidad. Atrajo a sus cachorros y los cobijó debajo de su barriga—. ¿Con fuego y monstruos? ¡Mis pequeños no estarán seguros!

—Pero ¡tampoco estuvimos seguros en casa! —replicó otra voz. Un gato negro se abrió paso hasta ellos,

cojeando pesadamente sobre una pata torcida. Miró a los ojos ámbar de Estrella Alta—. No pudimos proteger a los pequeños frente al Clan de la Sombra —bufó—. ¡Ni siquiera en nuestro propio campamento!

Algunos gatos maullaron de ansiedad al recordar la espantosa batalla que los había expulsado de su hogar en las tierras altas, al borde del bosque. Un joven aprendiz gimió:

—¡Quizá Estrella Rota y sus guerreros nos persiguen todavía!

El gemido alertó a uno de los Dos Patas que se hallaban junto a la hoguera. Se levantó torpemente y escudriñó las

sombras. Todos los gatos enmudecieron a la vez, agachándose todavía más; incluso Estrella Alta bajó la cola. El Dos Patas chilló a la oscuridad y lanzó algo hacia ellos. El proyectil voló sobre la cabeza de los felinos, para estallar en una serie de trozos afilados contra la gruesa pata del Sendero Atronador.

Perlada se encogió cuando un fragmento la rozó, pero se mantuvo en silencio, enroscando el cuerpo alrededor de sus asustados cachorros.

—Quedaos agachados —siseó Estrella Alta.

El Dos Patas escupió en el suelo y volvió a sentarse.

Los gatos aguardaron unos momentos; al cabo, Estrella Alta se incorporó de nuevo.

Perlada se levantó también, haciendo una mueca por el nuevo dolor del hombro, y dijo:

—Estrella Alta, temo por nuestra seguridad aquí. Además, ¿qué comeremos? No huelo a presas.

El líder estiró el cuello y, con delicadeza, posó el hocico sobre la cabeza de la reina.

—Ya sé que tienes hambre —maulló —. Pero estaremos más seguros aquí que en nuestro antiguo territorio, o en los campos y arboledas de Dos Patas.

¡Fíjate en este lugar! Ni siquiera el Clan de la Sombra nos seguiría hasta aquí. No hay olor a perros, y esos Dos Patas apenas pueden tenerse en pie. —Se volvió hacia el macho negro con una pata torcida—. Rengo —ordenó—, llévate a Bigotes y a ver si encontráis algo para comer. Si hay Dos Patas, debe de haber ratas.

—¿Ratas? —resopló Perlada, mientras Rengo y un atigrado marrón más pequeño se alejaban—. ¡Eso no es mejor que la carroña!

—¡Chist! —dijo una gata parda junto a ella—. ¡Es mejor la carne de rata que morirse de hambre!

Perlada arrugó el entrecejo y bajó la cabeza para lamer a uno de sus cachorros.

—Debemos encontrar un nuevo sitio para instalarnos, Perlada —continuó la gata parda—. Flor Matinal necesita descansar y comer. Pronto dará a luz. Necesita estar fuerte.

Las delgadas figuras de Rengo y Bigotes surgieron de las sombras.

—Tenías razón, Estrella Alta —anunció Rengo—. Hay olor a rata por todas partes, y creo que hemos encontrado un lugar donde refugiarnos.

—Enseñádnoslo —ordenó Estrella Alta, y llamó al resto de su clan con un

movimiento de la cola.

Con cautela, los gatos atravesaron el descampado detrás de Rengo. Éste los condujo hacia el Sendero Atronador elevado; el resplandor del fuego hacía que sus sombras se proyectaran contra las enormes patas de piedra. Un monstruo pasó rugiendo por encima y el suelo se estremeció. Pero incluso los cachorros más diminutos intuían la necesidad de ser sigilosos, y temblaron sin chillar.

—Aquí —maulló Rengo, deteniéndose junto a un agujero de dos gatos de ancho.

El oscuro túnel descendía al interior

de la tierra, y una corriente de agua fluía por él.

—Es agua fresca —explicó Rengo —. Podremos beberla.

—¡Tendremos las patas mojadas noche y día! —se quejó Perlada.

—He estado dentro —le dijo el gato negro—. Hay algo de espacio lejos de la corriente. Al menos estaremos a salvo de los Dos Patas y los monstruos.

Estrella Alta dio un paso adelante y alzó la barbilla.

—El Clan del Viento ya ha viajado bastante —declaró—. Ha pasado casi una luna desde que el Clan de la Sombra nos expulsó de nuestro hogar. El tiempo

está refrescando, y pronto llegará la estación sin hojas. No nos queda otra elección que quedarnos aquí.

Perlada entornó los ojos pero no dijo nada. Se unió a su clan en silencio y, uno a uno, se internaron en el oscuro túnel.



1

Corazón de Fuego se estremeció. Su pelaje rojizo todavía tenía la ligereza apropiada para la estación de la hoja verde; pasarían varias lunas antes de que fuese lo bastante espeso para aislarlo de un frío como aquél. Movió las patas delanteras sobre la dura tierra. El cielo empezaba a aclararse conforme

despuntaba la aurora. Pero, aunque tenía las patas congeladas, Corazón de Fuego no pudo reprimir una sensación de orgullo. Después de muchas lunas como aprendiz, por fin se había convertido en guerrero.

Reprodujo mentalmente la victoria del día anterior en el campamento del Clan de la Sombra: los relucientes ojos del líder Estrella Rota mientras retrocedía lanzando amenazas, antes de desaparecer en el bosque en pos de sus traicioneros camaradas. Los restantes gatos del Clan de la Sombra estaban muy agradecidos al Clan del Trueno por haberlos ayudado a librarse de su cruel

líder y por haberles prometido una tregua mientras se recuperaban. Estrella Rota no sólo había llevado el caos a su propio clan, también había expulsado al Clan del Viento de su propio campamento y de los territorios de los clanes. Estrella Rota había sido una oscura sombra en el bosque desde antes de que Corazón de Fuego abandonara su vida como gato doméstico para unirse al Clan del Trueno.

Pero había otra sombra que enturbiaba los pensamientos de Corazón de Fuego: Garra de Tigre, el lugarteniente del Clan del Trueno. El joven se estremeció al pensar en el gran

guerrero atigrado que había aterrorizado a su propio aprendiz, Cuervo. Al final, Corazón de Fuego y Látigo Gris habían ayudado al atemorizado aprendiz a escapar al territorio de Dos Patas que había más allá de las tierras altas. Después de eso, le contaron a todo el mundo que el Clan de la Sombra había matado a Cuervo.

Si lo que Cuervo decía sobre Garra de Tigre era verdad, era mejor que el lugarteniente creyera que su aprendiz había muerto, pues éste sabía un secreto que su mentor estaba dispuesto a mantener oculto a cualquier precio. Cuervo le contó a Corazón de Fuego que

el poderoso guerrero atigrado había asesinado a Cola Roja, antiguo lugarteniente del Clan del Trueno, con la esperanza de ocupar su puesto… cosa que finalmente acabó sucediendo.

Sacudió la cabeza para librarse de esos negros pensamientos y lanzó una ojeada a Látigo Gris, que estaba sentado junto a él y había ahuecado su denso pelaje gris para protegerse del frío. Supuso que su amigo también estaría deseando ver los primeros rayos de sol, pero no lo dijo. La tradición del clan exigía silencio aquella noche. Era su vigilia: la noche en que un nuevo guerrero protegía al clan y reflexionaba

sobre su nuevo nombre y estatus. Hasta la noche anterior, Corazón de Fuego era conocido por su nombre de aprendiz, Zarpa de Fuego.

Medio Rabo fue uno de los primeros en despertar. Corazón de Fuego vio al viejo gato moviéndose entre las sombras del dormitorio de los veteranos. Luego miró hacia la guarida de los guerreros, situada al otro lado del claro. A través de las ramas que protegían la guarida, reconoció los anchos omóplatos de Garra de Tigre, que dormía.

Al pie de la Peña Alta, el liquen que cubría la entrada del refugio de Estrella Azul se movió, y Corazón de Fuego vio

salir a la líder de su clan. La gata se detuvo y alzó la cabeza para olfatear el aire. Luego se separó sigilosamente de la sombra de la Peña Alta; su largo pelaje gris azulado relucía a la luz del alba. «Debo prevenirla sobre Garra de Tigre», pensó Corazón de Fuego. Estrella Azul había llorado la muerte de Cola Roja con el resto del clan, creyendo que había muerto en la batalla a manos de Corazón de Roble, el lugarteniente del Clan del Río. Corazón de Fuego había vacilado en otras ocasiones, pues sabía lo importante que era Garra de Tigre para la líder, pero el peligro era demasiado grande. Estrella

Azul debía saber que en su clan se escondía un asesino desalmado.

Garra de Tigre salió del dormitorio de los guerreros y se reunió con Estrella Azul al borde del claro. Le dijo algo entre murmullos, sacudiendo la cola.

Corazón de Fuego reprimió el impulso de saludar con un maullido. Cada vez había más luz en el cielo, pero no se atrevía a romper el voto de silencio hasta que el sol se hallara por encima del horizonte. La impaciencia se agitaba en su pecho como un pájaro enjaulado. Debía hablar con Estrella Azul en cuanto pudiese. Pero, de momento, lo único que pudo hacer fue

saludar con una respetuosa inclinación de la cabeza cuando pasó junto a él con Garra de Tigre.

Látigo Gris le dio un empujoncito y señaló hacia arriba con la nariz. En el horizonte se divisaba un resplandor naranja.

—Os alegra ver amanecer, ¿no, compañeros?

El maullido de Tormenta Blanca pilló desprevenido a Corazón de Fuego. No había advertido que se acercaba el gran guerrero blanco. Los dos jóvenes le respondieron asintiendo con la cabeza.

—Está bien; ahora ya podéis hablar. Vuestra vigilia ha terminado —anunció

Tormenta Blanca con voz amable.

El día anterior había luchado codo con codo junto a Corazón de Fuego y Látigo Gris en la batalla contra el Clan de la Sombra. Ahora los miraba con un nuevo respeto.

—Gracias, Tormenta Blanca —respondió Corazón de Fuego. Se levantó y estiró sus patas entumecidas, una por una.

Látigo Gris también se incorporó.

—¡Brrrr! —exclamó, sacudiéndose el frío—. ¡Pensaba que nunca saldría el sol!

Desde la entrada del dormitorio de los aprendices, una voz despectiva

resopló:

—¡Ha hablado el gran guerrero!

Era Arenisca; tenía el pelaje anaranjado claro erizado con hostilidad. Polvoroso se encontraba junto a ella. Con su pelaje atigrado oscuro, parecía la sombra de Arenisca. El aprendiz hinchó el pecho de modo rimbombante y dijo burlón:

—¡Me sorprende que semejantes héroes puedan sentir frío!

Arenisca ronroneó de risa.

Tormenta Blanca les lanzó una mirada severa, y luego les dijo a Corazón de Fuego y Látigo Gris:

—Id a buscar algo de comer; y

después, descansad. —El gran guerrero se dirigió entonces hacia la guarida de los aprendices—. Vosotros dos, vamos —ordenó a Polvoroso y Arenisca—. Es la hora de vuestro entrenamiento.

—¡Espero que Tormenta Blanca los tenga cazando ardillas azules todo el día! —le susurró Látigo Gris a su amigo mientras se encaminaban al rincón en que quedaban restos de comida de la noche anterior.

—Pero si no hay ardillas azules —repuso Corazón de Fuego, confundido.

—¡Precisamente por eso! —contestó Látigo Gris, con un brillo malicioso en sus ojos ámbar.

—La verdad es que no puedes culparlos. Polvoroso y Arenisca empezaron el entrenamiento antes que nosotros. Si hubieran participado en la batalla de ayer, probablemente también los habrían nombrado guerreros.

—Supongo —dijo Látigo Gris encogiéndose de hombros—. ¡Eh, mira! —exclamó al llegar al montón de caza—. ¡Un ratón para cada uno y un pinzón para compartir!

Ambos amigos recogieron su comida y se miraron. De pronto los ojos de Látigo Gris centellearon de placer.

—Supongo que ahora tenemos que llevarnos esto a la parte de los guerreros

—maulló.

—Supongo que sí —ronroneó Corazón de Fuego, y lo siguió hasta la extensión de ortigas donde a menudo veían compartir su comida a Tormenta Blanca, Garra de Tigre y los otros guerreros.

—¿Y ahora qué? —inquirió Látigo Gris tras engullir el último bocado—. No sé tú, pero yo podría dormir durante media luna.

—Yo también.

Se levantaron para encaminarse al dormitorio de los guerreros. Corazón de Fuego asomó la cabeza entre las ramas que colgaban bajas: Musaraña y Rabo

Largo aún dormían en la otra punta de la guarida.

Entró y encontró una zona musgosa en un extremo. El olor le indicó que ningún guerrero la usaba para dormir. Látigo Gris se acomodó junto a él.

Corazón de Fuego oyó cómo la respiración de su amigo se relajaba hasta convertirse en ronquidos largos y apagados. Él se sentía igual de agotado, pero seguía ansioso por hablar con Estrella Azul. Desde donde se hallaba, con la cabeza pegada al suelo, podía ver la entrada del campamento. Se quedó mirándola fijamente, esperando el regreso de su líder, pero los ojos se le

fueron cerrando poco a poco, y al final cedió al deseo de dormir.

Oía un rugido cercano, semejante al viento entre los árboles. El hedor acre del Sendero Atronador le anegaba la nariz, junto con un nuevo olor, más penetrante y aterrador. ¡Fuego! Las llamas lamían el cielo negro, lanzando cenizas ardientes a la noche sin estrellas. Para su asombro, siluetas de gatos pasaban rápidamente ante el fuego. ¿Por qué no se alejaban de él?

Un gato se detenía y lo miraba directamente. Sus ojos nocturnos relucían en la oscuridad, y levantaba su larga y recta cola como si lo saludara.

Corazón de Fuego se estremecía al recordar las palabras de Jaspeada, la anterior curandera del Clan del Trueno, quien le había dicho antes de su prematura muerte: «¡Sólo el fuego puede salvar a nuestro clan!». ¿Tendría alguna relación con aquellos extraños gatos que no mostraban miedo al fuego?

—¡Despierta, Corazón de Fuego!

El joven alzó la cabeza; el gruñido de Garra de Tigre lo había sacado de su sueño.

—¡Estabas maullando dormido! —exclamó el lugarteniente.

Todavía aturdido, el joven se incorporó y sacudió la cabeza.

—S… sí, Garra de Tigre.

Con cierta alarma, se preguntó si habría repetido las palabras de Jaspeada en voz alta. Ya le había ocurrido con anterioridad: tener sueños tan vívidos que hasta podía saborearlos, y que después habían sucedido en la realidad. Desde luego, no quería que Garra de Tigre sospechase que él tenía poderes que el Clan Estelar solía conceder únicamente a los gatos curanderos.

La luna brillaba a través del frondoso muro de la guarida. Corazón de Fuego comprendió que había dormido todo el día.

—Látigo Gris y tú os uniréis a la

patrulla nocturna —le dijo Garra de Tigre—. ¡Daos prisa!

Luego, el atigrado oscuro se volvió y salió del refugio.

Corazón de Fuego relajó su lomo erizado. Era evidente que el lugarteniente no sospechaba nada sobre su sueño. Pero, aunque su secreto seguía a salvo, estaba igualmente decidido a revelar la cruel verdad sobre el papel de Garra de Tigre en la muerte de Cola Roja.

Corazón de Fuego se relamió. Látigo Gris estaba a su lado, lavándose el

costado. Acababan de compartir una comida junto al claro del campamento. El sol se había puesto, y Corazón de Fuego vio la luna, casi llena ya, reluciendo en un cielo despejado y frío. Los últimos días habían sido muy ajetreados. Daba la impresión de que cada vez que se tumbaban a descansar, Garra de Tigre los mandaba de patrulla o a cazar. El joven guerrero había estado alerta, buscando una oportunidad para hablar con Estrella Azul, pero cuando él no estaba cumpliendo una de las misiones de Garra de Tigre, la líder del clan parecía tener siempre al lado a su lugarteniente.

Empezó a lavarse la pata, escudriñando el campamento con los ojos, buscando esperanzado a Estrella Azul.

—¿A quién buscas? —preguntó Látigo Gris con la boca llena de pelo.

—A Estrella Azul —respondió bajando la pata.

—¿Por qué? —Látigo Gris dejó de lavarse y lo miró—. No le has quitado ojo desde nuestra vigilia. ¿Qué estás planeando?

—Tengo que contarle dónde está Cuervo, y prevenirla sobre Garra de Tigre.

—¡Le prometiste a Cuervo que le

dirías a todo el mundo que estaba muerto! —se asombró Látigo Gris.

—Sólo le prometí que le diría a Garra de Tigre que estaba muerto. Estrella Azul debería conocer toda la historia. Tiene que saber de qué es capaz su lugarteniente.

Látigo Gris bajó la voz para sisear alarmado:

—Pero sólo tenemos la palabra de Cuervo de que Garra de Tigre mató a Cola Roja.

—¿Acaso dudas de su palabra? —Corazón de Fuego se escandalizó por el titubeo de su amigo.

—Mira, si Garra de Tigre mintió

sobre haber matado a Corazón de Roble en venganza por la muerte de Cola Roja, eso significa que Cola Roja debió de matar a Corazón de Roble. Y no puedo creer que matara deliberadamente en una batalla al lugarteniente de otro clan. Eso va contra el código guerrero: luchamos para demostrar nuestra fuerza y para defender nuestro territorio, no para matarnos unos a otros.

—No estoy intentando acusar de nada a Cola Roja —protestó Corazón de Fuego—. El problema es Garra de Tigre.

Cola Roja había sido lugarteniente del Clan del Trueno. Corazón de Fuego

no había llegado a conocerlo, pero sabía que todo el clan lo respetaba profundamente.

Látigo Gris habló sin mirarlo a los ojos:

—Lo que estás diciendo compromete el honor de Cola Roja. Y ningún otro gato del clan tiene problemas con Garra de Tigre. El único que lo temía era Cuervo.

Corazón de Fuego sintió un escalofrío de inquietud.

—Entonces, ¿crees que Cuervo se inventó toda la historia porque no se llevaba bien con su mentor? —maulló con escepticismo.

—No. Sólo creo que deberíamos ser prudentes.

Corazón de Fuego observó su expresión preocupada y reflexionó. Supuso que Látigo Gris tenía cierta razón: los dos eran guerreros desde hacía sólo unos días, así que no estaban en posición de empezar a lanzar acusaciones sobre el guerrero más experimentado del clan.

—Está bien —cedió al fin—. Puedes mantenerte al margen de esto.

Sintió un peso en el estómago cuando Látigo Gris asintió y continuó lavándose. Corazón de Fuego creía que su amigo se equivocaba al pensar que

Cuervo era el único que tenía problemas con Garra de Tigre. Su instinto le decía que el lugarteniente no era de fiar. Tenía que compartir sus sospechas con Estrella Azul, por la seguridad de la líder y la del clan.

Un destello de pelo gris en el otro lado del claro le indicó que Estrella Azul había salido de su refugio… sola. Corazón de Fuego se puso en pie, pero la líder saltó a la Peña Alta y convocó al clan. El joven sacudió la cola con impaciencia.

Látigo Gris agitó las orejas emocionado al oír la llamada.

—¿Una ceremonia de

nombramiento? —maulló—. Debe de ser que a Rabo Largo le adjudican su primer aprendiz. Ha estado soltando indirectas durante días.

Se alejó saltando para unirse a los gatos que se estaban reuniendo al borde del claro; Corazón de Fuego lo siguió con un hormigueo de frustración.

Un cachorro blanco y negro entró en el claro. Sus blandas zarpas no producían ningún sonido sobre la tierra endurecida. Se encaminó a la Peña Alta con la mirada baja, y Corazón de Fuego casi esperó verlo temblar: había algo en la curva de sus omóplatos que lo hacía parecer demasiado joven y tímido para

ser aprendiz. «¡Rabo Largo no se sentirá muy impresionado!», pensó, recordando el menosprecio que el guerrero había mostrado hacia él cuando llegó al campamento por primera vez. Rabo Largo lo había ridiculizado cruelmente durante sus primeros días en el clan, burlándose de sus orígenes como gato doméstico. Corazón de Fuego le tenía antipatía desde entonces.

—De hoy en adelante —empezó Estrella Azul, mirando al cachorro—, hasta que se haya ganado su nombre de guerrero, este aprendiz se llamará Zarpa Rauda.

El cachorro blanco y negro

contempló a su líder sin determinación en la mirada. Sus ojos ámbar estaban dilatados de nerviosismo.

Corazón de Fuego giró la cabeza cuando Rabo Largo se aproximó a su nuevo aprendiz.

—Rabo Largo —continuó la gata—, tú fuiste aprendiz de Cebrado. Él te enseñó bien, y te has convertido en un guerrero feroz y leal. Espero que transmitas algunas de esas cualidades a Zarpa Rauda.

Corazón de Fuego estudió el rostro de Rabo Largo, buscando una expresión de desdén mientras observaba a Zarpa Rauda. Pero los ojos del guerrero se

suavizaron al cruzarse con los de su nuevo aprendiz, y ambos gatos se tocaron la nariz.

—No te preocupes, lo estás haciendo muy bien —susurró Rabo Largo al cachorro para infundirle ánimo.

«Sí, claro —pensó Corazón de Fuego con amargura—. Sólo porque Zarpa Rauda ha nacido en un clan. Desde luego, a mí no me recibió tan bien». Miró al resto del clan y sintió una punzada de resentimiento cuando todos empezaron a murmurar felicitaciones al nuevo aprendiz.

—¿Y a ti qué te pasa? —musitó Látigo Gris—. Algún día seremos

nosotros quienes estemos ahí.

Corazón de Fuego asintió, animado de repente por la idea de tener su propio aprendiz, y dejó a un lado el resentimiento. Ahora formaba parte del Clan del Trueno, y sin duda eso era lo único que importaba, ¿no?

La noche siguiente había luna llena. Corazón de Fuego era consciente de que debería estar deseando asistir a su primera Asamblea como guerrero, pero seguía decidido a encontrar la oportunidad de contarle a Estrella Azul todo lo que sabía sobre Garra de Tigre,

y ese pensamiento le pesaba en el estómago como una piedra fría.

—¿Tienes lombrices intestinales o algo así? —maulló Látigo Gris a su lado —. ¡Estás poniendo unas caras muy raras!

Corazón de Fuego miró a su amigo, deseando poder desahogarse con él, pero le había prometido dejarlo fuera de aquel asunto.

—Estoy bien —respondió—. Vamos. He oído la llamada de Estrella Azul.

Ambos se acercaron al grupo que se había reunido en el claro. Estrella Azul bajó la cabeza al verlos llegar; luego se

volvió y condujo a los gatos fuera del campamento.

Corazón de Fuego se detuvo mientras los demás pasaban ante él para subir la escarpada senda que llevaba al bosque de más arriba. Aquel trayecto podría darle el tiempo suficiente para hablar con Estrella Azul, y quería reflexionar un momento.

—¿Vienes? —lo llamó Látigo Gris.

—¡Sí!

Corazón de Fuego flexionó sus potentes patas traseras y empezó a saltar de roca en roca, dejando atrás el campamento.

En lo alto se detuvo para recobrar el

aliento, resollando. El bosque se extendía ante él. Bajo las patas notaba el crujido de las hojas secas recién caídas. El Manto de Plata resplandecía en el cielo como el rocío matinal esparcido sobre una piel negra.

Pensó en la primera vez que fue a los Cuatro Árboles con Garra de Tigre y Corazón de León. Éste, que había sido mentor de Látigo Gris y lugarteniente del clan entre Cola Roja y Garra de Tigre, era un guerrero rubio y bondadoso. Había muerto en combate y Garra de Tigre había ocupado su lugar. Corazón de Fuego visitó por primera vez los Cuatro Árboles cuando Corazón de León

llevó a los aprendices a conocer el territorio del clan, a través del pinar, pasando por las Rocas Soleadas, y a lo largo de la frontera con el Clan del Río. Esa noche, Estrella Azul los guiaba directamente por el centro del territorio del Clan del Trueno. Corazón de Fuego la vio desaparecer en el sotobosque y corrió tras el grupo de gatos.

Estrella Azul abría la comitiva, junto con Garra de Tigre. Corazón de Fuego pasó por alto el maullido de sorpresa de Látigo Gris y alcanzó a la líder.

—Estrella Azul —exclamó jadeando al llegar a su lado—, ¿podría hablar contigo?

Ella lo miró y asintió.

—Guía tú al grupo, Garra de Tigre —maulló.

La líder redujo el paso y Garra de Tigre la dejó atrás. Sin hacer preguntas, los demás gatos siguieron al atigrado oscuro a través de la maleza.

Estrella Azul y Corazón de Fuego continuaron a un ritmo normal. Al cabo de un momento estaban solos.

El sendero salía de los helechos a un pequeño claro. La gata saltó sobre un árbol caído y se sentó en él, enroscando la cola alrededor de sus patas delanteras.

—¿Qué ocurre, Corazón de Fuego?

—preguntó.

El joven vaciló, repentinamente atacado por las dudas. Estrella Azul era quien lo había animado a abandonar su vida de gato doméstico y unirse al clan. Desde entonces, había confiado en él una y otra vez, mientras otros gatos se cuestionaban su lealtad al clan, cuya sangre no compartía. ¿Qué diría cuando le contara que había mentido sobre Cuervo?

—Habla —ordenó la líder, mientras las pisadas de los otros gatos del clan se apagaban en la distancia.

Corazón de Fuego respiró hondo.

—Cuervo no está muerto —dijo por

fin.

Estrella Azul sacudió la cola con sorpresa, pero escuchó en silencio al joven guerrero.

—Látigo Gris y yo lo llevamos al territorio de caza del Clan del Viento —continuó—. Yo… creo que quizá se haya juntado con Centeno.

Centeno era un solitario: no era un gato del bosque, pero tampoco un gato doméstico. Vivía en una granja de Dos Patas que se hallaba de camino a las Rocas Altas, un lugar sagrado para todos los gatos del bosque.

La líder miró a las profundidades del bosque. El joven la observó con

inquietud, intentando descifrar su expresión. ¿Estaba enfadada? No logró ver furia en sus enormes ojos azules.

Tras unos largos instantes, Estrella Azul habló:

—Me alegra saber que Cuervo sigue vivo. Espero que sea más feliz viviendo con Centeno de lo que lo era en el bosque.

—P… pero ¡él nació en el Clan del Trueno! —tartamudeó Corazón de Fuego, asombrado por la calma con que Estrella Azul había aceptado la partida de Cuervo.

—Eso no significa necesariamente que sea apto para la vida del clan —

señaló ella—. Después de todo, tú no has nacido dentro de un clan y, aun así, te has convertido en un buen guerrero. Tal vez Cuervo encuentre su camino en otra parte.

—Pero él no abandonó el clan porque quisiera —protestó el joven—. Le resultaba imposible quedarse.

—¿Imposible? —La gata le clavó su mirada azul—. ¿Qué quieres decir?

El joven miró al suelo.

—¿Y bien? —lo instó ella.

Corazón de Fuego tenía la boca seca.

—Cuervo conocía un secreto sobre Garra de Tigre —respondió con voz

ronca—. Yo… creo que Garra de Tigre estaba planeando matar a Cuervo. O, si no, poner al clan en su contra.

Estrella Azul sacudió la cola, poniéndose repentinamente tensa.

—¿Y por qué crees eso? —preguntó—. ¿Cuál era el secreto que Cuervo conocía?

Corazón de Fuego contestó a su pesar, sosteniendo la severa mirada de la líder tanto como se atrevió:

—Que Garra de Tigre mató a Cola Roja en la batalla contra el Clan del Río.

Estrella Azul entornó los ojos.

—¡Un guerrero jamás mataría a otro

de su propio clan! Incluso tú deberías saber eso… ya llevas viviendo con nosotros suficiente tiempo.

Él se encogió ante sus palabras, agachando las orejas. Era la segunda vez aquella noche que Estrella Azul aludía a sus orígenes de gato doméstico.

—Garra de Tigre nos comunicó que fue Corazón de Roble, el lugarteniente del Clan del Río, quien mató a Cola Roja —prosiguió la gata—. Cuervo debió de equivocarse. ¿Realmente llegó a ver cómo Garra de Tigre mataba a Cola Roja?

Corazón de Fuego movió la cola nerviosamente, agitando las hojas que

había tras él.

—Eso me dijo.

—¿Y sabes que, al afirmar eso, estás cuestionando el honor de Cola Roja, porque debió de ser él el responsable de la muerte de Corazón de Roble? Un lugarteniente nunca mataría a otro en combate; no si pudiera evitarlo. Y Cola Roja era el guerrero más honorable que he conocido jamás.

Los ojos de Estrella Azul se empañaron de tristeza, y Corazón de Fuego se sintió consternado por haber dañado el recuerdo del antiguo lugarteniente, aunque no hubiese sido a propósito.

—No puedo dar cuenta de los actos de Cola Roja —murmuró—. Sólo sé que Cuervo cree realmente que Garra de Tigre fue el responsable de la muerte de Cola Roja.

La gata suspiró y relajó el lomo.

—Todos sabemos que Cuervo tenía una imaginación muy viva —maulló dulcemente, con ojos comprensivos—. Resultó muy malherido en aquella batalla, y se marchó antes de que el enfrentamiento terminara. ¿Estás seguro de que Cuervo no completó por su cuenta las partes que se había perdido?

Antes de que Corazón de Fuego pudiera responder, un aullido resonó a

través del bosque, y Garra de Tigre surgió de la vegetación de un salto. Lanzó una breve mirada recelosa al joven antes de dirigirse a Estrella Azul:

—Te estamos esperando en la frontera.

Ella asintió.

—Diles que llegaremos enseguida.

Garra de Tigre inclinó la cabeza, se volvió y se internó de nuevo corriendo entre la maleza.

Mientras lo observaba desaparecer, las palabras de Estrella Azul resonaron en la cabeza de Corazón de Fuego. La líder estaba en lo cierto: Cuervo poseía una gran imaginación. Recordó su

primera Asamblea, cuando los aprendices de todos los clanes se quedaron prendados del relato de Cuervo mientras éste les contaba la batalla con el Clan del Río. Y en aquella ocasión no había mencionado a Garra de Tigre.

Corazón de Fuego dio un salto cuando Estrella Azul se puso en pie.

—¿Vas a traer a Cuervo de vuelta al clan? —preguntó, repentinamente temeroso de haberle causado aún más problemas a su amigo.

La líder lo miró a los ojos sin pestañear.

—Lo más probable es que Cuervo

sea más feliz donde está ahora —repuso quedamente—. De momento, dejaremos que el clan siga creyendo que ha muerto.

El joven le devolvió la mirada, impresionado. ¡Estrella Azul iba a mentir al clan!

—Garra de Tigre es un gran guerrero, pero es muy orgulloso —continuó la gata—. Para él, será más fácil aceptar que su aprendiz murió luchando que el hecho de que huyera. Y también será mejor para Cuervo.

—¿Porque Garra de Tigre podría ir a buscarlo? —se atrevió a preguntar Corazón de Fuego. ¿Sería posible que Estrella Azul creyera lo que él le había

contado, aunque sólo fuera un poquito?

La líder negó con la cabeza en un arrebato de impaciencia.

—No. Quizá Garra de Tigre sea ambicioso, pero no es un asesino. Cuervo estará mejor siendo recordado como un héroe muerto que como un cobarde vivo.

Volvieron a oír la llamada del lugarteniente. Estrella Azul bajó del tronco y se internó en los helechos. Corazón de Fuego salvó el tronco de un salto y corrió tras ella.

La alcanzó en la orilla del arroyo. La observó cruzar, brincando de piedra en piedra hasta el otro lado. La siguió

cautamente, con la cabeza dándole vueltas. La historia sobre la muerte de Cola Roja había sido un peso sobre sus hombros durante días. Ahora que finalmente se lo había contado a Estrella Azul, nada había cambiado. Era obvio que la líder no consideraba a Garra de Tigre capaz de matar a sangre fría. Y lo peor de todo era que el propio Corazón de Fuego había empezado a dudar de que Cuervo le hubiera contado la verdad. Llegó a la ribera opuesta y corrió a través del sotobosque.

Frenó en seco detrás de Estrella Azul cuando alcanzaron al resto de los gatos del clan. El grupo se había

detenido en lo alto de la ladera que llevaba a los Cuatro Árboles, los gigantescos robles donde los gatos de los cuatro clanes se reunían en paz cada luna llena.

Se le erizó el pelo al sentir que Garra de Tigre lo observaba. ¿Acaso el guerrero oscuro sospechaba de qué habían hablado él y Estrella Azul? Sacudió la cabeza para aclararse las ideas. Sin duda, Garra de Tigre estaría interesado en saber qué le había dicho a la líder; era el lugarteniente, así que querría conocer cualquier cosa que pudiese afectar al clan. Se volvió de nuevo hacia Garra de Tigre; el atigrado

oscuro estaba mirando ladera abajo, con las orejas tiesas y alertas. Los gatos que lo rodeaban movieron las patas, expectantes. El lugarteniente lanzó una ojeada a cada uno, agrupándolos en silencio con su firme mirada ámbar.

Estrella Azul levantó la nariz y olfateó el aire. Corazón de Fuego percibió que a su alrededor se tensaban los músculos y se erizaban los pelajes. Entonces, la líder hizo una señal con la cola y todos los gatos descendieron la ladera hacia la Asamblea.



2

Estrella Azul se detuvo en el borde del claro con su clan alineado junto a ella. Algunos miembros de los clanes del Río y de la Sombra se volvieron al advertir su presencia.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó Látigo Gris, apareciendo al lado de Corazón de Fuego, que sacudió

la cabeza.

—No importa.

Seguía inquieto y confundido por su conversación con Estrella Azul, y se alegró de que su amigo no insistiera. En vez de eso, éste giró la cabeza y observó alrededor.

—Eh, mira —maulló—. Los del Clan de la Sombra parecen más fuertes de lo que pensaba. Al fin y al cabo, Estrella Rota los tenía medio muertos de hambre.

Corazón de Fuego siguió su mirada hasta un lustroso guerrero.

—Tienes razón —coincidió, sorprendido.

—¡Claro que prácticamente peleamos nosotros por ellos! —se mofó Látigo Gris.

El jocoso ronroneo de Corazón de Fuego fue interrumpido por Tormenta Blanca.

—El Clan de la Sombra luchó con todas sus fuerzas para expulsar a Estrella Rota. Deberíamos honrar su determinación de recuperarse —maulló con severidad, antes de acercarse a un grupo de guerreros reunidos bajo uno de los grandes robles.

—¡Ups! —exclamó Látigo Gris, lanzando una mirada de culpabilidad a su amigo.

Los jóvenes guerreros permanecieron en el borde del claro. Corazón de Fuego podía distinguir fácilmente a los aprendices de los otros clanes: su pelaje parecía suave como el de los cachorros, y tenían la cara redonda y las patas regordetas y torpes.

Dos guerreros se aproximaron a Corazón de Fuego y Látigo Gris. Un pequeño aprendiz marrón les pisaba los talones. Corazón de Fuego reconoció al atigrado gris del Clan de la Sombra, pero no al negro grisáceo que lo acompañaba.

—Hola —saludó el atigrado gris.

—Hola, Patas Mojadas —respondió

Corazón de Fuego, y miró al gato oscuro.

—Éste es Prieto, del Clan del Río —lo presentó Patas Mojadas.

Corazón de Fuego y Látigo Gris saludaron con la cabeza. El aprendiz dio un paso adelante tímidamente.

—Y éste es mi aprendiz, Zarpa de Roble —añadió Patas Mojadas.

Zarpa de Roble miró a Corazón de Fuego con ojos muy abiertos y nerviosos.

—H… hola, Corazón de Fuego —maulló, y el joven guerrero le devolvió el saludo.

—He oído que Estrella Azul os

nombró guerreros después de la batalla —dijo Patas Mojadas—. ¡Enhorabuena! Debisteis de pasar una vigilia muy fría.

—¡Muy fría! —confirmó Látigo Gris.

—¿Quién es ésa? —quiso saber Corazón de Fuego.

Una esbelta gata de pelaje marrón moteado estaba conversando con Garra de Tigre junto a la Gran Roca, que se levantaba en el centro del claro.

—Es Leopardina, nuestra lugarteniente —gruñó el guerrero del Clan del Río.

A Corazón de Fuego se le erizó el pelo al pensar en el anterior

lugarteniente del Clan del Río, Corazón de Roble, que había muerto combatiendo con el Clan del Trueno. Se salvó de decir nada porque entonces Estrella Azul saltó a lo alto de la Gran Roca para dar comienzo a la reunión. Otros dos gatos se unieron a ella, y uno de ellos, un negro bastante mayor, llamó a todos los presentes para que acudieran al pie de la roca. Corazón de Fuego reconoció al macho negro y no pudo evitar sorprenderse. ¿El viejo Nocturno se había convertido en líder del Clan de la Sombra tras la huida de Estrella Rota?

Cuando los gatos estuvieron

acomodados delante de la Gran Roca, Estrella Azul tomó la palabra.

—El Clan del Trueno ha traído a esta Asamblea a su nueva curandera, Fauces Amarillas —anunció formalmente.

Hizo una pausa mientras todos los ojos se volvían hacia la vieja gata de espeso pelaje y hocico aplastado. Corazón de Fuego advirtió que Fauces Amarillas movía las ancas sobre la dura tierra. Durante su aprendizaje, el joven guerrero había pasado casi una luna entera cuidando de Fauces Amarillas para que recobrara la salud, después de que ella llegase al Clan del Trueno.

Ahora, por el modo en que la gata giró levemente la oreja derecha, supo que se sentía incómoda bajo la mirada de los otros clanes. Fauces Amarillas había sido curandera del Clan de la Sombra, y los gatos raramente abandonaban un clan para unirse a otro. La gata miró alrededor muy despacio, hasta que se encontró con los ojos de Nariz Inquieta, el nuevo curandero del Clan de la Sombra. Hubo una breve pausa; luego intercambiaron una respetuosa inclinación de la cabeza. Entonces, Fauces Amarillas irguió las orejas y Corazón de Fuego se relajó.

—También traemos a dos nuevos

guerreros recién nombrados —continuó Estrella Azul—: Corazón de Fuego y Látigo Gris.

Corazón de Fuego mantuvo la cabeza alta, pero al notar que todos los ojos se volvían hacia él, una oleada de timidez lo hizo sacudir la cola nerviosamente.

Nocturno se adelantó, pasando ante Estrella Azul para situarse en la parte más elevada de la roca.

—Yo, Nocturno, he asumido el liderato del Clan de la Sombra —anunció—. Nuestro antiguo líder, Estrella Rota, quebrantó el código guerrero, y nos vimos obligados a expulsarlo.

—No ha mencionado que nosotros los ayudamos a hacerlo —le susurró Látigo Gris a Corazón de Fuego.

—Los espíritus de nuestros antepasados han hablado a Nariz Inquieta y me han elegido como líder —continuó Nocturno—. Aún no he viajado hasta la Boca Materna para que el Clan Estelar me conceda el don de las nueve vidas, pero iré mañana por la noche, mientras la luna todavía esté llena. Después de mi vigilia en la Piedra Lunar, seré conocido como Estrella Nocturna.

—¿Dónde está Estrella Rota? —inquirió una voz entre la multitud. Era

Escarcha, la reina blanca del Clan del Trueno.

—Creo que podemos dar por hecho que ha abandonado el bosque, con los otros guerreros proscritos —respondió Nocturno—. Sabe que regresar sería peligroso para él.

—Ojalá —murmuró Escarcha a su vecina, una rolliza reina marrón.

Estrella Doblada, el líder del Clan del Río, dio un paso al frente:

—Esperemos que Estrella Rota haya tenido el sentido común de marcharse del bosque para siempre. Su ambición de territorio era una amenaza para todos nosotros.

Estrella Doblada aguardó a que se apagaran los maullidos de aprobación antes de continuar:

—Cuando Estrella Rota era el líder del Clan de la Sombra, accedí a permitirle cazar en nuestro río. Pero ahora que ese clan tiene un nuevo líder, ese acuerdo ya no puede seguir en vigor. Las presas de nuestro río pertenecen únicamente al Clan del Río.

Los gatos de su clan lanzaron maullidos de triunfo, pero Corazón de Fuego vio, alarmado, que Nocturno empezaba a erizar el pelo.

Nocturno elevó la voz:

—El Clan de la Sombra tiene las

mismas necesidades que con Estrella Rota. Tenemos muchas bocas que alimentar, Estrella Doblada. ¡Hiciste un trato con todo el Clan de la Sombra!

Estrella Doblada dio un salto y se volvió hacia Nocturno. Agachó las orejas y bufó, y los gatos de abajo enmudecieron.

Estrella Azul se interpuso entre los dos líderes.

—Últimamente el Clan de la Sombra ha sufrido muchas pérdidas —maulló con calma—. Con menos bocas que alimentar, Nocturno, ¿de verdad necesitáis los peces del Clan del Río?

Estrella Doblada bufó de nuevo,

pero Nocturno le sostuvo la mirada sin arredrarse.

Estrella Azul volvió a hablar, esta vez más enérgicamente:

—¡Acabáis de desterrar a vuestro líder y a varios de los guerreros más fuertes! Y Estrella Rota fue contra el código guerrero al forzar a Estrella Doblada a compartir el río.

Corazón de Fuego tragó saliva con inquietud al ver que Nocturno sacaba las uñas, pero Estrella Azul no se inmutó. Sus glaciales ojos azules relucieron a la luz de la luna cuando gruñó:

—Recuerda que el Clan Estelar aún no te ha concedido tus nueve vidas,

Nocturno. ¿Estás seguro de poder hacer tales exigencias?

Corazón de Fuego se puso tenso al notar que los presentes erizaban el pelo. Toda la multitud aguardaba la respuesta de Nocturno.

El viejo gato negro apartó la vista con furia y sacudió la cola, pero no dijo nada.

Estrella Azul había vencido. Su voz se suavizó.

—Todos sabemos que el Clan de la Sombra ha padecido mucho en las últimas lunas —prosiguió—. El Clan del Trueno ha aceptado dejaros tranquilos hasta que hayáis tenido

tiempo de recuperaros. —Se volvió hacia el líder del Clan del Río—. Estoy segura de que Estrella Doblada aceptará mostraros el mismo respeto.

Éste entornó los ojos y asintió.

—Pero sólo mientras no captemos el olor del Clan de la Sombra en nuestro territorio —gruñó.

Corazón de Fuego se relajó y su lomo se alisó. Ahora que sabía lo que significaba pelear en una batalla de verdad, admiró todavía más el coraje de su líder al enfrentarse a aquellos dos grandes guerreros. Sonaron maullidos quedos de alivio y aprobación, mientras se rebajaba la tensión en la Gran Roca.

—No captarás nuestro olor, Estrella Doblada —contestó Nocturno—. Estrella Azul tiene razón: no necesitamos vuestros peces. Después de todo, tenemos las tierras altas para cazar, ahora que el Clan del Viento ha abandonado su territorio.

Estrella Doblada lo miró con ojos brillantes.

—Es cierto —coincidió—. Eso supondrá presas extra para todos nosotros.

Estrella Azul alzó la cabeza bruscamente.

—¡No! —exclamó—. ¡El Clan del Viento debe regresar!

Los dos machos la miraron.

—¿Por qué? —inquirió Estrella Doblada.

—Si compartimos los terrenos de caza, ¡significará más comida para nuestros cachorros! —señaló Nocturno.

—El bosque necesita cuatro clanes —insistió Estrella Azul—. Al igual que tenemos los Cuatro Árboles y cuatro estaciones, el Clan Estelar nos ha dado cuatro clanes. Debemos encontrar al Clan del Viento lo más rápido posible y traerlo de vuelta a casa.

Los gatos del Clan del Trueno elevaron la voz para apoyar a su líder, pero el maullido de impaciencia de

Estrella Doblada sonó por encima de todos.

—Tu argumento es muy débil, Estrella Azul. ¿De verdad necesitamos cuatro estaciones? ¿No preferirías ahorrarte la estación sin hojas y el frío y el hambre que conlleva?

La líder miró con calma a los dos guerreros.

—El Clan Estelar nos da la estación sin hojas para que la tierra pueda recuperarse y prepararse para la estación de la hoja nueva. Este bosque y las tierras altas han mantenido a cuatro clanes durante generaciones. No nos corresponde a nosotros desafiar al Clan

Estelar.

Leopardina, la lugarteniente del Clan del Río, tomó la palabra:

—¿Por qué deberíamos pasar hambre a causa de un clan que ni siquiera puede defender su propio territorio?

—¡Estrella Azul tiene razón! ¡El Clan del Viento debe regresar! —replicó Garra de Tigre, irguiéndose para alzarse sobre los gatos que lo rodeaban.

—Estrella Doblada —continuó Estrella Azul, volviéndose hacia el líder del Clan del Río—, los terrenos de caza de tu clan son conocidos por su riqueza. Tenéis el río y toda la pesca que

contiene. ¿Por qué necesitáis más presas?

El interpelado miró hacia otro lado y no respondió. Corazón de Fuego reparó en que los miembros del Clan del Río murmuraban nerviosos entre sí. Se preguntó por qué los habría alterado tanto la pregunta de Estrella Azul.

—Además, Nocturno —prosiguió ésta—, fue Estrella Rota quien echó al Clan del Viento de su hogar. —La corpulenta gata hizo una pausa—. Y ésa es la razón por la que el Clan del Trueno os ayudó a expulsar a Estrella Rota.

Corazón de Fuego entornó los ojos. Sabía que Estrella Azul estaba

recordándole delicadamente a Nocturno la deuda que tenían con el Clan del Trueno.

El líder del Clan de la Sombra entornó a su vez los ojos. Tras un silencio que pareció una eternidad, los abrió bien y maulló:

—Muy bien, Estrella Azul. Permitiremos que el Clan del Viento regrese.

Corazón de Fuego vio que Estrella Doblada giraba la cabeza con rabia; sus ojos eran rendijas negras.

Estrella Azul asintió.

—Dos de nosotros hemos llegado a un acuerdo, Estrella Doblada —maulló

—. Hay que encontrar al Clan del Viento y traerlo a casa. Hasta entonces, ningún clan debería cazar en su territorio.

La Asamblea empezó a disolverse y los gatos se prepararon para regresar a sus campamentos. Corazón de Fuego se quedó un momento observando a los líderes sobre la Gran Roca. Estrella Azul tocó con su nariz la de Estrella Doblada y saltó al suelo. En lo alto de la roca, Estrella Doblada se volvió hacia Nocturno. Algo en la mirada que intercambiaron ambos machos hizo que Corazón de Fuego sintiera un hormigueo. ¿Sería posible que, después de todo, Estrella Azul no contara con el apoyo de

Nocturno? Miró alrededor. Por la furia que vio en los ojos de Garra de Tigre, supo que el lugarteniente también había advertido ese cruce de miradas.

Por una vez, Corazón de Fuego compartió la preocupación de Garra de Tigre. Aquello suponía un cambio inesperado en las alianzas de los clanes. Después del riesgo que había corrido el Clan del Trueno para ayudar al de la Sombra a librarse de Estrella Rota, ¿cómo podían alinearse ahora con el Clan del Río?



3

Estrella Azul condujo rápidamente a los suyos de regreso al campamento. El ruido que hicieron al llegar despertó a los gatos que se habían quedado allí. Mientras el grupo pasaba a través del túnel de aulagas, figuras somnolientas empezaron a salir de las guaridas.

—¿Qué noticias hay? —preguntó

Medio Rabo.

—¿Ha acudido el Clan de la Sombra? —inquirió Sauce.

—Sí, estaban allí —respondió Estrella Azul, seria.

Pasó ante Sauce y saltó a la Peña Alta. No fue necesario que convocara una reunión: los gatos ya se estaban agrupando debajo de la roca. Garra de Tigre subió junto a la líder.

—Esta noche ha habido mucha tensión entre los clanes —empezó Estrella Azul—. Y he advertido una posible alianza entre Estrella Doblada y Nocturno.

Látigo Gris se apretujó en un

pequeño espacio junto a Corazón de Fuego.

—¿De qué está hablando? —preguntó—. Pensaba que Nocturno había llegado a un acuerdo con nuestra líder.

—¿Nocturno? —graznó la anciana voz de Tuerta al fondo de la multitud.

—Ha sido designado nuevo líder del Clan de la Sombra —explicó Estrella Azul.

—Pero su nombre aún no ha sido aceptado por el Clan Estelar, ¿verdad?

—Piensa viajar a la Piedra Lunar mañana por la noche —respondió Garra de Tigre.

—Ningún líder puede hablar por su

clan en una Asamblea sin haber recibido primero la aprobación del Clan Estelar —masculló Tuerta, lo bastante alto para que lo oyeran todos los gatos.

—Nocturno cuenta con el apoyo del Clan de la Sombra, Tuerta —declaró Estrella Azul—. No podemos pasar por alto lo que ha dicho esta noche —añadió, y la vieja gata soltó un resoplido contrariado. Luego, Estrella Azul levantó la cabeza para dirigirse a los suyos—: En la Asamblea he sugerido que buscáramos al Clan del Viento para traerlo de vuelta a casa. Pero Nocturno y Estrella Doblada no desean su regreso.

—Pero es poco probable que unan

sus fuerzas, ¿verdad? —inquirió Látigo Gris—. Casi han tenido una discusión por los derechos de caza en el río.

Corazón de Fuego se volvió hacia su amigo.

—¿No has visto las miradas que han intercambiado al final de la reunión? Esos dos están desesperados por poner sus patas en el territorio del Clan del Viento.

—Pero ¿por qué? —preguntó Arenisca, que estaba sentada junto a su mentor, Tormenta Blanca.

Fue éste quien contestó:

—Sospecho que el Clan de la Sombra no está tan débil como

pensábamos. Y Nocturno parece tener más ambición de lo que ningún gato imaginaba.

—Pero ¿por qué el Clan del Río querría cazar en los terrenos del Clan del Viento? ¡Siempre se han llenado bien la panza con los peces de su precioso río! —maulló Sauce—. Las tierras altas se hallan a mucha distancia y sólo hay unos pocos conejos congelados de frío.

La vieja Cola Moteada, que había sido una hermosa reina, alzó su voz cascada por la edad:

—En la Asamblea, algunos de los veteranos del Clan del Río han

comentado que los Dos Patas habían ocupado parte de su río.

—Eso es cierto —coincidió Escarcha—. Dicen que los Dos Patas han estado viviendo en albergues junto al río, molestando a los peces. ¡Los del Clan del Río tienen que ocultarse entre los arbustos a observarlos con el estómago vacío!

Estrella Azul pareció cavilar.

—De momento, debemos cuidarnos de no hacer nada que pueda acercar más a los clanes de la Sombra y del Río. Ahora vayamos a descansar. Viento Veloz y Polvoroso, vosotros saldréis en la patrulla del amanecer.

Una brisa helada agitó las hojas secas de los árboles que se alzaban sobre ellos, y sin dejar de murmurar entre sí, se dirigieron a sus guaridas.

Por segunda vez en pocos días, Corazón de Fuego soñó. Se hallaba en la oscuridad. El rugido y el hedor del Sendero Atronador estaban muy cerca. Él mismo se sintió azotado y cegado por los monstruos de ojos deslumbrantes que pasaban rugiendo arriba y abajo. De repente, a través del estruendo, Corazón de Fuego oyó el penoso grito de un joven gato. El desesperado alarido se abrió paso entre el estrépito de los monstruos.

Corazón de Fuego se despertó con un sobresalto. Durante un momento pensó que lo había despertado el grito. Pero el único ruido eran los ronquidos apagados de los guerreros que dormían junto a él. Brotó un gruñido desde algún punto del centro de la guarida. Sonaba a Garra de Tigre. Corazón de Fuego se sentía demasiado inquieto para volver a dormirse, de modo que salió sigilosamente del refugio.

Fuera estaba oscuro, y las estrellas que salpicaban el cielo negro le indicaron que aún faltaba para el amanecer. Con el alarido del joven gato resonando en su mente, Corazón de

Fuego se acercó a la maternidad aguzando el oído. Percibió pisadas más allá del muro del campamento. Olfateó el aire. Sólo eran Cebrado y Rabo Largo. Captó el olor de los dos guerreros, que estaban guardando el territorio del clan.

La tranquilidad del campamento dormido sosegó a Corazón de Fuego. «Todos los gatos deben de tener pesadillas con el Sendero Atronador», se dijo. Regresó en silencio al dormitorio y dio vueltas en su lecho para ponerse cómodo. Látigo Gris ronroneó en sueños mientras Corazón de Fuego se instalaba a su lado y cerraba

los ojos.

Lo despertó el hocico de Látigo Gris, clavándose en su costado.

—Déjame en paz —refunfuñó Corazón de Fuego.

—¡Despierta! —siseó su amigo.

—¿Por qué? ¡No tenemos que patrullar! —protestó Corazón de Fuego.

—Estrella Azul quiere vernos en su refugio, ahora.

Aturdido, Corazón de Fuego se puso en pie y siguió a Látigo Gris. El sol empezaba a teñir el cielo de rosa y había escarcha en los árboles que

rodeaban el campamento.

Ambos amigos cruzaron el claro hasta la guarida de Estrella Azul, y anunciaron su llegada maullando quedamente.

—¡Adelante! —respondió la voz de Garra de Tigre detrás del liquen que cubría la entrada.

Corazón de Fuego se alarmó al recordar su conversación con Estrella Azul de camino a la Asamblea. ¿Habría hablado ella con Garra de Tigre sobre sus acusaciones? Látigo Gris se internó en la guarida de la líder, y Corazón de Fuego lo siguió preocupado.

Estrella Azul estaba sentada en su

lecho, con la cabeza alzada y los ojos brillantes. El lugarteniente se hallaba en medio del suave suelo arenoso. Corazón de Fuego procuró descifrar su expresión, pero los ojos del gran atigrado eran tan fríos e impenetrables como siempre.

Estrella Azul empezó sin rodeos:

—Corazón de Fuego, Látigo Gris, tengo una importante misión para vosotros.

—¿Una misión? —repitió Corazón de Fuego. El alivio y la emoción barrieron su nerviosismo.

—Quiero que localicéis al Clan del Viento y lo llevéis de vuelta a su

territorio.

—Antes de que os entusiasméis demasiado, tened en cuenta que podría ser muy peligroso —gruñó Garra de Tigre—. No sabemos adónde ha ido el Clan del Viento, así que tendréis que seguir lo que quede de su rastro oloroso… probablemente hasta territorio hostil.

—Pero vosotros ya habéis atravesado sus tierras, cuando viajasteis conmigo hasta la Piedra Lunar —señaló Estrella Azul—. El olor del Clan del Viento os resultará familiar, al igual que el territorio de Dos Patas que hay más allá de las tierras altas.

—¿Iremos sólo nosotros dos? —preguntó Corazón de Fuego.

—Necesitamos a los otros guerreros aquí —maulló Garra de Tigre—. Se acerca la estación sin hojas y debemos acaparar tantas presas como podamos. Se avecinan lunas de poca caza.

Estrella Azul asintió.

—Garra de Tigre os ayudará a preparar el viaje.

Corazón de Fuego sintió un hormigueo de inquietud. La líder tenía tanta fe en su lugarteniente como siempre. ¿Por qué él era el único que no se fiaba de Garra de Tigre?

—Debéis marcharos tan pronto

como podáis —continuó Estrella Azul —. Buena suerte.

—Los encontraremos —prometió Látigo Gris.

Con el pensamiento ocupado por el inminente viaje, Corazón de Fuego asintió.

Garra de Tigre los siguió fuera del refugio.

—¿Recordáis cómo llegar al territorio del Clan del Viento?

—Oh, sí, Garra de Tigre, estuvimos allí hace sólo…

Corazón de Fuego lo interrumpió apresuradamente:

—Hace sólo unas lunas.

Le lanzó una mirada de advertencia a su amigo. Había estado a punto de descubrir su itinerario de varias noches atrás con Cuervo.

Garra de Tigre vaciló y Corazón de Fuego contuvo la respiración. ¿El lugarteniente había reparado en el fallo de Látigo Gris?

—¿Y recordáis el olor del clan? —continuó el atigrado oscuro.

Corazón de Fuego dio las gracias en silencio al Clan Estelar.

Los jóvenes guerreros asintieron, y Corazón de Fuego empezó a verse a sí mismo saliendo a toda prisa entre la espinosa aulaga, en busca del clan

perdido.

—Necesitaréis hierbas para tener más fuerzas y adormecer el hambre. Que Fauces Amarillas os las dé antes de partir. —Garra de Tigre hizo una pausa —. Y no olvidéis que Nocturno tiene previsto ir esta noche a la Piedra Lunar. Manteneos fuera de su camino.

—Sí, Garra de Tigre —contestó Corazón de Fuego.

—Ni siquiera sabrá que estamos ahí —aseguró Látigo Gris.

—Eso espero de vosotros. Bien, ¡marchaos!

Sin una palabra más, dio media vuelta para alejarse.

—Podría habernos deseado buena suerte —se lamentó Látigo Gris.

—Probablemente piense que no la necesitamos —bromeó Corazón de Fuego, mientras cruzaban el claro hacia la guarida de Fauces Amarillas.

Pero, al mismo tiempo, pensó que Garra de Tigre parecía tratarlos con tanto respeto como a cualquier otro guerrero. ¿Sería posible que no fuese el traidor que Cuervo creía?

Todavía hacía frío, pese a que ya había salido el sol, pero ninguno de los amigos se estremeció. Corazón de Fuego notaba cómo su pelaje había empezado a espesarse conforme se acortaban los

días.

La guarida de Fauces Amarillas se hallaba al final de un túnel entre los helechos. En un rincón de un pequeño claro umbroso había una gran roca hendida. Allí había vivido Jaspeada antes que Fauces Amarillas. Al recordar a la dulce curandera parda, Corazón de Fuego se emocionó. Jaspeada había sido asesinada por un guerrero del Clan de la Sombra, y Corazón de Fuego la echaba muchísimo de menos.

—¡Fauces Amarillas! —llamó Látigo Gris—. ¡Venimos por hierbas para viaje!

Oyeron un maullido ronco,

procedente de las sombras del centro de la roca, y Fauces Amarillas salió retorciéndose por la grieta.

—¿Adónde vais? —preguntó la vieja curandera.

—Tenemos que encontrar al Clan del Viento y devolverlo a su hogar —le contó Corazón de Fuego, incapaz de ocultar el orgullo en su voz.

—¡Vuestra primera misión como guerreros! —exclamó ella con voz ronca —. ¡Felicidades! Os traeré las hierbas que necesitáis.

Regresó al cabo de unos momentos, sujetando un pequeño paquete de hojas secas entre los dientes.

—¡Que lo disfrutéis! —ronroneó, dejando la carga en el suelo.

Corazón de Fuego y Látigo Gris mascaron obedientemente las hojas, que eran muy poco apetecibles.

—¡Puaj! —bufó Látigo Gris—. Están igual de malas que la última vez.

Corazón de Fuego asintió arrugando la cara. Jaspeada les había dado las mismas hierbas cuando fueron a la Piedra Lunar con Estrella Azul.

Látigo Gris se tragó el último bocado y le dio a Corazón de Fuego en el omóplato con la nariz.

—Vamos, ¡eres más lento que una babosa! ¡En marcha! Adiós —se

despidió de Fauces Amarillas por encima del hombro, mientras salía del claro.

—Espérame —maulló Corazón de Fuego, corriendo tras su amigo.

—¡Adiós! ¡Buena suerte, jovencitos! —exclamó Fauces Amarillas a sus espaldas.

Mientras atravesaba el túnel corriendo, Corazón de Fuego oyó el susurro de los helechos bajo la brisa matinal. Parecían murmurar: «¡Buena suerte! ¡Que tengáis un buen viaje!».



4

Al salir del campamento, los jóvenes guerreros estuvieron a punto de chocar con Tormenta Blanca, que conducía a Viento Veloz y Arenisca al bosque para la patrulla del alba.

—¡Lo siento! —exclamó Corazón de Fuego sin resuello.

Se detuvo, y Látigo Gris frenó en

seco a su lado.

Tormenta Blanca inclinó la cabeza.

—He oído que tenéis una misión —maulló.

—Sí —contestó Corazón de Fuego.

—Entonces, que el Clan Estelar os conceda su protección —repuso Tormenta Blanca con solemnidad.

—¿Para qué? —se mofó Arenisca—. ¿Vais a cazar campañoles?

El atigrado Viento Veloz se volvió para susurrarle algo al oído. La expresión de Arenisca cambió, y el desprecio de sus ojos verdes dio paso a una curiosidad contenida.

La patrulla se apartó a un lado y

Corazón de Fuego y Látigo Gris echaron a correr hacia la cima del barranco. Los dos amigos intercambiaron pocas palabras mientras atravesaban el bosque en dirección a los Cuatro Árboles; reservaban el aliento para el largo trayecto que tenían por delante. Se detuvieron resollando en lo alto de la empinada ladera, en el extremo más alejado del claro sombreado por los robles.

—¿Aquí arriba siempre hace tanto viento? —refunfuñó Látigo Gris, ahuecando su denso pelaje contra las frías ráfagas que barrían las tierras altas.

—Supongo que es porque no hay muchos árboles que le bloqueen el paso —señaló Corazón de Fuego entornando los ojos. Aquél era el territorio del Clan del Viento. Al olfatear el aire, detectó algo que, según le decían sus sentidos, no debería estar allí—. ¿Hueles a guerreros del Clan del Río? —murmuró con inquietud.

Látigo Gris levantó la nariz.

—No. ¿Crees que podría haber alguno por aquí?

—Tal vez. Quizá quieran aprovechar al máximo la ausencia del Clan del Viento, especialmente ahora que saben que regresará pronto.

—Bueno, pues yo no huelo nada —susurró Látigo Gris.

Avanzaron vigilantes a lo largo de una senda de hierba congelada y resguardada por el brezo, hasta que un olor fresco detuvo la marcha de Corazón de Fuego.

—¿Eso puedes olerlo? —le siseó a Látigo Gris.

—Sí —musitó su amigo, pegándose contra el suelo—. ¡El Clan del Río!

Corazón de Fuego también se agachó, cuidando de tener las orejas por debajo del brezo. A su lado, Látigo Gris asomó su cabeza gris oscuro para atisbar por encima de los arbustos.

—Los veo —susurró—. Están cazando.

Corazón de Fuego estiró cautelosamente el cuello para echar una mirada.

Cuatro guerreros del Río estaban persiguiendo a un conejo por una extensión de aulagas. Reconoció a Prieto de la Asamblea. El guerrero negro grisáceo atacó con las uñas, pero volvió a alzarse sin nada que mostrar. El conejo debía de haber alcanzado la seguridad de su madriguera.

Ambos amigos volvieron a agazaparse y pegaron la panza contra la fría hierba.

—No son buenos cazadores de conejos —siseó Látigo Gris burlonamente.

—Supongo que están más habituados a atrapar peces —respondió Corazón de Fuego. Movió la nariz al captar el olor de un conejo aterrorizado que iba en dirección a ellos. Con un ataque de pánico, oyó las pisadas de los guerreros del Clan del Río aproximándose con rapidez—. ¡Vienen hacia aquí! ¡Tenemos que escondernos!

—Sígueme. Huelo a tejones por este lado.

—¿Tejones? ¿Eso es seguro? —Había oído la historia de cómo Medio

Rabo perdió la cola en una pelea con un viejo y malhumorado tejón.

—No te preocupes. El olor es intenso, pero no es reciente —lo tranquilizó Látigo Gris—. Debe de haber una antigua madriguera por aquí.

Corazón de Fuego olisqueó. Sus glándulas olfativas captaron un olor fuerte, parecido al zorro.

—¿Seguro que está abandonada? —preguntó.

—Enseguida lo sabremos. Vamos; tenemos que salir de aquí —repuso Látigo Gris.

Abrió la marcha rápidamente entre los bajos arbustos. El ruido del brezo le

indicó a Corazón de Fuego que los guerreros se acercaban más y más.

—¡Aquí! —exclamó Látigo Gris, apartando una mata de brezo para dejar a la vista un agujero en el suelo—. ¡Métete dentro! El olor a tejón camuflará el nuestro. Podremos esperar hasta que se hayan ido.

Corazón de Fuego se deslizó deprisa en el oscuro agujero, y Látigo Gris lo siguió. El hedor a tejón era sofocante.

Por encima de ellos, fuertes pisadas resonaban sobre el suelo. Contuvieron la respiración cuando los pasos se detuvieron y un guerrero gritó:

—¡Madriguera de tejón!

Por la áspera voz, Corazón de Fuego supo que se trataba de Prieto.

—¿Está abandonada? —repuso otra voz—. El conejo podría haberse escondido dentro.

En la oscuridad, Corazón de Fuego percibió que a Látigo Gris se le erizaba el pelo. Sacó las uñas y se quedó mirando la entrada de la guarida, listo para pelear si los guerreros se metían allí.

—Esperad; ¡el olor va hacia allá! —maulló Prieto.

Los guerreros se alejaron entre ruido de pisadas.

Látigo Gris fue soltando el aire

lentamente.

—¿Crees que se han ido?

—A lo mejor deberíamos esperar un poco más, para asegurarnos de que ninguno se ha quedado atrás —sugirió Corazón de Fuego.

Del exterior no llegaron más sonidos. Látigo Gris le dio un empujoncito a Corazón de Fuego.

—Vamos —maulló.

Salieron con cautela a la luz del día. No había señales de la patrulla del Clan del Río. La fresca brisa limpió las glándulas olfativas de Corazón de Fuego del hedor a tejón.

—Ahora deberíamos buscar el

campamento del Clan del Viento —dijo —. Será el mejor lugar donde detectar su rastro.

—De acuerdo.

Avanzaron despacio a través del brezo, manteniendo la boca levemente abierta para captar el olor de posibles guerreros del Clan del Río. Se detuvieron al pie de una gran roca plana que ascendía abruptamente, más allá de los arbustos de aulaga.

—Subiré ahí para echar un vistazo —se ofreció Látigo Gris—. Mi pelaje se mimetiza mejor con el color de la piedra.

—Vale. Pero mantén la cabeza

gacha.

Observó cómo su amigo trepaba por la roca. Látigo Gris se agazapó en lo alto y recorrió con la mirada las tierras altas; al cabo, regresó.

—Creo que hay una hondonada en esa dirección —resopló, señalando con la cola—. He visto un agujero entre el brezo.

—Echemos un vistazo —maulló Corazón de Fuego—. Podría ser el campamento.

—Eso es lo que yo he pensado. Probablemente sea el único lugar protegido del viento que hay por aquí.

Conforme se acercaban a la

hondonada, Corazón de Fuego se adelantó y se asomó por un extremo. Parecía como si un guerrero del Clan Estelar hubiese alargado una zarpa desde el cielo para arrancar un puñado de turba de la meseta, y luego lo hubiese reemplazado por una espesa maraña de aulagas que crecían casi al nivel del suelo a cada lado.

Corazón de Fuego olisqueó. Percibió muchos olores, todos del Clan del Viento, de viejos y jóvenes, machos y hembras, y, al fondo, la débil fetidez de antigua carroña. Aquello tenía que ser el campamento abandonado.

Descendió la cuesta y se internó en

los arbustos. La aulaga le tiró del pelo y le arañó la nariz, lo que lo hizo lagrimear. Oyó a Látigo Gris detrás de él, maldiciendo cuando las espinas se le enganchaban en las orejas. Se abrieron paso hasta un claro resguardado. El suelo arenoso estaba endurecido por las huellas de generaciones de gatos. En un extremo del claro se alzaba una roca, alisada por muchas lunas azotadas por el viento.

—Éste es su campamento —murmuró Corazón de Fuego.

—¡No puedo creer que Estrella Rota consiguiera expulsar al Clan del Viento de un lugar tan bien protegido! —

exclamó Látigo Gris, frotándose con una pata la nariz dolorida.

—Parece que opusieron bastante resistencia —apuntó Corazón de Fuego, advirtiendo sobresaltado la tremenda devastación que había en el campamento.

Matas de pelo alfombraban el suelo, y la arena estaba teñida de sangre seca. Los lechos musgosos de las guaridas estaban hechos trizas en medio del claro. Y, por todas partes, el rastro rancio del Clan de la Sombra se entremezclaba con el olor aterrorizado de los gatos del Clan del Viento.

Corazón de Fuego se estremeció.

—Busquemos por dónde salieron de aquí —maulló.

Empezó a olfatear el aire con cuidado y avanzó siguiendo el olor más intenso. Látigo Gris fue tras él hasta un estrecho hueco en la aulaga.

—¡Los gatos del Clan del Viento deben de ser más pequeños incluso de lo que yo recordaba! —musitó Látigo Gris, retorciéndose para seguir a Corazón de Fuego.

Su amigo le lanzó una mirada divertida. Ahora el rastro oloroso era bastante claro: pertenecía indudablemente al Clan del Viento, pero era acre y mezclado, como compuesto

por muchos gatos asustados. Corazón de Fuego bajó la vista y se detuvo. Gotas de sangre seca salpicaban el suelo.

—Vamos por el buen camino —maulló sombríamente.

Dos lunas de lluvia y viento no habían logrado borrar las evidencias de sufrimiento. Corazón de Fuego pudo imaginar claramente al clan derrotado y herido, huyendo de su hogar. Con una oleada de ira, corrió tras su amigo.

El rastro los condujo al extremo más lejano de las tierras altas, donde se pararon a recobrar el aliento. Ante ellos, el suelo descendía hasta los terrenos de labranza de los Dos Patas. Lejos, en la

distancia, donde el sol estaba empezando a ponerse, se alzaban las imponentes siluetas de la Rocas Altas.

—Me pregunto si Nocturno ya estará allí —murmuró Corazón de Fuego.

En un túnel que había debajo de las Rocas Altas se hallaba la sagrada Piedra Lunar, donde los líderes de todos los clanes compartían sueños con el Clan Estelar.

—Bueno, no queremos que nos encuentre por allí, ¿verdad? —Látigo Gris sacudió la cola ante la gran extensión de la granja de los Dos Patas —. Ya será bastante duro tener que dar esquinazo a Dos Patas, ratas y perros,

así que no necesitamos tropezarnos también con el nuevo líder del Clan de la Sombra.

Corazón de Fuego asintió. Rememoró su último viaje a través de aquella zona, con Estrella Azul y Garra de Tigre. Habían estado a punto de morir por el ataque de unas ratas; sólo los salvó la llegada del solitario Centeno. Aun así, Estrella Azul había perdido una de sus vidas; ese recuerdo le dolió como la picadura de una hormiga roja.

—¿Crees que encontraremos alguna señal de Cuervo ahí abajo? —maulló Látigo Gris, girando su ancha cabeza

hacia Corazón de Fuego.

—Espero que sí —contestó solemnemente.

Lo último que había visto de Cuervo fue la punta blanca de su cola, cuando desapareció en las tierras altas en medio de una tormenta. ¿El aprendiz del Clan del Trueno habría llegado sano y salvo al territorio de Centeno?

Los jóvenes guerreros empezaron a bajar la ladera, olfateando cuidadosamente cada mata de hierba para asegurarse de que seguían la pista del Clan del Viento.

—No parece que se encaminaran a las Rocas Altas —señaló Látigo Gris.

El rastro los llevó hasta un amplio campo cubierto de hierba, y los amigos lo bordearon manteniéndose cerca del seto, como había hecho el Clan del Viento. El olor los condujo fuera del campo, a un camino de Dos Patas que atravesaba un bosquecillo.

—¡Mira! —exclamó Látigo Gris.

En la maleza había pilas de huesos de presas blanqueados por el sol. Debajo de los zarzales más densos había lechos musgosos.

—El Clan del Viento debió de intentar instalarse aquí —supuso Corazón de Fuego sorprendido.

—Me pregunto qué los haría

marcharse —repuso Látigo Gris, olfateando el aire—. El olor es antiguo.

Corazón de Fuego se encogió de hombros, y ambos siguieron de nuevo el rastro hasta un denso seto. Con cierto esfuerzo, consiguieron pasar a través hasta un arcén herboso. Al otro lado de una estrecha zanja había un ancho sendero de tierra.

Látigo Gris saltó ágilmente sobre la zanja hasta el duro camino de tierra roja. Corazón de Fuego miró alrededor y se quedó de piedra al reconocer una silueta de duras líneas en la distancia.

—¡Látigo Gris, detente! —siseó.

—¿Qué ocurre?

Señaló con la nariz.

—¡Mira esa casa de Dos Patas! Debemos de estar cerca del territorio de Centeno.

Látigo Gris sacudió las orejas con nerviosismo.

—¡Ahí es dónde viven esos perros! Pero el Clan del Viento fue por allí. Tendremos que darnos prisa. Tenemos que dejar atrás esa casa de Dos Patas antes de la puesta del sol.

Corazón de Fuego recordó que Centeno les había contado que los Dos Patas dejaban sueltos a los perros por la noche, y el sol ya estaba descendiendo hacia la cima peñascosa de las Rocas

Altas.

—Puede que los perros echaran al Clan del Viento del bosquecillo —reflexionó, y pensó en Cuervo con una punzada de ansiedad—. ¿Crees que encontró a Centeno?

—¿Quién? ¿Cuervo? ¿Por qué no? ¡Nosotros hemos llegado hasta aquí! —maulló su amigo—. No subestimes a Cuervo. ¿Recuerdas la vez en que Garra de Tigre lo mandó a las Rocas de las Serpientes? ¡Volvió con una víbora!

Corazón de Fuego ronroneó al recordarlo mientras Látigo Gris cruzaba el sendero y el seto del otro lado. Apresuró la marcha y corrió tras él.

Un perro ladró rabiosamente desde la vivienda de Dos Patas, pero sus malvados gruñidos se apagaron pronto en la distancia. La temperatura cayó en picado conforme se ponía el sol, y en la hierba empezó a formarse escarcha.

—¿Deberíamos continuar? —preguntó Látigo Gris—. ¿Y si el rastro nos conduce hasta las Rocas Altas? Desde luego, ahora Nocturno ya estará allí.

Corazón de Fuego alzó la nariz y olfateó las frondas oscurecidas de unos helechos. El olor del Clan del Viento, amargo de miedo, le produjo un hormigueo.

—Será mejor que continuemos —contestó—. Nos detendremos cuando tengamos que hacerlo.

La fría brisa llevó otro olor hasta la nariz de Corazón de Fuego: había un Sendero Atronador cerca de allí. Látigo Gris arrugó la cara; él también lo había percibido. Intercambiaron una mirada de abatimiento, pero siguieron adelante. El hedor se tornó más intenso, hasta que oyeron en la lejanía el rugido de los monstruos del Sendero Atronador. Para cuando alcanzaron el seto que se extendía a lo largo del amplio camino gris, resultaba muy difícil captar el rastro del Clan del Viento.

Látigo Gris se detuvo para mirar alrededor con incertidumbre. Pero Corazón de Fuego todavía podía captar algo del olor a miedo. Avanzó sigilosamente a través de las sombras que proyectaba el seto, hasta alcanzar un lugar menos denso.

—Se refugiaron aquí —anunció, y se imaginó a los aterrorizados gatos del Clan del Viento mirando el Sendero Atronador a través del seto.

—Probablemente sería la primera vez que muchos de ellos veían el Sendero Atronador —apuntó Látigo Gris reuniéndose con su amigo.

Corazón de Fuego lo miró

sorprendido. Nunca había conocido a un gato del Clan del Viento, pues los habían expulsado de su territorio casi al mismo tiempo que él se convertía en aprendiz.

—¿Es que no patrullaban sus fronteras? —preguntó desconcertado.

—Ya has visto su territorio; es bastante salvaje y árido, y las presas no son fáciles de cazar. Supongo que jamás pensaron que algún otro Clan iba a molestarse en cazar allí. Después de todo, los del Río tienen su río, y, en un buen año, nuestros bosques están llenos de presas, así que ningún gato necesita sus escuálidos conejos.

Un monstruo pasó rugiendo al otro

lado del seto, con sus deslumbrantes ojos nocturnos. Ambos amigos se encogieron mientras el viento les alborotaba el pelo a través del muro vegetal. Cuando el ruido se apagó, se levantaron con cautela y olfatearon las raíces del seto.

—El rastro parece llevar aquí debajo.

Corazón de Fuego se retorció para pasar al arcén herboso que discurría a lo largo del Sendero Atronador. Látigo Gris lo siguió.

Pero, al otro lado del seto, el rastro oloroso desapareció de golpe.

—Debieron de volver sobre sus

pasos o cruzar el Sendero Atronador —maulló Corazón de Fuego—. Tú mira por aquí, y yo inspeccionaré el otro lado.

Hizo un esfuerzo para hablar con voz tranquila, pero el agotamiento lo estaba desesperando. Después de llegar tan lejos, ¿sería posible que hubiesen perdido el rastro?



5

Corazón de Fuego aguardó hasta que lo único que podía oír era el latido de la sangre en sus oídos. Luego se acercó al borde del Sendero Atronador. Se extendía ante él, ancho y maloliente, pero silencioso. El joven gato salió disparado. Bajo sus zarpas, el suelo estaba frío y liso. No se detuvo hasta

llegar a la hierba del extremo opuesto.

El aire estaba contaminado por el hedor acre del Sendero Atronador y sus monstruos, de modo que se encaminó al seto. Seguía sin haber ni rastro del Clan del Viento.

De repente, un monstruo pasó a sus espaldas, haciéndolo saltar en el aire del susto. Se metió bajo el seto y se agazapó allí, temblando, pensando frenéticamente qué hacer. Entonces lo percibió: un levísimo olor en el viento que había levantado el monstruo. ¡El Clan del Viento había estado allí!

Llamó a Látigo Gris tan fuerte como pudo. Hubo una pausa, y luego sonaron

unas pisadas sobre el Sendero Atronador.

—¿Has encontrado el rastro? —resopló su amigo.

—No estoy seguro. He captado un olorcillo, pero no logro localizarlo.

Corazón de Fuego atravesó el seto, con Látigo Gris a la zaga. Levantó la nariz hacia el campo abierto que se desplegaba delante de ellos.

—¿Tienes idea de qué hay por ahí?

—No —contestó Látigo Gris—. No creo que ningún gato de clan haya llegado nunca tan lejos.

—Excepto el Clan del Viento —musitó Corazón de Fuego sombríamente.

Lejos de los mareantes gases del Sendero Atronador, de repente el rastro era muy claro. No cabía duda de que el Clan del Viento había ido por allí. Los dos amigos avanzaron resueltamente a través de la alta hierba para cruzar el campo.

—¡Corazón de Fuego! —llamó Látigo Gris.

—¿Qué ocurre?

—¡Mira!

Corazón de Fuego se detuvo y levantó la cabeza. Más adelante, vio un Sendero Atronador que se elevaba en el aire formando un arco, apoyado en gigantescas patas de piedra, e iluminado

por los ojos de los monstruos que se movían sobre él. Otro Sendero Atronador discurría por debajo, desviándose hacia la oscuridad.

Látigo Gris señaló con la cabeza un alto cardo.

—¡Huele esto!

Corazón de Fuego inhaló. ¡Era una marca reciente del Clan del Viento!

—¡Deben de haberse instalado cerca de aquí! —murmuró Látigo Gris con incredulidad.

A Corazón de Fuego se le encogió el estómago con una punzada de emoción. Ambos se miraron en silencio un momento y, sin pronunciar palabra,

avanzaron hacia los apestosos Senderos Atronadores.

Látigo Gris habló por fin:

—¿Por qué el Clan del Viento vendría a un lugar como éste?

—Supongo que ni siquiera Estrella Rota querría seguirlos hasta aquí —respondió Corazón de Fuego, ceñudo. Luego lo asaltó un pensamiento.

Látigo Gris se detuvo junto a él.

—¿Qué pasa?

—Si el Clan del Viento se ha ocultado tan cerca de los Senderos Atronadores —respondió lentamente—, deben de estar desesperados por esconderse. Es más probable que

confíen en nosotros si llegamos a la luz del día que si aparecemos en medio de la oscuridad.

—¿Significa eso que podemos descansar? —preguntó Látigo Gris, sentándose pesadamente.

—Sólo hasta que se haga de día. Buscaremos algún sitio donde refugiarnos, y a ver si podemos dormir. ¿Tienes hambre? —añadió, y Látigo Gris negó con la cabeza—. Pues yo tampoco. No sé si es por esas hierbas o porque la peste del Sendero Atronador me da náuseas.

—¿Dónde dormimos? —Látigo Gris miró alrededor.

Corazón de Fuego ya había reparado en un agujero en el suelo.

—¿Qué es eso de ahí?

—¿Una madriguera? Es demasiado grande para un conejo. ¡Y no creo que haya una guarida de tejones aquí!

—Echemos un vistazo.

El agujero era más grande que una madriguera de tejón, era liso y estaba revestido de piedra. Corazón de Fuego lo olfateó, puso las patas delanteras en el borde y se asomó cautelosamente. Un túnel de piedra descendía bajo el suelo.

—Siento una corriente de aire —maulló, y el eco de su voz se alejó en las sombras—. Debe de salir de algún sitio.

—Sacó la cabeza y señaló con la nariz hacia la maraña de Senderos Atronadores.

—¿Está vacío? —preguntó Látigo Gris.

—Huele como si lo estuviera.

—Pues entonces vamos.

Látigo Gris fue el primero en entrar. A poca distancia, el túnel se enderezó.

Corazón de Fuego se detuvo a olfatear el aire húmedo. No pudo captar nada aparte de los gases del Sendero Atronador. Un ruido estruendoso resonó sobre sus cabezas, y al joven le temblaron las patas cuando el suelo empezó a vibrar. ¿Es que tenían el

Sendero Atronador encima de ellos? Esponjó el pelaje para protegerse de la implacable corriente de aire y sintió que Látigo Gris lo rozaba: su amigo estaba dando vueltas, preparándose para dormir. Corazón de Fuego se ovilló a su lado. Cerró los doloridos ojos y pensó en la suave brisa del bosque, el susurro de las hojas. Además de agotamiento, sintió cierta añoranza por estar en casa y en su guarida, antes de sumergirse en la oscuridad que inundó su mente.

Cuando volvió a abrir los ojos, se veía una luz grisácea al final del túnel. El alba debía de estar cerca. Le dolían los huesos por culpa del suelo duro y

frío. Dio un empujoncito a Látigo Gris, que gruñó:

—¿Ya es de día?

—Casi —respondió Corazón de Fuego poniéndose en pie.

Látigo Gris se desperezó y se levantó también.

—Deberíamos ir hacia allí —maulló Corazón de Fuego, doblando el cuello en dirección opuesta a la de la luz—. Creo que este túnel llega justo debajo de un Sendero Atronador. Podría llevarnos más cerca de… —Enmudeció. No tenía palabras para describir el entramado de Senderos Atronadores que habían visto por la noche.

Látigo Gris asintió, y juntos se internaron silenciosamente en la oscuridad.

Al poco, Corazón de Fuego vislumbró una luz más adelante. Apretaron el paso y acabaron corriendo por una cuesta corta y empinada que los condujo a un mundo sumergido en la grisácea luz del amanecer.

Habían salido cerca de una extensión de hierba sucia y estéril. Senderos Atronadores la cercaban por dos lados, y otro formaba un arco por encima. Una hoguera ardía en medio de la hierba. Había unos pocos Dos Patas tumbados a su alrededor. Uno de ellos

se estiró y rodó sobre sí mismo, y otro gruñó enfadado en sueños, pero el ruido y hedor de los Senderos Atronadores no parecía molestarlos.

Corazón de Fuego los observó con cautela, y se quedó de piedra al ver otra cosa: siluetas oscuras que se movían de acá para allá delante del fuego. ¡Gatos! ¿Podría tratarse del Clan del Viento? Miró la hoguera, y el recuerdo de su sueño le inundó la mente: el estruendo del Sendero Atronador, la visión de las llamas y los gatos, y la voz de Jaspeada murmurando: «El fuego salvará al clan».

Se le aflojaron las patas de la emoción. ¿Significaba eso que el destino

del Clan del Trueno estaba ligado al del Clan del Viento?

—¡Corazón de Fuego! ¡Corazón de Fuego!

La voz de Látigo Gris lo devolvió a la realidad. Respiró hondo para tranquilizarse.

—Debemos encontrar a Estrella Alta y hablar con él —maulló.

—Entonces, ¿crees que éstos son el Clan del Viento? —preguntó Látigo Gris.

—Ya has olido su marca… ¿quiénes podrían ser si no?

Látigo Gris lo miró, con ojos relucientes de triunfo.

—¡Los hemos encontrado!

Corazón de Fuego asintió. No señaló que encontrar al Clan del Viento era sólo la mitad de su misión. También tendrían que convencerlos de que era seguro regresar a casa.

Látigo Gris se preparó para saltar.

—¡En marcha!

—Espera —lo detuvo Corazón de Fuego—. No debemos asustarlos.

Justo entonces, uno de los Dos Patas se incorporó de repente y empezó a gritar a los desgreñados gatos que rodeaban la hoguera. El ruido despertó a los otros Dos Patas, que se le unieron con voces furiosas y ásperas.

Los gatos del Clan del Viento se dispersaron. Olvidando toda precaución, Corazón de Fuego y Látigo Gris corrieron tras ellos. Corazón de Fuego sintió cómo se le erizaba el pelo de miedo mientras corría directo hacia la hoguera y los Dos Patas. Su instinto le decía que se mantuviera alejado, pero no se atrevía a perder de vista a los gatos del Clan del Viento, que huían del lugar.

Uno de los Dos Patas se levantó tambaleante, alzándose imponente delante de él. Corazón de Fuego frenó con un patinazo, levantando una nube de polvo. Algo estalló a su lado arrojando

fragmentos afilados, pero no atravesaron su denso pelaje. Echó un vistazo atrás para comprobar cómo estaba Látigo Gris. Se sintió aliviado al ver a su amigo justo detrás, con los ojos dilatados del susto y el pelo erizado.

Se internaron en la seguridad de las sombras que había debajo del Sendero Atronador elevado. Delante de ellos, Corazón de Fuego vio que los gatos del Clan del Viento se detenían cerca de una de las grandes columnas de piedra. Y luego, uno por uno, desaparecieron bajo el suelo.

—¿Adónde han ido? —preguntó Látigo Gris extrañado.

—¿A otro túnel? Venga, averiguémoslo.

Con cuidado, los dos amigos se acercaron al lugar por donde se habían esfumado los del Clan del Viento. Al aproximarse, vieron un agujero en la tierra. Como el sitio en que habían descansado por la noche, tenía una entrada redonda, estaba revestido de piedra y se hundía en una completa oscuridad.

Corazón de Fuego abrió la marcha, con todos los sentidos alerta para detectar una posible patrulla del Clan del Viento. El suelo estaba mojado y resbaladizo, y el sonido de agua

goteando resonaba a su alrededor. Cuando el túnel se enderezó, Corazón de Fuego plantó las orejas y abrió la boca. El aire húmedo olía a rancio y amargo; era peor que el túnel en que ellos habían dormido. Allí, los gases del Sendero Atronador se mezclaban con el olor a miedo de los gatos del Clan del Viento.

Estaba demasiado oscuro para ver algo, pero tras unos cuantos pasos, los bigotes de Corazón de Fuego percibieron un recodo en el túnel. El joven gato sacudió la cola y tocó levemente a Látigo Gris con la punta. En medio de aquella negrura no podía ver a su amigo, pero éste debió de notar la

señal, pues se detuvo a su lado; juntos, se asomaron por la esquina.

Delante de ellos, el túnel estaba iluminado por un estrecho agujero en el techo, que llevaba al erial de encima. Corazón de Fuego vio a muchos gatos apiñados bajo la luz grisácea: guerreros y veteranos, reinas y cachorros; todos penosamente flacos. Una brisa fría soplaba implacablemente a través del agujero del techo, alborotando el fino pelo de los esqueléticos cuerpos. Corazón de Fuego sintió un escalofrío cuando la brisa le llevó un hedor a enfermedad y carroña.

El túnel se estremeció de pronto

cuando un monstruo pasó rugiendo por encima. Látigo Gris y Corazón de Fuego, que ya estaban en tensión, pegaron un brinco, pero los gatos del Clan del Viento no reaccionaron. Continuaron apretujados unos contra otros, con los ojos entornados, insensibles a cuanto los rodeaba.

Cuando el ruido se apagó, Corazón de Fuego respiró hondo y dobló la esquina para situarse bajo la tenue luz.

Un macho gris del Clan del Viento se volvió de golpe, con el pelo erizado, y maulló para dar la voz de alarma al resto del clan. En un solo y perfecto movimiento, los guerreros formaron una

línea en el túnel delante de las reinas y los veteranos, arqueando el lomo y bufando con fiereza.

Horrorizado, Corazón de Fuego vio el resplandor de uñas desenvainadas y colmillos afilados como espinas. Aquellos gatos medio muertos de hambre estaban preparados para atacar.



6

A modo de advertencia, Corazón de Fuego pegó su cuerpo al de Látigo Gris, que se había acercado hasta él. Si querían sobrevivir, no tenían que mostrarse como una amenaza.

Los guerreros del Clan del Viento permanecieron firmes sin mover un músculo. «¡Están esperando una señal

de su líder! —comprendió Corazón de Fuego—. Todavía siguen el código guerrero aunque tengan que vivir así».

Desde detrás de la hilera de guerreros, un macho blanco y negro se abrió paso hasta el frente. Sobresaltado, Corazón de Fuego reconoció al gato de larga cola que había visto en su sueño. Aquél debía de ser Estrella Alta, el líder.

Estrella Alta olfateó el aire, pero Corazón de Fuego y Látigo Gris se encontraban a favor del viento: la incesante brisa se llevaba su olor. Cuando el gato blanco y negro avanzó hacia ellos, Corazón de Fuego aspiró la

pestilencia rancia a carroña que emanaba de su pelaje. Al igual que Látigo Gris, Corazón de Fuego se mantuvo absolutamente inmóvil, con la mirada baja, mientras Estrella Alta los rodeaba olisqueándolos.

Al cabo, éste se volvió hacia sus guerreros. Corazón de Fuego lo oyó murmurar:

—Clan del Trueno.

Los guerreros se tranquilizaron, pero siguieron formando una línea defensiva para proteger al resto de los gatos.

Estrella Alta se volvió hacia sus visitantes y se sentó, enroscando limpiamente la cola alrededor de las

patas.

—Esperaba al Clan de la Sombra —gruñó. Sus ojos ardían con hostilidad—. ¿Por qué estáis aquí?

—Hemos venido en vuestra busca —maulló Corazón de Fuego, sintiendo que se le quebraba la voz de la tensión—. Estrella Azul y los otros dirigentes del clan quieren que regreséis.

La voz del líder siguió sonando cautelosa:

—Esa tierra ya no es segura para los míos.

En sus ojos había una expresión acorralada que provocó una punzada de pesar en Corazón de Fuego.

—El Clan de la Sombra ha desterrado a Estrella Rota —explicó—. Él ya no supone ninguna amenaza.

Los guerreros que estaban detrás de Estrella Alta se miraron entre sí. Murmullos de sorpresa brotaron por todo el clan.

—Debéis regresar lo antes posible —los instó Corazón de Fuego—. Los clanes de la Sombra y del Río han empezado a cazar en las tierras altas. De camino aquí, vimos una partida de caza del Clan del Río cerca de la antigua madriguera de tejón.

Estrella Alta erizó el pelo de rabia.

—Pero son muy malos cazadores de

conejos —señaló Látigo Gris—. Creo que volvieron a su casa con el estómago vacío.

Estrella Alta y sus guerreros ronronearon divertidos. Su buen humor animó a Corazón de Fuego, aunque podía ver lo débiles que estaban. Para aquel clan, el trayecto de vuelta a las tierras altas resultaría largo y penoso.

—¿Podemos viajar con vosotros? —sugirió respetuosamente.

Los ojos de Estrella Alta relucieron. Sabía que la pregunta era una diplomática oferta de ayuda. Miró fijamente a Corazón de Fuego.

—Sí —respondió al fin—. Gracias.

Corazón de Fuego cayó en la cuenta de que no se había presentado.

—Éste es Látigo Gris —maulló, ladeando la cabeza—. Y yo soy Corazón de Fuego. Somos guerreros del Clan del Trueno.

—Corazón de Fuego —repitió Estrella Alta pensativo. La luz del sol estaba inundando el túnel a través del agujero del techo, haciendo que el pelaje anaranjado del joven brillara en la penumbra—. Ese nombre te queda muy bien.

Otro monstruo pasó rugiendo por encima. Ambos jóvenes se encogieron. El líder los miró risueño y sacudió la

cola. Debía de ser una señal, pues la línea de guerreros se deshizo.

—Nos marcharemos de inmediato —anunció poniéndose en pie—. ¿Estamos todos listos para el viaje? —preguntó cuando los guerreros empezaron a moverse entre las reinas y los veteranos.

—Todos excepto el cachorro de Flor Matinal —respondió un guerrero marrón moteado—. Es demasiado pequeño.

—Entonces cargaremos con él por turnos —decidió Estrella Alta.

Los gatos del clan se acercaron, con los ojos apagados de dolor y agotamiento. Una reina color carey

llevaba delicadamente por el pescuezo a un cachorro diminuto. La criaturita apenas tenía los ojos abiertos.

—¿Preparados? —preguntó Estrella Alta.

Un macho negro con una pata deforme miró alrededor y respondió por todos:

—Preparados.

Corazón de Fuego y Látigo Gris se volvieron para regresar a la entrada del túnel, y allí esperaron mientras los gatos salían parpadeando a la luz del sol. Algunos veteranos bizquearon tanto rato, con la cara crispada contra el débil sol, que Corazón de Fuego supuso que no

habían estado fuera del túnel desde hacía bastante tiempo. Estrella Alta fue el último en salir, y se colocó a la cabeza de su clan.

—¿Queréis que os llevemos por dónde hemos venido? —le preguntó Corazón de Fuego—. Creo que es un atajo.

—¿Es seguro?

Corazón de Fuego volvió a ver la expresión acorralada en los ojos del líder.

—Al venir no hemos tenido ningún problema —respondió Látigo Gris.

Estrella Alta sacudió la cola resueltamente, como si estuviese

alejando cualquier duda.

—Bien —declaró—. Tú ven conmigo, Látigo Gris. Enséñame el camino. Corazón de Fuego, tú ve junto al clan. Avisa a mi lugarteniente si ves problemas.

—¿Quién es?

Estrella Alta señaló con la cabeza al macho negro.

—Rengo —maulló.

El guerrero se volvió al oír su nombre y plantó las orejas.

Corazón de Fuego inclinó la cabeza a modo de saludo. Dejó a Látigo Gris con Estrella Alta y se unió al resto de los gatos.

Cuando el clan pasó por debajo del Sendero Atronador en arco, Corazón de Fuego todavía pudo oler el fuego, pero cuando llegaron al descampado no se veía a ningún Dos Patas. Látigo Gris fue derecho al túnel en que habían pasado la noche. Estrella Alta entró primero; mientras, Corazón de Fuego esperó al final hasta que todo el clan hubo desaparecido en su interior. Sólo quedaba Rengo.

—¿Estás seguro de que esto sale a la luz del día? —maulló con cautela el macho negro.

—Sólo pasa por debajo de un Sendero Atronador. ¿Nunca habéis

usado este túnel? —preguntó Corazón de Fuego sorprendido.

—Cuando nuestros guerreros cruzan un Sendero Atronador, prefieren ver adónde se encaminan —gruñó Rengo. Corazón de Fuego asintió, y el lugarteniente añadió—: Ve tú primero.

El joven se metió en el agujero negro. Al salir por el otro lado, encontró a los gatos mirando fijamente el campo que conducía al último Sendero Atronador. Vio que Estrella Alta consultaba brevemente con Látigo Gris antes de internarse en la extensión de hierba larga y quebradiza. Corazón de Fuego continuó con el resto del clan

flanqueando uno de los lados, mientras Rengo cojeaba firmemente al otro lado.

Antes de llegar a la mitad del campo, quedó patente que a muchos gatos les estaba costando mantener el ritmo.

—¡Estrella Alta! —maulló Rengo—. ¡Debemos ir más despacio!

Corazón de Fuego miró por encima del hombro, y vio que algunos gatos estaban rezagándose. Entre ellos se encontraba Flor Matinal, con la cría colgando de la boca. Fue hasta ella. La gata resollaba tremendamente. Debía de haber dado a luz hacía poco tiempo.

—Deja que lo lleve yo —se ofreció

Corazón de Fuego—. Sólo hasta que hayas recuperado el aliento.

Flor Matinal lo miró con recelo, pero sus ojos se dulcificaron al cruzarse con los de él. Dejó al cachorro en el suelo; Corazón de Fuego lo tomó cuidadosamente y caminó junto a la gata, para que ésta no perdiera de vista su preciosa carga.

Estrella Alta redujo el paso, pero sólo un poco. A pesar de su evidente cansancio y de que se le marcaban las costillas, estaba alimentado por una feroz energía que proporcionaba rapidez a sus patas.

Corazón de Fuego comprendía en

parte la razón de su urgencia. El sol ya estaba ascendiendo en el horizonte. Algunos de los gatos del Clan del Viento estaban enfermos, otros eran viejos, y todos estaban debilitados por el hambre. Si querían atravesar el Sendero Atronador sin perder a ningún miembro, tendrían que hacerlo deprisa, antes de que los monstruos llegaran en tropel.

Para cuando Corazón de Fuego y Flor Matinal alcanzaron el seto, el clan estaba reunido alrededor de su líder.

—Cruzaremos el Sendero Atronador por aquí —anunció Estrella Alta por encima del ruido de un monstruo que pasaba.

El líder pasó por debajo del seto. Rengo, Látigo Gris y un joven guerrero lo siguieron.

Flor Matinal se inclinó hacia Corazón de Fuego y recuperó a su pequeño. Ya había dejado de resollar, y al tomar al cachorro de la boca de Corazón de Fuego, le rozó la mejilla con agradecimiento. El joven bajó la cabeza y siguió a Látigo Gris.

Estrella Alta y Rengo estaban mirando en silencio el ancho camino grisáceo. Látigo Gris estaba junto a ellos, y señaló con la cola al joven guerrero.

—Éste es Bigotes —le dijo a

Corazón de Fuego.

Un monstruo pasó a toda velocidad, tragándose casi las palabras de Látigo Gris y levantando un polvo irritante.

Con los ojos llorosos, Corazón de Fuego saludó a Bigotes y devolvió su atención al Sendero Atronador.

—Deberíamos intentar cruzar en pequeños grupos —propuso—. Látigo Gris y yo nos quedaremos con cualquiera que necesite ayuda. —Miró al líder—. Si tú estás de acuerdo, Estrella Alta.

Éste asintió.

—Primero pasará el grupo más fuerte —maulló.

Los demás gatos empezaron a aparecer a través del seto. Al poco rato, todos estaban apiñados junto a ellos, apretados contra las punzantes ramitas, tan lejos del Sendero Atronador como les era posible.

Corazón de Fuego y Látigo Gris se acercaron al borde, esperando un hueco en la fila de monstruos. El Sendero Atronador estaba mucho más concurrido que cuando lo habían cruzado por la noche.

Bigotes guió al primer grupo.

—¿Quieres que crucemos contigo? —se ofreció Corazón de Fuego.

Podía oler el miedo del joven macho

marrón, pero éste negó con la cabeza. Los gatos que estaban junto a él observaron el Sendero Atronador a un lado y al otro. Todo estaba tranquilo, y el grupo corrió al otro lado sin problema.

Después fue el turno de dos guerreros, acompañados por un par de esqueléticos veteranos.

—¡Ahora! —ordenó Corazón de Fuego después de que un monstruo pasara ante ellos.

Los cuatro gatos saltaron al Sendero Atronador vacío. Los veteranos esbozaron una mueca de dolor al pisarlo, pues tenían las zarpas sensibles

por la humedad del túnel. Conteniendo el aliento, Corazón de Fuego los animó mentalmente mientras se acercaban al otro extremo. Un monstruo corría hacia ellos.

—¡Cuidado! —maulló Látigo Gris, e incluso los dos ancianos salieron disparados, con el pelo erizado, y se abalanzaron al arcén un segundo antes de que el monstruo pasara volando.

Luego cruzaron dos grupos más grandes; ya sólo quedaba uno. Únicamente cuando todos estuvieran a salvo, Estrella Alta y Rengo cruzarían. Flor Matinal se detuvo con su pequeño al lado de Corazón de Fuego. Junto a

ella temblaban tres gatos muy viejos.

—Nosotros iremos con vosotros —maulló Corazón de Fuego. Miró a su amigo, quien asintió—. Dinos cuándo es seguro cruzar, Látigo Gris.

Se inclinó para agarrar al cachorro de Flor Matinal, pero ella retrocedió agachando las orejas. Corazón de Fuego miró sus asustados ojos color ámbar y lo comprendió. Flor Matinal y su cachorro vivirían juntos o morirían juntos.

—¡Ahora!

Al oír el grito, Corazón de Fuego y Flor Matinal empezaron a cruzar. Los viejos los seguían caminando a duras penas, con Látigo Gris a su lado. El

tiempo pareció detenerse mientras los ancianos renqueaban lentamente con sus patas entumecidas y llenas de cicatrices. «Si ahora viene un monstruo, nos hará picadillo», se dijo Corazón de Fuego. El lado opuesto aún estaba a varios saltos de conejo.

—Vamos —los instó Látigo Gris.

Los viejos intentaron apresurarse, pero uno tropezó y Látigo Gris tuvo que empujarlo con el hocico para que volviera a ponerse en pie.

Corazón de Fuego oyó el rugido distante de un monstruo.

—¡Continúa! —le siseó a Flor Matinal—. Nosotros llevaremos a los

veteranos.

La gata avanzó a trompicones. Su cachorro chillaba al rozar contra el duro suelo. Corazón de Fuego y Látigo Gris empujaron los esqueléticos cuerpos de los ancianos para que siguieran adelante. El ruido del monstruo que se aproximaba era cada vez más fuerte.

Corazón de Fuego agarró por el pescuezo al viejo más cercano y tiró de él, antes de volver para arrastrar al segundo más cerca del arcén. El monstruo se acercaba a toda velocidad. Corazón de Fuego cerró los ojos y se preparó.

Hubo un chirrido y un olor acre que

le irritó la garganta, y luego un rugido cada vez más apagado conforme el monstruo se alejaba. Corazón de Fuego abrió los ojos y miró alrededor. Látigo Gris estaba agazapado en medio del Sendero Atronador, ileso, pero con las pupilas tan dilatadas como lunas llenas. Había un veterano encogido entre ellos; los otros dos temblaban cerca de la cuneta. El monstruo se alejaba como un rayo, zigzagueando. Los había esquivado a todos. «¡Gracias, Clan Estelar!».

Estremeciéndose, Corazón de Fuego tomó aire.

—Vamos —le dijo al último veterano—. Ya casi estamos.

Estrella Alta cruzó deprisa junto con Rengo y reunió a su tembloroso clan en la cuneta.

Bigotes tocó la nariz de Corazón de Fuego con la suya.

—Habríais muerto por nosotros —murmuró—. El Clan del Viento nunca olvidará esto.

La voz de Estrella Alta sonó detrás de ellos.

—Bigotes tiene razón; os honraremos a los dos en nuestras historias. Ahora debemos continuar —añadió—. Nos espera un largo viaje.

Mientras los gatos se preparaban para ponerse en marcha, Corazón de

Fuego se acercó a Flor Matinal. La gata estaba ocupada lamiendo a su cachorro.

—¿Tu pequeño se encuentra bien? —le preguntó el joven.

—Oh, sí —respondió ella.

—¿Y tú?

Flor Matinal no respondió.

Corazón de Fuego se volvió hacia una reina gris, la cual contestó a la pregunta que él le hizo sin palabras.

—No te preocupes —maulló—. Ahora llevaré yo al pequeño.

El clan siguió el seto a lo largo del Sendero Atronador antes de tomar el camino que iba a través del bosque. Los aromas forestales parecieron sosegar a

los gatos del Clan del Viento, pero la jornada se había cobrado su peaje: caminaban más despacio que nunca. Y cuando alcanzaron la valla del extremo más lejano, Corazón de Fuego tuvo que emplear todas sus fuerzas para ayudarlos a saltarla.

El sol ya había empezado a descender cuando Corazón de Fuego vio en la distancia la granja de Dos Patas. Olfateó el aire esperanzado, pero siguió sin captar ni rastro de su amigo Cuervo. Sintió una punzada de tristeza, y procuró no ceder a la persistente idea de que no debería haberlo mandado allí solo.

Sobre las Rocas Altas se

amontonaron nubes, cada vez más negras conforme cubrían el sol poniente. Un viento frío alborotó el pelo de los gatos, arrastrando las primeras gotas de lluvia.

Corazón de Fuego miró a los gatos del Clan del Viento. No había forma de que lograran viajar en una noche larga y húmeda. Él también estaba cansado, y, por primera vez desde que tomó las hierbas de Fauces Amarillas, estaba sintiendo los efectos del hambre. Una mirada a Látigo Gris le dijo que su amigo sentía lo mismo. El gran guerrero gris iba arrastrando la cola, y tenía las orejas agachadas contra la lluvia.

—Estrella Alta —llamó Corazón de

Fuego—. Quizá deberíamos detenernos pronto y buscar un refugio para la noche.

El líder del Clan del Viento se paró y aguardó hasta que Corazón de Fuego llegó a su lado.

—Estoy de acuerdo —maulló—. Aquí hay una zanja; podemos refugiarnos en ella hasta que salga el sol.

Corazón de Fuego y Látigo Gris intercambiaron una mirada.

—Será mejor que nos resguardemos en el seto —sugirió Corazón de Fuego—. En estas zanjas hay ratas.

Estrella Alta asintió.

—Muy bien.

Se volvió hacia su clan y anunció que pasarían allí la noche. Al instante, las reinas y veteranos se dejaron caer pesadamente, a pesar de la lluvia, mientras los guerreros y aprendices se reunían para formar grupos de caza.

Los dos jóvenes guerreros se les unieron.

—No sé si la caza será buena por aquí —maulló Corazón de Fuego—. Hay demasiados Dos Patas.

El estómago de Látigo Gris rugió como dándole la razón. Los otros guerreros se volvieron hacia él con expresión divertida pero comprensiva. Luego se quedaron inmóviles al oír un

susurro en la hierba de detrás. Se les erizó el pelo y arquearon el lomo, sacando unas afiladas uñas, pero Corazón de Fuego y Látigo Gris volvieron la cabeza llenos de alegría. El viento les traía un aroma tan familiar como el de su propia guarida.

—¡Cuervo! —exclamó Corazón de Fuego con voz ahogada cuando un gato negro y lustroso emergió por entre la alta hierba.

Corrió hacia su viejo amigo y lo acarició con el hocico.

—¡Gracias al Clan Estelar que estás vivo! —ronroneó.

Luego retrocedió para examinar a

Cuervo, sorprendido. ¿Qué había sucedido con el flacucho y temeroso aprendiz negro? Aquel gato estaba rollizo y lustroso, y su pelaje, antiguamente apagado, repelía ahora la lluvia como las hojas de acebo.

—¡Zarpa de Fuego! —maulló Cuervo encantado.

—Corazón de Fuego —lo corrigió Látigo Gris. Se acercó para tocar con su nariz la del gato negro—. ¡Ahora somos guerreros! Yo soy Látigo Gris.

—¿Conocéis a este gato? —gruñó Rengo.

Corazón de Fuego se estremeció ante la hostilidad de su voz. Miró a los

erizados gatos y se maldijo por haber pronunciado el nombre de Cuervo. Sólo esperaba que los guerreros de Estrella Alta estuvieran demasiado distraídos para haberlo oído. Si el Clan del Viento lo mencionaba en una Asamblea, la noticia se propagaría por todos los clanes como un incendio. ¡Se suponía que Cuervo estaba muerto!

—¿Es un solitario? —inquirió Bigotes.

—Puede ayudarnos a encontrar comida —maulló Corazón de Fuego, lanzándole una mirada a Cuervo.

El gato negro asintió.

—¡Conozco los mejores lugares de

aquí para cazar! —declaró. Ni siquiera se le había erizado el pelo bajo tantas miradas hostiles.

«¡Cuánto ha cambiado!», pensó Corazón de Fuego.

—¿Por qué habría de ayudarnos un solitario? —quiso saber Rengo.

—Los solitarios nos han ayudado en otras ocasiones —explicó Látigo Gris —. Uno nos salvó una vez del ataque de unas ratas.

Cuervo dio unos pasos adelante e inclinó respetuosamente la cabeza al dirigirse a los guerreros del Clan del Viento:

—¡Dejad que os ayude! Debo mi

vida a Corazón de Fuego y Látigo Gris, y si ellos viajan con vosotros, entonces debéis de ser amigos.

Alzó los ojos y los posó sobre los gatos del Clan del Viento. Ellos le devolvieron la mirada, ya más cautelosa que hostil. Estaba lloviendo copiosamente y, con el pelo empapado, parecían más esqueléticos que nunca.

—Iré en busca de Centeno —propuso Cuervo—. Él también colaborará. —Se volvió y desapareció en la alta hierba.

Los ojos de Estrella Alta ardían de curiosidad, pero lo único que le preguntó a Corazón de Fuego fue:

—¿Podemos confiar en él?

El joven le sostuvo la mirada.

—Completamente.

Estrella Alta hizo una seña a sus guerreros. Éstos alisaron el pelo erizado y se sentaron a esperar.

Corazón de Fuego estaba casi calado hasta los huesos cuando reapareció Cuervo. Lo acompañaba Centeno. El joven saludó al solitario blanco y negro con un maullido amistoso. Era estupendo volver a verlo.

Centeno echó un vistazo a los empapados gatos y dijo:

—Debemos buscaros un refugio apropiado. ¡Seguidme!

Corazón de Fuego obedeció con presteza, contento de mover las patas, cada vez más agarrotadas. Látigo Gris fue detrás de él, pero los demás gatos vacilaron, con miedo y recelo en los ojos.

Estrella Alta dedicó un guiño a su clan.

—Tenemos que confiar en él —gruñó, antes de volverse para seguir al solitario.

Uno a uno, los felinos se pusieron en marcha detrás de su líder.

Centeno y Cuervo los guiaron a otro campo a través del seto. En un rincón lleno de hierbajos, entre zarzas y

ortigas, había una vivienda de Dos Patas abandonada. Las paredes estaban llenas de agujeros, donde las piedras se habían desprendido, y sólo conservaba la mitad del techo.

Los gatos la miraron atemorizados.

—¡A mí no me meteréis ahí! —masculló uno de los veteranos.

—Los Dos Patas ya nunca vienen aquí —los tranquilizó Centeno.

—Nos ofrecerá cierta protección contra la lluvia —los animó Corazón de Fuego.

Uno de los aprendices susurró bastante alto:

—No me sorprende que quiera

esconderse en una casa de Dos Patas: un minino de compañía siempre es un minino de compañía.

Corazón de Fuego erizó el pelo. Hacía muchas lunas que no oía ese insulto. La historia de un gato doméstico que se había unido a un clan debía de haber sido un jugoso cotilleo en las Asambleas. Por supuesto, el Clan del Viento lo sabía. Se volvió de golpe y fulminó al aprendiz con la mirada.

—Tú has pasado dos lunas viviendo en un túnel de los Dos Patas. ¿Te convierte eso en una rata?

El aprendiz se irguió, erizando el pelo, pero Látigo Gris se interpuso entre

ambos.

—Vamos; cuanto más tiempo pasamos aquí fuera, más nos mojamos.

Los gatos murmuraron nerviosos entre sí, claramente reacios, pero tras una mirada a Corazón de Fuego, Flor Matinal recogió a su pequeño y entró en la casa de Dos Patas. La siguió la reina gris, empujando a su propio cachorro para resguardarlo de la lluvia. Poco a poco, los demás gatos fueron tras ellas, hasta que todos estuvieron dentro.

Corazón de Fuego barrió con la mirada el tenebroso refugio. El suelo estaba desnudo, excepto donde las malas hierbas se habían abierto paso por

debajo de las paredes de piedra. El viento y la lluvia encontraban su camino por los huecos de los muros y el techo, pero estaba más seco y mucho más resguardado que cualquier sitio de fuera. Corazón de Fuego observó cómo los gatos olfateaban el lugar cautelosamente. Conforme empezaron a acomodarse, lejos de los agujeros goteantes y las corrientes de las grietas, miró a Látigo Gris, aliviado. Sólo Estrella Alta y Rengo seguían de pie.

—¿Qué pasa con la comida? —preguntó Rengo.

—Vosotros deberíais descansar —respondió Centeno—. Cuer…

Corazón de Fuego lo interrumpió antes de que acabase de pronunciar el nombre de Cuervo en voz alta.

—¿Por qué no nos enseñáis a Látigo Gris y a mí los mejores lugares para cazar por aquí?

—Rengo y Bigotes irán con vosotros —maulló Estrella Alta.

Corazón de Fuego no tenía claro si el líder seguía sin fiarse de los dos desconocidos o si estaba decidido a demostrar que su clan podía cuidar de sí mismo.

Los seis gatos se internaron de nuevo en la lluvia. Resultaría duro cazar, pero Corazón de Fuego estaba

muerto de hambre. El hambre siempre lo volvía mejor cazador. Esa noche, los campañoles y ratones no tendrían ni una sola oportunidad.

—¡Enseñadme dónde están! —les dijo a Centeno y Cuervo.

Los dos solitarios los condujeron a una pequeña arboleda. Corazón de Fuego aspiró una bocanada del familiar aroma. Adoptó la posición de acecho y empezó a avanzar entre los helechos.

Cuando la partida de caza regresó, todos sus componentes traían presas. Esa noche, los gatos del clan se dieron un

festín junto con sus nuevos aliados. Todos, desde el más viejo hasta el más joven, comieron hasta hartarse, y luego se acurrucaron juntos para compartir lenguas acicalándose mutuamente. Mientras, el viento y la lluvia azotaban las paredes del refugio.

Cuando se hizo noche cerrada, Centeno se puso en pie.

—Me marcho. ¡Hay ratas que cazar! —anunció.

Corazón de Fuego se levantó y le tocó la nariz con la suya.

—Gracias de nuevo —ronroneó—. Es la segunda vez que nos ayudas.

—Gracias por enviar a Cuervo

conmigo —replicó Centeno—. Se está convirtiendo en un gran cazador de ratas. Y es bueno compartir la comida con un camarada de vez en cuando.

—¿Cuervo es feliz aquí?

—Pregúntaselo tú mismo —repuso Centeno, y desapareció en la noche.

Corazón de Fuego se acercó a Estrella Alta, que estaba lavándose las patas. Al joven no se le escapó lo hinchadas y doloridas que parecían.

—Si estás de acuerdo, nosotros vigilaremos esta noche —se ofreció, señalando con la cola a Látigo Gris y Cuervo.

Estrella Alta lo miró agradecido; el

agotamiento empañaba sus ojos.

—Gracias —contestó.

Corazón de Fuego parpadeó respetuosamente y fue a hablar con Látigo Gris y Cuervo.

Su oferta había sido sincera, pero también significaba que podría estar a solas con sus dos amigos. Estaba desesperado por tener a Cuervo fuera del alcance de los oídos de los demás gatos y preguntarle cómo le había ido. Látigo Gris y Cuervo se le acercaron en cuanto los llamó.

Los condujo a un rincón del refugio, lo bastante cerca de la entrada para vigilar y lo bastante lejos para poder

hablar en privado.

—Entonces, ¿qué te pasó después de que te dejáramos? —le preguntó a Cuervo en cuanto se pusieron cómodos.

—Crucé directamente el territorio del Clan del Viento, como tú sugeriste.

—Y ¿qué me dices de los perros de los Dos Patas? —inquirió Látigo Gris —. ¿Estaban sueltos?

—Sí, pero fue fácil evitarlos.

A Corazón de Fuego le sorprendió la tranquilidad con que su amigo desechó el tema de los perros.

—¿Fácil? —repitió.

—Los olí a mucha distancia. Lo único que tuve que hacer fue esperar

hasta la aurora, y en cuanto volvieron a estar atados, localicé a Centeno. Se ha portado muy bien conmigo. Creo que le gusta tenerme cerca. —De repente, su expresión se ensombreció—. Lo cual es mucho más de lo que nunca hizo Garra de Tigre —añadió amargamente—. ¿Qué le contasteis a él?

Corazón de Fuego reconoció la expresión atormentada de Cuervo al hablar de su antiguo mentor.

—Le dijimos que te había matado una patrulla del Clan de la Sombra —contestó en voz baja.

Dos aprendices del clan iban hacia ellos. Corazón de Fuego movió las

orejas para indicar a sus amigos que tenían público.

—Oh, sí —exclamó Cuervo levantando la voz—. Los solitarios nos comemos a los aprendices de clan siempre que logramos atrapar uno.

Los aprendices le lanzaron una mirada desdeñosa.

—No nos asustas —maullaron.

—¿En serio? —ronroneó Cuervo—. Bueno, en cualquier caso, supongo que vuestra carne sería dura y fibrosa.

—¿Cómo es que sois tan buenos amigos de un solitario? —le preguntó un aprendiz a Corazón de Fuego.

—Un guerrero inteligente hace

amigos en cualquier sitio. Si no fuera por este solitario, seguiríamos ateridos y hambrientos en vez de secos y alimentados. —Entornó los ojos a modo de advertencia, y los aprendices se marcharon.

—De modo que el Clan del Trueno piensa que estoy muerto —maulló Cuervo. Se miró las patas—. Bueno, probablemente sea lo mejor. —Alzó los ojos y miró a sus amigos—. Me alegro mucho de volver a veros —añadió.

Corazón de Fuego ronroneó y Látigo Gris le dio un empujoncito afectuoso con la pata trasera.

—Pero parecéis cansados —

continuó Cuervo—. Deberíais dormir un poco. Yo vigilaré esta noche. Puedo descansar mañana.

Se levantó y lamió delicadamente la cabeza de sus viejos amigos. Luego fue hacia la entrada del refugio, se sentó allí y se quedó mirando la lluvia.

Corazón de Fuego miró a Látigo Gris.

—¿Estás cansado?

—Agotado —admitió el guerrero gris; luego apoyó la cabeza en las patas y cerró los ojos.

Corazón de Fuego lanzó una última mirada a Cuervo, sentado solo en la entrada. Ahora sabía que había hecho lo

correcto al ayudarlo a abandonar el Clan del Trueno. Quizá Estrella Azul tenía razón al decir que Cuervo estaría mejor sin el clan. «Cada gato tiene su propio destino», pensó. Cuervo era feliz, y eso era lo único que importaba.

Cuando Corazón de Fuego se despertó, Cuervo se había ido. Ya era de día. Las nubes grises de tormenta habían empezado a alejarse. Coloreadas por el fulgor rosado del sol naciente, parecían flores flotando en un estanque. Corazón de Fuego se quedó mirándolas por un agujero del techo mientras los gatos del

clan se levantaban y terminaban las sobras de la noche anterior.

Un macho marrón de cola corta se unió a Corazón de Fuego para observar las nubes. El joven pegó un brinco cuando el otro dejó escapar un curioso maullido. El sonido atrajo a todos los gatos hacia ellos, murmurando nerviosos.

—¿Qué ocurre, Cascarón? —quiso saber Flor Matinal—. ¿Te ha hablado el Clan Estelar?

Corazón de Fuego comprendió que aquel gato debía de ser el curandero del clan. Se puso tenso instintivamente al ver cómo se erizaba el lomo de

Cascarón.

—¡Las nubes están teñidas de sangre! —exclamó con voz ronca, con los ojos dilatados y vidriosos—. Es una señal de nuestros antepasados. Se avecinan problemas. Este día traerá una muerte innecesaria.



7

Durante unos segundos ningún gato se movió ni habló. Al cabo, Rengo gruñó:

—Cualquier clan ha podido ver esas nubes. No podemos estar seguros de que el mensaje sea para nosotros.

Sonaron maullidos esperanzados. Estrella Alta inspeccionó a los suyos, y luego dijo con calma:

—Sea lo que sea lo que el Clan Estelar haya planeado para nosotros, hoy regresaremos a casa. Puedo oler más lluvia en el aire. Es hora de partir.

Corazón de Fuego se sintió aliviado ante el tono práctico del líder. Lo último que necesitaban era un ataque de histeria por una profecía de mal agüero.

Estrella Alta abrió la marcha para salir al frío aire matinal. Corazón de Fuego y Látigo Gris lo siguieron. El líder tenía razón: el viento llevaba la promesa de más lluvia, y pronto.

—¿Quieres que nos adelantemos a reconocer el terreno? —se ofreció Corazón de Fuego.

—Sí, por favor. Avisadme si veis perros, Dos Patas o ratas. Mi clan es más fuerte esta mañana, pero al pasar por aquí la primera vez, tuvimos problemas con los perros. Debemos estar alerta.

Por la expresión preocupada del líder, Corazón de Fuego supo que la advertencia de Cascarón lo había perturbado más de lo que sugerían sus palabras. Tal vez el Clan del Viento fuese más fuerte, pero no estaba en condiciones de enfrentarse a atacantes.

Salió corriendo con Látigo Gris pisándole los talones. Se turnaron para regresar a contarle a Estrella Alta si el

camino estaba libre, o para aconsejarle que se detuvieran mientras pasaba un Dos Patas con un perro. Los gatos obedecían a su líder sin rechistar, pero avanzaban lenta y pesadamente a pesar de la noche de descanso.

Para cuando el sol estuvo en lo alto, volvieron a formarse nubes oscuras y empezaron a caer las primeras gotas. El suelo comenzó a empinarse. Al atravesar un seto, Corazón de Fuego reconoció el sendero de tierra roja que iba del territorio de los Dos Patas a las tierras de caza del Clan del Viento. Se animó de golpe, e intercambió una mirada de triunfo con Látigo Gris. ¡Ya

casi estaban!

Tras el seto sonaba el apagado sonido de pasos pesados. Corazón de Fuego dio media vuelta y regresó al campo. Los gatos del clan los habían alcanzado. Rengo encabezaba el grupo, y pareció sorprendido por la repentina aparición del joven.

—Por aquí —maulló éste, señalando el agujero a través de las hojas goteantes.

Estaba deseando ver la reacción de los miembros del clan cuando vislumbraran las tierras altas al otro lado. Con Rengo a la cabeza, todos los gatos empezaron a cruzar despacio.

Corazón de Fuego siguió al último, pero Rengo y otros dos guerreros ya habían saltado la zanja y atravesado el sendero, y estaban cruzando el seto del otro lado. Su ritmo se había acelerado; era evidente que sabían dónde estaban. Tuvo que correr para alcanzarlos. Los siguió a través del seto, y se mantuvo a su lado mientras saltaban hacia la larga cuesta que conducía a las tierras altas y a su hogar.

Al pie de la ladera, Rengo y sus guerreros se detuvieron a esperar al resto del clan. Cerraron los ojos contra la lluvia, pero mantuvieron la cabeza alta. Corazón de Fuego vio cómo les

subía y bajaba el pecho al aspirar los familiares aromas procedentes de las tierras altas.

El joven volvió corriendo hacia el clan, en busca de Flor Matinal. La descubrió caminando al lado de un guerrero atigrado que llevaba en la boca a su pequeño. Cada pocos pasos, la reina carey estiraba el cuello para olfatear al bultito mojado. Ya no tardaría mucho en poder acomodar a su cachorro en la maternidad del Clan del Viento.

Corazón de Fuego se reunió con Látigo Gris en la retaguardia. Se miraron con alegría, pero no hablaron, demasiado cautivados por la emoción

del clan al regresar a su hogar.

Al aproximarse a lo alto, algunos guerreros echaron a correr. En la cima de la ladera dibujaron unas orgullosas siluetas contra el cielo tormentoso, mientras el viento les ondulaba el pelaje. Ante ellos se extendían sus antiguos terrenos de caza. De repente, dos aprendices salieron corriendo, pasaron ante Corazón de Fuego y saltaron al familiar brezo.

Estrella Alta se quedó de piedra.

—¡Alto! —aulló—. ¡Podría haber patrullas de caza de otros clanes!

En cuanto lo oyeron, los aprendices frenaron en seco y regresaron a toda

máquina con el clan, con los ojos todavía brillantes de júbilo.

Desde una cresta sembrada de rocas, Corazón de Fuego vio la hondonada en el suelo que escondía el campamento del Clan del Viento. Con un ronroneo encantado, Flor Matinal tomó a su cachorro de la boca del guerrero y se dirigió enseguida hacia allí. Estrella Alta sacudió la cola, y tres guerreros corrieron a escoltarla mientras desaparecía en el campamento.

El líder se detuvo mientras el resto de su clan se apresuraba a desaparecer en los protectores arbustos de abajo. Se volvió hacia Corazón de Fuego y Látigo

Gris con ojos resplandecientes.

—Mi clan os agradece vuestra ayuda —maulló—. Ambos habéis demostrado que sois guerreros dignos del Clan Estelar. El Clan del Viento ha vuelto a casa, y es hora de que vosotros volváis a la vuestra.

Corazón de Fuego sintió una punzada de decepción. Habría querido ver a Flor Matinal instalada en la maternidad con su cachorro. Pero Estrella Alta tenía razón: no era necesario que siguieran allí más tiempo.

—Podría haber grupos de caza hostiles por aquí —continuó el líder—. Bigotes y Rengo os escoltarán hasta los

Cuatro Árboles.

Corazón de Fuego inclinó la cabeza.

—Gracias, Estrella Alta.

El líder llamó a sus guerreros y les dio las órdenes oportunas. Luego volvió de nuevo sus ojos cansados a los jóvenes.

—Habéis servido bien a mi clan. Decidle a Estrella Azul que el Clan del Viento no olvidará que fue el Clan del Trueno quien lo trajo de vuelta a casa.

Rengo se puso en marcha en dirección a los Cuatro Árboles. Corazón de Fuego y Látigo Gris siguieron detrás de él, con Bigotes al lado. Avanzaron muy juntos por un estrecho sendero a

través de una masa de aulagas que proporcionaba una buena protección contra la lluvia.

De repente, Bigotes se detuvo y olfateó el aire.

—¡Conejo! —exclamó jubilosamente antes de internarse en la aulaga.

Rengo se paró a esperar. Corazón de Fuego pudo ver un centelleo en los cansados ojos del lugarteniente. Se oyeron pasos apresurados en la distancia y el susurro de la aulaga; luego, el silencio.

Al cabo de un momento, Bigotes regresó con un conejo entre las fauces.

Látigo Gris se inclinó hacia Corazón de Fuego:

—Un poquito mejor que los guerreros del Clan del Río, ¿eh?

Corazón de Fuego coincidió con un ronroneo.

Bigotes dejó la presa en el suelo.

—¿Alguien tiene hambre?

Comieron el conejo, agradecidos. Cuando se hubo terminado su parte, Corazón de Fuego se incorporó relamiéndose. La comida lo había reanimado, pero empezaba a sentir las patas doloridas y un frío agotador en los huesos. Si seguían la ruta por la que habían llegado, pasando por los Cuatro

Árboles, aún les quedaba un largo camino por delante. ¿Y si tomaban un atajo por los terrenos de caza del Clan del Río? Después de todo, estaban realizando una misión acordada por todos los clanes, al menos en la Asamblea. ¿Podría el Clan del Río oponerse si atravesaban su territorio? No es que fueran a cazar allí…

Corazón de Fuego miró a sus compañeros y dijo como tanteo:

—¿Sabéis?, sería más rápido si siguiéramos el río.

Látigo Gris, que estaba lavándose una pata, levantó la vista.

—Pero eso significaría entrar en el

territorio del Clan del Río.

—Podríamos seguir el desfiladero —explicó Corazón de Fuego—. El Clan del Río no caza allí; es demasiado escarpado para que puedan llegar al agua.

Látigo Gris bajó la pata suavemente.

—Me duelen hasta las uñas —murmuró—. No me importaría tomar una ruta más corta. —Esperanzado, volvió sus ojos amarillos al lugarteniente del Clan del Viento.

Rengo pareció pensativo.

—Estrella Alta nos ha ordenado acompañaros a los Cuatro Árboles —maulló.

—Si no queréis venir con nosotros, lo entenderemos —respondió Corazón de Fuego—. Sólo estaremos en territorio del Clan del Río un visto y no visto. No creo que vayamos a tener problemas.

Látigo Gris asintió, pero Rengo negó con la cabeza.

—No podemos dejar que entréis solos en territorio del Clan del Río. Estáis agotados. Si encontrarais algún problema, no estaríais en condiciones de enfrentaros a él.

—¡No vamos a tropezarnos con nadie! —Corazón de Fuego se había convencido, y estaba dispuesto a convencer también a Rengo.

Éste lo miró con ojos viejos y sabios.

—Si fuéramos por allí —reflexionó—, el Clan del Río sabría que el Clan del Viento ha regresado.

Corazón de Fuego irguió las orejas, entendiendo lo que quería decir.

—Y en cuanto hayan captado olor fresco del Clan del Viento, quizá no tengan tantas ganas de volver a cazar conejos en vuestro territorio.

Bigotes se relamió los últimos rastros de conejo del hocico y señaló:

—¡Eso significará que estaremos de vuelta en casa antes de que salga la luna!

—¡Tú sólo quieres asegurarte de

conseguir un buen lecho en la guarida! —replicó Rengo. Su voz era severa, pero había un brillo bonachón en sus ojos.

—Entonces, ¿vamos a ir por territorio del Clan de Río? —preguntó Corazón de Fuego.

—Sí —decidió Rengo.

Cambió de dirección y guió a los gatos por una antigua senda de tejones que los alejaba de las áridas tierras altas. Pronto llegaron al territorio prohibido. Incluso a través del viento y la lluvia, Corazón de Fuego oyó el rugido del río, que resonaba más adelante.

Siguieron la senda. El camino fue encogiendo hasta quedar reducido a poco más que una tira de hierba al borde de una profunda quebrada. A un lado, la tierra se extendía hacia arriba, escarpada y rocosa; al otro, caía en picado. Corazón de Fuego podía ver el extremo opuesto de la garganta, a sólo unos zorros de distancia. El espacio parecía tentadoramente estrecho, y el joven se preguntó si podría salvarlo con un único salto. Tal vez si no estuviese tan hambriento y cansado… Sintió un hormigueo de miedo en las zarpas al pensar en la caída, pero no pudo resistirse a mirar por el borde.

Bajo sus patas, el suelo descendía en un precipicio cortado a pico. Había helechos aferrados a diminutos salientes; sus hojas relucían, pero no por la lluvia, sino por el agua en suspensión del torrente crecido que formaba espuma al fondo de la garganta.

Corazón de Fuego se separó del borde, con el lomo erizado de miedo. Más adelante, Rengo, Bigotes y Látigo Gris avanzaban pesadamente pero sin pausa, con la cabeza gacha. Tendrían que seguir ese sendero hasta llegar a la pequeña zona forestal que había entre ellos y el territorio del Clan del Trueno.

Corazón de Fuego trastabilló al

correr para alcanzar a los otros. Rengo tenía las orejas desplegadas y la cola tan baja que casi la arrastraba por el suelo. Bigotes también estaba claramente nervioso; no dejaba de mirar la pendiente que se alzaba junto a ellos, como si oyera algo.

Corazón de Fuego no podía oír nada a excepción del rugido del río. Miró por encima del hombro con ansiedad, barriendo el espacio con los ojos. El recelo de los gatos del Clan del Viento lo estaba poniendo nervioso.

La escarpada ladera comenzó a allanarse, hasta que pudieron alejarse del borde del precipicio. La lluvia

seguía resbalándoles por la cara. El cielo, cada vez más oscuro, le indicó a Corazón de Fuego que el sol se estaba poniendo, pero no tardarían mucho en alcanzar el bosque. Allí estarían más resguardados. La idea de comida y un lecho seco lo animó.

De repente, un aullido de advertencia resonó en la garganta de Rengo. Corazón de Fuego se quedó inmóvil y saboreó el aire. ¡Una patrulla del Clan del Río! A sus espaldas sonó un maullido agudo. Al volverse, descubrieron que seis guerreros se abalanzaban sobre ellos, y a Corazón de Fuego se le erizó el pelo de horror. La

profunda quebrada con sus bravas aguas seguía peligrosamente cerca.

Un gato marrón oscuro aterrizó sobre él. Corazón de Fuego rodó para alejarse del precipicio, dando furiosos golpes con las patas traseras. Sintió que le clavaban los dientes en el bíceps, y se retorció bajo el peso del rabioso guerrero. Arañó desesperadamente el suelo empapado, tratando de liberarse. El enemigo le dio un zarpazo en el costado con sus afiladas uñas, y él mordió a su atacante. Cerró las mandíbulas con fuerza y oyó el chillido del guerrero, que le clavó las garras con más fiereza todavía.

—Ésta será la última vez que pises territorio del Clan del Río —bufó el gato marrón.

Corazón de Fuego era consciente de que alrededor sus compañeros peleaban con ferocidad. Sabía que estaban tan exhaustos como él por la larga caminata, y oyó que Látigo Gris maullaba violentamente. Bigotes bufaba de dolor y rabia. Y entonces, procedente del bosque que tenían detrás, el joven oyó otro sonido, un sonido cargado de furia… pero, aun así, motivo de júbilo. ¡El grito de guerra de Garra de Tigre! Corazón de Fuego olió a una patrulla del Clan del Trueno que se acercaba a toda

prisa, dispuesta para la batalla: eran Garra de Tigre, Sauce, Tormenta Blanca y Arenisca.

Maullando y bufando, los gatos del Clan del Trueno se unieron al combate. El gato marrón soltó a Corazón de Fuego, quien se puso en pie de inmediato. Vio cómo Garra de Tigre inmovilizaba a un gato gris contra el suelo y le daba un mordisco de advertencia en la pata trasera. El oponente huyó chillando hacia los arbustos. Garra de Tigre se volvió y clavó sus ojos claros en Leopardina. La lugarteniente moteada del Clan del Río estaba luchando con Rengo. El guerrero

lisiado no podía con la feroz gata. Corazón de Fuego se preparó para saltar en su rescate, pero Garra de Tigre se le adelantó. El guerrero oscuro se abalanzó sobre Leopardina y la agarró por los omóplatos. Con un potente gruñido, la separó del escuálido lugarteniente del Clan del Viento.

Corazón de Fuego oyó un violento maullido detrás de él. Al darse la vuelta, vio a Arenisca enzarzada con otra gata del Clan del Río. Retorciéndose y debatiéndose, rodaban agarradas por la hierba mojada, bufando y arañándose con fiereza. Corazón de Fuego soltó un grito ahogado. ¡Estaban rodando hacia el

borde rocoso del precipicio!

El joven echó a correr. Con un potente golpe, separó a la guerrera de Arenisca y la apartó del borde. Arenisca resbaló hacia el precipicio. Corazón de Fuego se abalanzó sobre ella y la agarró con los dientes por el pescuezo. Arenisca chilló de rabia mientras él la arrastraba lejos de la quebrada, arañando el suelo embarrado. En cuanto Corazón de Fuego se detuvo, ella se puso en pie y le bufó, con los ojos llameantes de furia:

—¡Puedo ganar mis propias batallas sin que me ayudes!

Corazón de Fuego abrió la boca para

explicarse, pero un terrible maullido hizo que ambos volviesen la cabeza. Látigo Gris estaba inclinado peligrosamente en el borde de la quebrada, estirando al máximo las patas traseras. Junto a él, una zarpa blanca se aferraba al borde. Látigo Gris se inclinó más con la boca abierta, tratando de agarrar la pata, pero ésta desapareció de la vista con una rapidez terrorífica. Látigo Gris chilló y chilló, y su voz resonó por toda la garganta.

Los gatos dejaron de pelear al oír la agónica llamada de Látigo Gris. Corazón de Fuego se quedó helado, resollando de la impresión y el

cansancio. Los miembros del Clan del Río corrieron al borde del precipicio. Corazón de Fuego los siguió despacio y se asomó. Al fondo, a través del ensordecedor torrente, vio la cabeza oscura de un guerrero del Clan del Río, hundiéndose bajo la espumosa agua.

Con un escalofrío de espanto, Corazón de Fuego recordó las palabras del curandero del Clan del Viento: «Este día traerá una muerte innecesaria».



8

Leopardina alzó la cabeza y aulló al viento:

—¡Garra Blanca! ¡No!

Látigo Gris retrocedió torpemente hasta que tuvo las cuatro patas sobre suelo firme. Tenía el pelaje mojado y erizado, y los ojos dilatados de espanto.

—He intentado agarrarlo… él ha

perdido pie solo… Yo no pretendía… —Las palabras le salieron a trompicones y entrecortadas.

Corazón de Fuego corrió hacia su amigo y pegó la nariz a su costado para consolarlo, pero Látigo Gris se apartó a ciegas.

Uno por uno, los otros gatos se alejaron del borde y miraron a Látigo Gris. Los guerreros del Clan del Río tenían los ojos entornados de furia y los omóplatos tensos. Sauce y Tormenta Blanca fueron instintivamente hacia Látigo Gris, y tomaron posiciones defensivas a ambos lados del joven.

Leopardina gruñó desde lo más

hondo de la garganta, pero era una advertencia a sus propios gatos. Debían permanecer donde estaban. La lugarteniente miró a Garra de Tigre directamente a los ojos.

—Esto ha sido más que una escaramuza fronteriza —murmuró—. Regresaremos con nuestro clan. Habrá que solucionar este asunto en otro momento y de otra manera.

Garra de Tigre le devolvió una mirada desafiante. No mostró ningún temor; se limitó a hacer un leve gesto de asentimiento. Leopardina agitó la punta de la cola y dio media vuelta para marcharse. Los gatos de su clan la

siguieron, y toda la patrulla desapareció entre los arbustos.

Las amenazadoras palabras de Leopardina inquietaron a Corazón de fuego. Un mal presentimiento lo invadió como una sombra fría, pues comprendió que aquella reyerta podría significar el inicio de una guerra.

—Deberíamos irnos —maulló Rengo, cojeando—. Vuestros dos guerreros nos han servido bien, y mi clan os da las gracias.

Pero ese agradecimiento formal sonó hueco después de la tragedia que acababan de presenciar. Garra de Tigre asintió, y los dos guerreros del Clan del

Viento se encaminaron hacia su propio territorio. Corazón de Fuego se despidió de Bigotes con un quedo maullido cuando el gato pasó por su lado. Bigotes le lanzó una breve mirada y siguió adelante.

Corazón de Fuego reparó en que Arenisca se hallaba en el borde de la quebrada, mirando fijamente el torrente que corría al fondo. Parecía tener las patas congeladas sobre el suelo y los ojos clavados en el abrupto precipicio. El joven supuso que acababa de comprender lo cerca que había estado de compartir el destino de Garra Blanca. Se disponía a acercarse a la gata cuando

Garra de Tigre gruñó:

—¡Seguidme!

El guerrero atigrado salió corriendo entre los árboles, y el resto de la patrulla fue tras él, pero Corazón de Fuego vaciló junto a Látigo Gris.

—¡Vamos! —lo instó—. ¡No deberíamos quedarnos rezagados!

Látigo Gris se encogió de hombros, con los ojos empañados de dolor, y empezó a andar detrás de los demás, arrastrando las patas como si fueran de piedra.

Pronto, los gatos que iban delante desaparecieron de su vista, pero Corazón de Fuego podía localizarlos

por su olor. Garra de Tigre los conducía de vuelta a su territorio, justo a través de la estrecha zona boscosa del Clan del Río. Corazón de Fuego supuso que en esos momentos no había por qué preocuparse de las patrullas. El daño estaba hecho. Sería absurdo tomar la ruta larga que pasaba por los Cuatro Árboles.

Garra de Tigre había detenido al grupo y estaba esperándolos en el límite del territorio del Clan del Río.

—Creía que os había dicho que me siguierais —gruñó.

—Látigo Gris estaba… —empezó Corazón de Fuego.

—Cuanto antes llegue Látigo Gris al campamento, mejor —lo interrumpió Garra de Tigre.

Látigo Gris no dijo nada, pero a Corazón de Fuego le irritó el áspero tono del lugarteniente.

—¡La muerte de Garra Blanca no ha sido culpa de Látigo Gris!

Garra de Tigre se volvió.

—Lo sé —maulló—. Pero ya no tiene remedio. Vamos, ¡y esta vez no os quedéis atrás!

Se puso en marcha de un salto, cruzando las marcas olorosas que delimitaban el territorio del Clan del Trueno.

Corazón de Fuego había esperado ese momento desde que salieron del refugio del Clan del Viento entre aquellos Senderos Atronadores. Ahora, apenas se dio cuenta de que dejaba atrás las marcas, pues tenía un ojo puesto en Látigo Gris.

La lluvia amainó mientras seguían la familiar senda al campamento. Cuando la patrulla apareció por el túnel de aulagas, algunos gatos salieron de sus guaridas para recibirlos con la cola bien alta.

—¿Habéis encontrado al Clan del Viento? ¿Están a salvo? —quiso saber Musaraña.

Corazón de Fuego asintió con un gesto, pues se sentía vacío para responder. Musaraña dejó caer la cola, y los otros gatos se quedaron en el borde del claro. La expresión de los recién llegados les decía que había sucedido algo grave.

—Venid conmigo —ordenó Garra de Tigre a los jóvenes guerreros, guiándolos hacia la guarida de Estrella Azul.

Corazón de Fuego se mantuvo pegado a su amigo.

Un cálido maullido los recibió desde las sombras al otro lado del liquen. Los tres guerreros se abrieron

paso hasta la acogedora cueva.

—¡Bienvenidos! —exclamó la gata levantándose y ronroneando—. ¿Habéis encontrado al Clan del Viento? ¿Los habéis traído de regreso?

—Sí, Estrella Azul —contestó Corazón de Fuego en voz baja—. Están todos a salvo en su campamento. Estrella Alta me ha pedido que te dé las gracias.

—Bien, bien. —Se le ensombrecieron los ojos al advertir la expresión severa de Garra de Tigre—. ¿Qué ha pasado?

—Que Corazón de Fuego decidió volver a casa a través del territorio del

Clan del Viento —gruñó el lugarteniente.

Látigo Gris levantó la mirada por primera vez.

—No fue sólo Corazón de Fuego quien lo deci… —empezó.

—Los ha descubierto una patrulla del Clan del Río —lo interrumpió Garra de Tigre—. Si mi patrulla no hubiese oído sus chillidos, no habrían conseguido llegar a casa.

—De modo que los has rescatado —maulló Estrella Azul relajándose—. Gracias, Garra de Tigre.

—No es tan sencillo —replicó el lugarteniente—. Estaban peleando junto

al precipicio. Un guerrero del Clan del Río que estaba enzarzado con Látigo Gris cayó por el borde.

Corazón de Fuego advirtió que su amigo se encogía.

Estrella Azul abrió los ojos como platos.

—¿Está muerto? —preguntó horrorizada.

—¡Ha sido un accidente! —se apresuró a exclamar Corazón de Fuego—. ¡Látigo Gris nunca mataría a un gato por un rifirrafe fronterizo!

—Dudo mucho que Leopardina lo vea así. —Garra de Tigre se volvió hacia Corazón de Fuego sacudiendo la

cola—. ¿En qué estabas pensando? ¡Atravesar el territorio del Clan del Río! Y con gatos del Clan del Viento. Les has mandado el mensaje de que somos aliados, lo cual sólo servirá para unir más a los clanes del Río y de la Sombra.

—¿El Clan del Viento estaba con vosotros? —Estrella Azul parecía cada vez más alarmada.

—Sólo dos guerreros. Estrella Alta les había ordenado que nos escoltaran a casa. Estábamos cansados… —murmuró Corazón de Fuego.

—No deberíais haber estado en territorio del Clan del Río —gruñó Garra de Tigre—. Y menos con gatos

del Clan del Viento.

—No era una alianza. ¡Nos estaban escoltando a casa!

—¿Y el Clan del Río sabe eso? —resopló el lugarteniente.

—Sabía que íbamos a buscar al Clan del Viento para traerlos de vuelta. Lo aceptaron en la Asamblea. No deberían habernos atacado… era una misión especial, como el viaje a las Rocas Altas.

—¡Ellos no aceptaron que pasarais por su territorio! —bufó Garra de Tigre—. Todavía no comprendes las costumbres de los clanes, ¿verdad?

Estrella Azul se puso en pie. Miró a

los tres gatos con ojos centelleantes, pero su voz sonó tranquila.

—No deberíais haber entrado en una zona de caza ajena. Ha sido peligroso.

Miró severamente a los jóvenes guerreros. Corazón de Fuego buscó un reproche más duro en su mirada, pero no lo encontró. Se sintió dividido entre la gratitud y la culpabilidad. Él había causado un conflicto con el Clan del Río que podría amenazar la seguridad de su clan durante muchas lunas.

Estrella Azul continuó, sacudiendo la cola con impaciencia.

—Por otro lado, lo habéis hecho muy bien al encontrar al Clan del Viento

y devolverlos a su hogar. Pero tendremos que prepararnos para un posible ataque del Clan del Río. Necesitamos entrenar a más guerreros. Corazón de Fuego y Látigo Gris, Escarcha dice que dos de sus hijos están casi listos para empezar el entrenamiento. Quiero que cada uno de vosotros tome un aprendiz.

Corazón de Fuego se sintió aturdido. ¡Qué honor! No podía creerlo, especialmente en ese momento. Lanzó una mirada furtiva a Garra de Tigre, que estaba tan rígido como una roca.

Látigo Gris levantó la cabeza.

—Pero ¡los hijos de Escarcha no han

alcanzado las seis lunas de edad!

—No tardarán mucho en cumplirlas. Me preocupaban las divisiones de la última Asamblea, y hoy… —Estrella Azul dejó la frase en el aire, y Corazón de Fuego notó que Látigo Gris se miraba las patas una vez más.

Garra de Tigre observó duramente a la líder con sus ojos ámbar.

—¿No sería mejor pedir a guerreros más experimentados, como Rabo Largo o Cebrado, que tomaran otro aprendiz? —preguntó—. ¡Estos dos apenas son poco más que aprendices!

—Lo he considerado. Pero Rabo Largo estará bastante ocupado con Zarpa

Rauda, y Cebrado se está encargando de convertir a Polvoroso en todo un guerrero.

—¿Y qué hay de Viento Veloz? —inquirió Garra de Tigre.

—Viento Veloz es un magnífico cazador y un guerrero leal, pero no creo que tenga la paciencia necesaria para ser mentor. El Clan del Trueno podrá usar sus habilidades en mejores cosas.

—¿Y crees que estos dos tienen lo necesario para entrenar guerreros? —maulló Garra de Tigre desdeñoso.

Corazón de Fuego se estremeció. El lugarteniente había hecho la pregunta mirándolo sólo a él. «¿Acaso cree que

un gato doméstico no es apropiado para entrenar a gatos nacidos en un clan?», pensó con rabia.

Estrella Azul se volvió hacia el atigrado oscuro.

—Lo averiguaremos. No olvides que han traído de vuelta al Clan del Viento. Por supuesto —añadió—, confío en que tú supervisarás el entrenamiento.

Garra de Tigre asintió y la líder se volvió hacia los jóvenes.

—Id a comer algo —ordenó—. Luego descansad. Cuando la luna esté alta, se celebrará la ceremonia de nombramiento de los cachorros.

Los dos amigos salieron de la

guarida. La lluvia se había transformado en una fina llovizna.

—Estoy muerto de hambre —maulló Corazón de Fuego. Captó el cálido aroma de carne fresca en el claro—. ¿Vienes por algo para comer?

Látigo Gris se quedó atrás, con ojos distantes y tristes. Negó lentamente con la cabeza.

—Sólo quiero dormir —masculló.

En cuanto tuvo el estómago lleno, Corazón de Fuego se encaminó al dormitorio de los guerreros. Látigo Gris estaba ovillado, con la cabeza metida entre las patas. A Corazón de Fuego le pesaban los párpados, pero seguía

teniendo el pelo empapado, de modo que se obligó a lavarse a fondo antes de instalarse en su cálido lecho.

Sauce lo despertó con un suave toque.

—Es la hora de la ceremonia —susurró.

Corazón de Fuego levantó la cabeza y parpadeó.

—Gracias, Sauce —maulló mientras la gata salía de la guarida. Le dio un empujoncito a Látigo Gris y siseó—: Ceremonia.

Luego se levantó y estiró las patas hasta que le temblaron. ¡Estaba a punto

de convertirse en mentor! Sintió un cosquilleo de emoción en las zarpas.

Su amigo se despertó y se desenroscó despacio, como un gato viejo. De repente, las patas de Corazón de Fuego parecieron recordar el largo viaje y empezaron a dolerle de nuevo.

Al menos había parado de llover. En silencio, los dos jóvenes avanzaron por el claro. La luna brillaba por encima de los árboles, volviendo de plata las ramas mojadas.

—¡Bien por traer a casa al Clan del Viento! —exclamó una alegre voz. Corazón de Fuego se volvió de un salto y descubrió a Medio Rabo detrás de él

—. Una noche debes venir a contarles la historia a los veteranos.

Asintió abstraído y luego volvió a mirar al claro. Escarcha ya estaba sentada bajo la Peña Alta. A cada lado tenía a uno de sus hijos, una gatita gris oscuro y un gatito melado. La reina blanca dobló la cabeza para lamerlos detrás de las orejas. La pequeña gata gris sacudió la cabeza con impaciencia ante los mimos de su madre.

De nuevo, Corazón de Fuego sintió un cosquilleo de emoción.

Látigo Gris estaba sentado junto a él, mirando el suelo.

—¿No estás emocionado? —le

preguntó.

Su amigo se encogió de hombros.

—Vamos, Látigo Gris, la muerte de Garra Blanca no ha sido culpa tuya. Era el peor lugar del mundo para un ataque, y los gatos del Clan del Río deberían haberlo sabido. Arenisca casi se cae también por el borde —añadió.

Lanzó una mirada a Arenisca, que estaba cerca de allí. Polvoroso, situado al lado de la gata, lo miró con envidia manifiesta. El joven guerrero no podía culparlo. Él estaba a punto de convertirse en mentor cuando a Polvoroso ni siquiera le habían dado su nombre de guerrero. Pero se estremeció

cuando Polvoroso se inclinó hacia Arenisca y susurró, lo bastante alto para que él lo oyera:

—Lo lamento por el aprendiz de Corazón de Fuego. Imagínate, ¡un gato de clan entrenado por una mascota!

Pero, por una vez, Arenisca no reaccionó. Sólo le lanzó una mirada incómoda a Corazón de Fuego.

Éste se volvió de nuevo hacia Látigo Gris.

—Estrella Azul no te culpa —insistió—. Ella sabe que eres un buen guerrero. Va a confiarte tu primer aprendiz.

Su amigo levantó la vista y

respondió con amargura:

—Sólo lo hace porque el clan necesita más guerreros. ¿Y por qué? Pues ¡porque yo le he dado al Clan del Río una excusa para odiarnos!

Corazón de Fuego se quedó impactado por la dureza de aquella autoinculpación. El maullido de Estrella Azul los llamó antes de que pudiera decir nada más. Se encaminó hacia su líder con Látigo Gris a la zaga.

Cuando llegaron al centro del claro, la líder observó a los gatos congregados.

—Con la luna alta, nos reunimos para nombrar a dos nuevos aprendices

—dijo—. Vosotros dos, acercaos.

La gatita gris se separó de su madre y corrió al centro del claro, con la esponjosa cola tiesa y los ojos azules bien abiertos. El gatito melado la siguió más despacio. Tenía las orejas erguidas y el entrecejo fruncido con seriedad mientras se acercaba al pie de la Peña Alta.

A Corazón de Fuego empezó a martillearle el corazón. ¿Cuál de los dos le confiarían? El macho de expresión solemne sería más fácil de entrenar, pero había algo en el patoso entusiasmo de la gatita que le recordó a sí mismo el día que se unió al clan.

—De hoy en adelante —maulló Estrella Azul, mirando a la pequeña gata gris—, hasta que se haya ganado su nombre de guerrera, esta aprendiza se llamará Carbonilla.

—¡Carbonilla! —La gatita no pudo evitar repetir su nombre en voz alta.

Al oír un siseo de advertencia de Escarcha, la pequeña bajó la cabeza a modo de disculpa.

—Corazón de Fuego —continuó Estrella Azul—, estás preparado para encargarte de tu primer aprendiz. Tú empezarás el entrenamiento de Carbonilla —anunció, y al joven se le hinchó el pecho de orgullo—. Eres

afortunado, Corazón de Fuego, de haber tenido más de un mentor. Espero que transmitas todo lo que te enseñé a esta joven aprendiza —prosiguió la líder, y de pronto el joven se sintió algo abrumado; aquellas palabras tenían el peso de una responsabilidad para la que no sabía si estaba listo—, y que compartas con ella las habilidades que aprendiste de Garra de Tigre y Corazón de León.

Ante la mención de Corazón de León, el joven se imaginó que el guerrero dorado lo miraba desde el Manto de Plata con ojos alentadores y cálidos. Alzó la cabeza y le devolvió la

mirada a Estrella Azul tan firmemente como pudo.

La líder se volvió hacia el cachorro melado.

—Y este aprendiz será conocido como Fronde —agregó.

El pequeño no se movió ni emitió sonido alguno.

—Látigo Gris, tú entrenarás a Fronde. Corazón de León, nuestro amigo perdido, fue tu mentor. Espero que su destreza y sabiduría pasen a este aprendiz a través de ti.

Látigo Gris levantó bien la cabeza y, por un momento, un brillo de orgullo asomó a sus ojos. Dio unos pasos

adelante y tocó con la nariz la de su nuevo aprendiz. Fronde le devolvió el toque educadamente. Sólo sus ojos, que relucían como estrellas, revelaban que el joven gatito estaba tan emocionado como su hermana.

Corazón de Fuego vio que se tocaban con la nariz y comprendió que él debería haber hecho lo mismo. Se acercó deprisa a Carbonilla. Ella adelantó la cabeza bruscamente y sus narices chocaron. La gatita volvió a tocarle la nariz, esta vez con menos torpeza, pero al joven le lagrimearon los ojos de dolor. Carbonilla procuró que no se le movieran los bigotes de la risa,

y él sintió una oleada de vergüenza. «Soy mentor», se recordó a sí mismo.

Miró alrededor, al clan reunido. Todos los gatos parecían asentir con aprobación. Pero entonces sus ojos se encontraron con los de Garra de Tigre. Desde el borde del claro, la mirada ámbar del lugarteniente parecía burlarse de él.

Rápidamente volvió a mirar a Carbonilla, quien lo estaba observando con orgullo no disimulado. De pronto, el joven notó un hormigueo en la piel. Más que nada en el mundo, quería ser un gran guerrero y un buen mentor, pero resultaba penosamente claro que Garra


de Tigre esperaba que fracasara.



9

Al despertar, Corazón de Fuego encontró a Látigo Gris junto a él, encorvado como un conejo, con los omóplatos tensos y el pelaje esponjado.

—¿Látigo Gris? —maulló en voz baja.

Su amigo pegó un salto.

—¿Estás bien? —preguntó Corazón

de Fuego.

El otro se irguió.

—Sí, estoy bien.

Corazón de Fuego sospechó que la respuesta no era del todo sincera, pero al menos estaba intentando ser más positivo.

—Parece que hace frío —dijo, pues las palabras de Látigo Gris habían brotado entre nubes de vaho. Él seguía acurrucado entre los calientes cuerpos de los demás guerreros.

—¡Vaya si hace! —Látigo Gris empezó a lamerse el pecho.

Corazón de Fuego se incorporó y sacudió la cabeza. El aire sabía a

helada.

—¿Qué vas a hacer hoy con Fronde?

—Enseñarle el bosque.

—Yo podría ir con Carbonilla, y haríamos juntos el recorrido.

—Quizá sea mejor que vayamos solos.

Corazón de Fuego se sintió un poco dolido. A ellos les habían enseñado juntos los terrenos de caza cuando eran aprendices. Le habría gustado volver a hacerlo juntos como mentores. Pero si Látigo Gris quería estar solo, él no podía culparlo.

—Bien —maulló—. Te veré más tarde. Luego podemos compartir un

ratón y comparar aprendices.

—Eso estaría bien —repuso Látigo Gris.

Corazón de Fuego salió del dormitorio. Fuera, el aire era todavía más frío. Su aliento brotaba en espirales, como el humo. Se estremeció, ahuecando el pelo, y estiró las patas una por una. Al ir hacia la guarida de los aprendices, el suelo parecía de piedra bajo sus zarpas. Carbonilla estaba profundamente dormida; era un bulto peludo y gris que subía y bajaba al ritmo de su respiración.

—Carbonilla —la llamó quedamente, y la gatita gris alzó la

cabeza al instante.

El joven guerrero retrocedió, y al cabo de un momento Carbonilla salió de la guarida saltando, bien despierta y entusiasmada.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —inquirió mirándolo.

—He pensado en llevarte a dar una vuelta por el territorio del clan.

—¿Veremos el Sendero Atronador? —preguntó ella ansiosamente.

—Eh… sí, supongo que sí. —No pudo evitar pensar que su aprendiza se decepcionaría al descubrir que era un lugar sucio y apestoso—. ¿Tienes hambre? —añadió, preguntándose si

decirle que primero comiera.

—¡No! —exclamó negando con la cabeza.

—De acuerdo. Comeremos más tarde. Está bien; sígueme.

—Sí, Corazón de Fuego.

La pequeña gata lo miró con ojos relucientes, y la tristeza que le pesaba al joven en el estómago desde su charla con Látigo Gris fue barrida por un cálido sentimiento de orgullo. Se volvió para dirigirse a la entrada del campamento.

Carbonilla lo adelantó corriendo y desapareció en el túnel de aulagas. El joven gato tuvo que echar a correr para

alcanzarla.

—¡Te he dicho que me siguieras! —gritó mientras ella empezaba a ascender la ladera del barranco.

—Pero es que quiero ver la vista desde arriba —protestó Carbonilla.

Corazón de Fuego saltó tras ella. La sobrepasó con facilidad, llegó a lo alto, se sentó y empezó a lavarse una pata sin quitarle ojo a su aprendiza, que subía de roca en roca. Para cuando alcanzó la cima del barranco, estaba sin resuello, pero no menos entusiasmada.

—¡Mira los árboles! Parecen hechos de granito —exclamó sin aliento.

Tenía razón. Los árboles de abajo

resplandecían al sol. Corazón de Fuego tomó una bocanada de aire frío.

—Deberías dosificar tus energías —le advirtió—. Hoy tenemos un largo camino por delante.

—Oh, sí. Claro. ¿Y ahora hacia dónde? —Carbonilla pisoteó el suelo con impaciencia, lista para correr hacia el bosque.

—Sígueme —maulló Corazón de Fuego, y entornó los ojos juguetonamente—. Esta vez quiero decir que me sigas.

La guió por una senda que discurría a lo largo del barranco hasta la hondonada arenosa donde él había

aprendido a cazar y pelear.

—Aquí tendrán lugar la mayoría de nuestras sesiones de entrenamiento —explicó.

Durante la estación de la hoja verde, los árboles que circundaban el claro filtraban el sol convirtiéndolo en una cálida luz moteada. Ahora, la fría luz diurna se derramaba sobre la congelada tierra roja.

—Hace muchísimas lunas, por aquí corría un río. Todavía hay un arroyo al otro lado de esa cuesta —explicó Corazón de Fuego, señalando con el hocico—. Está seco la mayor parte del verano. Ahí es donde atrapé mi primera

presa.

—¿Qué era? —Pero Carbonilla no esperó a la respuesta—. ¿Estará congelado el arroyo? ¡Vamos a ver si hay hielo! —chilló, atravesando deprisa la hondonada en dirección a la cuesta.

—¡Ya lo verás en otro momento!

Pero la gatita no se detuvo, y tuvo que correr tras ella. Se paró a su lado en lo alto de la cuesta y juntos miraron el arroyo de abajo. Se había formado hielo en las orillas, pero la velocidad del agua que fluía sobre su arenoso lecho había impedido que se congelara por completo.

—Ahora no podrías atrapar gran

cosa ahí —dijo Carbonilla—. Excepto peces, quizá.

La visión del sitio en que había cazado su primera pieza trajo alegres recuerdos a Corazón de Fuego. Vio cómo Carbonilla se colocaba en el borde del arroyo y estiraba el cuello para observar el agua negra.

—En tu lugar, dejaría la pesca para el Clan del Río —le aconsejó—. Si les gusta mojarse el pelo, allá ellos. Yo prefiero tener las patas secas.

Carbonilla dio vueltas nerviosamente.

—Y ahora ¿qué?

La emoción de la gata, y sus propios

recuerdos de aprendiz, inyectaron energía en Corazón de Fuego.

Se puso en marcha a toda prisa, gritando por encima del hombro:

—¡El Árbol de la Lechuza!

Carbonilla corrió tras él, con la corta y peluda cola bien plantada, y se dispusieron a cruzar el arroyo por un árbol caído que Corazón de Fuego había usado muchas veces.

—Más abajo hay unas rocas por las que se puede pasar al otro lado, pero ésta es una ruta más rápida. Eso sí, ¡ten cuidado! —añadió. El blanco tronco había perdido toda la corteza—. Se vuelve resbaladizo cuando está húmedo

o helado.

Dejó que Carbonilla cruzara primero, manteniéndose muy cerca de ella por si perdía pie. El arroyo no era especialmente profundo, pero estaría tan frío como el hielo, y la aprendiza todavía era demasiado pequeña para soportar un remojón. No obstante, cruzó sin ningún problema y Corazón de Fuego sintió un gran orgullo al verla saltar al suelo en el otro extremo.

—Bien hecho —ronroneó.

A Carbonilla le brillaron los ojos.

—Gracias. Y ahora, ¿dónde está el Árbol de la Lechuza?

—¡Por aquí!

El joven se internó en el sotobosque. Los helechos se habían vuelto marrones desde la estación de la hoja verde. Al final de la estación de la caída de la hoja estarían aplastados por la lluvia y el viento, pero aún estaban erguidos, aunque quebradizos. Ambos avanzaron por debajo de los frondes arqueados.

Más adelante, un gigantesco roble sobresalía por encima de los demás árboles. Carbonilla levantó la vista hacia la copa.

—¿De verdad que ahí vive una lechuza? —preguntó.

—Sí. ¿Ves ahí arriba un agujero en el tronco?

Ella entornó los ojos para mirar entre las ramas.

—¿Cómo sabes que no es de una ardilla? —preguntó.

—¡Huele!

La gata olfateó de forma audible, pero negó con la cabeza mirando a su mentor.

—Otro día te enseñaré cómo huelen las ardillas —prometió éste—. No captarás a ninguna por aquí. Ninguna se atrevería a hacer su madriguera tan cerca del nido de una lechuza. Mira al suelo; ¿qué ves?

Carbonilla bajó la vista, confundida.

—¿Hojas?

—Prueba a rebuscar debajo de las hojas.

El suelo forestal estaba alfombrado de hojas de roble marrones, quebradizas por la escarcha. La gata empezó a hurgar entre ellas, y luego enterró la cara hasta las orejas. Al incorporarse, llevaba en la boca algo con la forma y el tamaño de una piña.

—¡Puaj! —escupió—. ¡Huele como la carroña!

Corazón de Fuego ronroneó divertido.

—Tú sabías que eso estaba ahí, ¿verdad? —inquirió la gata.

—Estrella Azul me gastó la misma

broma cuando era aprendiz. Nunca olvidarás ese pestazo.

—¿Qué es?

—Un desecho de lechuza —explicó el guerrero, recordando lo que le había contado Estrella Azul—. Las lechuzas comen las mismas presas que nosotros, pero no pueden digerir los huesos y el pelo, de modo que sus estómagos forman una vaina con las sobras, que luego escupen. Si encuentras una de éstas debajo de un árbol, significa que has encontrado una lechuza.

—¿Y por qué querría nadie encontrar una lechuza? —chilló Carbonilla alarmada.

Los bigotes de Corazón de Fuego se agitaron de risa al mirar los dilatados ojos azules de su aprendiza. Escarcha debía de haberle contado la vieja historia de que las lechuzas se llevaban a los cachorros que se alejaban del lado de su madre.

—Las lechuzas tienen una mejor vista del bosque que nosotros. En las noches ventosas, cuando resulta difícil seguir los olores, puedes buscar una lechuza y seguirla hasta donde caza.

Carbonilla continuaba con los ojos muy abiertos, pero ya no reflejaban miedo. La pequeña asintió. «¡A veces escucha!», pensó Corazón de Fuego

aliviado.

—Y ahora ¿qué?

—El Gran Sicómoro —decidió el joven mentor.

Caminaron a través del bosque mientras el sol se elevaba en el celeste cielo, y cruzaron un camino de Dos Patas y otro arroyuelo. Por fin, llegaron al sicómoro.

—¡Es enorme! —exclamó Carbonilla con voz ahogada.

—Orejitas dice que subió hasta la rama más alta cuando era un aprendiz.

—¡Eso no se lo cree ni él!

—Bueno, ten en cuenta que cuando Orejitas era aprendiz, probablemente

este sicómoro no era más que un arbolillo —bromeó Corazón de Fuego.

Seguía mirando hacia arriba cuando un sonido a sus espaldas le indicó que la gata había vuelto a salir corriendo. Suspiró y fue tras ella entre los helechos. Su nariz captó un olor familiar que lo puso nervioso. Carbonilla se encaminaba hacia las Rocas de las Serpientes. «¡Víboras!». Corazón de Fuego apretó el paso.

Salió de entre los árboles y miró alrededor nerviosamente. Carbonilla se hallaba sobre un peñasco, al pie de una pendiente rocosa y escarpada.

—Vamos. ¡Te echo una carrera hasta

lo alto! —exclamó la gatita.

El joven guerrero se quedó helado de horror al ver que su aprendiza se disponía a saltar al siguiente peñasco.

—¡Carbonilla! ¡Baja de ahí ahora mismo! —maulló Corazón de Fuego.

Contuvo la respiración mientras la veía dar la vuelta y regresar torpemente. La gatita se quedó temblando, con el pelo erizado, cuando él corrió hacia ella.

—Este lugar se llama Rocas de las Serpientes —explicó jadeando.

Carbonilla lo miró con los ojos como platos.

—¿Rocas de las Serpientes?

—Ahí arriba hay víboras. ¡Una picadura de una de ellas mataría a un gato tan pequeño como tú! —Le dio un lametón en la coronilla—. Vamos. Echemos un vistazo al Sendero Atronador.

Carbonilla dejó de temblar de inmediato.

—¿El Sendero Atronador?

—Eso he dicho. ¡Sígueme!

La guió entre los helechos, a lo largo de una senda que bordeaba las Rocas de las Serpientes y llevaba a la parte del bosque donde discurría el Sendero Atronador, como un río de piedra dura y gris.

No la perdió de vista mientras Carbonilla miraba desde el borde del bosque. Por las sacudidas de su cola, vio que estaba ansiosa por acercarse a olfatear aquel Sendero Atronador. Sus oídos percibieron un ruido familiar, y sintió que el suelo temblaba bajo sus patas.

—¡No te muevas! —le advirtió—. Viene un monstruo.

Carbonilla abrió un poco la boca.

—¡Puaj! —exclamó, arrugando la nariz y agachando las orejas. El retumbo se iba acercando, y en el horizonte apareció algo—. ¿Es eso un monstruo?

Corazón de Fuego asintió.

La gata sacó las uñas para hundirlas en el suelo mientras el monstruo se aproximaba, y cerró los ojos con fuerza cuando pasó a toda velocidad, convirtiendo el aire en una tormenta de viento y truenos. Mantuvo los ojos cerrados hasta que el ruido se apagó en la distancia.

Corazón de Fuego sacudió la cabeza para limpiar sus glándulas olfativas.

—Huele el aire —le dijo—. ¿Puedes captar algo aparte del hedor del Sendero Atronador?

Esperó mientras su aprendiza levantaba la cabeza para aspirar profundamente varias veces. Al cabo de

unos instantes, Carbonilla maulló:

—Recuerdo ese olor de cuando Estrella Rota atacó nuestro campamento. Y también estaba en los cachorros que se llevó, cuando volvisteis a traerlos a casa. ¡Es el olor del Clan de la Sombra! ¿Es ése su territorio, al otro lado del Sendero Atronador?

—Sí —contestó Corazón de Fuego, sintiendo un hormigueo ante la idea de estar tan cerca de territorio hostil—. Será mejor que nos marchemos de aquí.

Decidió llevarla de vuelta a casa por el camino largo, pasando junto a las viviendas de Dos Patas, para que pudiera ver el pinar y el Cortatroncos.

Al avanzar bajo los delgados pinos, los olores del territorio de Dos Patas lo pusieron nervioso, a pesar de que él había vivido no muy lejos de allí cuando era un cachorro.

—Mantente alerta —le advirtió a Carbonilla, que caminaba sigilosa junto a él—. A veces los Dos Patas pasean por aquí con perros.

Se agazaparon bajo los árboles para observar las vallas que rodeaban el territorio de Dos Patas. El frío aire trajo un olor que despertó en Corazón de Fuego una extraña sensación de calidez, aunque no supo por qué.

—¡Mira!

Carbonilla señaló con el hocico a una gata que estaba cruzando el bosque. Era una atigrada marrón claro, con el pecho y las patas delanteras blancas. Tenía el vientre hinchado, lleno de gatitos por nacer.

—Bah, ¡una minina casera! —exclamó la aprendiza despectivamente, con el pelo erizado—. ¡Echémosla de aquí!

Corazón de Fuego esperó sentir la conocida agresividad ante la visión de un intruso en territorio del clan, pero no se le erizó el pelo. Por alguna razón, sabía que aquella gata no suponía una amenaza. Antes de que Carbonilla

pudiera atacar, él rozó a propósito una mata de helechos quebradizos.

La gata doméstica levantó la cabeza, asustada por el crujido. Se le dilataron los ojos de alarma, dio media vuelta y salió entre los árboles con pasos vacilantes. Al cabo de unos momentos, saltó pesadamente a una de las vallas de Dos Patas.

—¡Córcholis! —se lamentó Carbonilla—. ¡Yo quería perseguirla! Seguro que Fronde habrá perseguido montones de cosas hoy.

—Sí, pero probablemente no ha estado a punto de que lo picara una víbora —replicó su mentor sacudiendo

la cola—. Y ahora vamos; empiezo a tener hambre.

Carbonilla lo siguió a través del pinar, refunfuñando porque las agujas de los pinos le pinchaban las zarpas. El guerrero le aconsejó que guardara silencio, pues allí no había maleza en la que ocultarse, y él, como todos los gatos de clan, se sentía incómodo en espacios abiertos. Siguieron una de las apestosas zanjas formadas por el monstruo del Cortatroncos y se detuvieron junto a éste. Estaba silencioso y, como sabía Corazón de Fuego, continuaría así hasta la estación de la hoja verde. Hasta entonces, sólo las marcas de las rodadas

—profundas, anchas y congeladas en el suelo— recordarían al clan el monstruo que vivía en su bosque.

Cuando volvieron al campamento, Corazón de Fuego estaba exhausto; aún le dolían los músculos del largo trayecto con el Clan del Viento. Carbonilla también parecía cansada; reprimió un bostezo y fue en busca de Fronde.

Látigo Gris llamó a su amigo junto a la mata de ortigas.

—Toma; tengo carne fresca para ti —maulló. Alzó un ratón con una de sus garras y se lo lanzó.

Corazón de Fuego lo atrapó entre los dientes y se sentó al lado de Látigo Gris.

—¿Un buen día?

—Mejor que ayer —respondió su amigo. Corazón de Fuego lo miró preocupado, pero Látigo Gris continuó —: La verdad es que he disfrutado. Fronde está ansioso por aprender, de eso no cabe duda.

—Igual que Carbonilla.

—¿Sabes?, continuamente se me olvidaba que yo era el mentor y no el aprendiz.

—A mí me ha pasado lo mismo —admitió Corazón de Fuego.

Compartieron lenguas hasta que salió la luna y la frialdad de la noche los empujó a su dormitorio. Al cabo de unos

instantes, Látigo Gris estaba roncando, pero Corazón de Fuego se sentía extrañamente despejado. No dejaba de pensar en aquella gata embarazada, y aunque estaba rodeado de los familiares olores del clan, el suave aroma de la gata doméstica perduraba en sus fosas nasales.

Por fin cayó dormido, pero todos sus sueños tuvieron el mismo perfume, hasta que al final soñó con sus días de cachorro. Se recordó acostado junto a su madre, enroscado en un lecho más blando que cualquier musgo del bosque, con sus hermanos. Y todavía perduraba el olor de la gata doméstica.

Abrió los ojos de repente con un sobresalto. ¡Por supuesto! La gata que había visto en el bosque ¡era su hermana!



10

Despertó al amanecer con la imagen de su hermana todavía clara en su mente. Salió del dormitorio con la esperanza de que la rutina del día lo distrajera. Hacía otra mañana fría y helada. Tormenta Blanca y Rabo Largo aguardaban cerca de la entrada del campamento, preparándose para salir de patrulla.

Musaraña fue a reunirse con ellos, y saludó a Corazón de Fuego con un alegre maullido al pasar por su lado. Tormenta Blanca llamó a Arenisca, que salió corriendo de su guarida a tiempo de seguir a la patrulla que iba abandonando el campamento. Era una escena que Corazón de Fuego había presenciado en muchas ocasiones, pero, por una vez, no deseó acompañarlos mientras se internaban ruidosamente en el fresco bosque.

Cruzó el claro, preguntándose si Carbonilla estaría ya despierta. Pecas estaba saliendo por la estrecha entrada de la maternidad. La siguió un cachorro

moteado, y luego otro. Un tercero, gris claro con manchas más oscuras que los demás, salió trastabillando y cayó al suelo.

Pecas lo agarró por el pescuezo y volvió a levantarlo con delicadeza. La ternura de su acción hizo que Corazón de Fuego rememorara su sueño. Probablemente su madre había hecho lo mismo con él. Sabía que el cuarto cachorro de Pecas había muerto al poco de nacer, y ahora la gata parecía querer más a los que quedaban.

Sintió una punzada de envidia al pensar que allí todos los gatos compartían algo que él no compartía:

todos habían nacido en el clan. Él siempre había estado orgulloso de su lealtad al clan que lo había aceptado y le había dado una vida que jamás habría conocido como gato doméstico, y seguía sintiendo esa lealtad —moriría por proteger al clan—, pero nadie entendía ni respetaba sus raíces domésticas. Tuvo la certeza de que la gata que había visto el día anterior sí las entendería y respetaría. Con angustia, se preguntó qué recuerdos podrían compartir.

Oyó los pasos de Látigo Gris a su espalda. Se volvió para saludar a su amigo, estirando la cabeza para tocarle la nariz, y le preguntó:

—¿Hoy podrías llevarte a Carbonilla?

Látigo Gris lo miró con curiosidad.

—¿Por qué?

—Oh, nada importante —respondió tan despreocupadamente como pudo—. Sólo querría comprobar algo que vi ayer. Pero vigila a Carbonilla; no atiende demasiado a las órdenes. No le quites ojo o saldrá corriendo en todas direcciones.

Látigo Gris movió los bigotes divertido.

—¡Parece bastante revoltosa! Aun así, será bueno para Fronde. Él nunca sale corriendo a ningún sitio sin

pensarlo detenidamente primero.

—Gracias, amigo.

Corazón de Fuego se fue a toda prisa hacia la entrada del campamento, antes de que su amigo recordara preguntarle adónde iba.

Cuando vio las viviendas de Dos Patas entre los árboles, se agazapó. Abrió la boca para aspirar el frío aire de la mañana. No había señales de patrullas del clan, y tampoco olor a Dos Patas, así que se relajó un poco.

Se acercó lentamente a la valla tras la que había desaparecido la gata. Una vez allí, vaciló y miró alrededor, olfateando el aire una vez más. Luego

saltó a uno de los postes de la valla. No había Dos Patas a la vista, sólo un jardín vacío con sus plantas de fuerte aroma.

Se sintió desprotegido en el poste. La rama de un árbol colgaba sobre su cabeza. Había perdido todas las hojas, pero sería más fácil ocultarse allí. Trepó en silencio y se tumbó a esperar, pegándose a la áspera corteza.

Vio una portezuela abatible en la entrada de la casa. De cachorro, él usaba una igual. Clavó la mirada en la portezuela, con la esperanza de que la cara de su hermana apareciera en cualquier momento. El sol se elevaba poco a poco en el cielo matinal, pero

Corazón de Fuego empezó a tener frío. La rama húmeda estaba absorbiendo todo el calor de su cuerpo. A lo mejor, los Dos Patas tenían a su hermana encerrada en casa. Después de todo, no tardaría mucho en dar a luz. Se lamió una pata y se preguntó si debería regresar al campamento.

De repente, oyó un fuerte golpe y vio a su hermana salir por la portezuela abatible. Se le erizó el lomo de expectación, y tuvo que obligarse a no saltar directamente al jardín. Sabía que la asustaría, como había sucedido el día anterior. Ahora olía a gato del bosque, no a un amistoso gato doméstico.

Aguardó hasta que ella llegó al final del césped; entonces fue sigilosamente hasta el extremo de la rama y se deslizó al poste. En silencio, saltó a los arbustos de abajo. El aroma de la gata le recordó su sueño.

¿Cómo podía atraer su atención sin asustarla? Pensó, tratando de recordar el nombre que le habían puesto a su hermana. Sólo se acordaba de su propio nombre de gato doméstico. Desde su escondrijo, dijo suavemente:

—¡Soy yo, Colorado!

La gata se quedó inmóvil y miró alrededor. Corazón de Fuego respiró hondo y salió de entre los arbustos.

A la gata se le dilataron los ojos de terror. El joven sabía el aspecto que tenía para ella: musculoso y salvaje, con los penetrantes olores del bosque en la piel. La gata erizó el pelo y bufó con ferocidad. Él no pudo evitar sentirse impresionado por su coraje.

De pronto, recordó el nombre de su hermana.

—¡Princesa! Soy yo, Colorado, ¡tu hermano! ¿Te acuerdas de mí?

La gata siguió tensa. Corazón de Fuego supuso que se estaba preguntando cómo era que aquel extraño gato conocía esos nombres. Se agachó para adoptar una postura sumisa, y se le llenó el

pecho de esperanza al ver que la expresión de su hermana iba cambiando de asustada a curiosa.

—¿Colorado? —Princesa olfateó el aire, con los ojos muy abiertos y cautelosos.

Corazón de Fuego dio un paso adelante con cuidado. Ella no se movió, de modo que el joven se acercó un poco más. Su hermana se mantuvo firme, hasta que él estuvo a sólo un ratón de distancia.

—No hueles como Colorado —maulló la gata.

—Ya no vivo con Dos Patas. Estoy viviendo en el bosque con el Clan del

Trueno. Ahora tengo su olor.

«Probablemente nunca haya oído hablar de los clanes», pensó, recordando su propia inocencia cuando conoció a Látigo Gris en el bosque.

Princesa estiró el cuello y, cautelosamente, frotó el hocico contra la mejilla de él.

—Pero el aroma de nuestra madre sigue ahí —murmuró, casi para sí misma.

Esas palabras alegraron a Corazón de Fuego, hasta que la gata entornó los ojos y dio un paso atrás, agachando las orejas con desconfianza.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó.

—Te vi ayer en el bosque. Tenía que volver para hablar contigo.

—¿Por qué?

Corazón de Fuego la miró sorprendido.

—Porque eres mi hermana. —Ella debía de sentir algo por él, ¿no?

Princesa lo examinó un momento. Para alivio de él, su expresión recelosa se desvaneció.

—Estás muy delgado —dijo con seriedad.

—Quizá más delgado que un gato doméstico, pero no para un gato de clan… del bosque. Tu olor apareció anoche en mis sueños. Soñé contigo y

con nuestros hermanos, y… —Hizo una pausa—. ¿Dónde está madre?

—Sigue con sus dueños.

—¿Y qué hay de…?

Princesa adivinó la pregunta:

—¿… nuestros hermanos? La mayoría viven cerca de aquí. De vez en cuando los veo en sus jardines.

Guardaron silencio unos momentos, y luego Corazón de Fuego preguntó:

—¿Te acuerdas del relleno tan blando de la cesta de madre?

Sintió cierta culpabilidad por esa debilidad de gato doméstico, pero Princesa ronroneó:

—Oh, sí. Ojalá pudiera tenerlo para

mis propios hijos.

La incomodidad de Corazón de Fuego se desvaneció. Era estupendo poder hablar de un recuerdo tan tierno sin sentir vergüenza.

—¿Va a ser tu primera camada?

Princesa asintió. Corazón de Fuego sintió una corriente de solidaridad. Aunque tenían la misma edad, su hermana le parecía muy joven e ingenua.

—Todo irá bien —aseguró, recordando el alumbramiento de Pecas —. Parece que tus Dos Patas te tratan bien. Estoy seguro de que tus hijos serán sanos y fuertes.

Princesa se le acercó más,

apretándose contra él. El joven guerrero sintió que se le ensanchaba el corazón de la emoción. Por primera vez desde que era un cachorro, comprendió lo que los gatos de clan tenían garantizado: la cercanía del parentesco, un vínculo común determinado por el nacimiento y la herencia.

De repente, deseó que su hermana conociera la vida que llevaba ahora.

—¿Has oído hablar de los clanes?

Princesa lo miró desconcertada.

—Antes has mencionado el Clan del Trueno.

Él asintió.

—En total hay cuatro clanes. En el

clan todos cuidan de todos. Los gatos más jóvenes cazan para los más viejos, los guerreros protegen los terrenos de caza frente a los otros clanes. Yo entrené durante la estación de la hoja verde para convertirme en guerrero. Ahora tengo mi propia aprendiza.

Por la expresión confundida de su hermana, Corazón de Fuego vio que no estaba entendiendo todo lo que le contaba, pero aun así sus ojos brillaban encantados mientras él hablaba.

—Suena como si disfrutaras con tu vida —maulló admirada.

Una voz de Dos Patas llamó desde la casa. Corazón de Fuego corrió a

esconderse debajo del arbusto más cercano.

—Debería irme —dijo Princesa—. Se preocuparán si no vuelvo, y tengo muchas boquitas que alimentar. Noto cómo se mueven dentro de mí. —Se miró el vientre hinchado con ternura.

Su hermano se asomó por debajo del arbusto.

—Vete, entonces. Yo también tengo que regresar con mi clan. Pero volveré a visitarte.

—¡Sí, me encantaría! —exclamó Princesa por encima del hombro. Ya iba de camino a la vivienda de Dos Patas—. ¡Adiós!

—Nos veremos pronto —se despidió Corazón de Fuego.

Su hermana desapareció de la vista, y la portezuela abatible se cerró tras ella.

En cuanto el jardín quedó en silencio, Corazón de Fuego se arrastró entre los arbustos hasta la valla, la saltó y corrió al bosque. Evocó muchos aromas de su infancia, y de repente le parecieron más reales que los olores del bosque que lo rodeaba.

Se detuvo en lo alto del barranco, mirando hacia el campamento del clan. Todavía no se sentía preparado para regresar. Le preocupaba que le resultara

extraño. «Iré a cazar», decidió. Carbonilla estaría segura con Látigo Gris durante un buen rato, y el clan recibiría bien un extra de presas. Dio media vuelta y se internó de nuevo en el bosque.

Cuando por fin volvió al campamento, llevaba en la boca un campañol y una paloma torcaz. El sol se estaba poniendo, y los gatos empezaban a reunirse para la comida vespertina. Látigo Gris estaba solo junto a la mata de ortigas, con un grueso pinzón delante. Corazón de Fuego lo saludó con un gesto de camino al montón de carne fresca.

Garra de Tigre estaba sentado bajo

la Peña Alta, y tenía entornados sus ojos ámbar.

—He visto que Carbonilla ha pasado el día con Látigo Gris —maulló cuando Corazón de Fuego depositó sus piezas en el montón—. ¿Dónde estabas?

El joven le devolvió la mirada.

—Me ha parecido un buen día para cazar… demasiado bueno para desperdiciarlo —contestó, nervioso—. En este momento, el clan necesita toda la carne que pueda conseguir.

Garra de Tigre asintió, con los ojos ensombrecidos de sospecha.

—Sí, pero también necesitamos guerreros. El entrenamiento de

Carbonilla es responsabilidad tuya.

—Ya lo sé. —Corazón de Fuego inclinó la cabeza respetuosamente—. Mañana me ocuparé de ella.

—Muy bien.

El lugarteniente giró la cabeza y echó una mirada al campamento. Corazón de Fuego recogió un ratón y se lo llevó para comérselo junto a Látigo Gris.

—¿Has encontrado lo que buscabas? —le preguntó Látigo Gris distraído.

—Sí. —Corazón de Fuego se sintió apenado al ver el dolor que reflejaban los ojos de su amigo—. ¿Estás pensando en ese guerrero del Clan del Río?

—Intento no hacerlo —respondió en voz baja—. Pero cuando estoy solo no puedo evitar recordar la predicción de Cascarón de una muerte innecesaria, y de que se avecinaban problemas…

—Toma —lo interrumpió Corazón de Fuego, empujando el ratón hacia su amigo—. Parece que ese pinzón es casi todo plumas, y yo no tengo mucha hambre. ¿Quieres que los cambiemos?

Látigo Gris le lanzó una mirada agradecida. Los dos amigos intercambiaron las presas y empezaron a comer.

Mientras mordisqueaba el pinzón, Corazón de Fuego echó un vistazo al

claro y vio a Carbonilla y Fronde delante de la guarida de los aprendices. Polvoroso estaba entretenido destripando un conejo. Los ojos de Corazón de Fuego se cruzaron con los de Arenisca, pero ella apartó la vista.

Carbonilla estaba junto al viejo tocón de árbol donde él había comido tantas veces como aprendiz. Estaba charlando entusiasmada con Fronde, que asentía de vez en cuando mientras le arrancaba las plumas a un gorrión. Al ver a los dos jóvenes —hermano y hermana— juntos y tan a gusto, Corazón de Fuego volvió a acordarse de Princesa y, por primera vez, las escenas

familiares de su clan hicieron que se sintiera incómodo. Había tenido buen cuidado de lavarse bien antes de regresar al campamento, para borrar el olor de su hermana, pero era ese aroma el que seguía percibiendo mientras el sol desaparecía tras el lejano horizonte. Había encontrado la cercanía que tanto añoraba, pero eso había dado forma a una soledad que, hasta entonces, había permanecido en su corazón como algo difuso y sin nombre. ¿Los recuerdos profundamente arraigados que compartía con Princesa serían más fuertes que su lealtad al clan?



11

—¡Otro día soleado! —ronroneó Corazón de Fuego, sintiendo cómo brillaba su pelo rojizo al débil sol matinal.

Gracias al buen tiempo, había estado visitando a Princesa casi a diario. Para verla, se escabullía entre patrullas, partidas de caza y sesiones de

entrenamiento. Ahora iba con su amigo por la corta senda que llevaba a la hondonada arenosa, donde estarían esperándolos Carbonilla y Fronde.

—¡Ojalá esté despejado el resto de la estación sin hojas! —exclamó Látigo Gris.

Corazón de Fuego sabía cuánto odiaba su amigo la lluvia; cuando a Látigo Gris se le mojaba el pelo, se le adhería al cuerpo y seguía húmedo mucho después de que el de Corazón de Fuego, más corto, ya se hubiese secado.

Llegaron al borde de la hondonada justo cuando Carbonilla atacaba un montón de hojas escarchadas, que

echaron a volar en todas direcciones. La gata saltó y se retorció para atrapar una que bajaba revoloteando al suelo.

Los dos amigos intercambiaron una mirada divertida.

—Al menos Carbonilla ya ha calentado y estará preparada para la tarea de hoy —observó Látigo Gris.

Fronde se puso en pie y miró a su mentor con los ojos muy abiertos.

—Buenos días, Látigo Gris —maulló—. ¿Cuál es la tarea de hoy?

—Una misión de caza —respondió, y bajó a la hondonada seguido de Corazón de Fuego.

—¿Dónde? —preguntó Carbonilla,

corriendo hacia ellos—. ¿Qué vamos a cazar?

—Iremos a las Rocas Soleadas —contestó su mentor, compartiendo de repente su entusiasmo—. Y cazaremos todo lo que podamos.

—A mí me gustaría atrapar un campañol —declaró la aprendiza—. Nunca lo he probado.

—Me temo que todo lo que consigamos hoy irá directo a los veteranos —advirtió Látigo Gris—. Pero si se lo pides a alguno con educación, estará encantado de compartirlo.

—De acuerdo —maulló Carbonilla

—. ¿Por dónde se va a las Rocas Soleadas? —Saltó hasta un extremo de la hondonada y examinó el bosque, con la cola muy tiesa.

—¡Por aquí! —indicó Corazón de Fuego, yendo al extremo contrario.

—Vale.

Carbonilla volvió a bajar a la hondonada, la cruzó y corrió al lado de Corazón de Fuego, levantando hojas caídas por todas partes.

Látigo Gris dio un brinco y atrapó una que volaba ante su nariz. La clavó en el suelo con un ronroneo de satisfacción, y entonces vio que Fronde lo estaba mirando sin parpadear.

—Nunca has de perder una oportunidad de practicar tus habilidades de caza —se apresuró a instruirlo el joven mentor.

Los cuatro recorrieron los senderos de olor familiar hasta las Rocas Soleadas. Para cuando salieron a terreno despejado, el sol se había elevado por encima de los árboles. Ante ellos, una ladera rocosa brotaba del blando suelo; su superficie lisa estaba surcada de grietas, y los gatos tuvieron que entornar los ojos para mirarla. Tras la sombra del bosque, la cara plana de roca reflejaba el sol con un brillo deslumbrante.

—Éstas son las Rocas Soleadas —anunció Corazón de Fuego parpadeando—. ¡Vamos!

—¡Mmrr! ¡Qué agradable! —exclamó Carbonilla mientras subía la cuesta corriendo detrás de él.

Corazón de Fuego pensó que la gata tenía razón. Tras el helado suelo forestal, la piedra resultaba reconfortantemente suave y caliente.

Descansaron en lo alto, donde el lado opuesto descendía abruptamente hacia el bosque. Corazón de Fuego oyó el quedo borboteo del río que discurría junto a la frontera del Clan del Río y que venía de las tierras altas. Tocaba las

Rocas Soleadas antes de internarse en el territorio del Clan del Río. Apenas podía oírlo; quizá había descendido el cauce por el tiempo seco.

Se estiró, disfrutando de la calidez de la roca bajo su cuerpo y el suave sol sobre la piel. Cerró los ojos, sintiéndose orgulloso de estar allí, un lugar al que generaciones de gatos del Clan del Trueno habían acudido a calentarse, y que habían conservado a base de batallas.

Látigo Gris se unió a él.

—Vamos —les dijo a los aprendices —. Aprovechad el sol mientras podáis. Nos esperan bastantes días fríos y

húmedos.

Los dos hermanos se tumbaron junto a sus mentores y ronronearon cuando el calor impregnó su piel.

—¿Es aquí dónde murió Cola Roja? —preguntó Fronde.

—Sí.

—¿Y dónde Garra de Tigre vengó su muerte matando a Corazón de Roble? —quiso saber Carbonilla.

Corazón de Fuego sintió una punzada al recordar el relato de Cuervo sobre lo ocurrido: que Cola Roja había sido el responsable de la muerte de Corazón de Roble, y que luego Garra de Tigre había matado a Cola Roja, el lugarteniente de

su propio clan. El joven apartó aquellos inquietantes pensamientos y respondió simplemente:

—Éste es el lugar.

Los dos aprendices guardaron silencio y miraron la pendiente con temor reverencial.

Corazón de Fuego oyó un ruido e irguió las orejas.

—Chist —siseó—. ¿Qué podéis oír?

Ambos aprendices estiraron las orejas hacia delante.

—Oigo como si estuvieran escarbando —susurró Fronde.

—Tal vez sea un campañol —murmuró Látigo Gris—. ¿Podríais decir

de dónde procede el sonido?

—¡De ahí! —exclamó Carbonilla, levantándose de un salto.

El ruido se volvió más frenético y luego desapareció.

—Creo que te ha oído —apuntó Corazón de Fuego.

Ella pareció abatida y Fronde ronroneó, divertido por la torpeza de su hermana.

—No pasa nada —dijo Látigo Gris —. Ahora ya sabéis que es mejor moverse con sigilo y despacio, sobre todo para atrapar un campañol. ¡Son muy rápidos!

—Quedaos quietos y escuchad —

indicó Corazón de Fuego—. La próxima vez que oigamos algo, averiguad dónde está y moveos hacia allí muy despacio. Es probable que un ratón pueda oír incluso el roce de vuestro pelo, así que dejadle creer que no es más que el viento que sopla sobre la roca.

Los gatos se quedaron donde estaban, hasta que volvieron a oír que escarbaban. Con las orejas erguidas, Corazón de Fuego se levantó y avanzó cautelosamente, poniendo una pata delante de la otra sin hacer el menor ruido. Alcanzó el borde de una pequeña grieta que atravesaba la superficie rocosa y se detuvo. El ruido continuó. El

joven guerrero se abalanzó para meter una zarpa en la hendidura. Sacó un grueso campañol que se escondía en las sombras y lo lanzó sobre la brillante piedra. El roedor chilló al aterrizar, pero el golpe lo dejó aturdido y Corazón de Fuego acabó con él rápidamente.

—¡Uau! —exclamó Carbonilla—. ¡Yo quiero hacer eso!

—No te preocupes, tendrás muchas oportunidades. Ahora regresemos al bosque —repuso Látigo Gris.

—¿No vamos a cazar nada más? —protestó la gata.

—¿Has oído chillar al campañol? —le preguntó Corazón de Fuego, y ella

asintió—. Bueno, pues también lo han oído las demás criaturas de por aquí. Las presas estarán escondidas durante un rato. Debí matarlo antes de que pudiera hacer ningún sonido.

Látigo Gris movió los bigotes, divertido.

—Yo no pensaba decir nada —ronroneó.

Corazón de Fuego tomó el campañol entre los dientes y todos empezaron a bajar la cuesta para dirigirse al bosque. Después de la calidez de las Rocas Soleadas, el bosque parecía gélido, incluso con el sol casi en lo más alto. Corazón de Fuego captó marcas

recientes en la frontera del Clan del Río. Más allá, el terreno descendía hasta encontrarse con el río.

Una hoja bajó revoloteando hacia Fronde, que saltó y la atrapó entre las patas. Aterrizó muy ufano.

—¡Bien hecho! —aprobó Látigo Gris—. ¡No tendrás ningún problema con los campañoles!

El aprendiz pareció doblemente complacido.

—¡Buena captura, Fronde! —maulló Carbonilla, y le dio un empujoncito con el hocico antes de volverse para mirar la pendiente boscosa.

—Hoy el río está muy silencioso —

barbotó Corazón de Fuego con la boca ocupada por el campañol.

—Eso es porque está congelado —repuso Carbonilla emocionada—. ¡Puedo verlo entre los árboles!

Corazón de Fuego soltó su presa.

—¿Congelado? ¿Completamente?

Miró al final de la ladera. Al fondo relucía el río, helado e inmóvil. ¿Tendría razón Carbonilla? Sintió un hormigueo de ilusión. Él nunca había visto el río congelado por completo.

—¿Podemos echar un vistazo? —preguntó la aprendiza, y sin esperar respuesta pasó ante las marcas olorosas.

La emoción de Corazón de Fuego se

transformó en pánico al ver cómo la pequeña gata gris desaparecía en territorio del Clan del Río. No podía llamarla, pues no quería alertar a las patrullas rivales que estuvieran por la zona, pero tenía que hacerla regresar. Dejó el campañol donde lo había soltado y corrió tras su aprendiza, con Látigo Gris y Fronde a la zaga.

Alcanzaron a Carbonilla en la orilla del río. Estaba casi totalmente congelado, aparte de un estrecho canal de agua oscura que fluía rápidamente entre dos anchas franjas de hielo. Corazón de Fuego se acordó de Garra Blanca con un estremecimiento. Estaba a

punto de proponer que se fueran cuando reparó en que Látigo Gris había erguido las orejas.

—Ratón de agua —susurró el guerrero gris.

Cierto: un pequeño roedor correteaba a lo largo del hielo, cerca de la ribera.

Corazón de Fuego lanzó una mirada a los aprendices, temiendo que intentaran cazar aquella diminuta pieza, aunque ninguno de ellos se movió. El guerrero se sintió aliviado un momento, pero le dio un vuelco el corazón al ver que Látigo Gris se lanzaba al hielo a velocidad de cazador.

—¡Vuelve! —bufó.

Era demasiado tarde. Bajo las patas de Látigo Gris, el hielo crujió de un modo terrorífico y se rompió. Con un alarido de sorpresa, Látigo Gris cayó al agua. Pataleó como un loco antes de desaparecer en las frías y oscuras profundidades del río.

Fronde se quedó horrorizado y Carbonilla lanzó un maullido de desesperación. Corazón de Fuego no la hizo callar. Estaba rígido de miedo, con la vista clavada en el agua, en busca de su amigo. ¿Estaría atrapado debajo de la capa helada? El joven guerrero bajó al hielo. Estaba frío y resbaladizo; era

imposible correr sobre él. Volvió a saltar a la ribera, presa del pánico, hasta que una empapada cabeza gris emergió del agua a cierta distancia.

Su alivio se transformó en alarma cuando vio que Látigo Gris iba río abajo, arrastrado por las gélidas aguas. Sus patas se debatían inútilmente, y sus intentos de nadar se veían frustrados por la fuerza de la corriente. Corazón de Fuego corrió a lo largo de la orilla, abriéndose paso entre los helechos, pero Látigo Gris estaba cada vez más lejos.

De pronto, Corazón de Fuego oyó un maullido procedente de la ribera opuesta y se detuvo. Río abajo, una

esbelta gata atigrada gris había saltado al hielo. Caminó ligera sobre la lámina helada y se lanzó al agua más abajo de Látigo Gris. Asombrado, Corazón de Fuego la vio nadar enérgicamente contracorriente, manteniendo su posición en las gélidas aguas con movimientos seguros y firmes. Cuando Látigo Gris pasó a su lado, la gata lo atrapó con los dientes.

Para espanto de Corazón de Fuego, el impulso de Látigo Gris los sumergió a los dos. Echó a correr de nuevo, con los ojos fijos en el río. ¿Dónde estaban? Entonces, una cabeza atigrada apareció en medio de las rugientes aguas,

avanzando contra las olas. La gata iba contra la corriente, tirando de Látigo Gris. Corazón de Fuego apenas podía creer que una gata tan delgada pudiera nadar cargando con semejante peso. Con las patas delanteras, la gata se agarró al hielo del lado de Corazón de Fuego, forzando el cuello para no perder a Látigo Gris. Resbalando, consiguió salir del río. Látigo Gris flotaba desmadejado en el agua, dando bandazos por el empuje de la corriente, pero la atigrada lo tenía bien sujeto.

Corazón de Fuego se deslizó por la ribera, cruzó el hielo y frenó en seco a su lado. Sin una palabra, agarró a su

amigo con los dientes. Juntos, los dos gatos sacaron esforzadamente el empapado cuerpo del agua y lo arrastraron hasta la seguridad de la orilla.

Corazón de Fuego se inclinó sobre él para ver si respiraba. Sintió un gran alivio al ver que el lustroso costado de Látigo Gris subía y bajaba. Al cabo tosió, farfulló y escupió agua del río. Luego se quedó inmóvil.

—¡Látigo Gris! —maulló Corazón de Fuego alarmado.

—Estoy bien —respondió él, sin resuello pero con tono tranquilizador.

Corazón de Fuego soltó un suspiro y

se sentó para observar a la atigrada gris. Tenía el olor del Clan del Río. Después de verla nadar, no le extrañó. Ella le devolvió la mirada fríamente, se sacudió y también se sentó, resollando para recuperar el aliento. El agua resbalaba por su reluciente pelaje como si estuviera hecho de plumas de pato.

Látigo Gris volvió la cabeza hacia su rescatadora.

—Gracias —dijo con voz quebrada.

—¡Idiota! —le espetó ella agachando las orejas—. ¿Qué estás haciendo en mi territorio?

—¿Ahogarme? —repuso Látigo Gris.

La atigrada movió las orejas y Corazón de Fuego vio un destello de risa en sus ojos.

—¿Y no podías ahogarte en tu propio territorio?

Látigo Gris torció el hocico.

—Ah, pero ¿quién me rescataría allí? —replicó con voz ronca.

Sonó un leve maullido detrás de Corazón de Fuego, que se volvió y descubrió a Carbonilla agazapada junto a una mata de hierba, a cierta distancia de la ribera.

—¿Dónde está Fronde? —preguntó el guerrero.

—Ya viene —respondió la

aprendiza, señalando con la nariz.

Su hermano avanzaba nerviosamente por la orilla hacia ellos.

Corazón de Fuego suspiró y se volvió hacia su amigo.

—Bien, Látigo Gris, tenemos que salir de aquí.

—Lo sé. —Se puso en pie y se volvió hacia la atigrada gris—. Gracias de nuevo.

Ella inclinó la cabeza gentilmente, pero susurró:

—¡Deprisa, marchaos ya! —Miró por encima del hombro—. Si mi padre se entera de que he rescatado a un intruso del Clan del Trueno, me

convierte en cama para cachorros.

—Entonces, ¿por qué me has salvado?

—Por instinto. No podría ver ahogarse a un gato. ¡Ahora marchaos!

Corazón de Fuego se levantó.

—Gracias. Habría echado de menos a esta bola de pelo si se hubiera ahogado.

Dio un empujoncito a su amigo. Éste ni siquiera se había sacudido la congelada agua de encima y estaba calado hasta los huesos.

—Vamos, volvamos al campamento —le dijo—. ¡Te estás quedando helado!

—Vale, ya voy —maulló Látigo

Gris. Pero antes de seguirlo, se volvió hacia la gata—. ¿Cómo te llamas? Yo soy Látigo Gris.

—Me llamo Corriente Plateada —contestó ella, y saltó de nuevo al hielo y por encima del canal de agua hasta el extremo opuesto.

Los jóvenes guerreros condujeron a sus aprendices entre los helechos, en dirección a la frontera. Corazón de Fuego advirtió que su amigo miraba por encima del hombro más de una vez.

Carbonilla también lo notó. La pequeña gata gris lo miró con ojos maliciosos.

—¡Qué bonita era esa gata del Clan

del Río!

Látigo Gris le dio un coscorrón juguetón en la oreja y ella se alejó corriendo.

—¡No te separes de nosotros! —le ordenó Corazón de Fuego sin levantar mucho la voz, pues todavía estaban en territorio rival. Le lanzó una mirada furiosa y Carbonilla se paró a esperarlos.

De no haber sido por la aprendiza, ni siquiera estarían allí, y Látigo Gris no habría estado a punto de ahogarse. Corazón de Fuego miró a su mojado amigo. Incluso después de haberse sacudido, su pelaje seguía goteando, y

estaba empezando a formársele hielo en la punta de los bigotes.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

—B… b… bien —respondió, castañeteando los dientes.

—Lo siento —maulló quedamente Carbonilla, poniéndose a la altura de Corazón de Fuego, que suspiró.

—No es culpa tuya.

Se sentía abrumado de inquietud. ¿Cómo iban a explicar aquello al clan? Nada de carne fresca para los veteranos —ya no había tiempo de regresar por el campañol— y un calado Látigo Gris. Se estremeció al pensar lo cerca que había

estado de perder a su mejor amigo. Gracias al Clan Estelar, Corriente Plateada había estado allí para salvarlo.

—El arroyo que hay cerca de la hondonada arenosa todavía lleva agua —maulló Fronde pensativo.

—¿Qué? —respondió Corazón de Fuego sorprendido, abandonando sus lúgubres pensamientos.

—Probablemente el clan dé por hecho que Látigo Gris se ha caído en ese arroyo —continuó el aprendiz.

—Podríamos decir que nos estaba enseñando a atrapar peces —añadió Carbonilla.

—No estoy seguro de que algún gato

se crea que Látigo Gris se ha mojado las patas a propósito con este tiempo —señaló Corazón de Fuego.

—Bueno, ¡pues yo no quiero que el resto del clan sepa que me ha rescatado una gata del Clan del Río! —declaró Látigo Gris con un destello de su antiguo humor—. Y no podemos permitir que sepan que hemos estado de nuevo en territorio ajeno.

Corazón de Fuego asintió.

—Vamos. Hagamos el resto del camino corriendo; eso ayudará a Látigo Gris a entrar en calor.

Los gatos cruzaron a toda prisa la frontera y dejaron atrás las Rocas

Soleadas. Cuando el sol empezó a descender por detrás de los árboles, los cuatro gatos llegaron a la entrada del campamento.

A Látigo Gris se le había secado un poco el pelo, pero de los bigotes y la cola le colgaban gotitas congeladas.

Corazón de Fuego precedió al grupo por el túnel de aulagas. Se le cayó el alma a los pies cuando vio a Garra de Tigre sentado en el claro, observándolos.

El lugarteniente clavó sus penetrantes ojos en él.

—¿Nada de carne fresca? —gruñó—. Pensaba que hoy ibais a enseñar a

cazar a estos dos. Y tú pareces medio ahogado, Látigo Gris. Debes de haberte caído a un río para estar tan mojado. —De pronto se le dilataron las aletas de la nariz, y se levantó muy erguido—. ¡No me digáis que habéis estado otra vez en territorio del Clan del Río!



12

Corazón de Fuego alzó la cabeza, dispuesto a hablar, pero Carbonilla se le adelantó.

—Es culpa mía, Garra de Tigre —declaró, mirando con audacia al enorme atigrado—. Estábamos cazando en el arroyo congelado que hay cerca de la hondonada de entrenamiento, en la zona

del remanso profundo. Incluso eso estaba congelado. Yo resbalé y Látigo Gris acudió a ayudarme, pero el hielo no era lo bastante grueso para aguantar su peso, se rompió y él cayó al agua. —Mientras Garra de Tigre observaba sus ojos claros y brillantes, añadió—: Allí es realmente hondo. Ha tenido que sacarlo Corazón de Fuego.

El aludido se encogió al recordar que se había quedado paralizado de horror al ver que su amigo desaparecía en el río.

Garra de Tigre asintió y se volvió hacia Látigo Gris.

—Será mejor que vayas a ver a

Fauces Amarillas antes de que mueras congelado —le sugirió y, poniéndose en pie, se alejó.

Corazón de Fuego soltó un silencioso suspiro de alivio.

Látigo Gris no se lo pensó dos veces. La larga carrera a casa no había logrado que parasen de castañetearle los dientes, de modo que se dirigió a la cueva de Fauces Amarillas. Fronde lanzó una mirada a Carbonilla y se encaminó hacia su guarida, arrastrando la cola de agotamiento.

Corazón de Fuego miró a su aprendiza.

—¿Es que Garra de Tigre no te

asusta? —le preguntó con curiosidad.

—¿Por qué debería asustarme? —replicó ella—. Es un gran guerrero. Yo lo admiro.

«Por supuesto, ¿por qué no iba a admirarlo?», pensó el gato.

—Mientes muy bien —gruñó con severidad, tratando de actuar como un mentor.

—Bueno, procuro no hacerlo. Es que he pensado que la verdad no sería muy útil ahora.

Corazón de Fuego tuvo que admitir que tenía algo de razón. Sacudió la cabeza despacio.

—Ve a calentarte.

—¡Sí, Corazón de Fuego! —Inclinó la cabeza y salió corriendo tras Fronde.

El joven mentor se encaminó al refugio de los guerreros. Le preocupaba la facilidad con que se le había ocurrido a Carbonilla la historia sobre el remojón de Látigo Gris. Pero también creía que la gata era bienintencionada e íntegra. Pensó en Cuervo, otro gato bueno. ¿La historia de que Garra de Tigre había matado a Cola Roja sería sólo eso, una historia que se le había ocurrido en el calor del momento? Rechazó tal idea. Cuando Cuervo habló con él, estaba aterrorizado. Era evidente que sí creía en su propia historia. ¿Por qué, si no,

habría tenido tanto miedo como para abandonar el clan?

Tomó unas cuantas piezas de carne fresca y las llevó junto a la mata de ortigas. Se acomodó al lado y empezó a comerse un ratón pensativamente. Le preocupaba el tono de admiración de Carbonilla al hablar de Garra de Tigre. Parecía que sólo él sospechaba que en el lugarteniente del clan había más cosas de las que se veían a simple vista. La actitud de Estrella Azul hacia Garra de Tigre no había cambiado en absoluto. Lo trataba con el mismo respeto y confianza que le había mostrado siempre. Frustrado, Corazón de Fuego arrancó

otro trozo de carne de su pieza.

Un sonoro estornudo le hizo levantar la mirada. Látigo Gris se dirigía hacia él.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Corazón de Fuego cuando llegó, oliendo a uno de los brebajes de Fauces Amarillas.

Su amigo se sentó pesadamente y tosió.

—Te he guardado un poco de comida —maulló Corazón de Fuego, empujando hacia él un grueso tordo y un campañol.

—Fauces Amarillas dice que tengo que quedarme en el campamento. Al

parecer, me he resfriado —explicó Látigo Gris con voz apagada.

—No me extraña. ¿Qué te ha dado?

—Matricaria y lavanda. —Se tumbó de costado y empezó a mordisquear el tordo—. Con esto tendré bastante —masculló—. No tengo mucha hambre.

Corazón de Fuego lo miró sorprendido. Jamás habría pensado que oiría a Látigo Gris decir algo así.

—¿Estás seguro? —preguntó—. Hay mucho.

Su amigo se quedó mirando el tordo y no contestó.

—¿Estás seguro o no?

—¿Qué? —Látigo Gris se volvió

hacia él con mirada ausente—. Ah, sí, claro.

«Debe de tener fiebre», supuso Corazón de Fuego, sacudiendo la cabeza. Bueno, al menos su amigo seguía allí, gracias a aquella gata del Clan del Río.

Unos días más tarde, al despertar, descubrió que la primera niebla de la estación sin hojas había invadido el dormitorio. Cuando salió al claro, apenas logró ver el otro extremo. Oyó unas pisadas que corrían hacia él, y Musaraña surgió de entre la bruma.

—Garra de Tigre quiere verte —maulló.

—Bien, gracias —respondió Corazón de Fuego, alarmado. El día anterior se había escapado para visitar a Princesa. ¿Lo habría advertido el lugarteniente?

—¿Qué ocurre? —preguntó Látigo Gris a su espalda con voz asmática. Se sentó a su lado, estornudó y bostezó.

—Garra de Tigre quiere verme. —Miró a su amigo—. Deberías estar durmiendo. —Estaba empezando a preocuparse por él; a esas alturas, ya debería haberse recuperado—. ¿Ayer descansaste?

—Todo lo que pude entre toser y estornudar —se lamentó Látigo Gris.

—Entonces, ¿por qué no estabas en tu cama cuando volví de… de entrenar? —En realidad, había pasado la tarde hablando con Princesa.

—¿Crees que aquí puedo tener paz y silencio? —replicó Látigo Gris señalando el dormitorio con la cabeza —. ¡Los guerreros no hacen más que entrar y salir! He encontrado un sitio más tranquilo; eso es todo.

Corazón de Fuego fue a preguntarle dónde, pero Látigo Gris habló primero:

—¿Qué querrá Garra de Tigre?

Corazón de Fuego sintió un

hormigueo en las patas.

—Será mejor que vaya a averiguarlo.

Tan sólo podía ver las siluetas del lugarteniente Garra de Tigre y de Tormenta Blanca a través de la neblina, sentados bajo la Peña Alta. Cuando se les acercó, dejaron de hablar y Garra de Tigre se volvió hacia él.

—Es hora de evaluar a Carbonilla y Fronde —gruñó.

—¿Ya? —maulló Corazón de Fuego sorprendido. Los aprendices no llevaban mucho tiempo entrenando.

—Estrella Azul quiere ver cómo progresa su entrenamiento. Sobre todo

ahora que Látigo Gris está demasiado enfermo para ocuparse de Fronde. Si Fronde se está quedando rezagado, Estrella Azul debe saberlo para poder adjudicarle otro mentor.

Corazón de Fuego sacudió la cola con irritación. Sin duda, Látigo Gris se recuperaría pronto. Sería injusto confiarle su primer aprendiz a otro guerrero.

—He estado llevando a Fronde conmigo y Carbonilla todos los días —se apresuró a decir.

Garra de Tigre lanzó una mirada a Tormenta Blanca y asintió.

—Sí, pero ésta es tu primera vez

como mentor. Es mucha carga para ti, y el clan necesita guerreros bien entrenados.

«Lo sé, y sólo soy un gato doméstico, no un guerrero nacido en un clan», pensó el joven con amargura. Se miró las patas, ardiendo de resentimiento. Nadie le había pedido que se encargara de Fronde, y había estado esforzándose mucho con los dos aprendices.

Garra de Tigre continuó:

—Manda a Carbonilla y Fronde en misión de caza a través del pinar, hasta las viviendas de Dos Patas. No les quites ojo, obsérvalos cazar e

infórmame luego. Me interesa ver cuántas piezas añaden al montón de carne fresca.

—Si las habilidades de Carbonilla van a la par con su entusiasmo, esta noche habrá mucho que comer —comentó Tormenta Blanca—. He oído que es una aprendiza muy bien dispuesta.

—Sí, lo es —admitió Corazón de Fuego, aunque apenas estaba prestando atención.

Las palabras del lugarteniente le habían acelerado el corazón. «¿Por qué vuelve a mandarme a la zona de Dos Patas?», pensó. Su propia evaluación

como aprendiz había seguido la misma ruta, y Garra de Tigre lo había visto charlando con un viejo amigo, un gato doméstico; luego se lo contó a Estrella Azul, y ésta se cuestionó la lealtad de Corazón de Fuego al clan. Sintió que el lomo se le empezaba a erizar. ¿Era ésa la forma que tenía el lugarteniente de insinuarle que lo había visto hablando con Princesa?

Corazón de Fuego giró la cabeza y se lamió el lomo para alisarse el pelo con la lengua. Luego volvió a sentarse bien erguido y sugirió con calma:

—Las Rocas Soleadas serían un lugar igual de bueno para poner a prueba

las dotes de los aprendices. Tal vez el sol haya disuelto algo de la niebla por allí.

—No —gruñó Garra de Tigre—. La patrulla de la aurora ha encontrado olor del Clan del Río en las Rocas Soleadas. A lo mejor están volviendo a cazar por allí. —Sus ojos llamearon de ira, y entreabrió los labios para mostrar unos afilados colmillos—. Habrá que echarlos antes de entrenar más en ese lugar. De momento, el pinar será más seguro para una evaluación.

Tormenta Blanca mostró su conformidad asintiendo, y Corazón de Fuego movió las orejas nerviosamente

al oír las noticias. ¡El Clan del Río en las Rocas Soleadas! Qué suerte que no los hubiese visto una patrulla cuando Látigo Gris se cayó al río.

—Y con respecto a la niebla —prosiguió el lugarteniente como si nada—, cazar en condiciones difíciles puede hacer más interesante la prueba.

—Muy bien, Garra de Tigre —maulló Corazón de Fuego, bajando respetuosamente la cabeza ante los dos guerreros—. Se lo diré a Carbonilla y Fronde. Empezaremos de inmediato.

Cuando les explicó lo de la evaluación a

los aprendices, Carbonilla irguió la cola y corrió en círculos, muy emocionada.

—¡Una evaluación! ¿Crees que estamos preparados?

—Por supuesto —respondió el joven mentor, ocultando sus dudas—. Habéis estado trabajando duro y aprendiendo rápido.

—Pero ¿la niebla no hará más difícil cazar? —preguntó Fronde.

—Hay ventajas en la quietud del aire —respondió Corazón de Fuego.

Fronde pareció pensativo, pero sus ojos empezaron a brillar.

—Costará más captar el olor de las presas, pero a las presas también les

costará más captar nuestro olor —razonó.

—Exacto —aprobó Corazón de Fuego.

—¿Nos vamos ya? —preguntó Carbonilla.

—En cuanto queráis. Pero tomaos vuestro tiempo; esto no es una carrera… —Sus palabras cayeron en saco roto con la aprendiza, que ya iba disparada hacia la salida del campamento—. ¡Tenéis hasta la puesta de sol! —le dijo a gritos.

Fronde le lanzó una mirada y se dispuso a seguir a su hermana con un pequeño suspiro.

Corazón de Fuego localizó a los dos

aprendices a través del pinar; la elástica capa de agujas de pino resultaba extrañamente blanda bajo el suelo congelado del bosque. Siguió el rastro de Carbonilla hasta que la vio acechando ansiosamente entre los árboles, luego detectó el olor de Fronde y fue tras él. Los rastros olorosos se cruzaban aquí y allá. Él podía captar dónde habían corrido los aprendices, dónde se habían sentado, incluso dónde habían estado juntos en una ocasión.

No tardó en encontrar un sitio donde Carbonilla había hecho una captura. Se la había llevado con ella; al seguir el rastro, notó el olor de la presa mezclado

con el de la gata. Luego descubrió dónde Fronde había atrapado un tordo. Había plumas esparcidas por todas partes. Los aprendices estaban cazando bien. Corazón de Fuego lo supo con certeza cuando captó un fuerte aroma a carne fresca. Escarbando entre las agujas de pino al pie de un árbol, descubrió unas presas escondidas debajo; Carbonilla las había dejado allí para recogerlas más tarde. El mentor sintió una oleada de orgullo ante su trabajo. La aprendiza había cazado mucho, y ahora se dirigía al robledal que había detrás de las viviendas de Dos Patas.

La siguió. Justo más allá del límite

del pinar, captó el olor de Fronde. Era muy fuerte, lo que significaba que el aprendiz andaba cerca. Avanzó sigilosamente y se asomó tras un roble joven. Fronde estaba agazapado bajo un zarzal enredado, bien camuflado entre las sombras. Corazón de Fuego sólo podía ver su cola, moviéndose de un lado a otro.

Fronde tenía los ojos clavados en un ratón de campo que correteaba alrededor de las raíces de un árbol. Estaba tomándose su tiempo. «Bien», pensó el guerrero. Observó cómo el aprendiz avanzaba lentamente, adelantando una pata cada vez. Las

hojas que pisaba apenas emitían sonido. Fronde era tan silencioso como el propio ratón, que continuaba buscando comida sin sospechar nada. Corazón de Fuego lo observó conteniendo la respiración, y recordó su primera misión de caza.

Fronde se fue acercando. El leve roce de sus zarpas sobre las hojas se confundía con los sonidos del bosque, y Corazón de Fuego se encontró animándolo mentalmente. El aprendiz ya estaba a un conejo de distancia del ratón, con el cuerpo pegado al suelo forestal, cuando el roedor subió corriendo a una raíz y miró alrededor.

Se quedó paralizado. Algo iba mal.

«¡Ahora!», pensó Corazón de Fuego. Fronde dio un salto y cayó sobre el roedor, aferrándolo con las zarpas delanteras. El ratón no tuvo tiempo de debatirse y el aprendiz acabó con él de un solo mordisco.

Fronde levantó la cabeza y Corazón de Fuego pudo ver su cara de satisfacción mientras aspiraba el aroma de su presa. Cuando se alejó corriendo entre los árboles, el mentor tuvo ganas de correr a informar a Garra de Tigre sobre sus aprendices.

—¡Hola!

La vocecilla le hizo dar un brinco y

se volvió de golpe.

—¿Cómo lo estamos haciendo? —preguntó Carbonilla, mirándolo con la cabeza ladeada.

—¡Se supone que no debes preguntar esas cosas! —bufó Corazón de Fuego, y se lamió el pelo erizado—. No puedes hablar conmigo. Te estoy evaluando, ¿recuerdas?

—Oh —maulló la aprendiza—. Lo lamento.

Corazón de Fuego suspiró. Él jamás se habría atrevido a acercarse a Garra de Tigre durante su evaluación. No quería que Carbonilla lo obedeciera por miedo, como había hecho Garra de Tigre

con Cuervo, pero no le importaría que le mostrara un poco de respeto de vez en cuando. En ocasiones no se sentía mentor en absoluto.

La gata miró un momento al suelo y levantó la vista hacia él con expresión confundida.

—¿Es verdad que naciste cerca de aquí, en una casa de Dos Patas? —maulló.

La pregunta lo pilló desprevenido. Lanzó una mirada nerviosa hacia la valla de Dos Patas, esperando que el olor desconocido de Carbonilla y Fronde mantuviera a Princesa dentro de su jardín.

—¿Por qué lo preguntas? —replicó, evitando responder.

—Garra de Tigre lo mencionó, eso es todo.

Parecía sinceramente curiosa, pero él sintió un pálpito oscuro y amenazador al oír el nombre del lugarteniente. ¿Qué más le habría estado contando a Carbonilla sobre él?

—Nací como gato doméstico —admitió con firmeza—. Pero ahora soy un guerrero. Mi vida está con el clan. Mi antigua vida no era mala, pero se terminó, y me alegro por ello.

—Ah, vale —maulló la aprendiza con despreocupación—. ¡Nos vemos

luego! —Dio media vuelta y salió corriendo entre los árboles.

El joven se quedó solo en la arboleda, y el corazón le latió con fuerza al mirar hacia la valla de Dos Patas. Una luna atrás, sus palabras a Carbonilla —que se alegraba de que su antigua vida hubiese terminado— habrían sido absolutamente ciertas. Ahora ya no estaba tan seguro. Sintió un estremecimiento ante la certeza de que, últimamente, algunos de sus momentos más felices los había vivido intercambiando recuerdos con su dulce hermana, una gata doméstica.



13

Cuando el sol empezó a ponerse en el bosque, Corazón de Fuego estaba esperando junto al pino donde Carbonilla había enterrado su primer lote de presas. Oyó pisadas, y al volverse vio que los dos aprendices se dirigían hacia él. Ambos traían piezas colgando de la boca. Fronde apenas

podía con la suya, de tan grande que era. El mentor sintió una oleada de alivio, ni siquiera Garra de Tigre podría criticar los esfuerzos de los aprendices.

—Os ayudaré a cargar con esto —se ofreció, retirando la capa de agujas de pino del escondrijo de Carbonilla.

Desenterró las capturas, las tomó entre los dientes y se encaminó de vuelta al campamento.

Cuando llegaron al claro del campamento, algunos gatos ya estaban recogiendo su parte del montón de carne fresca. Garra de Tigre debía de estar aguardando su regreso, pues se les acercó en cuanto dejaron sus presas al

lado del resto.

—¿Han cazado todo esto ellos solos? —inquirió, empujando la pila de piezas con su enorme zarpa.

—Por supuesto —respondió Corazón de Fuego.

—Bien. Ven a reunirte conmigo y con Estrella Azul. Tráete algo de carne; nosotros ya estamos comiendo.

Los aprendices contemplaron a Corazón de Fuego con admiración: era un privilegio comer con la líder y su lugarteniente. Sin embargo, el joven guerrero no compartía su emoción, pues había esperado poder informar a solas a Estrella Azul. Lo último que deseaba era

comer junto con Garra de Tigre.

—Por cierto, ¿has visto a Látigo Gris? —preguntó el lugarteniente—. Se supone que debe permanecer en el campamento mientras esté resfriado, pero no lo he visto desde que el sol estaba en lo más alto.

Corazón de Fuego sintió cierta inquietud y movió las patas. ¿Látigo Gris habría ido de nuevo en busca de paz y tranquilidad?

—No, no lo he visto —admitió—. A lo mejor está con Fauces Amarillas.

—A lo mejor —repitió Garra de Tigre, y se marchó a donde estaba Estrella Azul, comiéndose una rolliza

paloma.

Corazón de Fuego lo siguió, tratando de sofocar su creciente inquietud por las desapariciones de Látigo Gris. Había escogido un pequeño pinzón al pasar ante el montón de carne fresca, pero deseó haber elegido un campañol. ¿Cómo iba a dar su informe con la boca llena de plumas?

—Bienvenido, Corazón de Fuego —lo saludó Estrella Azul cuando se sentó delante de ella.

El joven dejó el pinzón en el suelo, pero decidió no empezar a comer.

—Garra de Tigre dice que tus aprendices han atrapado muchas piezas

—maulló la líder con mirada amistosa.

Sentado junto a ella, Garra de Tigre lo miró de un modo más severo y crítico, y Corazón de Fuego sacudió la cola instintivamente.

—Sí. Nunca habían cazado con niebla, pero eso no los ha amilanado —explicó—. He observado cómo Fronde capturaba un ratón de campo. Su técnica de acechar es excelente.

—Y ¿qué hay de Carbonilla? —preguntó Estrella Azul.

El joven advirtió un destello acerado en los ojos de la gata. ¿Estaba preocupada por las capacidades de su aprendiza?

—Sus habilidades cazadoras están progresando bien —respondió—. Posee mucho entusiasmo, eso es indudable, y no parece tenerle miedo a nada.

—¿No te preocupa que eso pueda volverla temeraria?

—Es rápida e inquisitiva, lo que la convierte en buena alumna. Creo que eso compensará su… su ansiedad —declaró, tras buscar frenéticamente la palabra correcta.

Estrella Azul agitó la cola.

—Su ansiedad, como tú lo llamas, me inquieta —maulló, lanzando una mirada a Garra de Tigre—. Carbonilla necesitará una orientación cuidadosa en

su entrenamiento.

Corazón de Fuego se sintió desmoralizado. ¿Estrella Azul estaba descontenta con su trabajo como mentor?

Los ojos de la líder se suavizaron.

—Siempre he sabido que Carbonilla iba a suponer un desafío. Pero es evidente que se está convirtiendo en una gran cazadora. Has hecho un buen trabajo con ella, Corazón de Fuego. Con los dos aprendices, en realidad. —El joven se animó de inmediato, y la líder continuó—: He advertido que te has encargado del entrenamiento de Fronde sin que nadie te lo pidiera. Quiero que

por ahora sigas siendo el mentor de ambos hermanos.

Garra de Tigre apartó la mirada, pero a Corazón de Fuego no se le escapó la furia que destellaba en sus ojos.

—Gracias, Estrella Azul —maulló.

—Parece que tu amigo perdido ha regresado —gruñó el lugarteniente sin volver la cabeza.

Corazón de Fuego se volvió y vio que Látigo Gris aparecía por detrás de la maternidad.

—Probablemente había ido a buscar algo de tranquilidad —sugirió—. Sigue teniendo fiebre, y no debe de ser fácil

pasarse el día metido en el campamento.

—Fácil o no, debería concentrarse en ponerse mejor —replicó Garra de Tigre—. La estación sin hojas no es tiempo para la enfermedad en el campamento. Musaraña iba tosiendo en la patrulla de esta mañana. Espero que el Clan Estelar nos proteja de la neumonía esta estación. El año pasado perdimos cinco cachorros.

Estrella Azul asintió solemnemente.

—Roguemos que esta estación sin hojas no sea tan larga ni tan dura. Nunca es una buena época para los clanes. —Pareció pensativa un momento, y añadió a Corazón de Fuego—: Toma ese pinzón

y ve a comértelo con Látigo Gris. Querrá saber cómo le ha ido a su aprendiz en la evaluación.

—Muy bien. Gracias —maulló el joven.

Agarró el pinzón y se encaminó a la mata de ortigas, donde Látigo Gris se había acomodado con un gran ratón. Su amigo se había zampado la mitad cuando él llegó; quizá su resfriado iba mejorando.

Cuando dejó el pinzón junto a Látigo Gris, éste estornudó.

—¿El resfriado no va mejor?

—No —contestó el guerrero gris—. Supongo que tendré que quedarme en el

campamento un poco más.

Corazón de Fuego pensó que sonaba más alegre que antes, pero no quería revelar su creciente sospecha de que se traía algo entre manos.

—En la evaluación de hoy, Fronde lo ha hecho muy bien —dijo.

—¿En serio? —repuso Látigo Gris, y dio otro mordisco al ratón—. Eso es estupendo.

—Sí, es un gran cazador. —Y empezó a comerse el pinzón—. Látigo Gris —maulló tras un largo silencio—, ¿has salido del campamento en los últimos días?

El guerrero gris dejó de comer.

—¿Por qué lo preguntas?

Su amigo agitó la cola, incómodo.

—Bueno, no estabas aquí cuando volví de la última patrulla nocturna, y Garra de Tigre dice que hoy no te ha visto desde que el sol estaba en lo más alto.

—¿Garra de Tigre? —Pareció preocuparse.

—Le he dicho que probablemente habrías ido a buscar algo de tranquilidad, o que a lo mejor estabas con Fauces Amarillas —maulló Corazón de Fuego, y dio otro mordisco al pinzón—. ¿Tenía razón? —preguntó con plumas en la boca, deseando que la

respuesta fuera sí y terminasen las sospechas.

Pero su amigo pasó por alto su pregunta y dijo:

—Bueno, gracias por cubrirme.

Y siguió comiendo.

Corazón de Fuego no le hizo más preguntas, aunque ardía de curiosidad. Cuando Látigo Gris se levantó y anunció que se marchaba al dormitorio, él seguía sin saber en qué andaba enredado su amigo.

—De acuerdo —maulló—. Creo que me quedaré aquí un poco más.

Látigo Gris asintió levemente y se marchó.

Corazón de Fuego se tumbó de espaldas para estirarse cuan largo era, arañando el suelo por encima de su cabeza, y se quedó un rato boca arriba, pensando. Por cómo olía, Látigo Gris se había lavado a fondo hacía poco. ¿Acaso intentaba ocultar algún olor? Entonces cayó en la cuenta de que su amigo prácticamente había admitido haber estado fuera del campamento. Pero ¿adónde habría ido que no podía, o no quería, contárselo? De repente sintió un picor en las patas: y ¿qué pasaba con sus propias visitas a Princesa? Y en territorio de Dos Patas, ¡nada menos! Él también se lavaba meticulosamente antes

de volver al campamento, y jamás le mencionaba los encuentros a Látigo Gris.

Rodó sobre sí mismo y se sentó. Tenía algo enganchado en una de las garras. Levantó la pata y tiró con los dientes. Era un amento de sauce, viejo y marchito, pero un amento sin ninguna duda. ¿Qué estaba haciendo allí? En la parte forestal del Clan del Trueno no había sauces… De hecho, los únicos sauces que había visto en su vida crecían cerca del río, en territorio del Clan del Río. Contuvo la respiración, y el corazón empezó a martillearle. ¿Aquel amento habría llegado en el

pelaje de Látigo Gris?

Cuando entró silenciosamente en la guarida de los guerreros, Látigo Gris ya estaba dormido. Se acostó a su lado, preguntándose si de verdad su amigo habría sido tan insensato como para volver a tierras del Clan del Río. La expresión en los ojos de Leopardina tras la muerte de Garra Blanca había dejado claro que quedaba una cuenta pendiente. Corazón de Fuego se estremeció y decidió averiguar adónde iba Látigo Gris y por qué.

Cuando se despertó, la guarida estaba

húmeda y helada. Olfateó el aire, que le indicó que se avecinaba lluvia. Salió al claro bostezando. No había dormido bien, preocupado por Látigo Gris. Únicamente con pensar en su amigo solo en territorio del Clan del Río, lo recorrió un escalofrío.

—Hace frío, ¿verdad? —lo sobresaltó la voz de Viento Veloz.

Miró por encima del hombro sacudiendo la cola. El delgado guerrero atigrado estaba saliendo del dormitorio.

—Ah, sí —coincidió.

—¿Te encuentras bien? No habrás pillado el resfriado de tu amigo, ¿eh? Está mañana Musaraña estaba

moqueando, y ayer Rabo Largo y Zarpa Rauda se pasaron todo el entrenamiento estornudando.

Corazón de Fuego negó con la cabeza.

—Estoy bien. Sólo me encuentro un poco cansado tras la evaluación de ayer.

—Ah. Estrella Azul pensaba que quizá lo estuvieras. Por eso me pidió que hoy te ayudara con el entrenamiento de Carbonilla y Fronde. ¿Te parece bien?

—Sí, gracias.

—Entonces perfecto. Me reuniré contigo en la hondonada después de comer algo. Si Zarpa Rauda ha

enfermado, tendremos todo el sitio para nosotros. ¿Tienes hambre?

El joven negó con la cabeza, y Viento Veloz se marchó a rebuscar entre las sobras de la caza de la noche anterior.

Corazón de Fuego fue derecho a la hondonada arenosa y esperó a que llegaran los otros. No tenía la mente puesta en el entrenamiento; seguía pensando en Látigo Gris. Estaba convencido de que su amigo volvería a escaparse del campamento.

Un viento húmedo empezó a agitar las ramas sin hojas que colgaban sobre la hondonada cuando aparecieron

Carbonilla y Fronde, seguidos de Viento Veloz.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —preguntó Carbonilla, bajando a toda prisa a la hondonada.

Corazón de Fuego se quedó mirándola, en blanco. Aún no había pensado en eso.

—¿Cazar? —maulló Fronde esperanzado, corriendo detrás de su hermana.

Viento Veloz cruzó la hondonada y se les unió.

—¿Qué tal si practicamos algunas técnicas de acecho? —propuso.

—Buena idea —aprobó Corazón de

Fuego.

—¿No será otra vez esa lección tan rollo de «el conejo te oye y el ratón te siente»? —protestó Carbonilla.

Viento Veloz la hizo callar con una mirada y se volvió hacia Corazón de Fuego. Con un respingo, éste se dio cuenta de que Viento Veloz estaba esperando a que empezara.

—Eh… comenzaré mostrándoos la mejor manera de… de acechar un conejo —balbuceó.

Se agachó y empezó a avanzar, rápido y ligero, hasta llegar al final de la hondonada. Allí se incorporó, pero al volverse vio que los tres gatos lo

miraban burlonamente.

—¿Estás seguro de que eso engañaría a un conejo? —maulló Carbonilla, con un temblor de risa en los bigotes.

Corazón de Fuego se sintió confundido unos momentos, hasta que cayó en la cuenta de que acababa de demostrar su mejor técnica de acecho para pájaros. Un conejo habría oído el roce del pelo entre la maleza a tres zorros de distancia.

Abochornado, miró a Viento Veloz. El guerrero atigrado arrugó el entrecejo y dijo:

—¿Qué os parece si os enseño cómo

acercarse sigilosamente a una musaraña?

Carbonilla clavó su brillante mirada en Viento Veloz. Corazón de Fuego suspiró y se dispuso a observar.

Para cuando el sol llegó a lo más alto, le seguía costando concentrarse en la sesión de entrenamiento. No dejaba de imaginarse a Látigo Gris escabulléndose del campamento, y se moría de ganas de seguirlo. Al final, su intranquilidad pudo con él. Se acercó a Viento Veloz y le susurró al oído:

—Me duele la barriga. ¿Puedes encargarte del entrenamiento lo que queda de día? Quiero ver si Fauces

Amarillas me da algún remedio.

—Ya decía yo que parecías un poco distraído —contestó el atigrado—. Vuelve al campamento. Yo me llevaré a estos dos de caza.

—Gracias, Viento Veloz —maulló Corazón de Fuego, sintiendo cierta vergüenza de que el guerrero le hubiese creído tan fácilmente.

Atravesó la hondonada cojeando, para que pareciese que se sentía mal. En cuanto estuvo a salvo entre los árboles, echó a correr y regresó disparado al campamento. Al volver el día anterior, Látigo Gris había aparecido por detrás de la maternidad. Corazón de Fuego

sabía por experiencia que aquél era el mejor lugar para abandonar los límites del campamento sin que nadie lo notara. Era allí por donde Fauces Amarillas había escapado cuando el clan sospechó de la vieja curandera por la muerte de Jaspeada.

Rodeó la parte externa del campamento y olfateó el muro de helechos. Dio un respingo cuando captó la esencia de Látigo Gris. Era indudable que su amigo había salido a hurtadillas por allí, y a menudo, por cómo olía. Por lo menos el olor no era reciente, lo que significaba que ese día no había pasado.

Se agazapó detrás de un árbol

cercano y se puso cómodo para esperar. El bosque se fue oscureciendo cada vez más conforme el cielo empezaba a cubrirse de nubes de tormenta. Las sombras ocultaban a Corazón de Fuego a la perfección, y se aseguró de situarse de cara al viento para que Látigo Gris no lo detectara. Ahora sí que le dolía la barriga, tensa de culpabilidad y aprensión. Casi esperaba que su amigo no apareciera ese día, o que lo guiase a algún sitio tranquilo dentro de las fronteras del clan.

Le dio un vuelco el corazón cuando oyó un ruido en la pared de helechos. Una nariz gris estaba abriéndose paso

entre las frondas. Corazón de Fuego agachó la cabeza mientras su amigo miraba alrededor cautelosamente. Tras unos momentos, el joven guerrero gris se puso en marcha en dirección a la hondonada de entrenamiento.

Corazón de Fuego sintió una leve esperanza. Quizá Látigo Gris estaba mejor de su resfriado y había decidido unirse a la sesión de entrenamiento. Echó a andar detrás de él, manteniendo una distancia segura, fiándose más del olfato que de la vista para localizarlo.

Pero cuando el rastro se desvió del sendero que llevaba a la hondonada, Corazón de Fuego supo que sus

esperanzas habían sido en vano. Con una terrible sensación de amenaza, vio más adelante la peculiar ladera de roca gris, entre los árboles: las Rocas Soleadas. Irguió las orejas y abrió la boca, saboreando la brisa en busca del olor de gatos enemigos. Al borde de los árboles, vislumbró a un gato gris de anchos omóplatos que pasaba ante las rocas en dirección a la frontera del Clan del Río. No había duda de adónde se encaminaba Látigo Gris.

En cuanto su amigo estuvo fuera de la vista, Corazón de Fuego se adelantó para mirar la cuesta que llevaba al río. Por el movimiento de la maleza, pudo

adivinar dónde estaba Látigo Gris. Sólo esperaba que no hubiera patrullas del Clan del Río vigilando también.

Descendió entre las frondas. El río ya no estaba congelado; podía oír cómo el agua lamía la orilla y chapoteaba sobre las piedras. Aminoró el paso al llegar al final de los helechos y atisbó el espacio abierto.

Látigo Gris estaba sentado sobre los guijarros. Miraba alrededor con las orejas erguidas, pero, por la postura relajada de sus omóplatos, Corazón de Fuego supo que no estaba buscando presas.

En la distancia sonó una extraña

llamada felina. ¿Una patrulla del Clan del Río? A Corazón de Fuego se le erizó el pelo y se le tensaron los músculos instintivamente, pero Látigo Gris no se movió. Entonces se oyó un susurro entre los helechos del extremo opuesto del río. Látigo Gris continuó donde estaba. Corazón de Fuego contuvo la respiración cuando apareció una cabeza en la orilla más lejana. Sin hacer apenas ruido, una gata gris surgió de la vegetación y se metió en el río. Corazón de Fuego sintió que se le paraba el corazón. ¡Era Corriente Plateada, la gata que había rescatado a su amigo!

Ella cruzó el río sin ninguna

dificultad. Látigo Gris se levantó y maulló encantado, pisoteando los guijarros de expectación. Con la cola bien erguida, fue al borde del agua cuando la gata salió a la ribera.

Corriente Plateada se sacudió el agua del pelaje, y los dos gatos grises entrechocaron la nariz delicadamente. Él frotó el hocico contra la mandíbula de ella, que alzó la cabeza con alegría. Luego se puso de puntillas y enroscó su esbelto cuerpo alrededor de Látigo Gris. El joven guerrero no parecía nada molesto por mojarse, pues ronroneó tan fuerte que Corazón de Fuego lo oyó mientras Corriente Plateada presionaba


su pelaje empapado contra él.



14

A Corazón de Fuego se le erizó el lomo de espanto. ¿Cómo podía ser tan estúpido Látigo Gris? Estaba quebrantando todas las normas del código guerrero al reunirse con aquella gata de otro clan.

—¡Látigo Gris! —bufó, saliendo de entre los arbustos.

Los dos gatos grises se volvieron de golpe para enfrentarse a él. Corriente Plateada agachó las orejas de furia. Látigo Gris se limitó a mirarlo fijamente, sorprendido.

—¡Me has seguido!

Corazón de Fuego pasó por alto su maullido de asombro.

—¿Qué estás haciendo? ¿Es que no sabes lo peligroso que es esto?

—No pasa nada —respondió Corriente Plateada—. No vendrá otra patrulla por aquí hasta la puesta de sol.

—Claro, y tú estás segura de eso, ¿no? ¡Como si pudieras saber todos los movimientos de tu clan!

Corriente Plateada levantó la barbilla.

—De hecho, lo sé. Mi padre es Estrella Doblada, el líder del Clan del Río.

Corazón de Fuego se quedó paralizado, y luego le espetó a Látigo Gris:

—¿A qué estás jugando? No podrías haber elegido peor.

Su amigo lo miró a los ojos un instante, y después se volvió hacia Corriente Plateada.

—Será mejor que me vaya —maulló.

Ella parpadeó despacio y alargó la

cabeza para tocarle la mejilla. Los dos cerraron los ojos y permanecieron inmóviles un momento. Corazón de Fuego los observó con un hormigueo de alarma en las zarpas. Corriente Plateada susurró algo al oído de Látigo Gris, y luego se separaron. La gata alzó la cabeza y miró desafiante a Corazón de Fuego antes de volver a meterse en el río.

Látigo Gris se puso en marcha al lado de su amigo. No hablaron mientras salían corriendo del territorio del Clan del Río y dejaban atrás las Rocas Soleadas. Al acercarse al campamento, Látigo Gris redujo el paso.

Corazón de Fuego también bajó el ritmo.

—Tienes que dejar de verla —dijo resollando. Ahora que estaban lejos de la frontera su pánico había disminuido, pero seguía furioso.

—No puedo —replicó su amigo con voz ronca. Tosió entre jadeos.

—No lo comprendo. En estos momentos, el Clan del Río es completamente hostil al nuestro. Ya oíste a Leopardina tras la muerte de Garra Blanca —añadió con una mueca, sabiendo que a Látigo Gris le dolería ese recordatorio—. ¿Cómo sabes siquiera que puedes confiar en esa gata?

—No conoces a Corriente Plateada —bufó, y se detuvo para sentarse. Tenía los ojos vidriosos de pesar—. Y no hace falta que me recuerdes lo de Garra Blanca. ¿Crees que me resulta fácil saber que soy el responsable de la muerte de uno de los compañeros de clan de Corriente Plateada?

Corazón de Fuego resopló con impaciencia; Garra Blanca era un guerrero enemigo, no un compañero de clan. Pero Látigo Gris continuó:

—Corriente Plateada comprende que fue un accidente. La quebrada no era sitio para una batalla. ¡Podría haber caído cualquier gato!

Corazón de Fuego se puso a dar vueltas cuando su amigo empezó a lamerse para eliminar el aroma de la gata de su pelaje.

—¡No importa lo que piense Corriente Plateada! ¿Qué pasa con tu lealtad al Clan del Trueno? —quiso saber—. ¡Estás quebrantando el código guerrero al verte con ella!

Látigo Gris dejó de lavarse.

—¿Crees que no lo sé? —siseó—. ¿Acaso dudas de mi lealtad al clan?

—¿Qué voy a pensar si no? No puedes ver a Corriente Plateada sin mentirle al clan. ¿Y si tuviéramos que luchar contra su clan? ¿Has pensado en

eso?

—Te preocupas demasiado. Eso no sucederá. Ahora que Estrella Rota se ha ido y el Clan del Viento ha regresado a casa, los clanes estarán en paz.

—Pues el Clan del Río no parece estar actuando muy pacíficamente —señaló Corazón de Fuego—. Ya sabes que han estado cazando en las Rocas Soleadas, que son territorio nuestro.

—Han estado cazando en las Rocas Soleadas desde antes de que yo naciera —se burló Látigo Gris, retorciéndose para lavarse la base de la cola.

Corazón de Fuego continuó paseándose. Su amigo parecía no

comprender lo que estaba haciendo.

—Vale. ¿Y si te atrapa una patrulla?

—Corriente Plateada no permitirá que eso ocurra —respondió su amigo entre lametones a su poblada cola.

—Por el amor del Clan Estelar, ¿es que no estás ni un poquito preocupado? —estalló Corazón de Fuego, exasperado.

Látigo Gris dejó de lavarse y miró a su amigo.

—No lo entiendes, ¿verdad? El Clan Estelar debió de planear esto. Mira, Corriente Plateada quiere verme… incluso después de lo que le pasó a Garra Blanca. Compartimos los mismos

pensamientos; es como si hubiéramos nacido en el mismo clan.

Corazón de Fuego lo dio por irrecuperable.

—Vamos —maulló con voz espesa—. Será mejor que regresemos al campamento antes de que alguien te eche de menos.

Látigo Gris se levantó. Hombro con hombro, avanzaron juntos hasta lo alto del barranco y miraron hacia abajo, al campamento. Una sola idea resonaba en el cerebro de Corazón de Fuego: ¿cómo podría Látigo Gris amar a la hija de Estrella Doblada y permanecer fiel al Clan del Trueno?

Lanzó una mirada a su amigo, y empezaron a bajar la pendiente que los llevaba a casa. Entraron en el campamento por el mismo lugar que habían salido. Corazón de Fuego contuvo la respiración mientras se abría paso por el muro vegetal, enfadado con Látigo Gris por tener que actuar como un furtivo. Le dio un vuelco el corazón cuando, al doblar la esquina de la maternidad, vieron que Tormenta Blanca se dirigía hacia ellos.

—Látigo Gris, deberías estar descansando en vez de dando vueltas por ahí —advirtió el guerrero—. Ese catarro tuyo ya ha empezado a

propagarse. ¡No queremos que llegue a la maternidad!

Látigo Gris asintió y se encaminó a la guarida de los guerreros. Corazón de Fuego sacudió las orejas de nerviosismo cuando Tormenta Blanca se volvió hacia él.

—¿Y tú? ¿No deberías estar entrenando a tus aprendices?

—He vuelto para que Fauces Amarillas me dé algo para el dolor de barriga —masculló.

—Bien, pues ve a verla —repuso Tormenta Blanca—. Y en cuanto hayas acabado, haz algo útil y caza algo de carne fresca. Estamos en la estación sin

hojas; ¡no podemos tener guerreros jóvenes haraganeando por el campamento sin hacer nada!

—Sí, Tormenta Blanca.

Dio media vuelta, aliviado por librarse de más preguntas, y corrió al refugio de Fauces Amarillas.

La vieja curandera estaba atareada mezclando hierbas. Tenía varios montones de hojas delante. El joven se quedó observándola un momento sin hablar. Se sentía triste, agotado tras la discusión con Látigo Gris, y no pudo evitar pensar que ojalá estuviese allí Jaspeada mezclando hierbas, en lugar de Fauces Amarillas.

La curandera levantó la vista.

—Mis reservas están disminuyendo —dijo—. Quizá necesite ayuda para reabastecerme.

Corazón de Fuego no contestó. Estaba preguntándose si debería confiarle sus inquietudes sobre Látigo Gris cuando ella interrumpió sus pensamientos.

—Parece que en el campamento hay gripe —gruñó la gata, empujando con impaciencia una hoja seca—. Dos casos esta mañana.

—¿Zarpa Rauda?

La vieja curandera negó con la cabeza.

—Zarpa Rauda sólo está resfriado. Se trata del cachorro de Cola Pintada y de Centón. De momento no es grave, pero debemos concentrarnos en fortalecer al clan. La estación sin hojas siempre trae la amenaza de la neumonía.

Corazón de Fuego comprendió la preocupación de Fauces Amarillas. Ella volvió a alzar la mirada.

—¿Qué quieres?

—Oh, nada; sólo tengo dolor de barriga, pero no importa si estás ocupada.

—¿Es muy fuerte?

—No —admitió el joven guerrero, incapaz de mirarla a los ojos.

—Pues entonces vuelve cuando lo sea.

La curandera continuó con sus mezclas. Corazón de Fuego se volvió para marcharse, pero Fauces Amarillas le dijo:

—Asegúrate de que Látigo Gris se queda en el dormitorio, ¿lo harás? Es un guerrero muy fuerte; si estuviera descansando, a estas alturas ya habría mejorado de su catarro.

Corazón de Fuego sacudió la cola nerviosamente. ¿Había adivinado Fauces Amarillas que Látigo Gris estaba escapándose del campamento? Esperó, con el corazón desbocado, por si la gata

decía algo más, pero la vieja estaba concentrada de nuevo en sus hierbas, de modo que se marchó en silencio.

Estaba oscureciendo y sabía que le quedaba poco tiempo para cazar. Atrapó rápidamente una musaraña, un pinzón y un ratón, pero vaciló antes de regresar al campamento. Sus temores por Látigo Gris se le antojaban más importantes que lo que pudiera decirle Tormenta Blanca si no añadía algo al montón de comida a tiempo. Tomó una decisión: si Látigo Gris no atendía a razones, quizá lo hiciera Corriente Plateada.

Dejó sus presas bajo la raíz de un árbol y las cubrió con hojas. Por

segunda vez en el mismo día, volvió a las Rocas Soleadas. La lluvia que había estado amenazando toda la jornada empezó a caer por fin. El agua golpeaba firmemente los helechos cuando Corazón de Fuego bajó la oscura ladera hacia el río.

Incluso con la lluvia, le resultó fácil encontrar el rastro de la gata. Lo siguió hasta donde había descubierto a la parejita. Se acercó a la orilla sigilosamente. Las negras aguas corrían turbulentas, y Corazón de Fuego sintió un escalofrío. Su pelaje no contaba con la protección oleosa para el agua que tenían los gatos del Clan del Río, y la

estación sin hojas no era una buena época para remojones.

De repente, se quedó paralizado. ¡Olía a guerreros del Clan del Río!

Se agazapó para mirar a la otra ribera. Vio a Corriente Plateada abriéndose paso entre las ramas colgantes de un sauce. La seguían dos gatos de su clan. Uno de ellos, un guerrero de omóplatos enormes y las orejas destrozadas por mil batallas, olfateó el aire recelosamente y miró alrededor.

Corazón de Fuego sintió que la sangre le rugía en los oídos. ¿Habría captado su olor?



15

Con precaución, Corazón de Fuego retrocedió hasta los helechos. El guerrero había dejado de olisquear el aire, pero seguía mirando alrededor.

Corazón de Fuego se volvió, todavía agazapado, y empezó a alejarse en silencio. Oyó un leve chapoteo a su espalda. Un gato se había metido en el

río. Miró por encima del hombro, a través de los helechos, y vio una cabeza gris que nadaba en su dirección. ¡Corriente Plateada! ¿Adónde habrían ido los otros dos guerreros? Dio una vuelta sobre sí mismo, paladeando el aire con la boca abierta. Ni rastro de ellos. Debían de haberse marchado. Volvió a mirar a Corriente Plateada, que estaba cruzando el río decididamente. Durante un momento se preguntó si aquello sería una trampa, si debería salir corriendo, pero su preocupación por Látigo Gris lo hizo quedarse.

La atigrada gris saltó a la orilla y siseó quedamente:

—Corazón de Fuego, sé que estás ahí. ¡Puedo olerte! Tranquilo; Pedrizo y Zarpa Oscura se han ido.

El joven guerrero no se movió.

—Corazón de Fuego, yo no permitiría que le pasara nada al mejor amigo de Látigo Gris —insistió la gata con impaciencia—. ¡Créeme, por el amor del Clan Estelar!

El joven guerrero salió poco a poco de su escondrijo.

Corriente Plateada lo miró sin pestañear, sacudiendo la cola.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Estaba buscándote —susurró Corazón de Fuego, penosamente

consciente de que se hallaba en territorio enemigo.

La gata agitó las orejas, alarmada.

—¿Látigo Gris se encuentra bien? ¿Ha empeorado su catarro?

A Corazón de Fuego lo irritó aquella reacción. No quería saber cuánto se preocupaba aquella gata por su mejor amigo.

—¡Látigo Gris está bien! —gruñó; la furia barrió toda cautela—. Pero ¡no lo estará si continúa viéndote!

A Corriente Plateada se le erizó el pelo.

—¡No permitiré que a Látigo Gris le suceda nada malo!

—Oh, ¿en serio? —se burló Corazón de Fuego—. Y ¿qué podrías hacer para protegerlo?

—Soy la hija del líder del clan.

—¿Acaso eso te da el poder de controlar a los guerreros de tu padre? ¡Si apenas has dejado de ser una aprendiza!

—¡Igual que tú! —bufó ella indignada.

—Sí, es cierto —admitió Corazón de Fuego—. Y por esa razón no estoy seguro de que puedas proteger a Látigo Gris de la ira de su propio clan… o del tuyo si descubren que os estáis viendo.

La bonita gata intentó fulminarlo con

la mirada, pero los ojos se le empañaron de emoción.

—No puedo dejar de verlo —maulló. La voz se le convirtió en un susurro—. Lo amo.

—Pero ¡es que la tensión que existe entre nuestros clanes ya es bastante mala! —El joven estaba demasiado enfadado para sentir compasión—. Sabemos que el Clan del Río está cazando en nuestro territorio…

Los ojos de ella volvieron a brillar con desafío.

—¡Si el Clan del Trueno comprendiera el motivo, no les dolería lo que cazamos allí!

—¿Y cuál es?

—Mi clan pasa hambre. Nuestros cachorros lloran porque sus madres no tienen leche. Los viejos están muriendo por falta de presas decentes.

Corazón de Fuego la miró confundido.

—Pero tenéis el río —protestó.

Todos los gatos sabían que los del Río disfrutaban de las mejores capturas: peces del río, además de las presas que había en los campos y el bosque de su territorio.

—No es suficiente —afirmó Corriente Plateada—. Los Dos Patas han ocupado nuestro territorio río abajo.

Durante toda la estación de la hoja verde tuvieron instalado un campamento, y se quedaron allí mientras la pesca fue abundante. Para cuando se marcharon, la pesca era escasa. Y, para colmo, el daño que le han hecho al bosque hace difícil incluso encontrar presas terrestres.

Corazón de Fuego sintió una punzada de lástima a pesar de su furia. Pudo imaginar lo grave que debía de ser eso para el Clan del Río. Estaban acostumbrados a su rica dieta de pescado, y gracias a ella engordaban durante la estación de la hoja verde y podían resistir las duras lunas sin hojas. Observó a la gata con nuevos ojos, y

reparó en que no estaba delgada, sino escuálida. Con el pelaje mojado y adherido al cuerpo, se le marcaban las costillas. De pronto, el joven comprendió la hostilidad de Estrella Doblada al plan de Estrella Azul en la Asamblea.

—¡Por eso no queríais que el Clan del Viento regresara a su hogar!

—Los conejos corren por el páramo durante todo el año —repuso Corriente Plateada—. Eran nuestra única esperanza de soportar la estación sin hojas sin perder cachorros. —Sacudió la cabeza lentamente antes de volver a mirar al joven.

—¿Látigo Gris sabe todo eso?

Ella asintió. Corazón de Fuego la miró un momento, perplejo. No podía dejar que aquellos sentimientos se interpusieran en las costumbres del código guerrero… y su amigo tampoco podía.

—Sean cuales sean los problemas de tu clan, tienes que dejar de ver a Látigo Gris.

—No —respondió alzando la barbilla. Sus ojos centellearon—. ¿Qué daño puede hacer nuestro amor?

Corazón de Fuego le sostuvo la mirada. Un escalofrío le recorrió el lomo cuando la lluvia caló su espeso

pelaje.

De repente, Corriente Plateada bufó, haciendo que el joven diera un salto.

—Debes marcharte; se acerca una patrulla.

Él oyó un leve susurro al otro lado del río. Sería inútil —y peligroso— quedarse allí más tiempo. El ruido se iba aproximando. Sin despedirse, se internó en los helechos mojados y se dirigió a casa.

Fue corriendo a donde había escondido la caza, bajo un roble. A mitad de camino, el olor fresco de un Dos Patas lo detuvo y se acordó de Princesa. Se preguntó si aún tendría

tiempo de ir hasta la zona de Dos Patas. Quería saber si su hermana ya había dado a luz, pero seguramente Princesa estaría a salvo y refugiada en su casa de Dos Patas, y el clan necesitaba carne fresca. Con una punzada de inquietud, se dio cuenta de que Látigo Gris no era el único con lealtades divididas.

La lluvia empezó a gotearle por los bigotes. Sacudió la cabeza y siguió adelante.

El campamento estaba en silencio cuando llegó, pues los gatos se habían resguardado en sus guaridas. Cruzó el embarrado claro y dejó su caza en el montón. Tras tomar una pieza para él, se

encaminó al dormitorio de los guerreros. De ninguna manera iba a comer fuera esa noche.

Para su alivio, Látigo Gris estaba dormitando cuando entró en la guarida. Su amigo podría recuperarse de verdad si no estuviese echándose al bosque para ver a Corriente Plateada.

—Fauces Amarillas todavía no ha tomado su parte de comida —maulló Tormenta Blanca desde las sombras—. Ha estado demasiado ocupada. Seguro que agradecería ese ratón que llevas en la boca.

Corazón de Fuego asintió y volvió a salir. Si Fauces Amarillas estaba

demasiado ocupada para recoger su comida, eso debía de significar que la enfermedad estaba empeorando en el campamento. Cruzó el claro corriendo, y se detuvo sólo para tomar otro ratón de la pila antes de atravesar deprisa el túnel de helechos.

En el lindero del claro, en un lecho musgoso en medio de los helechos, había un cachorro atigrado. Fauces Amarillas estaba inclinada sobre él, intentando convencerlo de que se comiese unas hierbas. El cachorro gimoteaba lastimosamente, con los ojos y la nariz chorreando. Corazón de Fuego supuso que sería el pequeño con gripe.

La curandera se volvió al oírlo llegar.

—¿Uno de ésos es para mí? —preguntó, mirando los ratones que Corazón de Fuego llevaba en la boca.

El joven guerrero asintió y los dejó en el suelo.

—Gracias —maulló la curandera—. Ya que estás aquí, ¿por qué no tratas de persuadir a este gatito de que se tome su medicina?

Dicho esto, se acercó a los ratones, moviéndose rígidamente por su vieja herida en el omóplato, y empezó a comerse uno, hambrienta.

Corazón de Fuego se aproximó al

cachorro, que lo miró abriendo la boquita con una tos dolorosa y ronca. Con delicadeza, empujó una hierba verde hacia él.

—Si quieres convertirte en guerrero, tendrás que acostumbrarte a tragar estas cosas tan horribles —explicó—. Cuando vayas a la Piedra Lunar, tendrás que comer hierbas peores que éstas.

El pequeño lo observó con perplejidad, con ojos entornados.

—Considéralo un entrenamiento —continuó Corazón de Fuego—. Para cuando llegues a ser guerrero.

El cachorro estiró el cuello y dio un mordisco a modo de prueba.

Corazón de Fuego le dedicó un ronroneo alentador.

Fauces Amarillas apareció a su lado.

—Bien hecho —maulló.

Luego hizo un gesto con la nariz, y el joven comprendió que quería hablar con él. La siguió hasta el refugio de la alta roca donde dormía. La lluvia continuaba cayendo; la curandera tenía empapado y enmarañado el pelaje gris, y arrastraba la cola por el barro.

—Estrella Azul tiene gripe —le contó al joven con semblante serio.

—Pero la gripe no es muy grave, ¿verdad?

Ella movió la cabeza.

—La ha contraído muy deprisa, y la ha afectado muchísimo.

Corazón de Fuego sintió que se le contraía el estómago al recordar el menguante número de vidas que le quedaban a la líder del clan.

—Le aconsejé que se mantuviera lejos de los gatos enfermos —prosiguió Fauces Amarillas—, pero ella quiso verlos. En estos momentos está durmiendo en su guarida. Escarcha está con ella.

Al ver miedo en los ojos de la gata, se preguntó si sabría la verdad sobre las vidas de Estrella Azul. Había dado por

supuesto que él era el único gato del campamento al que la líder había confiado su secreto. El resto del clan creía que le quedaban cuatro vidas, pero quizá los curanderos podían percibir esas cosas instintivamente.

Lo cierto era que si Estrella Azul perdía otra vida, ya sólo le quedaría una más.



16

Siguió lloviendo toda la noche y la mañana siguiente. Pero cuando el sol llegó a lo más alto, las nubes empezaron a dispersarse. Sobre el claro del campamento se había cernido un aire sombrío mientras el clan aguardaba noticias de su líder.

Corazón de Fuego salió de un zarzal

situado junto al muro protector, donde se había resguardado desde el amanecer. Se aproximó al refugio de Estrella Azul, a un lado de la Peña Alta. Del interior no llegaba ningún sonido. Al girar para irse, tropezó con Sauce, que llevaba comida a la maternidad. La gata ladeó la cabeza y adivinó que el joven estaba esperando noticias sobre Estrella Azul.

—Me temo que no hay novedades —le dijo encogiéndose de hombros.

El joven guerrero había dado un día de descanso a Carbonilla y Fronde, de modo que no habría entrenamiento. Entonces vio a los hermanos dando vueltas delante del dormitorio de los

aprendices, con aspecto de estar aburridos. Era consciente de que los había decepcionado, pero quería permanecer en el campamento mientras Estrella Azul estuviese enferma. Por lo menos Garra de Tigre no estaba allí para criticar su decisión. El gran lugarteniente había salido con la patrulla del alba.

De repente se movió el liquen que colgaba ante la guarida de Estrella Azul, y Escarcha salió a toda prisa. Cruzó el claro corriendo hacia el refugio de la curandera, y reapareció al cabo de unos instantes seguida por la vieja gata.

Corazón de Fuego alcanzó la guarida

de la líder justo cuando Escarcha y Fauces Amarillas se abrían paso a través del liquen. Se detuvo en la entrada y se sentó allí con el corazón desbocado. Escarcha se asomó.

—¿Qué problema hay? —preguntó el joven guerrero con voz temblorosa.

Escarcha cerró los ojos.

—Estrella Azul tiene neumonía —explicó desolada—. Monta guardia y asegúrate de que no entra nadie —añadió antes de regresar al interior.

Corazón de Fuego se quedó paralizado de la impresión. ¡Neumonía! Estrella Azul corría el peligro real de perder una vida más.

Un estridente chillido del exterior le hizo volver la cabeza y mirar hacia el túnel de aulagas. Polvoroso llegó disparado y frenó en seco junto a Corazón de Fuego.

—Me envía Garra de Tigre —dijo resollando—. Tengo un mensaje para Estrella Azul.

—Está enferma —contestó el joven guerrero—. No puedes entrar.

Polvoroso agitó la cola con impaciencia.

—Garra de Tigre necesita verla en el Sendero Atronador. Es muy urgente.

—¿Qué sucede?

Polvoroso lo fulminó con la mirada.

—Garra de Tigre desea hablar con Estrella Azul —repitió despectivamente—. ¡No con un minino casero que pretende ser guerrero!

Invadido por la furia, Corazón de Fuego sacó las uñas.

—Estrella Azul no puede abandonar el campamento —gruñó, agachando las orejas y desplazándose para bloquear la entrada a la guarida de su líder.

—Corazón de Fuego tiene razón —dijo a sus espaldas la voz ronca de la curandera, que salía del dormitorio de Estrella Azul.

Polvoroso se amilanó ante la mirada naranja de la vieja gata.

—Garra de Tigre ha encontrado pruebas de la presencia de guerreros del Clan de la Sombra en nuestro territorio —maulló el aprendiz—. ¡Han invadido nuestros terrenos de caza!

Pese a su temor por Estrella Azul, Corazón de Fuego enseñó los dientes de rabia. ¿Cómo se atrevían los del Clan de la Sombra? ¡Después de todo lo que habían hecho por ellos!

Pero a Fauces Amarillas no le interesaba el informe de Polvoroso. La curandera se volvió hacia Corazón de Fuego.

—Dime, ¿sabes si hay nébeda dónde viven los Dos Patas?

—¿Nébeda?

—La necesito para Estrella Azul. Es una planta que no utilizo desde hace lunas, pero creo que la ayudará —explicó—. Tiene hojas suaves y un aroma irresistible…

Corazón de Fuego la interrumpió:

—Sí, ¡sé dónde encontrar un poco! —Nunca la había visto en el bosque, pero de pequeño se había revolcado en ella en su hogar de Dos Patas.

—Bien. Necesito tanta como puedas traer, y deprisa.

—Y ¿qué pasa con Garra de Tigre? —quiso saber Polvoroso.

—¡Por ahora, Garra de Tigre tendrá

que apañárselas por su cuenta! —le espetó Fauces Amarillas.

Carbonilla había estado observándolos desde el tocón de árbol, y entonces se acercó.

—¿Con qué tendrá que apañárselas? —maulló emocionada.

Corazón de Fuego le ordenó que se callara con una rápida sacudida de la cola.

Polvoroso hizo caso omiso de la aprendiza.

—¡El Clan de la Sombra podría estar en nuestro territorio en estos momentos! —bufó.

A Carbonilla se le pusieron los ojos

como platos, pero se mordió la lengua.

La curandera se paró a pensar.

—¿Dónde está Tormenta Blanca? —preguntó al cabo.

—Patrullando las Rocas Soleadas con Arenisca y Musaraña —respondió Polvoroso.

La gata asintió.

—Con Estrella Azul enferma y Corazón de Fuego en busca de la nébeda, no podemos arriesgarnos a mandar más guerreros fuera del campamento. Si el Clan de la Sombra está en nuestro territorio, podrían atacarnos. Ya lo han hecho antes —recordó ceñuda.

—Si me doy prisa en recoger la nébeda —intervino Corazón de Fuego —, podría ir después a ver a Garra de Tigre y traerle su mensaje a Estrella Azul.

Los ojos de Polvoroso centellearon.

—Pero Garra de Tigre quiere que Estrella Azul vea las pruebas por sí misma. ¡El Clan de la Sombra ha dejado restos de presas devoradas en nuestro lado del Sendero Atronador!

Fauces Amarillas lo hizo callar con un gruñido.

—Estrella Azul no necesita ver las pruebas —declaró con voz áspera—. La palabra de su lugarteniente debería

bastar.

—Garra de Tigre sólo necesita saber que Estrella Azul no puede acudir —maulló Corazón de Fuego—. Yo le llevaré ese mensaje después de recoger la nébeda. ¿Dónde está Garra de Tigre?

—¡Yo iré! —espetó Polvoroso—. ¿Acaso te consideras mejor mensajero porque eres guerrero y yo sólo aprendiz? —inquirió, lanzándole una mirada retadora.

Pero Fauces Amarillas no tenía tiempo para peleas.

—¡El clan necesitará protección mientras Corazón de Fuego esté fuera! —le bufó a Polvoroso agachando las

orejas—. ¿Ésa no es una tarea lo bastante importante para ti? Vamos, ¿dónde está Garra de Tigre?

—Junto al fresno quemado cuyas ramas cuelgan sobre el Sendero Atronador —respondió Polvoroso enfurruñado.

—Bien. ¡Ahora vete, Corazón de Fuego! ¡Rápido!

Mientras cruzaba a toda prisa el claro, el joven guerrero oyó unas pisadas detrás de él.

—¡Corazón de Fuego, espera!

—Vuelve a tu guarida, Carbonilla —ordenó él por encima del hombro, sin reducir la marcha.

—Pero ¡yo podría ir a darle el mensaje a Garra de Tigre mientras tú traes la nébeda!

Corazón de Fuego se detuvo de golpe y se volvió hacia su pequeña aprendiza.

—Carbonilla, debes permanecer en el campamento por si hay guerreros del Clan de la Sombra en los alrededores.

La gata pareció abatida, pero él no tenía tiempo para preocuparse por sus sentimientos.

—Regresa a tu guarida —repitió con un gruñido, y sin esperar a ver su reacción, dio media vuelta y salió del campamento.

Corrió a través del pinar y cruzó rápidamente el sotobosque que llevaba a las viviendas de Dos Patas. Al saltar sobre la valla que rodeaba su antiguo hogar, el familiar olor del jardín le anegó las fosas nasales. Su mente se inundó de recuerdos que lo aturdieron un momento. Pensó en tardes soleadas jugando en el jardín con los juguetes que sus Dos Patas tenían para él. Casi esperó oír cómo sacudían su caja de comida y lo llamaban por su nombre de gato doméstico. Luego pensó en Estrella Azul, que estaba debatiéndose contra la neumonía.

Bajó al jardín de un salto y recorrió

el césped hacia la zona donde recordaba que crecía la nébeda. Aspiró profundamente con la boca abierta y luego soltó un suspiro de alivio. El tentador perfume seguía allí, en alguna parte.

Avanzó por la hilera de plantas olfateando el aire. No podía ver la nébeda, y cada vez iba acercándose más a su antigua casa de Dos Patas. Sus pasos se volvieron más lentos. Aromas de su infancia se mezclaron con el de la nébeda, confundiéndolo.

Sacudió la cabeza para despejársela y se concentró en el olor de la nébeda. Se coló por debajo de un gran arbusto,

que todavía goteaba por la lluvia de la noche anterior, y allí encontró una gran mata de la suave y fragante planta. La reciente helada había quemado algunas hojas, pero el arbusto protector había salvado las suficientes. Corazón de Fuego arrancó todas las que podía llevar. Su sabor se le filtró deliciosamente en la boca, pero tuvo cuidado de no morderlas, por mucho que lo deseara. Estrella Azul necesitaría hasta la última gota de su precioso jugo.

Con la boca llena, hizo el camino a la inversa. Saltó la valla y corrió como un rayo por el bosque, sin importarle las zarzas que se le enganchaban en el pelo.

Sentía como si fueran a estallarle los pulmones: con la boca cerrada para sujetar las hojas de nébeda, sólo podía respirar por la nariz.

Fauces Amarillas lo estaba esperando en el túnel de aulagas. Dejó la nébeda delante de ella y tomó una gran bocanada de aire, resollando. Con una mirada de agradecimiento, la vieja curandera recogió las hojas y salió disparada hacia la guarida de Estrella Azul.

Mientras recuperaba el aliento entre jadeos, Corazón de Fuego captó el olor de Carbonilla en el túnel. Olfateó el suelo a su alrededor. ¿Habría

abandonado Carbonilla el campamento incluso después de que le hubiese advertido sobre los guerreros del Clan de la Sombra?

Corrió al refugio de los aprendices y se asomó al interior. Fronde estaba solo, durmiendo.

—¿Dónde está Carbonilla? —maulló Corazón de Fuego.

El aprendiz levantó la cabeza, soñoliento.

—¿Eh? ¿Qué?

—¡Carbonilla! ¿Dónde está?

—No lo sé —respondió Fronde confundido.

Corazón de Fuego sacó la cabeza y

miró alrededor. Escarcha se paseaba delante de la guarida de Estrella Azul, con el pelaje alborotado por la agitación.

El joven se preguntó qué hacer. No tenía tiempo de ponerse a buscar a Carbonilla, y no quería contarles a los demás guerreros que había desaparecido. «¡Látigo Gris!», pensó de repente. Su amigo podría ir a buscarla mientras él hablaba con Garra de Tigre. Corrió al dormitorio de los guerreros.

El lecho de Látigo Gris estaba vacío. Menudo fiasco. ¿Dónde estaba su amigo cuando lo necesitaba? ¡Como si no lo supiera! Resopló malhumorado.

Carbonilla tendría que arreglárselas por sí sola hasta que él le dijese a Garra de Tigre que Estrella Azul estaba enferma.

Volvió a salir por el túnel de aulagas y se encaminó hacia el Sendero Atronador. Al seguir la senda que subía desde el barranco hasta el bosque, captó el olor de Carbonilla. La aprendiza debía de haber pasado por allí. ¡Por supuesto! ¡Había ido a buscar a Garra de Tigre por su cuenta! A Corazón de Fuego se le erizó el lomo de inquietud y frustración. ¿Cómo podía ser tan insensata aquella gata?

Tras bordear las Rocas de las Serpientes empezó a oler el Sendero

Atronador y a oír el rugido de sus monstruos.

Un maullido estridente y agudo sonó donde acababan los árboles. El joven felino se estremeció: era el mismo grito que había oído en su sueño.

Fue hacia allí a toda prisa y se detuvo en la margen de hierba junto al Sendero Atronador. Miró el arcén arriba y abajo desesperadamente, y descubrió un fresno carbonizado por un rayo. Ése debía de ser el lugar donde Garra de Tigre quería reunirse con Estrella Azul, según Polvoroso. De pronto vio que el lugarteniente se hallaba a cierta distancia de allí, y que avanzaba

tranquilamente hacia el fresno.

Corazón de Fuego echó a correr. El arcén era muy estrecho en ese punto —apenas había espacio para un conejo—, pero el joven guerrero siguió adelante. Mientras corría, llamó a Garra de Tigre.

—¿Has oído ese grito? —le preguntó, pero el rugido de un monstruo que se aproximaba ahogó sus palabras.

Corazón de Fuego se estremeció al pasar el monstruo, y esperó a que el ruido se desvaneciera para llamar de nuevo a Garra de Tigre. Pero entonces reparó en que había algo junto al fresno, una forma oscura sobre la fina tira de hierba. Con un sobresalto, reconoció el

pequeño cuerpo que yacía inmóvil junto al Sendero Atronador. Era Carbonilla.



17

Se quedó mirando horrorizado. Garra de Tigre había alcanzado el cuerpo inerte y lo observaba con sus enormes omóplatos rígidos de espanto. Corazón de Fuego se obligó a acercarse. Con tiento, estiró el cuello para olfatear el costado de Carbonilla. Olía al Sendero Atronador. Tenía una pata trasera

retorcida y ensangrentada. El joven guerrero temblaba tanto que apenas podía mantenerse en pie. Entonces vio que el costado de la gata se movía. ¡Todavía respiraba! Mudo de alivio, miró a Garra de Tigre.

—Está viva —gruñó el lugarteniente, clavando sus ojos ámbar en Corazón de Fuego—. ¿Qué estaba haciendo aquí?

—Ha venido en tu busca —susurró.

—¿Quieres decir que tú la has mandado aquí?

A Corazón de Fuego se le dilataron los ojos de la sorpresa. ¿Acaso Garra de Tigre pensaba que podía ser tan

estúpido?

—¡Yo le he dicho que se quedara en el campamento! —protestó—. Carbonilla ha venido por su cuenta. —«Porque no consigo que me escuche», pensó descorazonado.

Garra de Tigre resopló.

—Debemos llevarla a casa.

Se inclinó hacia el pequeño y maltrecho cuerpo, pero Corazón de Fuego bajó la cabeza y agarró a Carbonilla por el pescuezo antes de que el lugarteniente pudiera tocarla. Empezó a arrastrarla hacia el bosque tan delicadamente como podía; el pequeño cuerpo colgaba desmadejado entre sus

patas delanteras.

Cebrado llegó corriendo.

—He vuelto a inspeccionar las Rocas de las Serpientes, Garra de Tigre —anunció—, pero no he encontrado señales del Clan de la Som… —Se interrumpió al ver a Carbonilla—. ¿Qué ha ocurrido?

Corazón de Fuego no esperó a oír la respuesta de Garra de Tigre. Se alejó entre los árboles a trompicones, con su preciosa carga. ¡Él podría haber evitado aquel accidente! Si hubiese logrado que Carbonilla lo escuchara, si hubiera sido mejor mentor… Ahora su aprendiza estaba malherida y no emitía sonido

alguno mientras la transportaba. Las patas traseras de la pequeña trazaban una fina línea entre las hojas mientras Corazón de Fuego la llevaba cuidadosamente a casa.

Fauces Amarillas no estaba en su claro. Los dos cachorros con gripe estaban acurrucados juntos en su refugio, profundamente dormidos. El joven mentor dejó a Carbonilla en el frío suelo y le preparó una cama entre los helechos a base de dar vueltas sobre las hojas. Al terminar, agarró a su aprendiza por el pescuezo y la metió allí suavemente.

—¿Corazón de Fuego? —maulló la curandera desde el claro.

Garra de Tigre debía de haberle contado lo de Carbonilla. El gato salió de entre los helechos.

—Está aquí —respondió él con voz quebrada, aliviado al ver a la curandera.

—Déjame echarle un vistazo —pidió Fauces Amarillas.

Pasó ante el joven guerrero y saltó a los helechos para examinar a Carbonilla. Corazón de Fuego se sentó a esperar.

Al cabo de un rato, la curandera salió.

—Está muy malherida —maulló con

los ojos ensombrecidos de inquietud—. Pero tal vez pueda salvarla.

Era una pequeñísima esperanza, como una única y reluciente gota de rocío sobre su pelaje. Corazón de Fuego se animó.

—No puedo prometer nada —continuó la gata. Lo miró intensamente a los ojos y murmuró—: La que está muy enferma es Estrella Azul, y me temo que ya no puedo hacer nada más por ella. Ahora el Clan Estelar debe decidir su destino.

Al joven se le empañaron los ojos de la emoción; apenas podía ver la cara de Fauces Amarillas, pero la oyó:

—Ve y quédate a su lado. Ha estado preguntando por ti. Yo cuidaré de Carbonilla.

Corazón de Fuego asintió y dio media vuelta. Estrella Azul había sido su mentora y, más importante aún, existía un vínculo entre ellos desde el día en que se conocieron. Pero se sintió dividido. También debería estar con Carbonilla.

Vislumbró una sombra en el extremo más lejano del túnel de helechos. Garra de Tigre estaba sentado a la entrada de la guarida de Fauces Amarillas, con la cabeza tan alta como siempre. Al joven se le tensaron los omóplatos de rabia.

¿Por qué el gran guerrero no podía mostrar ningún signo de compasión? Después de todo, Carbonilla había ido a buscarlo a él. Y ¿para qué? ¡Corazón de Fuego no había visto ninguna evidencia de que el Clan de la Sombra hubiera cazado allí! Pasó ante el lugarteniente sin decir una palabra y cruzó el claro principal en dirección a la guarida de Estrella Azul.

Rabo Largo estaba montando guardia en la entrada. Miró de soslayo a Corazón de Fuego, pero no intentó detenerlo cuando se abrió paso a través del liquen.

Dentro estaba Flor Dorada, una de

las reinas. El gato vio el brillo de sus ojos en la oscuridad y el pelo gris claro de Estrella Azul, acurrucada en su lecho. Flor Dorada se inclinó hacia ella y le lamió la cabeza dulcemente, para refrescarla, como haría una madre con su hijo. Al joven le dolió el alma al pensar en Carbonilla. ¿Estaría Escarcha al lado de su hija?

—Fauces Amarillas le ha dado matricaria y nébeda —le susurró Flor Dorada—. Ahora sólo podemos vigilar y esperar. —Se levantó y tocó la nariz del guerrero con el hocico—. ¿Puedes quedarte con ella? —le preguntó.

Corazón de Fuego asintió, y la reina

salió de la guarida sin hacer ruido.

El joven guerrero se tumbó en el suelo, estirando las patas delanteras hasta tocar la cara de su líder. Permaneció muy quieto, con los ojos fijos en el cuerpo inerte. Podía oír su respiración en la oscuridad, y se quedó escuchando aquel ritmo entrecortado mientras la noche pasaba lentamente.

La respiración de Estrella Azul cesó justo antes de la aurora. Corazón de Fuego casi se había quedado dormido cuando reparó en que la cueva estaba en silencio. Tampoco había ningún sonido en el campamento, sólo un silencio sepulcral, como si todo el clan estuviese

conteniendo el aliento.

Estrella Azul estaba completamente inmóvil. Corazón de Fuego sabía que se hallaba con el Clan Estelar, preparándose para su última vida. Ya había visto cómo la líder perdía una vida en otra ocasión. Sintió que le picaba la piel ante la absoluta paz que parecía envolver el cuerpo de la gata, pero no había nada que pudiese hacer, de modo que esperó.

De pronto, la líder soltó un maullido ahogado.

—Corazón de Fuego, ¿eres tú? —preguntó con voz ronca.

—Sí —murmuró él—. Estoy aquí.

—He perdido otra vida. —Su voz sonaba débil, pero Corazón de Fuego sintió tanto alivio que le entraron ganas de lamerle la cabeza, como había hecho Flor Dorada—. Cuando pierda ésta —añadió la gata—, ya no podré volver.

El joven tragó saliva a duras penas. Le dolía la idea de que el clan perdiese a su magnífica líder, pero aún le dolía más la idea de perder a su mentora y amiga.

—¿Cómo te sientes? —preguntó—. ¿Quieres que llame a Fauces Amarillas?

Estrella Azul negó despacio con la cabeza.

—La fiebre ha desaparecido. Estoy

bastante bien. Sólo necesito descansar.

—Muy bien. —Empezaba a filtrarse luz a través del liquen, y a él le daba vueltas la cabeza tras la noche en vela.

—Debes de estar cansado —dijo la líder—. Ve a dormir un poco.

—Sí, será lo mejor. —Se levantó penosamente. Tenía las patas agarrotadas de haber pasado tanto tiempo tumbado—. ¿Necesitas algo?

—No. Sólo cuéntale a Fauces Amarillas qué ha pasado. Y gracias por quedarte a mi lado.

Corazón de Fuego intentó ronronear, pero el sonido se le atascó en la garganta. Ya habría tiempo para hablar

más adelante.

Al salir del refugio, un crudo resplandor lo hizo parpadear. Había nevado durante la noche. Se quedó asombrado. Nunca había visto la nieve: cuando era un cachorro, sus dueños Dos Patas lo encerraban en casa siempre que hacía frío. Pero había oído hablar de ella a los veteranos. Saludó con un gesto a Cebrado, que había sustituido a Rabo Largo ante la guarida de Estrella Azul, y pisó aquel extraño polvo. Era húmedo y frío, y crujía sonoramente bajo sus patas.

Garra de Tigre se hallaba en medio del claro. Seguía nevando, y los copos

se depositaban sobre el denso pelaje del lugarteniente sin fundirse. Corazón de Fuego oyó cómo daba órdenes para que recubrieran el muro de la maternidad con hojas para protegerla del frío.

—Y luego quiero que cavéis un hoyo para almacenar presas —continuó el lugarteniente—. Usad nieve para rellenar los huecos, y después cubridlo todo con más nieve. Aprovecharemos la nieve, ya que está aquí.

Los guerreros corrían alrededor de Garra de Tigre, siguiendo sus órdenes.

—¡Musaraña, Rabo Largo! Organizad algunos grupos de caza. ¡Necesitamos tanta carne fresca como

podamos conseguir antes de que las presas se metan en sus madrigueras definitivamente! —Vio al joven guerrero cruzando el claro—. ¡Corazón de Fuego, espera! —lo llamó—. Oh, supongo que tendrás que descansar. Imagino que esta mañana no serás muy útil en una partida de caza.

El joven se quedó mirándolo, sintiendo que le subía la hostilidad por la garganta como si fuera bilis.

—Primero voy a ver a Carbonilla —gruñó.

Garra de Tigre le sostuvo la mirada un momento.

—¿Cómo se encuentra Estrella

Azul?

La desconfianza alborotó el pelo del joven como una brisa helada. En una ocasión ya había oído a Estrella Azul mentirle al lugarteniente sobre las vidas que le quedaban.

—No soy curandero —respondió—. No sabría decirte.

Garra de Tigre resopló con impaciencia y continuó dando órdenes. Corazón de Fuego se encaminó a la guarida de la curandera, aliviado de escapar del frenético ajetreo del campamento. Al pensar en qué estado encontraría a la aprendiza, empezó a martillearle el corazón.

—Fauces Amarillas —llamó.

—¡Chist! —La gata salió de entre los helechos donde descansaba la aprendiza—. Se ha dormido por fin. Ha pasado muy mala noche. No podía darle semillas de adormidera para mitigar el dolor hasta que se hubiese recuperado del susto.

—Pero ¿vivirá? —preguntó Corazón de Fuego.

—No lo sabré con certeza durante unos días. Tiene heridas internas, y una pata seriamente fracturada.

—Se le arreglará, ¿verdad? —inquirió el joven guerrero con ansiedad—. ¿Estará entrenando para la estación

de la hoja nueva?

Fauces Amarillas negó con la cabeza, comprensiva.

—Corazón de Fuego, ocurra lo que ocurra, Carbonilla nunca será guerrera.

Al joven gato le dio vueltas la cabeza. Se sentía mareado por la falta de sueño, y aquella devastadora noticia minó la poca energía que le quedaba. Le habían confiado a Carbonilla para su entrenamiento guerrero. Los recuerdos de la ceremonia de nombramiento le punzaron como espinas crueles: la ilusión de Carbonilla, el orgullo maternal de Escarcha…

—¿Escarcha ya lo sabe? —preguntó

abatido.

—Sí. Ha estado aquí hasta el amanecer. Ahora ha regresado a la maternidad, pues hay otros cachorros a los que atender. Le pediré a uno de los veteranos que se quede junto a Carbonilla. Necesita que la mantengan caliente.

—Yo puedo hacerlo.

Se acercó a donde dormía su aprendiza y la miró. Carbonilla se retorcía, y los costados manchados de sangre se le movían con agitación, como si estuviese librando una batalla en sueños.

Fauces Amarillas lo empujó

delicadamente con el hocico.

—Necesitas dormir —le dijo con voz ronca—. Deja a Carbonilla en mis manos.

Él se quedó donde estaba.

—Estrella Azul ha perdido otra vida —espetó.

La curandera parpadeó y luego alzó la cabeza hacia el Clan Estelar. No pronunció ni una palabra, pero Corazón de Fuego pudo ver la angustia en sus ojos naranja.

—Tú lo sabes, ¿verdad? —murmuró.

Fauces Amarillas bajó la cabeza y lo miró a los ojos.

—¿Qué ésta es su última vida? Sí, lo sé. Los gatos curanderos pueden adivinar esas cosas.

—¿Y el resto del clan también podrá adivinarlo? —preguntó Corazón de Fuego, pensando en Garra de Tigre.

La gata entornó los ojos.

—No. En esta última vida, Estrella Azul no estará más débil que en las anteriores. —Él le lanzó una mirada de gratitud—. Y ahora —añadió la vieja curandera—, ¿quieres semillas de adormidera para descansar mejor?

Negó con la cabeza. Una parte de él ansiaba el sueño largo y profundo que le proporcionarían. Pero si Garra de Tigre

tenía razón y el Clan de la Sombra estaba pensando atacar las fronteras del Clan del Trueno, no quería tener los sentidos embotados. Quizá lo necesitaran para defender el campamento.

Látigo Gris había regresado a la guarida de los guerreros, pero Corazón de Fuego no le habló; su furia del día anterior —al descubrir que había desaparecido— aún perduraba como un dolor sordo. Se dirigió a su lecho en silencio y se sentó para lavarse.

Látigo Gris levantó la vista.

—Ya has vuelto —dijo con tono tenso, como si quisiera decir algo más.

Corazón de Fuego dejó de lamerse la pata delantera y lo miró.

—Intentaste convencer a Corriente Plateada para que se alejara de mí —bufó Látigo Gris.

Sauce, que estaba durmiendo en el otro extremo del refugio, abrió un ojo y volvió a cerrarlo.

Látigo Gris bajó la voz.

—Mantente al margen de esto, ¿me oyes? —espetó—. Pienso seguir viéndola, digas lo que digas.

Corazón de Fuego resopló y le lanzó una mirada de resentimiento. Su

conversación con Corriente Plateada se le antojaba tan lejana que casi la había olvidado. Pero no había olvidado que Látigo Gris estaba desaparecido cuando él necesitaba que buscase a Carbonilla. Enfadado, apoyó la cabeza en sus patas manchadas de barro y cerró los ojos. Carbonilla estaba luchando contra sus heridas y Estrella Azul se hallaba en su última vida. En lo que a él se refería, Látigo Gris podía hacer lo que le diese la gana.



18

Látigo Gris ya había dejado su cama cuando Corazón de Fuego se despertó a la mañana siguiente. Supo que el sol estaba en lo más alto por la luz que brillaba a través de las ramas. Se levantó, con el cuerpo todavía agotado por la pena, y asomó la cabeza. Debía de haber estado nevando toda la

mañana, pues había una gruesa capa de nieve en el suelo y se había amontonado contra el dormitorio de los guerreros. Tuvo que mirar por encima de una pared blanca que le llegaba a los omóplatos.

El habitual bullicio del campamento parecía amortiguado. Vio a Sauce y Medio Rabo susurrando en el extremo más lejano del claro. Musaraña avanzaba laboriosamente hacia el almacén de comida fresca con un conejo colgándole de la boca. La guerrera se detuvo a estornudar y luego continuó.

Corazón de Fuego levantó una zarpa y la posó en lo alto de la nieve. Al principio le pareció dura, pero, al

apretar, la fina cubierta de hielo se rompió; soltó un grito ahogado cuando la pata se le hundió en el montón blanco. Resopló al encontrarse metido en la nieve hasta el hocico. Tras sacudir la cabeza y alzar la barbilla, dio un salto hacia delante, pero se hundió más profundamente. Pataleó alarmado. ¡Sentía como si estuviera ahogándose en la nieve! Saltó de nuevo y notó el suelo firme bajo sus patas. Había alcanzado el borde del claro, allí la nieve sólo tenía un ratón de profundidad. Aliviado, se sentó con un leve crujido.

Se puso tenso al ver que Látigo Gris surcaba la nieve en su dirección. Al

guerrero gris no parecía molestarle aquel manto blanco, pues su denso pelaje lo protegía del frío y la humedad. Tenía el rostro ensombrecido de pesar.

—¿Te has enterado de lo de Estrella Azul? —preguntó al acercarse—. Ha perdido una vida por la neumonía.

Corazón de Fuego agitó las orejas con impaciencia. Él mismo podría habérselo contado la noche anterior.

—Lo sé —soltó—. Yo estaba con ella.

—¿Y por qué no me lo dijiste? —maulló su amigo, sorprendido.

—Anoche no estabas precisamente amigable, no sé si te acuerdas. En

cualquier caso, si no estuvieses quebrantando el código guerrero sin parar, podrías haberte enterado de lo que estaba ocurriendo en tu propio clan —gruñó.

Látigo Gris movió las orejas con cierto arrepentimiento.

—Acabo de ver a Carbonilla —dijo—. Lamento que esté tan enferma.

—¿Cómo se encuentra?

—Tenía mal aspecto, pero Fauces Amarillas dice que está recuperándose.

Corazón de Fuego miró inquieto hacia el otro lado del claro y se levantó. Quería ver a su aprendiza con sus propios ojos.

—Ahora está durmiendo —informó Látigo Gris—, y Fauces Amarillas no quiere que nadie la moleste.

Corazón de Fuego se estremeció. ¿Cómo iba a contarle a Escarcha que era culpa suya que Carbonilla hubiese ido al Sendero Atronador? Se volvió hacia su amigo de manera instintiva, en busca de apoyo, pero éste ya estaba cruzando esforzadamente el claro en dirección a la maternidad. «Se marcha a ver a Corriente Plateada», supuso enfurecido, sacando y escondiendo las uñas mientras Látigo Gris desaparecía de su vista.

Sólo reparó en Cola Pintada —la reina de más edad y la madre de uno de

los cachorros con gripe— cuando ésta se detuvo justo delante de él.

—¿Garra de Tigre está dentro? —preguntó, señalando con la nariz la guarida de los guerreros.

El joven negó con la cabeza.

—Hay neumonía en la maternidad —maulló Cola Pintada—. Dos de los cachorros de Pecas están enfermos.

—¡Neumonía! —exclamó él sin aliento, olvidándose de su enfado—. ¿Morirán?

—Tal vez. Pero la estación sin hojas siempre trae consigo neumonía —apuntó la reina.

—¡Seguro que hay algo que

podamos hacer! —protestó el joven.

—Fauces Amarillas hará lo que pueda, aunque al final todo está en manos del Clan Estelar.

Cuando la gata se encaminó de nuevo a la maternidad, Corazón de Fuego notó un torrente de furia en el estómago. ¿Cómo podía el clan soportar aquellas tragedias? Se sintió abrumado por la necesidad de salir del campamento, de escapar de aquel aire sombrío que el resto del clan parecía contento de respirar.

Sin mirar a los lados, cruzó a toda prisa el claro nevado y el túnel de aulagas y salió al bosque. Lo sorprendió

descubrir que se dirigía instintivamente a la hondonada de entrenamiento. La idea de que debería estar allí enseñando a Carbonilla fue más de lo que podía aguantar. Al girar para esquivar la hondonada, oyó las voces de Tormenta Blanca y Fronde. El guerrero blanco debía de haberse encargado de entrenar al aprendiz mientras él dormía. ¿Es que ningún gato se había detenido a llorar por la última vida de Estrella Azul? Se le hizo un nudo en la garganta al intentar contener la rabia, y siguió corriendo, ansioso por alejarse del campamento.

Finalmente paró bajo los pinos, resollando por el esfuerzo de correr a

través de la nieve. En el pinar había una quietud que lo sosegó. Incluso los pájaros habían dejado de cantar, y se sintió como si fuera la única criatura del mundo.

No sabía adónde ir; se limitó a caminar, dejando que el bosque lo tranquilizara. Mientras avanzaba se le aclaró la mente. No podía hacer nada por Carbonilla, y Látigo Gris estaba fuera de su alcance, pero quizá podría ayudar a Fauces Amarillas a combatir la neumonía. Iría a por más nébeda.

Dirigió sus pasos hacia su antiguo hogar de gato doméstico, serpenteando entre las zarzas del robledal que se

extendía tras las viviendas de Dos Patas. Saltó a la valla de su antigua casa, desplazando un montón de nieve al interior del jardín, donde cayó blandamente. Examinó el jardín desde lo alto y vio huellas en la nieve, más pequeñas que las de gato. Una ardilla había estado buscando provisiones para su almacén de frutos secos.

No tardó mucho en recoger una generosa cantidad de hojas de la mata de nébeda. Quería llevarse tantas como pudiera. Las tiernas hojas podrían no sobrevivir con aquel tiempo; aquélla tal vez fuera su última oportunidad de recolectarlas.

Con la boca llena, miró hacia la gatera abatible que usaba de pequeño. Se preguntó si sus dueños Dos Patas seguirían viviendo allí. Habían sido muy buenos con él. Corazón de Fuego había pasado su primera estación sin hojas mimado en aquella casa, caliente y a salvo de las crueldades del Sendero Atronador y la neumonía.

«El aroma de la nébeda debe de estar afectándome», pensó. Cruzó el jardín y subió a la valla de un salto. Se sentía incómodo porque los recuerdos de su hogar de Dos Patas lo habían conmovido. ¿De verdad quería la seguridad y la rutina de la vida de un

gato doméstico? «¡Por supuesto que no!», se respondió, negando con la cabeza. Pero la idea de regresar al campamento no lo atraía todavía.

De pronto pensó en Princesa.

Corrió por el lindero del bosque hacia la zona de Dos Patas donde se hallaba el jardín de su hermana. Cuando tuvo su valla a la vista, escarbó entre la nieve y enterró la nébeda debajo de una capa de hojas secas para protegerla del frío. Seguía jadeando cuando trepó a la valla para llamar a Princesa, y luego volvió a bajar para esperarla en el bosque.

Las zarpas le dolían por la fría nieve

mientras se paseaba sin descanso bajo un roble. «A lo mejor Princesa está dando a luz —se dijo—, o encerrada en su casa». Acababa de convencerse de que ese día no iba a verla cuando oyó su familiar maullido. Al alzar la mirada, la descubrió en lo alto de la valla y sintió un estremecimiento de expectación. Ya no tenía el vientre hinchado, así que ya debía de ser madre.

Al acercarse, captó el aroma de su hermana y notó que lo reconfortaba.

—¡Has dado a luz! —exclamó.

Princesa le tocó la nariz con la suya delicadamente.

—Así es —respondió con dulzura.

—¿Ha ido todo bien? ¿Los pequeños se encuentran en buen estado?

Princesa ronroneó.

—Todo ha salido bien. Tengo cinco cachorros sanos —anunció, con los ojos relucientes de alegría. Mientras Corazón de Fuego le lamía la cabeza, añadió—: No esperaba verte con este tiempo.

—He venido en busca de nébeda. En el campamento hay neumonía.

Ella pareció inquietarse.

—¿Hay muchos enfermos en tu clan?

—Hasta ahora, tres. —Corazón de Fuego vaciló un momento, y luego dijo con tristeza—: Anoche nuestra líder perdió otra vida.

—¿Otra vida? ¿Qué quieres decir? Yo pensaba que eso de que los gatos tienen muchas vidas no eran más que cuentos de vieja.

—El Clan Estelar le concedió nueve vidas a Estrella Azul porque es la líder de nuestro clan.

Princesa lo miró maravillada.

—Entonces ¡es cierto!

—Sólo para los dirigentes de clan. El resto tenemos una única vida, como tú, y como Carbonilla… —Se le quebró la voz.

—¿Carbonilla? —Princesa captó la pena en su tono.

El joven guerrero la miró a los ojos,

y los pensamientos que lo habían atormentado empezaron a brotar en forma de palabras.

—Ayer sufrió un atropello en el Sendero Atronador. —Se le volvió a quebrar la voz al recordar cómo había encontrado su cuerpo ensangrentado—. Está muy malherida. Incluso podría morir. Y aunque sobreviva, ya nunca se convertirá en guerrera.

Princesa se acercó más y lo acarició con el hocico.

—La última vez que estuviste aquí, me hablaste de ella con mucho afecto. Parecía muy llena de alegría y energía.

—Ese accidente no debió ocurrir —

gruñó Corazón de Fuego—. Se suponía que yo debía encontrarme con Garra de Tigre. Él quería hablar con Estrella Azul, pero estaba enferma, así que me ofrecí a ir por ella. Primero tenía que recoger nébeda, y Carbonilla fue a ver a Garra de Tigre en mi lugar. —Su hermana lo miró alarmada, y él se apresuró a aclarar—: Yo le había advertido que no fuera. Si hubiera sido mejor mentor, quizá ella me habría escuchado.

—Estoy convencida de que eres un gran mentor —intentó consolarlo Princesa, pero él apenas la oyó.

—¡No sé por qué Garra de Tigre

quería que Estrella Azul se reuniera con él en un sitio tan peligroso! —exclamó —. Dijo que había pruebas de que el Clan de la Sombra había invadido nuestro territorio, pero cuando llegué allí, ¡no había ni rastro de ellos!

—¿Era una trampa?

Corazón de Fuego miró los ojos inquisitivos de su hermana, y de pronto empezó a hacerse preguntas.

—¿Por qué querría Garra de Tigre hacerle daño a Carbonilla?

—Él había llamado a Estrella Azul —señaló la gata.

A su hermano se le erizó el pelo. ¿Tendría razón Princesa? Garra de Tigre

había convocado a Estrella Azul a la parte más estrecha del arcén del Sendero Atronador. Pero ni siquiera Garra de Tigre pondría en peligro a su líder de forma deliberada, ¿verdad? Rechazó tal idea.

—N… no lo sé —balbució—. Todo está muy confuso en estos momentos. Ni siquiera Látigo Gris me habla.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Es demasiado complicado de explicar.

Princesa se apretó contra él en la nieve, pegando su suave pelaje al suyo.

—Es que ahora mismo me siento

como un forastero —prosiguió Corazón de Fuego con pesimismo—. No resulta fácil ser diferente.

—¿Diferente?

—Haber nacido como gato doméstico cuando todos los demás han nacido en el clan.

—Pues a mí me pareces un gato nacido en un clan —maulló Princesa, y él le lanzó una mirada de gratitud—. Pero si no eres feliz allí, siempre puedes volver a casa conmigo. Mis dueños cuidarían de ti; estoy segura.

Corazón de Fuego se imaginó a sí mismo en su antigua vida doméstica, caliente, cómodo y a salvo. Pero no

podría olvidar cómo observaba el monte desde su jardín de Dos Patas, soñando con salir al bosque. Una brisa le alborotó el pelo y le llevó el olor de un ratón. Negó con la cabeza con firmeza.

—Gracias, Princesa, pero ahora pertenezco a mi clan. Ya nunca podría ser feliz en una casa de Dos Patas. Echaría de menos los aromas del bosque y dormir bajo el Manto de Plata, cazar mi propia comida y compartirla con mi clan.

Los ojos de su hermana centellearon.

—Suena a una buena vida —ronroneó, y se miró las patas tímidamente—. A veces, incluso yo me

quedo mirando el bosque y me pregunto cómo será vivir ahí.

Él ronroneó y se levantó.

—Entonces, ¿lo comprendes?

Ella asintió.

—¿Ya te vas? —preguntó.

—Sí. Tengo que llevarle la nébeda a Fauces Amarillas mientras está fresca.

La gata estiró el cuello para frotar el hocico contra su costado.

—Quizá mis cachorros estén lo bastante fuertes para conocerte la próxima vez que vengas —dijo.

A Corazón de Fuego se le contrajo el estómago de emoción.

—¡Ojalá! —maulló.

Al darse media vuelta para partir, Princesa exclamó:

—¡Cuídate, hermano! No quiero perderte de nuevo.

—No me perderás —le prometió él.

—Bien pensado, Corazón de Fuego —ronroneó Tormenta Blanca.

Había visto que el joven guerrero entraba en el campamento llevando nébeda.

Durante el camino a casa se le había hecho la boca agua, pero ya empezaba a pensar que se alegraría de no volver a ver jamás una mata de nébeda. Aun así,

se sentía más contento que antes de salir. Su hermana había dado a luz sin problemas y él tenía las ideas más claras.

Al dirigirse hacia la guarida de la curandera, Garra de Tigre apareció a su lado.

—¿Más nébeda? —observó el gran atigrado con mirada recelosa—. Me preguntaba adónde habrías ido. Fronde puede llevarle eso a Fauces Amarillas.

El aprendiz estaba ayudando a despejar la nieve cerca de allí.

—Llévale esta nébeda a Fauces Amarillas —le ordenó el lugarteniente.

Fronde asintió acercándose de un

salto.

Corazón de Fuego dejó las hojas en el suelo.

—Quería visitar a Carbonilla —le dijo a Garra de Tigre.

—Más tarde —gruñó el lugarteniente. Esperó hasta que Fronde recogió la nébeda y se dirigió al refugio de la curandera. Entonces se volvió hacia Corazón de Fuego—. Quiero saber adónde ha estado yendo Látigo Gris.

El joven sintió una oleada de calor.

—No lo sé —respondió, sosteniéndole la mirada.

El lugarteniente se la devolvió con ojos fríos y hostiles.

—Cuando lo veas —siseó—, dile que está confinado en el roble caído.

—¿En el antiguo refugio de Fauces Amarillas?

Corazón de Fuego miró las ramas enmarañadas donde había vivido la curandera cuando llegó, cuando todavía la consideraban una proscrita del Clan de la Sombra.

—Los gatos con gripe quedarán confinados allí hasta que se hayan recuperado —sentenció Garra de Tigre.

—Pero Látigo Gris sólo tiene catarro.

—Un catarro ya es suficientemente malo. ¡Se quedará junto al roble caído!

Los gatos con neumonía se trasladarán junto a Fauces Amarillas. Debemos impedir que esta enfermedad se extienda. —Sus ojos relucieron sin compasión, y Corazón de Fuego se preguntó si vería la enfermedad como un signo de debilidad—. Es por el bien del clan —añadió.

—Sí, Garra de Tigre. Se lo diré a Látigo Gris.

—Y mantente alejado de Estrella Azul —advirtió.

—Pero si ya ha superado la neumonía —protestó el joven.

—Estoy al corriente de eso, pero su guarida todavía apesta a enfermedad. No

puedo permitir que ninguno de mis guerreros se contagie. Tormenta Blanca dice que han olido a guerreros del Clan del Río aún más cerca del campamento. También sé que hoy ha tenido que entrenar a Fronde. Espero que mañana te encargues tú.

Corazón de Fuego asintió.

—¿Ahora puedo ir a ver a Carbonilla? —Garra de Tigre se quedó mirándolo, y el joven le espetó irritado—: Dudo mucho que Fauces Amarillas la haya puesto cerca de los gatos enfermos. No me infectaré.

—Muy bien —concedió el lugarteniente, y se alejó.

Corazón de Fuego se encontró con Fronde en mitad del claro.

—Fauces Amarillas estaba muy agradecida por la nébeda —maulló el aprendiz.

—Bien. Por cierto, mañana te enseñaré a cazar pájaros. Espero que estés preparado para trepar un poco a los árboles.

Fronde agitó los bigotes de la emoción.

—Por supuesto. Te veré mañana en la hondonada de entrenamiento.

Corazón de Fuego asintió y prosiguió su camino hacia la guarida de Fauces Amarillas. Vio enseguida a los

pobres cachorros de Pecas. Se hallaban en un nido entre los helechos, tosiendo, con la nariz y los ojos chorreando.

La curandera le dio la bienvenida.

—Gracias por la nébeda; vamos a necesitarla. Ahora Centón también tiene neumonía.

Señaló con la nariz otra cama en los helechos. Dentro, Corazón de Fuego sólo alcanzó a ver el pelaje blanco y negro del veterano.

—¿Cómo se encuentra Carbonilla? —preguntó, volviéndose hacia la gata, que suspiró.

—Hace un rato estaba despierta, aunque no mucho tiempo. Tiene una

infección en la pata. El Clan Estelar sabe que lo he probado todo, pero ahora es ella quien debe librar esta batalla.

Corazón de Fuego se asomó al lecho de Carbonilla. La gatita gris se revolvía en sueños; tenía la pata herida extrañamente torcida a un lado. El joven guerrero se estremeció, temiendo de repente que la pequeña perdiera la batalla. Se volvió hacia Fauces Amarillas en busca de palabras de ánimo, pero la curandera estaba cabizbaja. Parecía agotada.

—¿Crees que Jaspeada habría podido salvar a estos gatos? —maulló inesperadamente, alzando la cabeza para

mirarlo a los ojos.

Corazón de Fuego se estremeció. Aún podía percibir la presencia de Jaspeada en el pequeño claro. Recordó con qué eficiencia había atendido la herida de Cuervo tras el combate con el Clan del Río, y con qué tacto le había aconsejado a él que cuidara de Fauces Amarillas cuando ésta llegó al campamento. Luego miró a la vieja curandera, abrumada por el peso de la experiencia.

—Estoy seguro de que no hay nada que Jaspeada hubiera hecho de otra forma —afirmó.

Uno de los cachorros chilló y Fauces

Amarillas se levantó. Cuando pasó ante él, Corazón de Fuego le acarició dulcemente el costado con el hocico. Ella movió un hombro a modo de agradecimiento. Luego, lleno de tristeza, el joven guerrero se dirigió hacia el túnel de helechos.

El pelaje blanco de Escarcha apareció en el otro extremo. Seguramente iba a ver a Carbonilla. Al acercarse a la reina, Corazón de Fuego alzó la cabeza y miró sus ojos azules. En ellos había tanta aflicción que al joven se le encogió el corazón.

—¿Escarcha? —empezó.

Ella se detuvo.

—Lo… lo lamento —añadió Corazón de Fuego temblando.

Escarcha pareció confundida.

—¿El qué?

—Debería haber sido capaz de impedir que Carbonilla fuera al Sendero Atronador.

La gata lo miró, pero su expresión no revelaba nada excepto tristeza.

—Yo no te culpo —murmuró.

Luego, bajando la cabeza, fue hacia donde estaba su hija.

Látigo Gris ya había regresado, y estaba comiéndose un campañol junto a la mata

de ortigas.

Corazón de Fuego se le acercó.

—Garra de Tigre dice que tienes que trasladarte al roble caído, con los gatos enfermos de gripe —indicó. Con una punzada de rencor, recordó cómo el lugarteniente lo había interrogado sobre su amigo.

—Eso no será necesario —repuso Látigo Gris alegremente—. Ya estoy mejor. Fauces Amarillas me ha dado el visto bueno esta mañana.

Corazón de Fuego lo examinó atentamente. Desde luego, volvían a brillarle los ojos, y ya tenía la nariz seca, aunque rodeada por una costra muy

poco atractiva. En otros tiempos se habría burlado de su amigo diciéndole cuánto se parecía a Nariz Inquieta, el curandero del Clan de la Sombra. Pero se limitó a espetarle:

—Garra de Tigre ha notado tus desapariciones. Deberías tener más cuidado. ¿Por qué no puedes mantenerte alejado de Corriente Plateada, al menos de momento?

Su amigo dejó de comer y le lanzó una mirada furibunda.

—Y tú ¿por qué no puedes meterte en tus propios asuntos?

Corazón de Fuego cerró los ojos y resopló de frustración. ¿Lograría alguna

vez que su amigo lo entendiera? Luego se preguntó si todavía le importaba. Después de todo, Látigo Gris ni siquiera se había interesado por Carbonilla.

El estómago le rugió de hambre. Tomó un gorrión del montón de carne fresca y se lo llevó a un rincón vacío del campamento para comérselo a solas. Al acomodarse pensó en Princesa, lejos de allí, en su hogar de Dos Patas, con sus cachorros recién nacidos. Solo y angustiado, miró más allá del campamento y anheló volver a ver a su hermana.



19

En los siguientes días, Corazón de Fuego estuvo reprimiendo las ganas de visitar a su hermana. Su deseo de estar con su parentela doméstica hacía que se sintiera incómodo, y se mantuvo atareado cazando en el bosque nevado para reponer las reservas del campamento.

Esa tarde había tenido una buena caza, y volvía al campamento con dos ratones y un pinzón mientras el sol descendía tras los árboles. Enterró los ratones en el depósito de nieve y se llevó el pinzón para cenar.

Al terminar de comer, vio que Tormenta Blanca se dirigía hacia él.

—Quiero que te lleves a Arenisca en la patrulla del alba —le dijo el gran guerrero blanco—. Hemos captado el olor del Clan de la Sombra en el Árbol de la Lechuza.

—¿El Clan de la Sombra? —repitió el joven, alarmado; quizá, después de todo, Garra de Tigre sí había encontrado

pruebas de una invasión—. Tenía planeado salir mañana con Fronde.

—¿Es que Látigo Gris no está mejor ya? —preguntó Tormenta Blanca—. Él puede ocuparse de Fronde.

«¡Por supuesto!», pensó Corazón de Fuego. Y, a lo mejor, entrenar a su aprendiz mantendría a Látigo Gris alejado de Corriente Plateada por una vez. Pero eso significaba que él tendría que patrullar con Arenisca. No pudo evitar pensar en la mirada de rabia que le había lanzado la gata cuando interrumpió su pelea con una guerrera del Clan del Río junto al precipicio.

—¿Sólo Arenisca y yo? —preguntó.

Tormenta Blanca lo miró sorprendido.

—Arenisca ya es casi una guerrera y tú puedes cuidar de ti mismo —repuso.

Tormenta Blanca había malinterpretado su preocupación. Corazón de Fuego no temía ser atacado por guerreros enemigos; temía el hecho de que Arenisca lo odiaba tanto como Polvoroso. Pero no se lo explicó a Tormenta Blanca.

—¿Arenisca ya lo sabe? —preguntó.

—Puedes decírselo tú.

Corazón de Fuego agitó las orejas. No creía que a la gata fuera a entusiasmarle la idea de patrullar con él,

pero no protestó.

Tormenta Blanca asintió levemente y se marchó al refugio de los guerreros. El joven mentor suspiró y se encaminó hacia donde estaba Arenisca, con los otros aprendices.

—Arenisca —empezó, moviéndose nerviosamente—. Tormenta Blanca quiere que patrulles conmigo mañana al amanecer.

Esperaba un bufido de resentimiento, pero ella se limitó a mirarlo y decir:

—Bien.

Incluso Polvoroso pareció sorprendido.

—V… vale —repuso Corazón de

Fuego, pasmado—. Entonces nos vemos al alba.

—Al alba —aprobó Arenisca.

Corazón de Fuego decidió contarle a Látigo Gris las noticias sobre la falta de hostilidad de Arenisca. Ésa podría ser una oportunidad para que empezaran a hablarse de nuevo. Látigo Gris estaba compartiendo lenguas con Viento Veloz junto a la mata de ortigas.

—Hola, Corazón de Fuego —lo saludó Viento Veloz al verlo acercarse.

—Hola.

Corazón de Fuego miró a Látigo Gris con expectación, pero su viejo amigo había vuelto la cabeza. A Corazón

de Fuego se le cayó el alma a los pies. Bajó la cabeza y se fue a la cama. Estaba deseando salir de patrulla y alejarse del campamento.

A la mañana siguiente, cuando salió de su guarida, el cielo relucía con un rosa palidísimo.

Arenisca estaba esperándolo fuera del túnel de aulagas.

—Eh, hola —la saludó, un poco incómodo.

—Hola —respondió ella quedamente.

Corazón de Fuego se sentó.

—Esperemos a que regrese la patrulla nocturna —propuso.

Permanecieron en silencio hasta que oyeron el familiar susurro entre los arbustos que anunciaba la vuelta de Tormenta Blanca, Rabo Largo y Musaraña.

—¿Alguna señal del Clan de la Sombra?

—Hemos captado rastros que pertenecen indudablemente al Clan de la Sombra —respondió Tormenta Blanca muy serio.

—Pero es extraño —añadió Musaraña frunciendo el entrecejo—. Siempre es el mismo grupo de olores. El

Clan de la Sombra debe de estar enviando siempre a los mismos guerreros.

—Será mejor que vosotros dos reviséis la frontera con el Clan del Río —sugirió Tormenta Blanca—. Nosotros no hemos tenido ocasión de patrullar por allí. Tened cuidado, y recordad que no queremos iniciar una batalla. Limitaos a buscar pruebas por si han estado cazando de nuevo en nuestra tierra.

—Muy bien, Tormenta Blanca —maulló Corazón de Fuego, y Arenisca asintió respetuosamente.

El joven guerrero abrió la marcha.

—Empezaremos por los Cuatro

Árboles y avanzaremos a lo largo de la frontera hasta el pinar —dijo mientras ascendían por el barranco del campamento.

—Perfecto. Nunca he visto los Cuatro Árboles bajo la nieve.

Corazón de Fuego esperó captar sarcasmo en su voz, pero la gata parecía sincera.

Alcanzaron lo alto del barranco.

—Y ahora ¿por dónde? —preguntó, poniendo a prueba a Arenisca.

—¿Acaso piensas que no conozco el camino a los Cuatro Árboles? —protestó ella.

Corazón de Fuego lamentó haber

actuado como un mentor, hasta que captó un brillo jovial en los ojos de Arenisca. Ésta salió disparada a través de los árboles y él se apresuró a seguirla.

Resultaba estupendo correr de nuevo por el bosque junto a otro gato. Además, tuvo que admitir que Arenisca era rápida. A dos zorros de distancia, la gata saltó sobre el tronco de un árbol caído y desapareció.

Él fue tras ella, salvando el tronco de un salto. Al aterrizar al otro lado, algo lo golpeó por detrás. Se deslizó por la nieve, rodó sobre sí mismo y se levantó de un brinco.

Arenisca se le encaró agitando los

bigotes:

—¡Sorpresa!

Corazón de Fuego bufó en broma y saltó sobre ella. Se quedó impresionado con la fuerza de la aprendiza, pero él tenía la ventaja del tamaño. Cuando por fin la inmovilizó sobre la nieve, ella protestó:

—¡Quítate de encima, pedazo de zoquete!

—Vale, vale —maulló el joven, soltándola—. Pero ¡tú te lo has buscado!

Arenisca se incorporó con el pelaje anaranjado cubierto de nieve.

—Parece que te hayas visto envuelto en una tormenta de nieve —le dijo al

joven guerrero.

—Y tú también.

Se sacudieron los copos de encima.

—Vamos —maulló él—. Será mejor que continuemos.

Corrieron hombro con hombro hasta los Cuatro Árboles. Cuando llegaron a lo alto de la ladera sobre la que se dominaba el valle, el cielo era de un azul lechoso, y una débil luz solar iluminaba el espacio nevado. Los cuatro robles sin hojas se alzaban a sus pies, reluciendo por la escarcha.

Arenisca se quedó mirando con los ojos como platos. Corazón de Fuego esperó, conmovido por su entusiasmo,

hasta que ella se volvió para proseguir.

—No sabía que la nieve le daría un aspecto tan distinto a todo —maulló mientras seguían la frontera con el Clan del Río.

Corazón de Fuego estuvo de acuerdo con ella.

Aminoraron el paso mientras se movían en silencio a lo largo de la línea de marcas olorosas, alertas para captar cualquier esencia nueva del Clan del Río a aquel lado de la frontera. Corazón de Fuego se detenía cada pocos árboles para dejar una nueva marca olorosa del Clan del Trueno.

De pronto, Arenisca frenó en seco.

—¿Te apetece algo de comer? —susurró.

Él asintió, y la aprendiza adoptó la posición de caza y avanzó entre la nieve, despacio, un paso tras otro. El gato siguió su mirada y vio un joven conejo debajo de un zarzal. Con un rápido bufido, Arenisca dio un salto y se internó entre las zarzas, donde agarró al conejo de un zarpazo y con un movimiento limpio lo atrajo hacia sí para acabar con su vida.

Corazón de Fuego se le acercó.

—¡Buena captura, Arenisca!

Ella pareció complacida y dejó la pieza en el suelo.

—¿Lo compartimos?

—Gracias.

—Ésta es una de las mejores cosas de patrullar —señaló la gata mientras comía.

—¿Cuál?

—Que puedes comerte lo que cazas en lugar de tener que llevarlo al campamento. ¡No sé en cuántas misiones de caza he estado a punto de morir de hambre!

Corazón de Fuego ronroneó divertido.

Volvieron a ponerse en marcha, bordeando las Rocas Soleadas para seguir la senda que se internaba en el

bosque, cerca de la frontera del Clan del Río. Al alcanzar la cima de la cuesta cubierta de helechos que daba al río, él pidió silenciosamente al Clan Estelar que no encontraran allí a Látigo Gris.

—¡Mira! —exclamó Arenisca de pronto. Se le tensó el cuerpo de emoción—. El río… ¡está congelado!

Al joven guerrero le dio un vuelco el corazón, pues recordó que ésas habían sido las mismas palabras de Carbonilla antes del accidente de Látigo Gris.

—No vamos a bajar a echar un vistazo —maulló con firmeza.

—No tenemos por qué —contestó la gata—. Se puede ver desde aquí.

Volvamos a contárselo al clan.

—¿Para qué? —Corazón de Fuego no entendía la emoción de Arenisca.

—¡Una patrulla de los nuestros podría atravesar el río ahora! Podemos invadir el territorio del Clan del Río y robarles algunas de las presas que ellos nos han quitado.

El guerrero sintió un escalofrío helador en el espinazo. ¿Qué pensaría Látigo Gris sobre eso? Y él, Corazón de Fuego, ¿sería capaz de combatir contra los hambrientos gatos del Clan del Río?

Arenisca dio vueltas a su alrededor, impaciente.

—¿Vienes o no?

—Sí —contestó él a duras penas.

Fue tras la gata cuando ella salió como un rayo hacia el bosque, de regreso al campamento.

Arenisca llegó por el túnel de aulagas delante de Corazón de Fuego, y Garra de Tigre levantó la mirada al ver cómo se detenían en el claro.

Corazón de Fuego oyó un ruido a sus espaldas. Látigo Gris estaba entrando en el campamento junto con Fronde.

Sonó una llamada desde debajo de la Peña Alta:

—Corazón de Fuego, Arenisca,

¿cómo ha ido vuestra ronda?

El joven guerrero sintió un gran alivio al ver a Estrella Azul con el mismo aspecto de siempre, sentada con la cabeza alta y la cola enroscada alrededor de las patas.

Arenisca corrió hacia la Peña Alta.

—¡El río está congelado! —informó—. ¡Ahora mismo podríamos cruzarlo con facilidad!

Estrella Azul la miró pensativamente, y Corazón de Fuego se estremeció al ver cómo relucían sus ojos.

—Gracias, Arenisca —maulló Estrella Azul.

Corazón de Fuego se inclinó hacia Arenisca y le susurró al oído:

—Vamos, hemos de contárselo a los demás.

Supuso que Estrella Azul querría debatir sobre el tema del río congelado con sus guerreros más experimentados.

Arenisca lo miró, comprendiendo lo que quería, y lo siguió hasta el centro del claro.

—¡Ha sido un día estupendo! —maulló la gata, pero Corazón de Fuego se limitó a asentir y mirar con inquietud a Látigo Gris.

—¡Parece que vosotros dos os habéis divertido! —exclamó Polvoroso,

saliendo del refugio de los aprendices —. ¿Habéis ahogado a otro gato del Clan del Río? —le dijo a Corazón de Fuego con sorna.

Luego miró a Arenisca con expectación. Corazón de Fuego supuso que estaba esperando que ella lo apoyara, como solía hacer, pero la aprendiza no le prestó atención. El joven guerrero sintió cierto cosquilleo de satisfacción al ver la cara irritada de Polvoroso cuando Arenisca maulló sin aliento:

—Hemos descubierto que el río se ha congelado. ¡Creo que Estrella Azul está planeando una acción contra el Clan

del Río!

En ese mismo momento sonó la llamada de la líder desde la Peña Alta, y el clan empezó a congregarse en el claro. El sol había alcanzado su cénit, lo cual, en la estación sin hojas, significaba que sobresalía apenas por encima de los árboles.

—Arenisca y Corazón de Fuego han traído buenas noticias. El río se ha congelado —anunció Estrella Azul—. Aprovecharemos esta oportunidad para hacer una incursión en los terrenos de caza del Clan del Río, y así mandarles el mensaje de que deben parar de robar nuestras presas. Nuestros guerreros

localizarán a una de sus patrullas ¡y les harán una advertencia que recordarán durante mucho tiempo!

Corazón de Fuego se estremeció al recordar lo que Corriente Plateada le había contado sobre su hambriento clan. A su alrededor, los otros gatos elevaron la voz con maullidos de impaciencia. Corazón de Fuego no había oído al clan tan entusiasmado desde hacía muchas lunas.

—¡Garra de Tigre! —llamó Estrella Azul por encima del estruendo—. ¿Están tus guerreros lo bastante preparados para un ataque al Clan del Río?

El lugarteniente asintió.

—Excelente. —La líder levantó la cola—. Entonces, saldremos a la puesta de sol.

El clan maulló encantado, y Corazón de Fuego sintió un hormigueo en las zarpas. ¿Estrella Azul también pensaba ir? ¿No sería mejor que no arriesgara su última vida por una refriega fronteriza?

Miró a Látigo Gris por encima del hombro. Su amigo tenía la vista clavada en la Peña Alta, sacudiendo la punta de la cola con nerviosismo. Cuando los alaridos se apagaron, Látigo Gris exclamó:

—Parece que hoy es un día más cálido. Un deshielo repentino volvería

el río demasiado peligroso para cruzarlo.

Corazón de Fuego contuvo la respiración mientras los demás gatos se volvían para mirar a su amigo con curiosidad.

Garra de Tigre también lo observó; sus ojos ámbar reflejaban perplejidad.

—Normalmente no eres reacio a pelear —maulló el guerrero oscuro.

Cebrado ladeó el cuello y añadió:

—Sí, Látigo Gris… No te asustarán esos sacos de pulgas del Clan del Río, ¿verdad?

Incómodo, el guerrero gris se movió con nerviosismo mientras el clan

aguardaba su respuesta.

—¡Parece que tenga miedo! —resopló Polvoroso al lado de Arenisca.

Corazón de Fuego sacudió la cola con rabia, pero logró dominar su voz y decir como si nada:

—Sí, ¡de mojarse las patas! En esta estación sin hojas, Látigo Gris ya ha visto cómo se le rompía el hielo bajo las zarpas una vez. No le apetece volver a pasar por lo mismo.

La tensión del clan se deshizo en ronroneos divertidos. Látigo Gris bajó la vista al suelo, con las orejas gachas. Sólo Garra de Tigre mantuvo un ceño receloso.

Estrella Azul esperó hasta que cesaron los murmullos.

—Debo estudiar la incursión con mis guerreros más experimentados —dijo.

Luego bajó de un salto de la Peña Alta y aterrizó con tanta suavidad que costaba creer que sólo unos días atrás estaba luchando por sus vidas. Garra de Tigre, Tormenta Blanca y Sauce la siguieron a su guarida, y el resto del clan formó corrillos para comentar la propuesta de ataque.

—¡Supongo que esperas que te dé las gracias por avergonzarme! —siseó Látigo Gris al oído de su amigo.

—En absoluto. Pero ¡al menos podrías agradecerme que siga cubriéndote las espaldas!

Y se alejó a un extremo del claro, con el pelo erizado de furia.

Arenisca se le unió.

—Ya es hora de que les enseñemos a esos gatos del Clan del Río que no pueden cazar en nuestro territorio siempre que se les antoje —maulló la aprendiza con ojos centelleantes.

—Sí, supongo que sí —respondió Corazón de Fuego distraído.

No podía quitarle los ojos de encima a Látigo Gris. ¿Eran imaginaciones suyas, o el guerrero gris se iba

acercando poco a poco a la maternidad? ¿Acaso su viejo amigo estaba planeando escabullirse para avisar a Corriente Plateada?

Se levantó lentamente y empezó a ir hacia la maternidad. Látigo Gris lo fulminó con la mirada al verlo aproximarse, pero antes de que ninguno pudiese hablar, Estrella Azul volvió a llamar desde la Peña Alta. Corazón de Fuego se detuvo, aunque no despegó los ojos de su amigo.

—Sauce coincide contigo, Látigo Gris —declaró la líder—. Se avecina un deshielo.

Látigo Gris alzó la barbilla y le

lanzó una mirada desafiante a Corazón de Fuego, pero a éste no le importó. ¡Estrella Azul iba a suspender la incursión! Ahora su amigo no tendría que elegir entre su clan y Corriente Plateada, y él no tendría que unirse a un grupo de asalto contra un clan que —como sabía— ya estaba sufriendo mucho.

Pero Estrella Azul no había terminado.

—¡De modo que atacaremos ahora mismo! —anunció.

Corazón de Fuego miró de reojo: la expresión triunfante de Látigo Gris se había convertido en puro terror.

—Dejaremos una patrulla de guerreros guardando el campamento —continuó la líder—. No hay que olvidar la posible amenaza del Clan de la Sombra. La incursión la llevarán a cabo cinco guerreros. Yo me quedaré aquí.

«Bien», pensó Corazón de Fuego. Después de todo, Estrella Azul no estaba planeando poner en peligro su última vida.

—Garra de Tigre dirigirá el grupo de asalto. Cebrado, Sauce y Rabo Largo lo acompañarán. Así que todavía queda un puesto libre.

—¿Puedo ir yo? —preguntó Corazón de Fuego. Aunque la idea de atacar a los

hambrientos gatos del Clan del Río le partía el corazón, al menos así Látigo Gris no tendría que elegir.

—Gracias, Corazón de Fuego. Puedes unirte a la patrulla —dijo Estrella Azul, claramente complacida por el entusiasmo de su antiguo aprendiz.

Garra de Tigre no parecía igual de contento. Se volvió hacia el joven guerrero con los ojos entornados, observándolo con clara desconfianza.

—No hay tiempo que perder —exclamó Estrella Azul—. Ya puedo oler los vientos cálidos. Garra de Tigre os dará instrucciones por el camino.

¡Marchaos ya!

Cebrado, Rabo Largo y Sauce salieron disparados tras el lugarteniente. Corazón de Fuego los siguió por el túnel de aulagas y barranco arriba, en dirección al territorio del Clan del Río.

Pasaron a toda prisa ante las Rocas Soleadas y alcanzaron la frontera enemiga cuando el sol invernal comenzaba a descender sobre el bosque. Corazón de Fuego olfateó el aire… Látigo Gris y Sauce tenían razón: captó vientos más cálidos, y sobre los árboles empezaban a agruparse nubes.

Mientras bajaban la ladera hacia el río, Corazón de Fuego sintió una

profunda inquietud. En los oídos le resonaba la desesperada historia de Corriente Plateada, pero trató de apartar sus sentimientos de compasión.

Los guerreros salieron de entre los helechos y frenaron en seco al borde del río. La imagen que los recibió hizo que a Corazón de Fuego se le aflojaran las patas de alivio. La reluciente capa de hielo que había visto antes con Arenisca se había disuelto en una corriente rápida de agua fría y negra.



20

Garra de Tigre se volvió hacia sus guerreros con los ojos destellando de frustración.

—Tendremos que esperar —gruñó.

La patrulla se encaminó de nuevo hacia casa. Corazón de Fuego elevó una oración silenciosa al Clan Estelar, pero tenía mal sabor de boca. Ahora nunca

sabría si habría podido llevar a cabo el ataque. No era sólo que no se fiara de Látigo Gris; ahora ya no se fiaba ni de sí mismo.

El joven guerrero no dijo ni una palabra en todo el camino de vuelta. De vez en cuando, veía que Garra de Tigre le lanzaba una mirada por encima de sus poderosos omóplatos. Fue una caminata lenta. La luz del corto día invernal se estaba desvaneciendo cuando por fin alcanzaron lo alto del barranco. Corazón de Fuego esperó a que los otros guerreros bajaran primero. Para cuando atravesó el túnel de aulagas, Garra de Tigre ya estaba explicándole al

decepcionado clan que el hielo del río se había fundido.

Corazón de Fuego empezó a bordear el claro buscando a Látigo Gris. Necesitaba saber si su amigo había salido del campamento, e instintivamente se encaminó a la maternidad. Al acercarse a la masa de zarzas enmarañadas, oyó un maullido familiar.

—¡Corazón de Fuego!

El joven sintió un destello de esperanza. A lo mejor Látigo Gris estaba realmente agradecido porque él se hubiese ofrecido a ocupar la última plaza del grupo de asalto. Siguió la voz

de su amigo hasta las sombras que se extendían tras la maternidad.

Maulló quedamente en la oscuridad, pero no logró ver a Látigo Gris. De pronto, algo impactó contra su costado con gran potencia, y se volvió con todos los sentidos alerta. Vio a su amigo con el pelo erizado, recortado en la penumbra.

Látigo Gris atacó de nuevo, y Corazón de Fuego se apartó justo a tiempo para esquivar una gran zarpa dirigida a su oreja.

—¿Te has vuelto loco? —balbució.

Látigo Gris agachó las orejas y bufó.

—¡No has confiado en mí! ¡Pensabas

que traicionaría al clan!

Lanzó un nuevo zarpazo, y esta vez acertó a la oreja de su amigo, que se sintió atravesado de dolor y rabia.

—¡Sólo quería evitar que tuvieras que elegir! —le espetó—. Aunque ahora mismo no estoy seguro de dónde recae tu lealtad.

Látigo Gris embistió y lo derribó de espaldas. Los dos pelearon con las uñas desenvainadas.

—Yo tomo mis propias decisiones —gruñó Látigo Gris.

Corazón de Fuego consiguió zafarse y saltó sobre el lomo de su amigo.

—¡Estaba intentando protegerte!

—¡No necesito que me protejan!

Cegado por la furia, Corazón de Fuego clavó las garras en la piel de Látigo Gris, pero éste dio una vuelta de campana y ambos salieron rodando de detrás de la maternidad.

Los gatos del claro se apartaron del camino de los dos jóvenes guerreros enzarzados. Corazón de Fuego maulló furioso cuando su amigo le mordió una pata delantera. Blandió una zarpa y lo arañó encima del ojo. Látigo Gris se desquitó bajando la cabeza y clavándole los dientes en la pata trasera.

—¡Deteneos de una vez!

El severo maullido de Estrella Azul

hizo que los jóvenes guerreros se quedaran de piedra. Corazón de Fuego soltó a su amigo y se apartó a un lado, dolorido. Látigo Gris retrocedió con el pelo erizado. Con el rabillo del ojo, Corazón de Fuego vio que Garra de Tigre sonreía con regocijo apenas disimulado, mostrando los dientes.

—Corazón de Fuego, quiero verte en mi guarida… ¡ahora mismo! —gruñó Estrella Azul, echando fuego por sus ojos azules—. Látigo Gris, ¡vete a tu dormitorio y quédate allí!

El resto del clan se desvaneció entre las sombras, mientras Corazón de Fuego cojeaba tras la líder hasta su guarida.

Mantuvo los ojos clavados en el suelo, sintiéndose deshecho y confundido.

La gata se sentó en el suelo arenoso y miró un momento al joven guerrero con incredulidad. Luego maulló furiosa:

—¿De qué va todo esto?

Él sacudió la cabeza. Por muy enfadado que estuviera, no podía desvelar el secreto de su amigo.

Estrella Azul cerró los ojos y respiró hondo.

—Soy consciente de que las emociones están a flor de piel en el campamento, pero nunca habría esperado ver una riña ente tú y Látigo Gris. ¿Estás herido?

A Corazón de Fuego le escocían la oreja y la pata delantera, pero se encogió de hombros y murmuró:

—No.

—¿Piensas contarme de qué va todo esto?

El joven la miró a los ojos con toda la firmeza que pudo.

—Estrella Azul, lo lamento. No puedo explicártelo. —«Al menos eso es verdad», pensó.

—Muy bien —maulló la líder al cabo—. Podéis solucionar este asunto por vuestra cuenta. El clan se enfrenta a un momento difícil, y no voy a tolerar esta clase de altercados. ¿Entendido?

—Sí, Estrella Azul. ¿Puedo irme?

La gata asintió, y el joven guerrero salió de allí renqueando. Sabía que había defraudado a su antigua mentora, pero le resultaba imposible confiarse a ella. La última vez que lo había hecho —contándole las acusaciones de Cuervo contra Garra de Tigre—, ella no le creyó. Y si le creía ahora, entonces estaría traicionando a su mejor amigo.

Con el estómago revuelto por la inquietud, cruzó a rastras el claro hasta el dormitorio de los guerreros. Se acomodó en su lecho, junto a Látigo Gris, y se acurrucó hasta formar un ovillo apretado. Se quedó allí, inmóvil,

consciente del cuerpo tenso de su amigo a su lado, hasta que por fin lo venció el sueño.

Se despertó muy temprano por la mañana. El sol aún no había salido, y el claro estaba vacío cuando lo atravesó en dirección al refugio de Fauces Amarillas. Quería ver a Carbonilla.

La curandera estaba dormida, enroscada junto a los cachorros enfermos de Pecas. Los pequeños se retorcían en silencio en su cama, con los ojos cerrados. Fauces Amarillas roncaba sonoramente. Corazón de Fuego

no quería despertarla, de modo que fue sigilosamente al lecho de Carbonilla y se asomó.

La gatita gris también dormía. Ya no tenía sangre en el pelo. Corazón de Fuego se preguntó si se habría limpiado ella misma o si la habría lavado Fauces Amarillas. Se agachó junto a la convaleciente y la observó respirar. Había algo relajante en el modo en que sus costados subían y bajaban. Parecía más tranquila que la última vez.

El joven se quedó allí hasta que la luz de la aurora se filtró a través de los helechos y oyó que los gatos del clan empezaban a moverse. Entonces se puso

en pie. Se inclinó hacia Carbonilla y le tocó el costado suavemente con la nariz.

En ese momento Fauces Amarillas se desperezó y abrió los ojos.

—¿Corazón de Fuego?

—He venido a ver a Carbonilla.

—Está cada vez mejor —dijo la curandera levantándose.

Al joven gato se le empañaron los ojos de alivio.

—Gracias, Fauces Amarillas.

Cuando regresó al claro principal, Garra de Tigre estaba dirigiéndose a un grupo de guerreros y aprendices. Reparó en Corazón de Fuego inmediatamente.

—Qué detalle que hayas aparecido

—gruñó—. Látigo Gris también acaba de unirse a nosotros. Ha tenido unas palabritas con Estrella Azul.

El joven le lanzó una ojeada a su amigo, pero éste estaba mirando al suelo. Los otros guerreros observaron en silencio cómo Corazón de Fuego se apresuraba a sentarse junto a Arenisca.

—Mientras dure este deshielo, el bosque estará rebosante de presas —continuó Garra de Tigre—. Estarán hambrientas después de haber permanecido resguardadas en sus madrigueras. Será una buena ocasión de cazar tantas como podamos.

—Pero todavía hay carne fresca en

el depósito de nieve —señaló Polvoroso.

—Pronto se habrá convertido en carroña —repuso Garra de Tigre—. Debemos aprovechar cualquier oportunidad de cazar. Conforme avance la estación sin hojas, las presas empezarán a desaparecer, y lo que quede será demasiado escaso.

Los guerreros asintieron, de acuerdo con su lugarteniente.

—Rabo Largo —llamó Garra de Tigre, volviéndose hacia el atigrado claro—, quiero que organices los equipos de caza.

El gato asintió, y Garra de Tigre se

levantó para encaminarse a la guarida de Estrella Azul. Al verlo desaparecer tras la cortina de liquen, Corazón de Fuego no pudo evitar preguntarse si la líder y el lugarteniente comentarían su pelea con Látigo Gris.

La voz de Rabo Largo lo sacó de sus pensamientos.

—¡Corazón de Fuego! Arenisca y tú podéis uniros a Musaraña. Látigo Gris puede cazar con Tormenta Blanca y Fronde. Creo que será mejor que no os ponga juntos en el mismo grupo.

Entre los reunidos sonaron ronroneos divertidos, pero Corazón de Fuego entornó los ojos con rabia. Se

consoló examinando la mella que había dejado en la oreja de Rabo Largo cuando éste lo ofendió en su primer día en el campamento.

—Buena pelea la de anoche —dijo Musaraña con voz áspera y un brillo malicioso en los ojos—. Casi compensó la batalla que nos habíamos perdido.

Corazón de Fuego torció el gesto cuando Polvoroso añadió:

—¡Sí! Bonitos movimientos, Corazón de Fuego… ¡para un minino casero!

El joven guerrero rechinó los dientes y miró al suelo, sacando y metiendo las uñas.

Los dos grupos salieron juntos del campamento. Al enfilar la senda que ascendía por el barranco, Corazón de Fuego miró al cielo. Las nubes de lluvia que había visto la noche anterior ya habían cubierto el sol y la nieve estaba empezando a derretirse.

Musaraña condujo a Arenisca y Corazón de Fuego a través del pinar.

—Me llevaré a Arenisca conmigo —le dijo la guerrera a Corazón de Fuego—. Tú puedes cazar solo. Nos veremos de nuevo en el campamento cuando el sol esté en lo más alto.

Él se sintió aliviado ante la idea de estar a solas. Empezó a acechar entre

los pinos; aún le costaba creer que Látigo Gris y él se hubiesen peleado tan violentamente. Se sentía perdido y solo sin su viejo amigo, aunque lo cierto es que ya no lo reconocía apenas. Se preguntó si podrían volver a ser amigos alguna vez.

Hasta que sintió la blandura de las hojas bajo las zarpas, no se dio cuenta de que había ido hasta el robledal que se extendía tras las viviendas de Dos Patas. Pensó en Princesa y se preguntó si sus pasos lo habrían llevado hasta la casa de ella por alguna razón.

Fue directo a la valla del jardín de su hermana y la llamó quedamente.

Luego regresó al bosque y esperó entre la maleza.

Poco después, oyó unos ruiditos en la valla y captó el aroma de su hermana. Estaba a punto de saltar para reunirse con ella cuando captó un segundo olor, éste desconocido.

Hubo un crujido en los helechos y apareció Princesa. Llevaba un diminuto gatito en la boca. Cuando su hermano se le acercó, ella lo saludó con un cálido maullido sin soltar aquel fardo peludo.

El cachorro era muy pequeño. Corazón de Fuego supuso que no lo destetarían antes de la siguiente luna. Princesa apartó un poco de nieve con la

pata y lo depositó delicadamente sobre las hojas. Luego se sentó para rodearlo con su gruesa cola.

Corazón de Fuego se sintió embargado por la emoción. Aquel pequeño era de su misma sangre, y había nacido como un gato doméstico, igual que él. En silencio, el joven guerrero saludó a Princesa frotándola con el hocico, y se inclinó para olfatear al cachorro. Olía a calidez y leche… algo extraño, pero de algún modo familiar. Le dio un tierno lametón en la cabeza y el pequeño maulló, abriendo una boquita rosa de dientecitos blancos.

Princesa miró a su hermano con ojos

centelleantes.

—Lo he traído para ti, Corazón de Fuego —maulló dulcemente—. Quiero que te lo lleves a tu clan para que se convierta en tu nuevo aprendiz.



21

Corazón de Fuego se quedó mirando al cachorrito.

—Nunca habría esperado… —empezó. Miró a su hermana, incapaz de hablar.

—Mis dueños elegirán dónde van a vivir los otros —explicó Princesa—. Pero éste es mi primogénito y quiero ser

yo quien decida su futuro. —Alzó la barbilla—. Conviértelo en un héroe, por favor. ¡Como tú!

La perturbadora sensación de soledad que había lastrado a Corazón de Fuego durante tanto tiempo empezó a menguar. Se imaginó al cachorro en el clan, mientras él le enseñaba las costumbres de la vida en el bosque y cazaba a su lado a través de los frondosos helechos. Por fin habría otro miembro del Clan del Trueno que compartiría sus raíces como gato doméstico.

Princesa ladeó la cabeza.

—Sé lo triste que estabas por lo de

tu aprendiza. He pensado que si tenías un nuevo aprendiz, uno de tu misma sangre, no te sentirías tan solo. —Estiró el cuello y pegó la nariz al costado de su hermano—. No comprendo todas las costumbres de tu clan, pero viéndote y oyéndote hablar de tu vida, sé que me sentiría honrada si mi hijo se criara como un gato de clan.

Una vez pasado el primer estallido de felicidad, Corazón de Fuego pensó en el resto de su clan y en lo desesperadamente que necesitaban gatos luchadores. Carbonilla ya nunca sería guerrera. ¿Y si la neumonía se llevaba más vidas que la de Estrella Azul? El

Clan del Trueno podría necesitar a aquel cachorro.

De pronto, reparó en la llovizna que se le pegaba al cuerpo. El pequeño necesitaba cobijarse, y pronto. Parecía fuerte, pero todavía era demasiado chiquitín para resistir mucho tiempo el frío y la humedad.

—Me lo llevaré —maulló—. Le has hecho un magnífico regalo al Clan del Trueno, hermana. ¡Y yo lo entrenaré para que sea el mejor guerrero que jamás se haya visto!

Bajó la cabeza y agarró al cachorro por el pescuezo.

Los ojos de Princesa relucían de

gratitud y orgullo.

—Gracias, hermano —ronroneó—. Quién sabe, ¡quizá mi hijo llegue a ser líder y reciba el don de las nueve vidas!

Corazón de Fuego miró afectuosamente su rostro confiado y esperanzado. ¿De verdad pensaba su hermana que eso podía llegar a suceder? Luego lo invadió la duda. Iba a llevar a aquel gatito a un campamento infectado por la gripe y la neumonía. ¿Y si ni siquiera lograba llegar a la estación de la hoja nueva? Pero el acogedor aroma que desprendía el cachorro lo tranquilizó. Aquel pequeño sobreviviría. Era fuerte y tenía la misma sangre que

él. Debía darse prisa: el cachorro ya estaba empezando a enfriarse. Se despidió de Princesa con un guiño y se internó corriendo en el sotobosque.

El gatito pesaba más de lo que había imaginado. Colgado de su boca, iba chocando contra sus patas delanteras, de lo que se quejaba con leves chillidos. Cuando Corazón de Fuego alcanzó por fin lo alto del barranco, tenía el cuello dolorido. Bajó al campamento con pisadas cautelosas, temeroso de resbalar en la nieve, que estaba derritiéndose muy rápidamente.

En la entrada, el joven guerrero vaciló, pues de pronto cayó en que

tendría que explicar al clan la existencia de aquel cachorro; tendría que admitir que había visitado a su hermana, una gata doméstica. Pero ya era demasiado tarde. Notó cómo el pequeño temblaba. Corazón de Fuego cuadró los hombros y cruzó el túnel de aulagas. El gatito soltó agudos maullidos cuando una espina se le enganchó en el pelo. Varios pares de ojos se volvieron asombrados cuando Corazón de Fuego entró en el claro.

Los dos grupos de caza habían regresado ya. Musaraña, Tormenta Blanca, Arenisca y Fronde ya estaban en el claro. Sólo faltaba Látigo Gris. Uno a uno, el resto del clan salió de sus

guaridas por el alboroto y el olor desconocido, pero ninguno dijo nada. Se quedaron mirando a Corazón de Fuego con expresión hostil y perpleja, como si él fuese un intruso.

El joven guerrero giró lentamente en el centro del claro, con el cachorro colgándole todavía de la boca, y miró al círculo de ojos inquisitivos. Empezó a sentir la boca seca. ¿Por qué había dado por supuesto que el clan aceptaría a un cachorro que ni siquiera había nacido en el bosque?

Sintió alivio cuando Estrella Azul salió de la guarida de la curandera. Pero a la líder se le dilataron los ojos de

sorpresa al verlo.

—¿Qué ocurre aquí? —exigió saber.

Un estremecimiento funesto recorrió a Corazón de Fuego. Depositó al cachorro entre sus patas delanteras y lo rodeó con la cola para mantenerlo caliente.

—Es el primogénito de mi hermana —explicó.

—¡Tu hermana! —Garra de Tigre lo fulminó con una mirada acusatoria.

—¿Tienes una hermana? —inquirió Cola Pintada—. ¿Dónde?

—En el mismo sitio donde nació él, por supuesto —resopló Rabo Largo asqueado—. ¡En las viviendas de Dos

Patas!

—¿Es eso cierto? —preguntó Estrella Azul, con los ojos cada vez más abiertos.

—Sí —admitió Corazón de Fuego —. Mi hermana me ha dado a su hijo para que lo trajese al clan.

—¿Y por qué iba a hacer eso? —quiso saber la líder con una tranquilidad peligrosa.

—Yo le he hablado de la vida en el clan… de lo estupenda que es… —Pero no supo seguir ante la mirada incrédula de Estrella Azul.

—¿Cuánto tiempo llevas visitando las viviendas de los Dos Patas?

—No mucho; sólo desde que empezó la estación sin hojas. Pero únicamente voy a ver a mi hermana. Mi lealtad sigue estando con el clan.

—¿Lealtad? —El desdén de Rabo Largo recorrió el claro—. ¿Y aun así traes aquí a un minino de compañía?

—¿No basta ya con tener una mascota en el clan? —espetó un veterano con voz cascada.

—¡Fíate de una mascota para encontrar a otra mascota! —gruñó Polvoroso, erizando el pelo de indignación. Se volvió hacia Arenisca y le dio un empujoncito con el hocico. Ella lanzó una mirada de incomodidad a

Corazón de Fuego y luego bajó la vista hacia sus patas.

—¿Por qué lo has traído aquí? —bramó Garra de Tigre.

—Necesitamos guerreros…

El gatito se retorció entre sus patas mientras hablaba, y Corazón de Fuego fue consciente de lo ridículo que debía de estar sonando. Agachó la cabeza al oír que sus palabras eran recibidas con maullidos desdeñosos.

Cuando los insultos se apagaron, Viento Veloz dijo:

—El clan ya tiene bastantes preocupaciones sin necesidad de esto.

—No será nada más que una carga

—coincidió Musaraña—. Pasarán cinco lunas como mínimo antes de que ese cachorro esté listo para empezar a entrenarse.

Tormenta Blanca asintió, de acuerdo con Musaraña.

—No deberías haberlo traído, Corazón de Fuego. Será demasiado blandengue para la vida de clan.

Corazón de Fuego erizó el pelo.

—Yo nací como gato doméstico —dijo—. ¿Acaso soy un blandengue?

Él pensaba cuestionar los prejuicios del clan contra los gatos caseros, pero estaba equivocado. No logró ver ni una cara amistosa entre la multitud.

Por detrás de Tormenta Blanca sonó una voz:

—Si ese cachorro tiene la misma sangre que Corazón de Fuego, será un buen gato de clan.

Sintió un gran alivio. ¡Era Látigo Gris! En su pecho brotó una breve esperanza cuando Tormenta Blanca se apartó a un lado y los otros gatos se volvieron hacia el joven guerrero gris. Su amigo paseó la mirada por el círculo de gatos, observándolos uno a uno con firmeza y calma.

—Qué novedad que hables a favor de tu amigo. ¡Anoche querías hacerlo trizas! —se mofó Rabo Largo.

Látigo Gris lo miró ceñudo, y se volvió de golpe cuando Cebrado lo provocó:

—¡Sí, Látigo Gris! ¿Cómo sabes que la sangre de Corazón de Fuego es buena para el Clan del Trueno? ¿Es que la probaste anoche cuando intentabas arrancarle un trozo de pata?

Estrella Azul se adelantó con los ojos ensombrecidos de inquietud.

—Corazón de Fuego, creo que no pretendías ser desleal al clan al visitar a tu hermana, pero ¿por qué has accedido a traer aquí a ese cachorro? No te corresponde a ti tomar decisiones como ésa. Lo que has hecho afecta a todo el

clan.

Corazón de Fuego se volvió hacia Látigo Gris con la esperanza de obtener más apoyo, pero su amigo no le devolvió la mirada. Luego miró alrededor, y todos los ojos desviaron la vista. El joven guerrero empezó a sentir pánico. ¿Había puesto en peligro su posición en el clan al llevar allí al hijo de Princesa?

Estrella Azul habló de nuevo:

—Garra de Tigre, ¿tú qué opinas?

—¿Que qué opino? —maulló el lugarteniente, y Corazón de Fuego se estremeció ante su tono de arrogante satisfacción—. Pues que deberíamos

deshacernos del cachorro inmediatamente.

—¿Flor Dorada?

—La verdad es que parece demasiado pequeño para sobrevivir hasta la estación de la hoja nueva —señaló la reina anaranjada.

—¡Tendrá neumonía para cuando se ponga el sol! —añadió Musaraña.

—O se comerá nuestras presas hasta la próxima nevada, y entonces morirá de frío —resopló Viento Veloz.

Estrella Azul inclinó la cabeza.

—Ya es suficiente. Debo reflexionar sobre esto.

Se encaminó a su guarida y

desapareció en el interior, mientras el resto del clan se dispersaba entre murmullos.

Corazón de Fuego agarró al empapado cachorro y se lo llevó al dormitorio de los guerreros. El pequeño estaba temblando y gimoteaba lastimeramente. Su tío lo rodeó con el cuerpo y cerró los ojos, pero en su mente daban vueltas los rostros hostiles del clan, llenándole el corazón de temor. Pensó que había estado solo en otras ocasiones, pero ahora parecía como si todo el clan lo hubiera repudiado.

Látigo Gris entró en la guarida y se acomodó en su lecho. Corazón de Fuego

le lanzó una mirada nerviosa. Su amigo había sido el único en salir en su defensa, y él quería agradecérselo. Tras una pausa incómoda, en la que el cachorro no paró de gimotear, masculló:

—Gracias por dar la cara por mí.

Látigo Gris se encogió de hombros.

—Bueno, sí —maulló—. Nadie más iba a hacerlo.

Luego dobló el cuello y empezó a lavarse la cola.

El cachorro seguía lloriqueando, y sus maullidos eran cada vez más fuertes. Algunos guerreros entraron en el dormitorio para resguardarse de la lluvia; Sauce lanzó una mirada a tío y

sobrino, pero no dijo ni una palabra.

—¿No puedes hacer que esa cosa cierre el pico? —se quejó Rabo Largo mientras ahuecaba el musgo de su lecho.

Corazón de Fuego lamió desesperadamente al cachorro. A esas alturas debía de tener mucha hambre. Un roce en la pared lo hizo levantar la vista: era Escarcha. La reina se acercó a la cama del joven guerrero y contempló al desdichado gatito.

—Estaría mejor en la maternidad —murmuró—. Pecas tiene leche de sobra. Yo podría pedirle que le diera de comer.

Corazón de Fuego se quedó mirándola sorprendido, y ella le sostuvo

la mirada con calidez.

—No he olvidado que tú rescataste a mis pequeños de las garras del Clan de la Sombra —dijo la gata.

Corazón de Fuego volvió a agarrar al cachorro por el pescuezo y siguió a Escarcha. La lluvia había arreciado, y corrieron juntos a la maternidad. Escarcha desapareció por la angosta entrada, mientras Corazón de Fuego la seguía retorciéndose. Se detuvo en el interior del espeso zarzal, entornando los ojos hasta que se le acostumbraron a la penumbra. Dentro de aquel capullo oscuro y seco se encontraba Pecas, rodeando a sus dos hijos sanos. Miró

con recelo a Corazón de Fuego y al pequeño que sujetaba.

Escarcha le susurró:

—Una de las crías de Pecas murió anoche.

El joven guerrero recordó a los gatitos que se retorcían junto a Fauces Amarillas y se preguntó, con una punzada de pena, cuál habría muerto. Dejó a su sobrino en el suelo y se volvió hacia Pecas.

—Lo lamento —musitó.

Ella lo miró con ojos de dolor.

—Pecas —empezó Escarcha—, sólo puedo imaginar cuánto estás sufriendo, pero este pequeño está desfallecido de

hambre y tú tienes leche. ¿Querrías alimentarlo?

Pecas negó con la cabeza y cerró los ojos, como para negar la presencia de Corazón de Fuego en la maternidad.

Escarcha estiró el cuello y pegó el hocico a la mejilla de Pecas, dulcemente.

—Sé que no va a sustituir a tu hijito —le susurró—. Pero necesita de tu calor y tus cuidados.

Corazón de Fuego esperó con inquietud. Los gemidos del cachorro aumentaron. Había olido la leche de la joven reina y empezó a dirigirse a tientas hacia su vientre. Se abrió paso

entre los hijos de Pecas. Ésta lo miró avanzar serpenteando, atraído por el aroma de su leche. Y no se resistió cuando el pequeño se pegó a su vientre y se puso a mamar. Corazón de Fuego sintió alivio y gratitud al ver que los ojos de Pecas se suavizaban y que el cachorro blanco comenzaba a ronronear, presionando el estómago de la reina con sus diminutas patas.

Escarcha asintió.

—Gracias, Pecas. ¿Puedo decirle a Estrella Azul que tú cuidarás del pequeño?

—Sí —contestó Pecas en voz baja, sin apartar los ojos del cachorro blanco,

y lo apretó más contra su vientre con una de sus patas traseras.

Corazón de Fuego ronroneó y bajó la cabeza para tocarle el omóplato con la nariz.

—Muchas gracias. Te traeré carne extra todos los días.

—Voy a informar a Estrella Azul —maulló Escarcha.

Corazón de Fuego levantó la vista hacia la reina blanca, conmovido por su amabilidad.

—Gracias, Escarcha.

—Ningún cachorro merece morir, haya nacido en un clan o no —declaró antes de salir a través de las zarzas.

—Ya puedes irte —le murmuró Pecas a Corazón de Fuego—. Tu pequeño estará a salvo conmigo.

El joven guerrero asintió y siguió a Escarcha bajo la lluvia. Pensó en regresar a su dormitorio, pero sabía que no podría estar tranquilo hasta oír la decisión de Estrella Azul sobre el hijo de Princesa.

Mientras se paseaba por el claro y el pelo se le iba apelmazando en mechones mojados, vio que Escarcha salía de la guarida de Estrella Azul y volvía corriendo a la maternidad.

Sauce estaba preparándose para dirigir la patrulla nocturna cuando por

fin salió Estrella Azul de su refugio. Corazón de Fuego se detuvo, presa del nerviosismo. Estrella Azul saltó a la Peña Alta y lanzó su conocido llamamiento:

—Que todos los gatos lo bastante mayores para cazar sus propias presas se reúnan bajo la Peña Alta.

La patrulla dio media vuelta desde la entrada del campamento y siguió a Sauce hasta el lugar de reunión. El resto del clan empezó a abandonar sus refugios secos, refunfuñando por la lluvia. Garra de Tigre saltó a la roca junto a Estrella Azul, con rostro ceñudo.

«Van a ordenarme que devuelva al

pequeño», pensó Corazón de Fuego. Luego lo asaltaron pensamientos aún más negros: «¿Y si Estrella Azul le pide a Garra de Tigre que abandone al cachorro en el bosque? Allí no sobrevivirá. Oh, Clan Estelar, ¿qué voy a decirle a Princesa?».

Cuando todos los gatos guardaron silencio, Estrella Azul tomó la palabra.

—Gatos del Clan del Trueno, nadie puede negar que necesitamos guerreros. Ya hemos perdido un cachorro por neumonía, y faltan muchas lunas hasta la estación de la hoja nueva. Carbonilla ha resultado gravemente herida y ya nunca será guerrera. Como Látigo Gris ha

señalado con gran acierto…

Corazón de Fuego oyó que Polvoroso susurraba cerca de él:

—¡Últimamente, Látigo Gris se está volviendo también un minino de compañía!

Giró la cabeza, pero un bufido de advertencia de un veterano hizo callar a Polvoroso antes de que el joven guerrero pudiera decir algo.

—Como ha señalado Látigo Gris —repitió Estrella Azul—, ese cachorro tiene la misma sangre que Corazón de Fuego, de modo que lo más probable es que se convierta en un gran guerrero.

Algunos miraron de reojo a Corazón

de Fuego, pero éste apenas prestó atención al cumplido de la líder. En su pecho estaba brotando la esperanza y se sentía aturdido.

Estrella Azul enmudeció un momento para observar a los gatos que tenía delante.

—He decidido que aceptaremos al cachorro en el clan —declaró.

Nadie emitió sonido alguno. Corazón de Fuego tuvo ganas de maullar su agradecimiento al Clan Estelar, pero se mordió la lengua. Respiró hondo por primera vez desde que el sol estaba en lo más alto. ¡Una criatura de su propia familia iba a formar parte del Clan del

Trueno!

—Pecas se ha ofrecido a cuidarlo —continuó Estrella Azul—, así que Corazón de Fuego tendrá que proporcionarle a Pecas todo lo que ella necesite. —La líder miró al joven guerrero, pero éste no supo descifrar su expresión—. Por último, el cachorro debería tener un nombre. Será conocido como Pequeño Nimbo.

—¿Habrá una ceremonia de nombramiento? —preguntó Musaraña entre la multitud.

Corazón de Fuego miró ansiosamente a la Peña Alta. ¿Concederían ese privilegio al hijo de

su hermana, como hicieron con él cuando el clan lo aceptó formalmente?

Estrella Azul miró a Musaraña con ojos fríos.

—No —respondió.



22

Los días hasta la siguiente luna llena trascurrieron muy lentamente para Corazón de Fuego. Parecían haber pasado siglos desde la última Asamblea. La vez anterior, nubes de tormenta habían tapado la luna, de modo que los clanes se mantuvieron alejados de los Cuatro Árboles. Mientras tanto, una

patrulla tras otra encontraba olor de guerreros del Clan del Río en las Rocas Soleadas, y de nuevo se habían descubierto señales olorosas del Clan de la Sombra en el Árbol de la Lechuza.

Cuando no estaba cazando o patrullando, Corazón de Fuego dividía su tiempo entre Pequeño Nimbo, Carbonilla y Fronde. Incluso después de que Látigo Gris retomase la tutela de Fronde, Corazón de Fuego advertía que a menudo el aprendiz estaba desocupado y su mentor no estaba por ningún lado.

—Cazando —respondía Fronde cuando le preguntaba dónde estaba Látigo Gris.

—¿Por qué no has ido con él?

—Me ha dicho que podría acompañarlo mañana.

Corazón de Fuego sentía rabia por la tozudez de su amigo, pero se sobreponía. Había renunciado a intentar que entrara en razón —apenas habían hablado desde la llegada de Pequeño Nimbo—, pero hacía el esfuerzo de sacar a Fronde del campamento cada vez que Látigo Gris desaparecía, sólo para mantener al aprendiz fuera de la vista. Era consciente de que Garra de Tigre no aceptaría las respuestas de Fronde tan fácilmente.

Por fin, la luna llena apareció en un

cielo sin nubes. Corazón de Fuego regresó pronto de cazar. Pasó ante el roble caído, ya vacío ahora que Zarpa Rauda y el cachorro de Cola Pintada se habían curado. Dejó las presas en el montón de carne fresca y se encaminó a la guarida de la curandera para visitar a Carbonilla. Incluso la amenaza de la neumonía había abandonado el campamento, por ahora. Sólo Carbonilla seguía con la vieja gata.

Al cruzar el túnel de helechos, vio a la gatita gris en el pequeño claro. Estaba ayudando a Fauces Amarillas a preparar unas hierbas. Se estremeció al verla cojear pesadamente hacia la roca

hendida, llevando hojas secas en la boca.

—¡Corazón de Fuego! —Carbonilla escupió las hojas y se volvió para recibirlo cuando él apareció por el túnel—. ¡He distinguido tu olor a duras penas a través de estas repugnantes cosas!

—¡Esas repugnantes cosas ayudaron a curarte la pata! —gruñó Fauces Amarillas.

—Bueno, pues deberías haber usado más —replicó Carbonilla, pero Corazón de Fuego se sintió aliviado al advertir un brillo travieso en sus ojos—. ¡Mira esto! —añadió, moviendo la pata rota—. Casi no llego con las zarpas para

limpiármela.

—A lo mejor tendría que darte más ejercicios para volverla más flexible —maulló Fauces Amarillas.

—¡No, gracias! —contestó la gatita—. ¡Me duelen!

—¡Se supone que tienen que doler! Eso demuestra que surten efecto. —La vieja curandera se volvió hacia Corazón de Fuego—. Tal vez tú tengas más suerte convenciéndola para que los haga. Yo me voy al bosque a buscar raíces de consuelda.

—Lo intentaré —prometió el joven cuando Fauces Amarillas pasó a su lado.

—Sabrás si está haciendo bien los

ejercicios —dijo la curandera por encima del hombro—, ¡porque se quejará!

Carbonilla se acercó renqueando a su mentor y le tocó la nariz con la suya.

—Gracias por venir a verme.

Luego se sentó, haciendo una mueca al colocarse la pata herida.

—Me gusta venir a verte —ronroneó Corazón de Fuego—. Echo de menos nuestras sesiones de entrenamiento. —Se arrepintió de sus palabras en cuanto las hubo pronunciado.

Una expresión melancólica nubló los ojos de la gata.

—Yo también —admitió—. ¿Cuándo

crees que podré volver a empezar?

Corazón de Fuego se quedó mirándola descorazonado. Era obvio que Fauces Amarillas todavía no le había contado que ya nunca sería guerrera.

—A lo mejor te ayuda si probamos con tus ejercicios —contestó evasivamente.

—Vale —aceptó Carbonilla—. Pero sólo unos pocos.

Se tumbó de costado y estiró la pata hasta que el rostro se le contrajo de dolor. Lentamente, con los dientes apretados, empezó a moverla adelante y atrás.

—Lo estás haciendo muy bien —maulló Corazón de Fuego, ocultando el pesar que sentía.

Carbonilla bajó la pata y se quedó inmóvil un momento; luego se incorporó. Corazón de Fuego la observó en silencio mientras ella sacudía la cabeza.

—Ya nunca seré guerrera, ¿verdad?

Él no fue capaz de mentirle.

—No —susurró—. Lo lamento muchísimo.

Estiró el cuello para lamerle la cabeza. Al cabo de unos instantes, ella soltó un largo suspiro y volvió a tumbarse.

—En realidad ya lo sabía —declaró

—. Es sólo que a veces sueño que estoy en el bosque cazando con Fronde, pero luego me despierto y el dolor de la pata me recuerda que ya nunca volveré a cazar. Es demasiado duro de sobrellevar. Tengo que fingir que quizá, algún día, podré cazar de nuevo.

Corazón de Fuego no soportaba verla tan abatida.

—Yo te llevaré otra vez de caza —prometió—. Buscaremos al ratón más viejo y lento del bosque. No tendrá la menor oportunidad contra ti.

La aprendiza lo miró ronroneando con agradecimiento.

Él ronroneó a su vez, pero había una

cuestión que le preocupaba desde el accidente.

—Carbonilla —empezó—, ¿recuerdas qué pasó cuando el monstruo te golpeó? ¿Garra de Tigre estaba allí?

A la gata se le empañaron los ojos de aturdimiento.

—N… no lo sé —tartamudeó, y su mentor sintió una punzada de culpabilidad al verla estremecerse por el recuerdo—. Fui derecha al fresno carbonizado donde Polvoroso dijo que estaría Garra de Tigre, y entonces… entonces apareció el monstruo y… La verdad es que no me acuerdo.

—No debiste de darte cuenta de lo

estrecho que es allí el arcén. Debiste de meterte directamente en el Sendero Atronador.

«¿Por qué Garra de Tigre no estaba dónde dijo que estaría? —pensó con un fogonazo de rabia—. ¡Podría haber impedido que Carbonilla se metiera en el Sendero Atronador! —Las palabras de Princesa resonaron siniestramente en su cabeza—. ¿Era una trampa?». Se imaginó a Garra de Tigre agazapado de cara al viento, escondido entre los árboles, vigilando el arcén, esperando…

—¿Cómo está Pequeño Nimbo? —preguntó Carbonilla, sacándolo de sus pensamientos. Era evidente que deseaba

cambiar de tema.

Corazón de Fuego se sintió feliz de complacerla, sobre todo si eso implicaba hablar del hijo de Princesa.

—Más grande cada día —respondió muy orgulloso.

—Estoy deseando conocerlo. ¿Cuándo lo traerás de visita?

—En cuanto Pecas me dé permiso. De momento, no consiente en perderlo de vista.

—Entonces, ¿lo quiere?

—Lo trata igual que a sus propios cachorros, gracias al Clan Estelar. Para ser sincero, no estaba seguro de que fuera a aceptarlo. Pequeño Nimbo es

muy distinto de sus hijos.

Ni siquiera Corazón de Fuego podía negar que el pelaje nevado y suave de Pequeño Nimbo parecía fuera de lugar junto a los otros cachorros, de pelaje corto, moteado y con los colores del bosque.

—Por lo menos se lleva bien con sus compañeros de la maternidad… —Se interrumpió y miró al suelo con una punzada de inquietud.

—¿Qué ocurre? —inquirió Carbonilla con dulzura.

Él se encogió de hombros.

—Es que me pone enfermo la manera en que algunos lo miran, como si

fuese estúpido o inútil.

—¿Pequeño Nimbo nota esas miradas?

El joven negó con la cabeza.

—Bueno, pues entonces no te preocupes —maulló Carbonilla.

—Pero es que Pequeño Nimbo ni siquiera sabe que nació como gato doméstico. Creo que piensa que es de un clan diferente. Pero si siguen mirándolo con mala cara, acabará dándose cuenta de que tiene algo raro.

—¿Algo raro? —repitió Carbonilla pasmada—. Tú naciste como gato doméstico, ¡y no tienes nada raro! Mira, para cuando Pequeño Nimbo averigüe

de dónde procede, ya será capaz de demostrar que un gato doméstico puede ser tan bueno como cualquier guerrero nacido en un clan. Igual que has hecho tú.

—¿Y si alguien se lo cuenta antes de que esté preparado?

—Si se parece mínimamente a ti, ¡habrá nacido preparado!

—¿Cuándo te has vuelto tan lista? —maulló Corazón de Fuego, sorprendido por la perspicacia de su aprendiza.

Carbonilla se tumbó de espaldas con un gemido melodramático.

—¡Eso es lo que el sufrimiento puede hacerle a un gato!

Su mentor le pinchó el estómago juguetonamente y ella soltó un chillido antes de volver a tumbarse.

—¡No, en serio! —exclamó—. ¡Fíjate con quién he estado últimamente!

Corazón de Fuego ladeó la cabeza interrogativamente.

—Con Fauces Amarillas, tontaina —se burló la gata—. Es una vieja muy inteligente. Estoy aprendiendo mucho. —Se incorporó—. Dice que esta noche hay Asamblea. ¿Irás?

—No lo sé. Luego se lo preguntaré a Estrella Azul. En estos momentos no soy exactamente popular en el clan.

—Se les pasará —aseguró

Carbonilla, y le dio un empujoncito en el omóplato—. ¿No deberías enterarte de si vas a ir o no? Se marcharán dentro de poco.

—Tienes razón. ¿Estarás bien hasta que regrese Fauces Amarillas? ¿Quieres que te traiga algo de comer?

—Estaré bien —lo tranquilizó Carbonilla—. Y Fauces Amarillas me traerá algo. Siempre lo hace. Para cuando acabe conmigo, seré la gata más gorda del clan.

Corazón de Fuego se alegró al constatar que su antigua aprendiza estaba recuperando su buen humor. Se sintió tentado de quedarse en su

compañía, pero ella tenía razón: debería averiguar si podía ir a la Asamblea.

—Entonces te veré mañana. Seguro que hay mucho que contar de la Asamblea.

—Sí, y quiero saberlo todo —maulló Carbonilla—. ¡Asegúrate de que Estrella Azul te deja ir! ¡Rápido!

—Ya voy, ya voy —replicó él poniéndose en pie—. Adiós, Carbonilla.

—¡Adiós!

Corazón de Fuego se detuvo en el borde del claro principal, buscando a Estrella Azul con la mirada. La vio hablando con Sauce en la entrada de su guarida. El joven llegó justo cuando

Sauce se levantaba para irse. La esbelta guerrera gris lo saludó con un movimiento de la cabeza.

Estrella Azul observó a Corazón de Fuego con ojos sagaces.

—Quieres ir a la Asamblea —maulló. Él abrió la boca para responder, pero la líder lo interrumpió—. Todos los guerreros quieren acudir esta noche, pero no puedo llevarme a todo el mundo.

El joven se sintió decepcionado.

—Quería ver de nuevo al Clan del Viento —explicó—. Para saber cómo les está yendo desde que Látigo Gris y yo los trajimos de vuelta a casa.

La gata entornó los ojos.

—No hace falta que me recuerdes lo que hiciste por el Clan del Viento —maulló severamente, y el joven gato se encogió—. Pero tienes razón al sentirte preocupado. Látigo Gris y tú podéis venir a la Asamblea de esta noche.

—Gracias, Estrella Azul.

—Será una reunión interesante. Los clanes de la Sombra y del Río tienen muchas cosas que explicar.

A Corazón de Fuego le temblaron las orejas de nerviosismo, pero no pudo evitar un escalofrío de emoción. Era evidente que Estrella Azul pretendía pedir cuentas a Estrella Doblada y

Estrella Nocturna por sus incursiones en el territorio del Clan del Trueno. Bajó la cabeza respetuosamente ante la gata y se alejó.

Al recoger dos campañoles para Pecas del montón de carne fresca, vio que Fauces Amarillas entraba en el campamento. La curandera tenía las patas cubiertas de barro y la boca llena de raíces gruesas y nudosas. No cabía duda de que su búsqueda de consuelda había sido fructífera.

Corazón de Fuego llevó las piezas de carne a la maternidad. Pecas estaba acurrucada en el interior, amamantando a Pequeño Nimbo. Los otros cachorros

habían dejado de tomar leche, y pronto Pequeño Nimbo probaría por primera vez la carne fresca.

Pecas levantó la vista cuando Corazón de Fuego entró, con los ojos ensombrecidos de preocupación.

—Acabo de pedir que llamen a Fauces Amarillas —maulló.

Corazón de Fuego se alarmó.

—¿Le ocurre algo malo a Pequeño Nimbo?

—Hoy ha tenido algo de fiebre. —Pecas lamió la cabeza del cachorro cuando éste dejó de mamar y empezó a retorcerse con nerviosismo—. Probablemente no sea nada, pero he

pensado que sería mejor que lo viese Fauces Amarillas. No… no quiero correr ningún riesgo.

Corazón de Fuego recordó que la reina moteada había perdido un hijo no hacía mucho, y esperó que sólo estuviese siendo excesivamente prudente. Pero lo cierto era que Pequeño Nimbo parecía intranquilo.

—Vendré a veros después de la Asamblea —prometió.

Salió de la maternidad y se encaminó al montón de carne fresca para recoger su cena. Las noticias de Pecas le habían quitado el apetito, pero debía comer algo antes de la caminata

nocturna hasta los Cuatro Árboles.

Rabo Largo y Polvoroso se hallaban junto al montón. Corazón de Fuego se sentó, esperando a que se marcharan.

—Hoy no he visto al Bobo Nimbo —maulló Rabo Largo, y Corazón de Fuego sintió la frustración habitual ante sus comentarios sarcásticos.

—¡Probablemente se habrá dado cuenta del aspecto tan ridículo que tiene y habrá decidido esconderse en la maternidad! —exclamó Polvoroso.

—Me gustaría estar presente cuando intente cazar por primera vez. Las presas lo descubrirán a un árbol de distancia, con toda esa pelusa blanca —

se mofó Rabo Largo.

—¡A menos que lo confundan con una seta pedo de lobo! —Polvoroso miró a Corazón de Fuego de soslayo, con los bigotes temblando de risa.

Corazón de Fuego agachó las orejas y desvió la mirada. Vio cómo Fauces Amarillas corría hacia la maternidad con matricaria en la boca. Por desgracia, Rabo Largo y Polvoroso también la vieron.

—Parece que el minino de compañía se ha resfriado. Qué sorpresa —maulló Rabo Largo—. Flor Dorada tenía razón: ¡no sobrevivirá a la estación sin hojas!

El guerrero atigrado se volvió para

mirar a Corazón de Fuego, esperando una reacción, pero el joven hizo caso omiso y se acercó al montón de carne fresca. Escogió un tordo y se lo llevó, cansado del interminable rencor.

Látigo Gris estaba compartiendo la cena con Viento Veloz junto a la mata de ortigas.

—Hola, ¿has tenido una buena caza? —le preguntó Viento Veloz.

—Sí, gracias —contestó Corazón de Fuego.

Látigo Gris no levantó la vista.

—Estrella Azul dice que puedes ir a la Asamblea —le dijo a su viejo amigo.

—Lo sé —respondió Látigo Gris sin

dejar de comer.

—¿Tú vas a ir? —le preguntó Corazón de Fuego a Viento Veloz.

—¡Desde luego que sí! ¡No me perdería esta Asamblea por nada del mundo!

Corazón de Fuego siguió adelante hasta encontrar un lugar tranquilo en un extremo del claro. Las palabras de Rabo Largo resonaban en su cabeza. ¿Aceptaría alguna vez el clan al cachorrito blanco? Cerró los ojos y empezó a lavarse.

Al volverse para limpiarse el costado, sus bigotes rozaron algo. Abrió los ojos y descubrió que Arenisca

estaba junto a él. El pelaje anaranjado de la gata relucía como la plata a la luz de la luna.

—He pensado que a lo mejor te apetecía algo de compañía —maulló ella.

Luego se sentó y empezó a lavar el lomo de Corazón de Fuego con lametones largos y relajantes.

Con los ojos entornados, el joven guerrero entrevió a Polvoroso, mirándolo sin pestañear desde la guarida de los aprendices, incapaz de disimular sus celos y asombro. Polvoroso no era el único sorprendido por el gesto de Arenisca; Corazón de

Fuego tampoco se esperaba tanta cordialidad por parte de la temperamental gata, pero su calidez era bien recibida y no iba a cuestionarla.

—¿Asistirás a la Asamblea? —le preguntó.

Arenisca hizo una pausa.

—Sí. ¿Y tú?

—Sí. Creo que Estrella Azul va a pedir cuentas a Estrella Doblada y Estrella Nocturna por sus incursiones de caza.

Esperó a que Arenisca respondiera, pero ella estaba contemplando el cielo, cada vez más oscuro.

—Ojalá pudiera asistir como

guerrera —murmuró.

Corazón de Fuego se puso tenso, pero, por una vez, en la voz de la gata no había rastro de envidia o amargura.

El joven se sintió incómodo. Sabía que él había empezado su entrenamiento después que Arenisca, y que era guerrero desde hacía más de dos lunas.

—No pasará mucho tiempo antes de que Estrella Azul te dé tu nombre de guerrera —maulló, tratando de animarla.

—¿Por qué crees que está tardando tanto? —preguntó Arenisca, volviendo hacia él sus ojos verde claro.

—No lo sé —admitió—. Estrella Azul ha estado enferma, y los clanes del

Río y de la Sombra han estado causando problemas. Supongo que ha tenido otras cosas en la cabeza.

—¡Pues se diría que ahora necesita guerreros más que nunca!

—Supongo que sólo está esperando el… el momento oportuno. —Sabía que no resultaba de gran ayuda, pero era lo único que se le ocurrió decir.

—Tal vez para la estación de la hoja nueva —suspiró Arenisca—. ¿Cuándo crees que tendrás un nuevo aprendiz?

—Estrella Azul todavía no ha dicho nada.

—A lo mejor te adjudica a Pequeño Nimbo cuando sea lo bastante mayor.

—Eso espero. —Miró hacia la maternidad, preguntándose si Fauces Amarillas ya habría acabado de atender al cachorro—. Si es que sobrevive.

—¡Por supuesto que sobrevivirá! —replicó Arenisca llena de confianza.

—Pero es que tiene fiebre —contestó él con preocupación.

—¡Todos los cachorros tienen fiebre! Y con ese pelo tan espeso, se recuperará en un santiamén. Ese pelaje le resultará muy práctico en la estación sin hojas; es perfecto para cazar en la nieve. Las presas jamás lo verán acercarse, y resistirá a la intemperie el doble de tiempo que los gatos de pelo

corto como Rabo Largo.

Corazón de Fuego ronroneó, sintiéndose relajado. Arenisca le había levantado el ánimo de nuevo. Se puso en pie y le dio un breve lametón en la cabeza.

—Vamos —maulló—. Estrella Azul está llamando a los gatos para la Asamblea.

Se unieron a los demás junto a la entrada del campamento, formando un grupo silencioso y resuelto.

La líder les hizo una señal sacudiendo la cola, y luego los guió por el túnel de aulagas y por el barranco. El bosque resplandecía a la fría luz lunar

mientras corrían hacia los Cuatro Árboles. El aliento de Corazón de Fuego formaba nubecillas ante su hocico, y el suelo forestal parecía congelado.

Por primera vez desde que Corazón de Fuego se unió al clan, Estrella Azul no se detuvo en la cresta que bordeaba la hondonada de los Cuatro Árboles para la reunión. Ese día, los gatos siguieron silenciosamente a su líder cuando ésta emprendió el descenso de la ladera que llevaba al claro.



23

Los clanes del Río y de la Sombra no habían llegado todavía, pero el del Viento ya estaba allí. Estrella Alta saludó a Corazón de Fuego con un respetuoso movimiento de la cabeza.

El joven guerrero descubrió a Bigotes y se acercó a saludarlo.

—¡Hola! —maulló.

Habían pasado dos lunas desde la última vez que vio al pequeño atigrado marrón que había peleado junto a él en la quebrada. Por primera vez desde hacía mucho, Corazón de Fuego recordó la muerte de Garra Blanca y sintió el mismo horror al representarse al guerrero del Clan del Río desapareciendo bajo las rápidas aguas del río.

—¿Dónde está Látigo Gris? —preguntó Bigotes—. ¿Se encuentra bien?

Por su expresión preocupada, Corazón de Fuego supo que el guerrero del Clan del Viento también estaba pensando en la muerte de Garra Blanca.

—Sí, se encuentra bien —respondió —. Está por ahí con los demás. —Entonces recordó a la reina del Clan del Viento cuyo cachorro había ayudado a transportar—. ¿Cómo está Flor Matinal?

—Feliz de haber vuelto a casa. Ahora su cachorro está creciendo rápidamente —añadió Bigotes, y Corazón de Fuego ronroneó complacido —. El clan está bien —informó, mirándolo con un brillo divertido en los ojos—. Es fenomenal volver a comer conejo. ¡Espero no tener que probar de nuevo las ratas en lo que me queda de vida!

Corazón de Fuego captó un nuevo

olor en el aire nocturno: el Clan del Río se acercaba. También olió al Clan de la Sombra. Examinó la cresta que bordeaba la hondonada. Sí, los gatos del Clan del Río estaban descendiendo por un lado. En la cima opuesta, Corazón de Fuego vio felinos del Clan de la Sombra plantados en lo alto; su pelaje relucía al claro de luna. La delgada figura de Estrella Nocturna se hallaba a la cabeza del grupo.

—Por fin —rezongó Bigotes, que también los había visto—. Esta noche hace demasiado frío para estar de brazos cruzados.

Corazón de Fuego asintió

distraídamente. Estaba inspeccionando el grupo del Clan del Río mientras entraba en el claro, buscando a Corriente Plateada. Reconoció enseguida a la gata gris claro. Ella se detuvo al pie de la ladera, y luego siguió a su padre mientras éste intercambiaba saludos reservados con los guerreros de los otros clanes.

Nervioso, Corazón de Fuego barrió con la mirada la multitud creciente de felinos para localizar a Látigo Gris. ¿Se atrevería su amigo a hablar con Corriente Plateada? El guerrero gris se hallaba de espaldas a la bella gata, charlando con un guerrero del Clan del

Viento.

Corazón de Fuego estaba observándolo con tanta atención que no oyó que Rengo se aproximaba.

—Buenas noches, Corazón de Fuego —maulló el lugarteniente del Clan del Viento—. ¿Cómo te encuentras?

El joven se volvió.

—Hola —respondió—. Estoy muy bien, gracias.

Rengo asintió.

—Estupendo —repuso, y se alejó cojeando.

Bigotes le dio un empujón amigable a Corazón de Fuego.

—¡Eres un privilegiado!

Corazón de Fuego sintió cierto orgullo.

Sonó el maullido de Estrella Azul desde la Gran Roca, y Corazón de Fuego se volvió hacia allí, sorprendido. Los dirigentes no solían dar comienzo a la reunión tan pronto. Estrella Doblada y Estrella Nocturna estaban muy juntos sobre la peña. Estrella Azul esperó junto a Estrella Alta a que los gatos se agruparan a sus pies. Con un respingo, Corazón de Fuego cayó en la cuenta de que era la primera vez que veía al líder del Clan del Viento en una Asamblea.

Siguieron a los demás gatos para acomodarse bajo la roca. Corazón de

Fuego alzó la vista con expectación, esperando que Estrella Azul diese la bienvenida a Estrella Alta y su clan, de nuevo en casa, pero era obvio que la líder no estaba de humor para perder el tiempo con palabras cordiales.

—El Clan del Río ha estado cazando en las Rocas Soleadas —empezó con vehemencia—. Nuestras patrullas han detectado muchas veces el olor de vuestros guerreros, Estrella Doblada. Pero ¡las Rocas Soleadas pertenecen al Clan del Trueno!

Estrella Doblada le sostuvo la mirada sin arredrarse.

—¿Has olvidado que hace muy poco

uno de mis guerreros murió defendiendo nuestros territorios frente al Clan del Trueno? —le espetó.

—No había ninguna necesidad de que defendierais vuestro territorio —respondió Estrella Azul—. Mis guerreros no estaban cazando allí. Regresaban a casa tras encontrar al Clan del Viento. ¡Era una misión con la que todos habíamos estado de acuerdo! Según el código guerrero, no deberíais haberlos atacado.

—¿Y tú hablas del código guerrero? —resopló Estrella Doblada—. ¿Y qué hay de ese guerrero vuestro que espía en nuestro territorio desde entonces?

Aquello pilló por sorpresa a Estrella Azul.

—¿Guerrero? —repitió—. ¿Lo habéis visto?

—Todavía no —siseó Estrella Doblada—. Pero encontramos su olor tan a menudo que no tardaremos mucho en verlo.

Alarmado, Corazón de Fuego lanzó una ojeada a Látigo Gris. Sabía de sobra qué guerrero habían detectado en las tierras de Estrella Doblada. ¿Podría algún guerrero del Clan del Río reconocer su olor esa noche?

Látigo Gris estaba inmóvil, sin apartar los ojos de los dirigentes

situados sobre la Gran Roca.

Entre la multitud sonó el profundo gruñido de Garra de Tigre:

—En esta última luna hemos captado rastros del Clan de la Sombra en nuestro territorio, además del Clan del Río. Y no de un solo guerrero, sino de una patrulla entera; siempre los mismos gatos.

Los ojos de Estrella Nocturna llamearon de indignación.

—El Clan de la Sombra no ha estado en vuestro territorio. Seguro que vuestros guerreros son incapaces de distinguir el olor de los gatos ajenos a su propio clan. Habréis olido el rastro

de gatos desarraigados. ¡También han estado robando presas de nuestra tierra!

Garra de Tigre resopló con incredulidad y Estrella Nocturna lo fulminó con la mirada.

—¿Acaso dudas de la palabra del Clan de la Sombra, Garra de Tigre?

La multitud murmuró con inquietud cuando el lugarteniente del Clan del Trueno se quedó mirando a Estrella Nocturna con abierta desconfianza.

Estrella Alta tomó la palabra por primera vez, sacudiendo la cola con incertidumbre.

—Mis guerreros también han encontrado olores extraños en el

territorio del Clan del Viento. Parecían pertenecer al Clan de la Sombra.

—¡Lo sabía! —rugió Garra de Tigre—. ¡El Clan del Río y el de la Sombra se han unido contra nosotros!

—¿«Nosotros»? ¿Qué quieres decir con «nosotros»? —bufó Estrella Doblada—. ¡Yo creo que sois vosotros y el Clan del Viento quienes habéis establecido una alianza! ¿Por eso estabais tan deseosos de traerlos de vuelta? ¿Para usarlos e invadir el resto del bosque?

Estrella Alta erizó el pelo.

—No regresamos por esa razón, y lo sabes. En las últimas lunas nos hemos

limitado a cazar en nuestras tierras.

—Entonces, ¿por qué hemos encontrado extraños rastros de guerreros en nuestro territorio? —gruñó Estrella Doblada.

—¡No pertenecen al Clan del Viento! —exclamó Estrella Alta—. Deben de ser gatos solitarios, como dice Estrella Nocturna.

—Pero los gatos solitarios serían una excusa muy conveniente para invadir nuestro territorio, ¿verdad? —murmuró Estrella Azul, mirando peligrosamente a los líderes del Clan del Río y de la Sombra.

Estrella Doblada erizó el pelo y

Estrella Nocturna arqueó el lomo. Con una punzada de alarma, Corazón de Fuego vio que Garra de Tigre se levantaba para dirigirse a la Gran Roca con los músculos en tensión. ¿Los dirigentes serían realmente capaces de pelear en una Asamblea?

En ese momento, una sombra cayó sobre el valle. Los gatos enmudecieron al verse sumidos en la oscuridad. Corazón de Fuego levantó la mirada temblando. Una nube había tapado la luna llena, bloqueando su luz por completo.

—¡El Clan Estelar ha mandado la oscuridad! —exclamó Medio Rabo, uno

de los veteranos del Clan del Trueno.

El curandero del Clan de la Sombra le dio la razón maullando.

—El Clan Estelar está enfadado. Se supone que estas reuniones han de celebrarse en paz.

—¡Nariz Inquieta tiene razón! —Era Fauces Amarillas—. No deberíamos estar peleando entre nosotros, especialmente durante la estación sin hojas. ¡Deberíamos preocuparnos por mantener a salvo a nuestros clanes! —Su voz resonó en el temeroso silencio—. Debemos escuchar al Clan Estelar.



24

Estrella Alta habló desde lo alto de la Gran Roca; no era más que una silueta desdibujada.

—Esta Asamblea ha finalizado por deseo del Clan Estelar.

La multitud asintió entre murmullos. El aire estaba cargado con el olor del miedo y la hostilidad.

—Vamos, Clan del Trueno.

Corazón de Fuego apenas vio a Estrella Azul cuando ésta saltó de la Gran Roca y se encaminó al límite del claro. El joven se abrió paso entre los gatos y corrió tras ella. Vislumbró la gran silueta de Garra de Tigre, que se situó junto a la líder, y las figuras de un gris apagado del resto de los gatos del Clan del Trueno que se reunían para seguir a los dos grandes guerreros. Nadie habló mientras ascendían solemnemente la ladera en dirección a casa. Corazón de Fuego echó una ojeada por encima del hombro y vio que los otros clanes también estaban

retirándose. Para cuando alcanzaron la cima de la cuesta, los Cuatro Árboles estaban desiertos.

Corrieron en silencio a través del bosque, siguiendo el conocido sendero marcado con su olor. Corazón de Fuego localizó a Látigo Gris al final del grupo y aminoró el ritmo. A lo mejor su amigo estaba más dispuesto a hablar sobre Corriente Plateada, ahora que ya había quedado claro lo tensas que estaban las cosas entre los clanes. ¡Habían detectado su olor en territorio del Clan del Río! Látigo Gris se estaba poniendo en peligro a sí mismo y a su clan con aquellos encuentros clandestinos.

Corazón de Fuego buscó las palabras apropiadas, pero su amigo habló antes.

—¡Sé lo que vas a decir! —bufó—. ¡Y no pienso dejar de verla!

—¡Eres un insensato con cerebro de ratón! —le espetó Corazón de Fuego—. Pronto descubrirán que se trata de ti. Lo adivinará Estrella Azul, o alguno del Clan del Río reconocerá tu olor. ¡Es probable que Garra de Tigre ya lo haya adivinado!

Látigo Gris le lanzó una mirada cargada de ansiedad.

—¿De verdad lo crees?

—No lo sé —admitió Corazón de

Fuego, aliviado al oír una nota de miedo en la voz de su amigo. Éste había estado actuando como si no supiera qué podría pasar si el clan descubriese su romance —. Pero en cuanto empiece a pensar en el asunto…

—¡Vale, vale! —exclamó Látigo Gris. Tras guardar silencio un momento, añadió—: ¿Y si te prometo que sólo nos veremos en los Cuatro Árboles? De ese modo será difícil que detecten nuestro olor, y yo no tendré que ir al territorio del Clan del Río. ¿Me dejarás en paz entonces?

Corazón de Fuego se sintió descorazonado. Látigo Gris no iba a

renunciar a Corriente Plateada así como así. Luego asintió. Era mejor que colarse furtivamente en territorio de un clan hostil para ver a la gata.

—¿Satisfecho?

Los ojos de Látigo Gris llamearon en la penumbra, pero su voz sonaba temblorosa. Corazón de Fuego sintió una punzada de pena por su amistad perdida, y una oleada de compasión por el guerrero gris. Estiró el cuello para tocarle el costado con la nariz, pero Látigo Gris salió corriendo, dejándolo solo en la retaguardia del grupo.

Aunque los gatos estaban cansados por la caminata, Estrella Azul convocó

una reunión en cuanto llegaron a casa. En cualquier caso, la mayor parte del clan seguía despierto. La Asamblea había sido más corta de lo habitual, y la repentina ocultación de la luna por las nubes había alarmado incluso a los gatos que quedaban en el campamento.

Mientras Estrella Azul y Garra de Tigre se situaban sobre la Peña Alta, Corazón de Fuego corrió a la maternidad. Quería saber cómo se encontraba Pequeño Nimbo, y se asomó al interior. Estaba absolutamente oscuro y caliente.

—Hola, Corazón de Fuego —susurró Pecas; no era más que una leve

sombra que se movía en la oscuridad—. Pequeño Nimbo está mucho mejor. Fauces Amarillas le ha dado matricaria. No era más que un resfriado. ¿Qué ha sucedido en la Asamblea?

—El Clan Estelar ha mandado nubes para cubrir la luna. Estrella Azul ha convocado una reunión. ¿Puedes acudir?

El joven oyó cómo Pecas olfateaba a sus cachorros.

—Sí, creo que sí —respondió la reina al fin—. Mis pequeños seguirán dormidos un rato.

Juntos se unieron a los gatos congregados en el claro. Corazón de Fuego sintió que alguien lo rozaba, y vio

que Carbonilla estaba mirándolo con los ojos muy abiertos y llenos de inquietud.

Estrella Azul ya había empezado.

—Parece que las mayores amenazas proceden de los clanes del Río y de la Sombra. Debemos estar preparados para la posibilidad de que ambos se hayan unido contra nosotros.

Maullidos escandalizados recorrieron el clan.

—¿De verdad crees que se han aliado? —preguntó Fauces Amarillas con su voz cascada—. El Clan del Río tiene las mejores fuentes de comida, pero me cuesta imaginar que quieran compartirlas con el Clan de la Sombra.

Corazón de Fuego recordó las palabras de Corriente Plateada sobre el hambre de su clan tras la invasión de Dos Patas, pero se mordió la lengua, temiendo que la líder quisiera saber dónde había oído semejante historia.

—No lo han negado —señaló Garra de Tigre.

Estrella Azul asintió.

—Sea cual sea la verdad, debemos estar en máxima alerta. A partir de hoy, cada patrulla constará de cuatro gatos, y al menos tres de ellos serán guerreros. Las rondas se harán con mayor frecuencia, dos por la noche y una por el día, además de al alba y al atardecer.

Debemos poner fin a las incursiones de los clanes intrusos en nuestro territorio, y ya que ellos han decidido ningunear nuestras palabras, debemos estar listos para luchar.

Todos coincidieron entre maullidos. Corazón de Fuego se les unió, aunque le preocupaba lo que significaría para Látigo Gris aquella abierta hostilidad. Miró alrededor. Todos los gatos tenían los ojos brillantes… excepto su viejo amigo. El guerrero gris estaba cabizbajo entre las sombras de un extremo del claro.

Cuando el estruendo se apagó, Estrella Azul volvió a hablar:

—La primera patrulla saldrá antes del alba.

Luego saltó de la Peña Alta. Garra de Tigre la siguió, y el resto del clan se dispersó en pequeños grupos. Corazón de Fuego los oyó murmurar nerviosamente mientras se encaminaba a la guarida de los guerreros.

Una vez allí, se instaló en su lecho, masajeando el musgo con las zarpas para volverlo más cómodo. Una lechuza ululó en lo alto del barranco. Corazón de Fuego sabía que no iba a dormirse aún. La cabeza le daba vueltas con las acusaciones que se habían intercambiado en la Asamblea.

Comprendía la furia del Clan del Río; habían detectado el olor de gatos del Clan del Trueno en su territorio, y estaban hambrientos ahora que sus presas habían mermado por la invasión de los Dos Patas.

Pero ¿qué pensar del Clan de la Sombra? Había quedado reducido desde que el Clan del Trueno lo ayudó a expulsar a su tiránico líder anterior y su banda de seguidores. Estrella Rota incluso había confesado el asesinato de Estrella Mellada, su propio padre, para convertirse en líder del clan. Pero todos habían dejado tranquilo al Clan de la Sombra para que se recuperara del

sangriento mandato de Estrella Rota. Y Corazón de Fuego no podía evitar pensar que, con menos bocas que alimentar, el Clan de la Sombra no tenía necesidad de invadir los terrenos de caza del Clan del Trueno, ni los de nadie.

Mientras se devanaba los sesos con esas cuestiones, Tormenta Blanca y Cebrado entraron en el dormitorio. Antes de irse a su lecho, Tormenta Blanca se detuvo junto a Corazón de Fuego.

—Vendrás conmigo, con Arenisca y Musaraña en la patrulla del mediodía —maulló.

—Muy bien, Tormenta Blanca —respondió el joven antes de apoyar la cabeza en las patas delanteras.

Tenía que dormir un poco; su clan lo necesitaba en forma y preparado para combatir.

Por la mañana, las nubes que habían ocultado la luna ya se habían alejado. Corazón de Fuego estaba disfrutando del leve calor del sol en el lomo mientras se lavaba en el claro. Pequeño Nimbo salió saltando de la maternidad —situada justo enfrente— con aspecto radiante y feliz.

Corazón de Fuego agradeció al Clan Estelar que se hubiese recuperado tan deprisa. Arenisca tenía razón con lo de la resistencia del cachorro. Miró alrededor por si Polvoroso estaba cerca para verlo también por sí mismo, pero el claro se encontraba vacío.

Cruzó hacia la maternidad.

—Hola, Pequeño Nimbo —maulló—. ¿Te sientes mejor?

—Sí, mucho mejor.

Empezó a correr en círculos, tratando de agarrarse la cola con sus diminutas mandíbulas. Una bolita de musgo que llevaba pegada al pelo se desprendió y rodó por el suelo. Pequeño

Nimbo saltó sobre ella y le propinó un manotazo. La bola cayó junto a Corazón de Fuego.

Éste le dio un golpe para devolvérsela al cachorro, que se elevó en el aire para atraparla con la boca.

—¡Bien hecho! —aprobó el joven guerrero, impresionado.

Lanzó la bola muy arriba, haciéndola volar por el claro.

Pequeño Nimbo corrió tras ella y la cazó. Se tiró al suelo de espaldas, levantó la pelota con las patas delanteras y la lanzó lejos con las traseras. La bola de musgo aterrizó junto a la maternidad, Pequeño Nimbo se puso

en pie a trompicones y salió disparado tras ella. Se agazapó a un conejo de distancia.

Corazón de Fuego observó cómo el cachorro se preparaba para saltar. De repente, se le erizó el pelo. Una zarpa larga y oscura se dirigía a la bola de musgo por detrás de la maternidad.

—¡Pequeño Nimbo! —llamó Corazón de Fuego—. ¡Espera! —En su mente aún rondaban imágenes de gatos desarraigados.

El cachorro se incorporó y se volvió a mirarlo, confundido.

Garra de Tigre salió de detrás de la maternidad, sujetando la bola de musgo

entre los dientes. La llevó hasta Pequeño Nimbo y la depositó ante sus patas peludas y blancas.

—Ten cuidado —gruñó—. No querrás perder un juguete tan valioso, ¿verdad? —Al hablar, el guerrero miró fijamente a Corazón de Fuego por encima de la cabeza del cachorro.

El joven se estremeció. ¿Qué quería decir Garra de Tigre con eso? Parecía estar hablando de la bola de musgo, pero… ¿acaso pretendía decir realmente que el juguete era Pequeño Nimbo? Lo asaltó una imagen de Carbonilla, un cuerpecillo herido junto al Sendero Atronador. ¿Era ése otro «juguete» que

había perdido? Una fría sensación de amenaza le atenazó el corazón mientras se preguntaba, una vez más, si el lugarteniente tendría alguna responsabilidad en el accidente de su aprendiza.



25

—¡Pequeño Nimbo!

Pecas llamaba al cachorro. Garra de Tigre dio media vuelta y se marchó, mientras Pequeño Nimbo propinaba un último golpe a la bola de musgo y corría a la maternidad.

—Adiós, Corazón de Fuego —se despidió antes de desaparecer en el

interior.

El joven guerrero levantó la vista al cielo. El sol ya estaba casi en lo más alto; era la hora de unirse a su patrulla. Tenía hambre, pero aún no había nada de carne fresca disponible. A lo mejor encontraba algo mientras estaban fuera. Atravesó corriendo el claro y el túnel de aulagas; las hojas congeladas crujían bajo sus patas.

Arenisca y Musaraña ya estaban esperando al pie de la cuesta. Corazón de Fuego levantó la cola a modo de saludo, inesperadamente contento de ver a Arenisca.

—Hola —maulló la aprendiza.

Musaraña lo saludó moviendo la cabeza.

Tormenta Blanca apareció por el túnel de aulagas.

—¿Ya ha regresado la patrulla del alba?

—No hay señales de ellos —respondió Musaraña.

Mientras hablaba, Corazón de Fuego oyó un susurro entre la maleza cercana. De entre los arbustos salieron Sauce, Viento Veloz, Cebrado y Polvoroso.

—Hemos patrullado toda la frontera del río —informó Sauce—. Por ahora no hay señales de partidas de caza. La patrulla de Estrella Azul volverá a

inspeccionar el área esta tarde.

—Bien —contestó Tormenta Blanca—. Nosotros seguiremos la frontera del Clan de la Sombra.

—Es de esperar que sean igual de sensatos que los del Río y se mantengan lejos —repuso Cebrado—. Después de lo de anoche, deben de saber que los estamos vigilando.

—Ojalá —gruñó Tormenta Blanca, y se volvió hacia su patrulla—. ¿Preparados?

Corazón de Fuego asintió. Tormenta Blanca sacudió la punta de la cola y se internó en los helechos.

Ascendieron el barranco a paso

rápido. Arenisca iba justo detrás de Corazón de Fuego; el joven podía notar su cálido aliento mientras saltaban sobre los peñascos.

Aún no habían llegado a las Rocas de las Serpientes cuando Corazón de Fuego captó un olor siniestro y familiar. Abrió la boca para avisar a los demás, pero Musaraña se le adelantó:

—¡Clan de la Sombra!

Los cuatro gatos se detuvieron a olfatear el rastro maloliente.

—¡No puedo creer que ya hayan vuelto! —murmuró Arenisca.

Corazón de Fuego advirtió que a la gata se le erizaba el lomo.

—El olor es reciente —exclamó Tormenta Blanca con los ojos centelleando de furia—. Tenía la esperanza de que Estrella Nocturna llevara algo de honor a su clan. Pero supongo que los vientos fríos de más allá del Sendero Atronador soplan sobre el corazón de todos los gatos del Clan de la Sombra.

Corazón de Fuego empezó a investigar en una espesa mata de helechos. Frotó los dientes contra las hojas para recoger el olor que quedara allí. Era indudablemente del Clan de la Sombra, y le resultaba familiar. Muy familiar. Se detuvo. Aquel olor

pertenecía a un guerrero con el que él se había tropezado, pero ¿a cuál?

Continuó adelante, con la esperanza de encontrar más señales olorosas que le refrescaran la memoria. Entonces captó algo más y bajó la mirada. En el suelo, entre los tallos de los helechos, había un montón de huesos de conejo. Los gatos de clan solían enterrar los huesos de las presas que cazaban como muestra de respeto por la vida que habían tomado. Repentinamente consciente de qué podía significar aquello, recogió unos cuantos con la boca y volvió entre las frondas para depositarlos ante las patas de Tormenta

Blanca.

El guerrero blanco se quedó mirándolos sin pestañear.

—¿Huesos de conejo? ¡Los guerreros que han dejado esto quieren que sepamos que han estado cazando en nuestra tierra! ¡Estrella Azul debe saberlo inmediatamente!

—¿Mandará Estrella Azul un pelotón de combate contra el Clan de la Sombra? —preguntó Corazón de Fuego, pues nunca había visto a Tormenta Blanca tan furibundo.

—¡Debería! —contestó resoplando—. Y, si puedo, lo comandaré yo mismo. Estrella Nocturna ha traicionado nuestra

confianza, y el Clan Estelar sabe que ha de ser castigado.

—¡Estrella Azul! —llamó Tormenta Blanca tras dejar los huesos en medio del claro del campamento.

—Ya se ha marchado a patrullar —respondió Garra de Tigre, emergiendo entre las sombras.

Medio Rabo y Escarcha salieron corriendo de sus guaridas para averiguar qué estaba sucediendo.

Tormenta Blanca miró a Garra de Tigre fijamente, todavía furioso.

—¡Fíjate en esto! —bufó.

El lugarteniente no necesitó preguntar qué significaban; el olor de los huesos contenía toda la historia, y sus ojos empezaron a arder de rabia.

Corazón de Fuego se quedó rezagado en el lindero del claro, contemplando a los dos guerreros. La evidencia era amenazadora, sin duda, pero el descubrimiento de los huesos lo había llenado de preguntas, no de furia. Sólo habían pasado tres lunas desde que el Clan de la Sombra expulsó a su cruel líder con la ayuda del Clan del Trueno. ¿Cómo era posible que el mismo clan pudiese arriesgarse a entrar en guerra con el Clan del Trueno?

Era obvio que Garra de Tigre no tenía semejantes dudas. Ya estaba llamando a Cebrado y Viento Veloz.

—¡Sauce y Musaraña también vendrán con nosotros! —anunció—. Localizaremos a una patrulla del Clan de la Sombra, y les daremos una buena tunda para que recuerden que en el futuro no deben pisar nuestro territorio.

Tormenta Blanca asintió.

—¿Puedo ir? —preguntó Arenisca. Había estado paseándose nerviosa detrás de los guerreros, pero al cabo se detuvo y los miró con ojos brillantes.

—Esta vez no —respondió Tormenta Blanca.

La cara de la aprendiza reflejó frustración.

—¿Y qué pasa con Corazón de Fuego? —replicó—. Él ha encontrado los huesos.

Garra de Tigre entornó los ojos, erizando el pelo.

—Pues puede quedarse aquí y contárselo todo a Estrella Azul cuando regrese —maulló desdeñosamente.

—¿Es que vais a marcharos antes de que ella vuelva? —inquirió Corazón de Fuego.

—Por supuesto —bufó el lugarteniente—. ¡Esto hay que zanjarlo ahora mismo!

Se volvió hacia Tormenta Blanca y sacudió la cola. Corazón de Fuego se quedó mirando cómo los dos guerreros salían disparados del campamento, con Cebrado, Sauce, Musaraña y Viento Veloz pisándoles los talones. Oyó sus pisadas sobre la tierra helada mientras se dirigían a la ladera del barranco.

De pronto cayó en la cuenta de lo vacío que estaba el campamento. Cuando Escarcha y Medio Rabo se acercaron a olisquear los huesos de conejo, Corazón de Fuego les preguntó:

—¿Quiénes han ido con Estrella Azul?

Escarcha levantó la vista:

—Látigo Gris, Rabo Largo y Zarpa Rauda.

Un viento helado alborotó el pelaje de Corazón de Fuego. El joven esperó que fuera eso lo que lo había hecho estremecerse. Él era el único guerrero que quedaba en el campamento.

—¿Podrías ir a la guarida de los aprendices para ver si Polvoroso está allí? —le pidió a Arenisca.

Ella asintió, cruzó el claro y se asomó al refugio. Luego volvió a sacar la cabeza.

—Está aquí. Dormido, con Fronde.

Fauces Amarillas llegó procedente de su guarida y levantó la cabeza.

Corazón de Fuego se relajó al ver a la vieja curandera. Entornó los ojos para saludarla, pero cuando ella olisqueó el aire, los ojos se le nublaron de miedo. Con pasos lentos y rígidos, se acercó a los huesos de conejo y los olfateó uno por uno.

Corazón de Fuego la observó, preguntándose por qué estaría tan interesada en aquellos huesos viejos.

Por fin, Fauces Amarillas alzó la vista hacia Corazón de Fuego.

—¡Estrella Rota! —exclamó con voz estrangulada de espanto.

—¿Estrella Rota? —repitió el joven. Entonces lo entendió. Por eso el olor de

los helechos le resultaba conocido: era el olor de Estrella Rota—. ¿Estás segura? —maulló con urgencia—. Garra de Tigre ya ha salido hacia el territorio del Clan de la Sombra.

—¡No hay que culpar de esto al Clan de la Sombra! —exclamó Fauces Amarillas—. Es obra de Estrella Rota y sus secuaces. Yo fui la curandera del Clan de la Sombra. Asistí al nacimiento de todos. Conozco sus olores tan bien como el mío. —Hizo una pausa—. Debes encontrar a Garra de Tigre y detenerlo. Si ataca al Clan de la Sombra, ¡estará cometiendo un error gravísimo!

Corazón de Fuego notó que la sangre le rugía en los oídos, aturdiéndolo. ¿Qué debería hacer?

—Pero ¡es que soy el único guerrero que queda! —le explicó a Fauces Amarillas sin aliento—. ¿Y si Estrella Rota ataca el campamento mientras estoy fuera? Ya lo hizo en otra ocasión. Quizá los huesos sean una trampa para que dejemos el campamento desprotegido.

—Tienes que contárselo a Garra de Tigre antes de que… —suplicó la vieja gata, pero el joven negó con la cabeza.

—No puedo dejaros solos.

—Entonces ¡iré yo! —espetó Fauces

Amarillas.

—¡No! ¡Iré yo! —maulló Arenisca.

Corazón de Fuego miró a una gata y otra. No podía permitirse mandar a ninguna de las dos, necesitaba la fuerza y la destreza de ambas para proteger al clan. Pero Fauces Amarillas tenía razón: podría derramarse sangre inocente. El verdadero invasor era Estrella Rota; el Clan del Trueno no tenía cuentas que saldar con el de la Sombra. Tendría que enviar a otro gato. Cerró los ojos para pensar, y dio con la respuesta al cabo de un momento.

—¡Fronde! —llamó, abriendo los ojos.

El joven aprendiz salió de su guarida y cruzó el claro hacia Corazón de Fuego.

—¿Qué ocurre? —preguntó, parpadeando soñoliento.

—Tengo una misión urgente para ti.

Fronde se sacudió de arriba abajo y se irguió al máximo.

—Sí, Corazón de Fuego —maulló.

—Debes encontrar a Garra de Tigre. Se ha llevado un pelotón de combate para atacar a una patrulla del Clan de la Sombra. ¡Deténlo y cuéntale que es Estrella Rota quien ha estado invadiendo nuestro territorio!

A Fronde se le dilataron los ojos,

alarmado, pero Corazón de Fuego continuó:

—A lo mejor tienes que atravesar el Sendero Atronador. Sé que aún no te han entrenado para eso… —Al joven lo asaltaron imágenes del cuerpo destrozado de Carbonilla, pero logró apartarlas. Miró a Fronde a los ojos—. Debes encontrar a Garra de Tigre —repitió—, ¡o habrá una guerra entre clanes sin ningún motivo!

Fronde asintió, con ojos tranquilos y resueltos.

—Lo encontraré —prometió el aprendiz atigrado.

—Que el Clan Estelar te acompañe

—murmuró Corazón de Fuego, estirando el cuello para tocar el costado de Fronde con la nariz.

El aprendiz dio media vuelta y salió corriendo por el túnel de aulagas. Corazón de Fuego lo observó marcharse, haciendo un esfuerzo por conservar la calma. Carbonilla… el Sendero Atronador… las imágenes volvieron a asaltarlo. El joven guerrero sacudió la cabeza para aclararse la mente, no había tiempo para preocuparse ahora. Si Estrella Rota se hallaba en territorio del Clan del Trueno, había que preparar el campamento para un ataque.

—¿Qué pasa? —preguntó Polvoroso, que acababa de salir de la guarida de los aprendices.

Corazón de Fuego le lanzó una mirada, corrió al centro del claro y subió de un salto a la Peña Alta. El claro parecía quedar muy lejos de sus temblorosas patas. Tragó saliva a duras penas y empezó a pronunciar la llamada habitual.

—Que todos los gatos lo bastante mayores para… —Pero ¡esas palabras llevaban demasiado tiempo!—. ¡El campamento está en peligro! —aulló con urgencia—. ¡Venid todos aquí de inmediato!

Los veteranos y las reinas —seguidas por sus cachorros— salieron corriendo de sus refugios. Se quedaron pasmados al ver a Corazón de Fuego subido a la Peña Alta. Carbonilla apareció cojeando por el túnel de helechos y miró a Corazón de Fuego con ojos penetrantes y relucientes. Cuando el joven guerrero la vio, el campamento dejó de moverse bajo sus patas.

—¿Qué sucede? —exigió saber Tuerta, el miembro más viejo del Clan del Trueno—. ¿Qué crees que estás haciendo ahí arriba?

Corazón de Fuego no vaciló.

—Estrella Rota ha vuelto. Es

posible que ahora mismo se encuentre en territorio del Clan del Trueno. Si ataca, debemos estar preparados. Los cachorros y los veteranos se quedarán en la maternidad. El resto debéis estar listos para luchar…

Desde el túnel de aulagas, un alarido amenazador interrumpió el discurso de Corazón de Fuego. Un atigrado marrón oscuro, delgado, con el pelo apelmazado y las orejas desgarradas, entró en el campamento con largas zancadas. Su cola erizada estaba doblada por el medio, como una rama rota.

—¡Estrella Rota! —exclamó Corazón de Fuego con voz ahogada;

instintivamente, sacó las uñas y se le erizó hasta el último pelo.

Cuatro guerreros sarnosos aparecieron detrás de su líder; sus ojos llameaban de odio.

—¡De modo que tú eres el único guerrero que queda aquí! —siseó Estrella Rota mostrando los dientes—. ¡Esto va a ser más fácil de lo que pensaba!



26

Fauces Amarillas, Polvoroso y Arenisca se adelantaron deprisa para formar una hilera defensiva, y las reinas se situaron detrás de ellos. Corazón de Fuego vio a Carbonilla cojeando para unírseles, pero Polvoroso le bufó rabioso cuando se acercó, de modo que la gatita gris se alejó torpemente, con las orejas gachas,

de vuelta a la guarida de Fauces Amarillas.

Los veteranos agarraron a los cachorros y los empujaron a la maternidad, y después entraron ellos. Pecas tomó a Pequeño Nimbo con la boca y lo metió en último lugar. Luego tiró de las zarzas con las patas, sin importarle las espinas, y cubrió la entrada antes de regresar al claro con el resto del clan.

Corazón de Fuego bajó de un salto de la Peña Alta y corrió a colocarse junto a Fauces Amarillas. Arqueó el lomo y le bufó a Estrella Rota:

—Perdiste la última vez que

luchamos, ¡y volverás a perder!

—¡Jamás! —espetó Estrella Rota—. Puede que me hayas arrebatado a mi clan, pero no puedes matarme… ¡Tengo más vidas que tú!

—¡Una vida del Clan del Trueno vale por diez de las tuyas! —gruñó Corazón de Fuego.

Soltó un alarido guerrero, y en el claro comenzó la batalla.

Corazón de Fuego saltó directamente contra Estrella Rota y lo aferró con los colmillos. La vida de proscrito no había tratado muy bien al antiguo líder de clan: por debajo del pelo, Corazón de Fuego notó las costillas de aquel macho

comido por las pulgas. Pero Estrella Rota seguía siendo fuerte. Se retorció y hundió los dientes en la pata trasera de Corazón de Fuego, que maulló y bufó furiosamente, pero no soltó a su presa. Estrella Rota intentó zafarse arañando el suelo congelado, y Corazón de Fuego rasguñó los flancos de su rival cuando éste consiguió liberarse. Se abalanzó contra él, pero otras zarpas le habían agarrado la pata trasera. Miró por encima del hombro para ver de quién se trataba, y allí estaba Cara Cortada, observándolo con los ojos entornados y burlones.

Corazón de Fuego se quedó

pasmado, y se olvidó de Estrella Rota inmediatamente. No esperaba volver a ver a aquel gato. Cara Cortada había asesinado a Jaspeada varias lunas atrás; había matado a la curandera del Clan del Trueno a sangre fría para que Estrella Rota pudiese robar a los cachorros de Escarcha. La ira rugió en los oídos de Corazón de Fuego. Al retorcerse y lanzarse sobre el escuálido macho marrón, vislumbró un destello de pelaje pardo con el rabillo del ojo, y notó el dulce aroma de Jaspeada en el paladar. El joven sintió el espíritu de la desaparecida curandera junto a él: había acudido para ayudarlo a vengar su

muerte.

Corazón de Fuego apenas reparó en el dolor de la pata al liberarse de las garras de Cara Cortada y saltar sobre él. El proscrito se puso de manos y agitó sus enormes zarpas delanteras. Unas uñas tan afiladas como el espino alcanzaron a Corazón de Fuego detrás de la oreja, el dolor lo invadió como fuego, y se tambaleó. Al instante, Cara Cortada estaba encima de su lomo, clavándolo al suelo y hundiéndole los colmillos en la nuca.

Corazón de Fuego maulló de agonía.

—¡Ayúdame, Jaspeada! ¡Yo no puedo hacerlo!

De pronto, dejó de sentir el peso del gato enemigo. Se levantó de un salto y dio media vuelta. ¡Látigo Gris! Su viejo amigo estaba inmóvil, con los ojos llenos de espanto. El cuerpo de Cara Cortada colgaba inerte entre sus colmillos. Látigo Gris abrió la boca, y el oponente cayó al suelo, muerto.

Corazón de Fuego dio un paso adelante.

—¡Él mató a Jaspeada! —exclamó, no era momento para remordimientos—. ¿Estrella Azul está contigo? —preguntó ansioso.

Látigo Gris negó con la cabeza.

—Me ha mandado en busca de Garra

de Tigre —contestó—. Hemos encontrado huesos. Estrella Azul ha reconocido el hedor de Estrella Rota y ha supuesto que él debía de estar liderando a los gatos descarriados.

Sonó un bufido cerca de ellos y dos gatos chocaron contra Corazón de Fuego, que se apartó de su camino. Era Escarcha, combatiendo con otro de los atacantes. La reina estaba luchando con todos los poderes del Clan Estelar. Aquéllos eran los gatos que habían secuestrado a sus cachorros. Los ojos de Escarcha relucían con odio mientras peleaba, pero Corazón de Fuego se mantuvo al margen: la gata no necesitaba

su ayuda. Al cabo de un instante, el guerrero proscrito desapareció chillando por el muro de helechos del campamento.

Escarcha corrió tras él, pero Corazón de Fuego la llamó para que regresara.

—¡Ya le has dejado bastantes heridas para que se acuerde de ti!

La reina frenó en seco junto a la pared de helechos y volvió al claro, resollando y con el pelo manchado con la sangre de su enemigo.

Otro proscrito pasó maullando ante Corazón de Fuego y se dirigió al muro defensivo. Polvoroso lo persiguió y

logró darle un feroz mordisco antes de que saliese del campamento. «Sólo quedan Estrella Rota y otro guerrero más», pensó Corazón de Fuego.

Arenisca tenía al otro enemigo inmovilizado contra el suelo. El gato yacía muy quieto debajo de ella. «¡Ten cuidado!», le dijo Corazón de Fuego mentalmente, recordando su truco preferido: dejar que el contrincante crea que ha ganado. Pero Arenisca no se dejó engañar, y cuando el macho se levantó de golpe estaba preparada. Se separó de él de un salto y luego embistió, aferrándolo con las garras para derribarlo y arañarle la barriga con las

patas traseras. Sólo cuando el guerrero gimoteó como un cachorrillo, Arenisca lo soltó. El proscrito salió disparado por la entrada del campamento sin dejar de gemir.

Hubo un escalofriante momento de quietud. Los gatos del Clan del Trueno guardaron silencio y se quedaron mirando la sangre y el pelo esparcidos por el claro. En el centro se encontraba el cadáver de Cara Cortada.

«¿Dónde está Estrella Rota?», pensó Corazón de Fuego alarmado, volviéndose para inspeccionar el campamento. ¿Habría irrumpido en la maternidad? Estaba a punto de correr

hacia el refugio de zarzas cuando un alarido atravesó el aire desde la guarida de Fauces Amarillas. ¡Carbonilla! Corrió hacia allí, esperándose lo peor, pero en vez de eso descubrió a Estrella Rota desplomado en el suelo. La vieja curandera se hallaba junto a él.

Estrella Rota tenía los ojos cerrados y ensangrentados. Corazón de Fuego vio cómo sus costados se movían una vez y luego se le quedaban paralizados. Por la inmovilidad de su cuerpo, Corazón de Fuego reconoció que estaba perdiendo una vida.

Fauces Amarillas tenía las uñas desenvainadas y teñidas de rojo. Su

rostro estaba contraído, y sus ojos, vidriosos.

De pronto, Estrella Rota soltó un jadeo y empezó a respirar de nuevo. Corazón de Fuego esperó a que Fauces Amarillas se abalanzara sobre él con otro mordisco letal, pero la vieja gata vaciló. Estrella Rota no se puso en pie.

El joven guerrero corrió al lado de la curandera.

—¿Es ésta su última vida? —quiso saber—. ¿Por qué no acabas con él? Mató a su propio padre, te expulsó de tu clan e intentó matarte.

—Ésta no es su última vida —contestó Fauces Amarillas con voz

ronca—. Y, aunque lo fuera, no podría matarlo.

—¿Por qué no? El Clan Estelar te honraría por hacerlo.

Corazón de Fuego no podía creer lo que decía Fauces Amarillas. El nombre de Estrella Rota siempre había provocado que la vieja gata se erizara de furia.

Fauces Amarillas despegó su mirada de Estrella Rota y la posó en Corazón de Fuego. Sus ojos se empañaron de tristeza y congoja mientras murmuraba:

—Es mi hijo.

Corazón de Fuego sintió que el suelo se movía bajo sus patas.

—Pero está prohibido que los gatos curanderos tengan hijos —balbuceó.

—Lo sé. Nunca tuve la intención de ser madre. Pero entonces me enamoré de Estrella Mellada.

Su voz estaba cargada de pena. De repente, Corazón de Fuego recordó la batalla en que Estrella Rota había sido expulsado del Clan de la Sombra. Justo antes de salir huyendo, el cruel líder le contó a Fauces Amarillas que era él quien había asesinado a su propio padre, Estrella Mellada. Fauces Amarillas se quedó destrozada, y ahora Corazón de Fuego entendía por qué.

—Tuve una camada de tres

cachorros —continuó la curandera—. Pero sólo sobrevivió Estrella Rota. Se lo entregué a una reina del Clan de la Sombra para que lo criase como suyo. Pensé que perder a dos hijos era el castigo del Clan Estelar por haber quebrantado el código guerrero. Pero me equivocaba. Mi castigo no fue que muriesen dos de mis hijos… ¡sino que éste sobreviviera! —Miró con repulsión el cuerpo ensangrentado de Estrella Rota—. Y ahora no puedo matarlo. Debo aceptar mi destino, tal como desea el Clan Estelar.

La vieja se tambaleó y Corazón de Fuego pensó que iba a derrumbarse.

Pegó su cuerpo al de ella para servirle de apoyo y susurró:

—¿Él sabe que eres su madre?

Ella negó con la cabeza.

Estrella Rota empezó a gemir lastimeramente:

—¡No puedo ver!

Horrorizado, Corazón de Fuego se dio cuenta de que el proscrito tenía los ojos deshechos a zarpazos de un modo irreparable.

Se le acercó precavidamente, pero Estrella Rota permaneció inmóvil. Le dio un empujoncito con una zarpa y el hijo de Fauces Amarillas volvió a gemir.

—No me mates —lloriqueó.

Corazón de Fuego retrocedió, con un estremecimiento de asco ante el miedo del guerrero.

Fauces Amarillas respiró hondo.

—Yo lo atenderé.

Se dirigió a su malherido hijo, lo agarró por el pescuezo y lo llevó a rastras hasta el lecho que Centón había dejado libre.

Corazón de Fuego la dejó hacer; quería comprobar si Carbonilla estaba bien. Vislumbró una figura oscura moviéndose dentro de la roca hendida donde dormía Fauces Amarillas.

—¿Carbonilla? —llamó.

La pequeña gata asomó la cabeza.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Corazón de Fuego.

—¿Se han marchado los gatos proscritos? —susurró.

—Sí, excepto Estrella Rota. Está muy malherido. Fauces Amarillas lo está examinando. —Esperó la reacción asombrada de la gata, pero ella se limitó a sacudir la cabeza lentamente y mirar al suelo—. ¿Te encuentras bien?

—Debería haber peleado con vosotros. —La voz de Carbonilla sonó ahogada por la vergüenza.

—¡Te habrían matado!

—Eso es lo que me ha dicho

Polvoroso. Me ha ordenado que fuera a esconderme con los cachorros —contó con los ojos llenos de desesperación—. Pero no me habría importado que me mataran. ¿Para qué sirvo tal como estoy? No soy más que una carga para este clan.

Corazón de Fuego sintió una punzada de compasión. Buscó palabras para consolarla, pero antes de que pudiese hablar, la voz áspera de Fauces Amarillas llegó desde los helechos:

—¡Carbonilla! Tráeme unas cuantas telarañas, ¡deprisa!

La gatita dio media vuelta al instante y se esfumó en el interior de la roca;

reapareció al cabo de un momento con una pata envuelta en una capa de telarañas. Tan rápido como pudo, se dirigió torpemente hacia Fauces Amarillas y lanzó los vendajes al interior del lecho del enfermo.

—Ahora ve a por un poco de esa raíz de consuelda —ordenó la vieja curandera.

Mientras Carbonilla regresaba cojeando a la roca hendida, Corazón de Fuego se dispuso a marcharse. No había nada más que pudiera hacer allí. Debía averiguar cómo estaba el resto del clan.

Prácticamente ningún gato se había movido del claro del campamento.

Corazón de Fuego fue derecho a Polvoroso y maulló:

—Fauces Amarillas está curando las heridas de Estrella Rota, y Carbonilla la está ayudando. —Hizo caso omiso de la mirada de incredulidad del aprendiz—. Ve a vigilar a Estrella Rota.

Polvoroso corrió al túnel de helechos y desapareció por él.

Corazón de Fuego se acercó a Látigo Gris, que seguía mirando el cuerpo de Cara Cortada sin pestañear.

—Me has salvado la vida —murmuró el joven guerrero—. Gracias.

Látigo Gris levantó la mirada hacia él.

—Yo daría mi vida por ti —respondió sencillamente.

Con un nudo en la garganta, Corazón de Fuego observó cómo su viejo amigo se volvía para alejarse. A lo mejor su amistad no estaba acabada, después de todo.

El sonido de pisadas en el túnel de aulagas interrumpió sus pensamientos. Estrella Azul irrumpió en el campamento, seguida por Rabo Largo y Zarpa Rauda. Corazón de Fuego se relajó, aliviado ante la visión de la líder. La gata gris contempló el claro salpicado de sangre con ojos desorbitados, hasta que su mirada

tropezó con el cadáver de Cara Cortada.

—¿Estrella Rota ha atacado? —inquirió.

Corazón de Fuego asintió.

—¿Ha muerto? —quiso saber Estrella Azul.

—Está con Fauces Amarillas —respondió el joven guerrero, haciendo un esfuerzo por hablar pese al agotamiento—. Está herido… en los ojos.

—¿Y los demás proscritos?

—Los hemos echado del campamento.

—¿Alguien de nuestro clan tiene heridas graves? —preguntó Estrella

Azul volviendo a mirar alrededor, y todos respondieron negando con la cabeza—. Bien. Arenisca, Zarpa Rauda, sacad este cuerpo del campamento y enterradlo. No es necesario que haya veteranos presentes. Ningún proscrito merece ser enterrado con el honor del ritual del Clan Estelar.

Arenisca y Zarpa Rauda empezaron a arrastrar el cadáver hacia el túnel de aulagas.

—¿Los veteranos están a salvo? —preguntó Estrella Azul.

—Están en la maternidad —le contó Corazón de Fuego.

Mientras hablaba, se oyó un ruido

procedente del refugio del zarzal: apareció Medio Rabo, seguido por los cachorros y los demás veteranos. Corazón de Fuego vio salir a Pequeño Nimbo, quien correteó emocionado por el claro hasta Pecas. La reina lo recibió con un enérgico lametón, y el cachorro se volvió para mirar el cuerpo de Cara Cortada mientras desaparecía por el túnel de acceso.

—¿Está muerto? —preguntó con curiosidad—. ¿Puedo ir a verlo?

—Chist —susurró Pecas, rodeándolo con la cola.

—¿Dónde está Garra de Tigre? —inquirió Estrella Azul.

—Se ha llevado un pelotón para asaltar a una patrulla del Clan de la Sombra —explicó Corazón de Fuego—. Patrullando hemos encontrado huesos. Olían al Clan de la Sombra, así que Garra de Tigre ha decidido atacar. He mandado a Fronde a detenerlo cuando Fauces Amarillas ha reconocido el olor de Estrella Rota en los huesos.

—¿A Fronde? —maulló Estrella Azul entornando los ojos—. ¿Aunque tenga que atravesar el Sendero Atronador?

—Yo era el único guerrero que quedaba en el campamento. No había nadie más a quien pudiese enviar.

Estrella Azul asintió; la inquietud de sus ojos dio paso a la comprensión.

—No querías dejar el campamento desprotegido, ¿verdad? —maulló—. Has hecho bien, Corazón de Fuego. Creo que Estrella Rota esperaba alejar a todos los guerreros del campamento. Nosotros también hemos encontrado huesos.

—Látigo Gris me lo ha dicho. —Miró alrededor buscando a su amigo, pero éste había desaparecido.

—Dile a Fauces Amarillas que vaya a verme cuando termine con Estrella Rota —ordenó Estrella Azul.

Luego irguió las orejas ante el

sonido de más pasos en el túnel de aulagas. Garra de Tigre llegó corriendo, seguido de Tormenta Blanca y el resto del pelotón de ataque. Corazón de Fuego estiró el cuello para ver a los guerreros, hasta que descubrió a Fronde, justo al final. El joven aprendiz parecía exhausto pero ileso. Corazón de Fuego soltó un silencioso suspiro de alivio.

—¿Fronde os ha alcanzado antes de que encontrarais una patrulla del Clan de la Sombra? —le preguntó Estrella Azul al lugarteniente.

—Ni siquiera habíamos entrado en su territorio. Estábamos a punto de cruzar el Sendero Atronador. —Entornó

los ojos—. ¿Ése que estaban enterrando era Cara Cortada?

Estrella Azul asintió.

—Entonces Fronde tenía razón —maulló el lugarteniente—. Estrella Rota estaba planeando atacar el campamento. ¿Él también está muerto?

—No. Fauces Amarillas está curando sus heridas.

—¡No será verdad! —exclamó Musaraña, intercambiando una mirada con Viento Veloz, que estaba junto a ella.

El rostro de Garra de Tigre se ensombreció.

—¿Curando sus heridas? —gruñó—.

Deberíamos matarlo, ¡no malgastar el tiempo en hacer que mejore!

—Lo discutiremos en cuanto haya hablado con Fauces Amarillas —maulló la líder con calma.

—Puedes discutirlo conmigo ahora mismo, Estrella Azul. —Fauces Amarillas entró en el claro con la cabeza inclinada de agotamiento.

—¿Has dejado solo a Estrella Rota? —rugió Garra de Tigre; sus ojos ámbar echaban fuego.

La curandera levantó la cabeza y miró al guerrero.

—Polvoroso está vigilándolo. Y le he dado semillas de adormidera, de

modo que estará dormido un buen rato. Ahora Estrella Rota está ciego, Garra de Tigre. Es imposible que intente escapar. Moriría de hambre en una semana, eso si un zorro o una bandada de cuervos no lo matan primero.

—Bueno, eso facilita las cosas —gruñó el lugarteniente—. No tendremos que liquidarlo personalmente. Podemos dejar que el bosque se encargue de él.

Fauces Amarillas se volvió hacia Estrella Azul.

—No podemos dejarlo morir —maulló.

—¿Por qué?

Corazón de Fuego contuvo la

respiración mientras los ojos de la líder iban de la curandera a Garra de Tigre. Se preguntó si Fauces Amarillas iba a contar que Estrella Rota era su hijo.

—Si lo hiciéramos, no seríamos mejores que él —repuso la vieja gata.

Garra de Tigre sacudió la cola, furioso.

—¿Qué opinas tú, Tormenta Blanca? —maulló Estrella Azul antes de que Garra de Tigre pudiese hablar.

—Cuidar de Estrella Rota supondrá una carga para el clan —contestó pensativo el guerrero blanco—. Pero Fauces Amarillas tiene razón: si lo abandonamos en el bosque, o lo

matamos a sangre fría, el Clan Estelar sabrá que hemos caído tan bajo como él.

Tuerta dio un paso adelante.

—Estrella Azul —maulló con su vieja voz cascada—, en el pasado hemos tenido prisioneros durante varias lunas. Podríamos hacerlo de nuevo.

Corazón de Fuego se acordó de que la propia Fauces Amarillas había sido prisionera del Clan del Trueno cuando llegó al campamento. Esperó que la curandera le recordara ese dato a Estrella Azul, pero ella no dijo nada.

—Entonces, ¿estás considerando seriamente mantener a ese proscrito dentro de nuestro campamento? —

espetó Garra de Tigre. Sus ojos ardían de rabia mientras desafiaba a su líder.

Corazón de Fuego no pudo evitar coincidir con las palabras del guerrero oscuro. La idea de aniquilar a Estrella Rota le repugnaba —él sabía, mejor que cualquiera de los demás, lo que eso significaría para Fauces Amarillas—, pero también era un enemigo temible, incluso sin el sentido de la vista. Tenerlo en el campamento sería difícil y peligroso para todos los miembros del clan.

—¿De verdad está ciego? —le preguntó Estrella Azul a Fauces Amarillas.

—Sí, lo está.

—¿Tiene otras heridas?

Esa vez respondió Corazón de Fuego:

—Le he propinado unos zarpazos bastante profundos —admitió. Miró a Fauces Amarillas, y se sintió aliviado cuando ella inclinó la cabeza lo suficiente para que supiera que lo perdonaba por haber herido a su hijo.

—¿Cuánto tardarán en sanar? —inquirió Estrella Azul.

—Alrededor de una luna —contestó la curandera.

—Entonces puedes cuidar de él hasta entonces. Al cabo volveremos a

debatir su futuro. Y de ahora en adelante será conocido como Cola Rota, no como Estrella Rota. No podemos arrebatarle las vidas que le concedió el Clan Estelar, pero ese gato ya no es líder de un clan.

Estrella Azul miró interrogativamente a Garra de Tigre. El lugarteniente agitó la cola pero no habló.

—Está decidido —concluyó Estrella Azul—. Cola Rota se queda.



27

Corazón de Fuego fue renqueando hasta la mata de ortigas y empezó a lamerse las heridas. Ya iría a ver a Fauces Amarillas más tarde, cuando ella hubiese terminado de atender a los otros gatos.

Los débiles rayos del sol poniente proyectaban largas sombras en el claro.

Rabo Largo había relevado a Polvoroso en su puesto de vigilancia, y Garra de Tigre se había llevado al resto de su intacto grupo de ataque en busca de carne fresca. A Corazón de Fuego le rugió el estómago. Alzó la vista al oír pasos, pero sólo eran Arenisca y Zarpa Rauda, que regresaban tras el enterramiento.

Los dos aprendices se dirigieron a Estrella Azul, que estaba sentada bajo la Peña Alta con Tormenta Blanca. Corazón de Fuego se puso en pie y fue hacia ellos. Llamó a Polvoroso, que también estaba lamiéndose las heridas junto al tocón de árbol. Polvoroso le

lanzó una mirada dubitativa, pero se levantó fatigadamente y lo siguió.

—Hemos enterrado a Cara Cortada —maulló Arenisca.

—Gracias —contestó Estrella Azul. Luego miró a Zarpa Rauda—. Puedes irte.

El aprendiz blanco y negro inclinó la cabeza y se encaminó a su guarida.

Corazón de Fuego le indicó a Polvoroso que se acercara más, y éste entornó los ojos y se situó al lado de Arenisca.

—Estrella Azul —empezó Corazón de Fuego—, Arenisca y Polvoroso han luchado como guerreros frente al ataque

de Cola Rota. Habríamos tenido muchos más problemas sin su fuerza y su valor.

Polvoroso abrió los ojos como platos y Arenisca bajó la vista al suelo.

Un ronroneo resonó en la garganta de Tormenta Blanca.

—No es propio de ti mostrarte tímida —le dijo a su aprendiza.

Ella agitó las orejas con incomodidad.

—Es Corazón de Fuego quien ha salvado al clan —declaró la gata—. Ha sido el único que ha alertado al campamento para que nos preparáramos para el ataque de Cola Rota.

Esa vez fue Corazón de Fuego quien

se sintió incómodo. Fue un alivio que en ese momento regresaran al campamento Garra de Tigre y la partida de caza, cargados con abundantes presas.

Estrella Azul hizo un gesto de aprobación a su lugarteniente y luego se volvió hacia Arenisca y Polvoroso.

—Me enorgullece saber que el Clan del Trueno cuenta con tan buenos combatientes —maulló—. Ha llegado el momento de que vosotros dos recibáis vuestros nombres guerreros. Celebraremos ahora mismo la ceremonia de nombramiento, mientras se pone el sol, y luego podremos comer.

Arenisca y Polvoroso se miraron

entusiasmados. Corazón de Fuego alzó la cabeza y ronroneó. Estrella Azul llamó al clan, y Corazón de Fuego se sintió aún más feliz al ver que Látigo Gris salía del refugio de los guerreros. Después de todo, su viejo amigo no había abandonado el campamento.

El clan se congregó alrededor del lindero del claro. Los veteranos y las reinas se sentaron con los cachorros y los aprendices a un lado; Corazón de Fuego aguardó con los guerreros al otro lado. Miró a Pequeño Nimbo, acomodado junto a Pecas. Los ojos del cachorro centelleaban de ilusión, y Corazón de Fuego sintió una corriente

de orgullo porque aquel gatito de su misma sangre pudiera verlo sentado con los guerreros del clan. Estrella Azul se hallaba en el centro con Arenisca y Polvoroso.

El último arco de sol resplandeció en el horizonte con un fulgor rosado. El clan esperó en silencio mientras el astro desaparecía de la vista, dejando el cielo cada vez más oscuro y sembrado de estrellas.

Estrella Azul clavó la mirada en la estrella más resplandeciente del Manto de Plata.

—Yo, Estrella Azul, líder del Clan del Trueno, solicito a mis antepasados

guerreros que observen a estos dos aprendices. Han entrenado duro para comprender el sistema de vuestro noble código, y yo os los encomiendo a su vez como guerreros. —Miró a los dos jóvenes que tenía delante—. Arenisca, Polvoroso, ¿prometéis respetar el código guerrero y proteger y defender a este clan, incluso a costa de vuestra vida?

Arenisca le sostuvo la mirada con ojos relucientes.

—Lo prometo —contestó.

Polvoroso repitió sus palabras con determinación:

—Lo prometo.

—Entonces, por los poderes del Clan Estelar, os doy vuestros nombres guerreros: Arenisca, a partir de este momento serás conocida como Tormenta de Arena. El Clan Estelar se honra con tu valor y tu energía, y te damos la bienvenida como guerrera de pleno derecho del Clan del Trueno.

La líder se adelantó y posó el hocico en la cabeza inclinada de Tormenta de Arena.

Ésta le dio un respetuoso lametón en el omóplato antes de encaminarse hacia Tormenta Blanca. Corazón de Fuego vio cómo la gata miraba a su mentor llena de orgullo y se acomodaba junto a él en su

nuevo lugar con los guerreros.

Estrella Azul volvió los ojos hacia el atigrado marrón oscuro.

—Polvoroso, a partir de este momento serás conocido como Manto Polvoroso. El Clan Estelar se honra con tu coraje y tu franqueza, y te damos la bienvenida como guerrero de pleno derecho del Clan del Trueno.

Le tocó la cabeza con el hocico, y él también le dio un lametón en el omóplato antes de reunirse con los demás guerreros.

Las voces del clan se elevaron para homenajearlos, lanzando nubecillas de vaho al aire nocturno. Todos corearon al

unísono el nombre de los nuevos guerreros:

—¡Tormenta de Arena! ¡Manto Polvoroso! ¡Tormenta de Arena! ¡Manto Polvoroso!

—Según la tradición de nuestros antepasados —maulló la líder elevando la voz—, Tormenta de Arena y Manto Polvoroso deben velar en silencio hasta el alba, y guardar solos el campamento mientras los demás dormimos. Pero, antes de que empiecen su vigilia, el clan compartirá una comida. Hoy ha sido un día muy largo, y tenemos razones para sentirnos orgullosos de los gatos que han defendido nuestro campamento contra

los proscritos. Corazón de Fuego, el Clan Estelar te agradece tu valentía. Eres un gran guerrero, y me enorgullece contar contigo como miembro de mi clan.

Los gatos volvieron a maullar. Un ronroneo brotó de la garganta de Corazón de Fuego mientras contemplaba a su clan. Sólo Garra de Tigre y Manto Polvoroso lo miraron con hostilidad, pero por una vez se sintió inmune a su envidia. Estrella Azul lo había elogiado, y eso bastaba.

Uno tras otro, los gatos fueron a recoger algo de la carne fresca conseguida por el grupo de caza de

Garra de Tigre.

Corazón de Fuego se acercó a Tormenta de Arena.

—Esta noche podemos cenar juntos como guerreros —maulló alegremente—. Si te parece bien… —añadió.

La gata le contestó ronroneando y él sintió un hormigueo de placer.

—Elige algo para mí —le pidió cuando él se encaminó al montón de carne fresca—. ¡Estoy muerta de hambre!

Corazón de Fuego escogió un ratón tentadoramente rollizo. Luego tomó un herrerillo para él y dio media vuelta. Entonces se sorprendió: Manto

Polvoroso, Tormenta Blanca y Cebrado se habían unido a Tormenta de Arena. Había sido un bobo al creer que podrían comer los dos solos. Aquél era un momento para que todo el clan compartiera junto la celebración.

Ese pensamiento le recordó a Carbonilla. Miró alrededor, pues no la había visto en la ceremonia de nombramiento. Seguramente seguiría en el claro de Fauces Amarillas. Fue hasta Tormenta de Arena y dejó las piezas a su lado.

—Regreso en cinco saltos de conejo —maulló—. Quiero llevarle algo a Carbonilla.

—Muy bien.

El joven guerrero recogió rápidamente un campañol de la pila de comida y lo llevó a la guarida de la curandera. Lo sorprendió encontrar allí a la vieja gata, pues ésta había asistido a la ceremonia; debía de haber vuelto nada más terminar el acto.

—Espero que eso no sea para mí —gruñó cuando Corazón de Fuego se le acercó—. Ya me he tomado mi parte.

El joven dejó el campañol en el suelo.

—Lo traigo para Carbonilla —respondió—. He pensado que podría apetecerle algo. No estaba en la

ceremonia de nombramiento.

—Le he dado un poco de carne de ratón, pero eres libre de darle eso también.

Corazón de Fuego miró el claro rodeado de helechos en penumbra. El pelo marrón de Cola Rota era apenas visible a través de los tallos del antiguo lecho de Centón. El guerrero no se movía.

—Todavía duerme.

El tono de Fauces Amarillas fue más propio de una curandera que de una madre, y el joven guerrero sintió alivio. Quería creer que la lealtad de la anciana seguía del lado del Clan del Trueno.

Recogió el campañol y lo llevó al lecho de Carbonilla.

—Hola —saludó suavemente junto a los helechos.

La gatita gris se movió hasta quedar sentada.

—Corazón de Fuego…

Él se internó en los helechos y se sentó en el pequeño espacio que quedaba al lado de Carbonilla.

—Toma —maulló—. Fauces Amarillas no es la única que pretende cebarte.

—Gracias —repuso ella. Pero dejó el campañol junto a sus patas y ni siquiera se inclinó a olfatearlo.

—¿Todavía estás pensando en la batalla? —preguntó él amablemente.

La gatita se encogió de hombros.

—No soy más que una carga, ¿verdad? —replicó, mirándolo con ojos tristes.

—¿Quién es una carga? —los interrumpió Fauces Amarillas con un gruñido, asomando su cabeza gris en el nido de Carbonilla—. ¿Estás molestando a mi ayudante? No sé cómo me las habría arreglado hoy de no ser por esta jovencita. —Miró a Carbonilla con ternura—. ¡Incluso la he tenido mezclando hierbas esta misma tarde!

Cohibida, Carbonilla bajó la vista y

se inclinó para darle un mordisco al campañol.

—Creo que podría tenerla conmigo una temporada más. Cada día me resulta más útil. Además, me estoy acostumbrando a su compañía.

Carbonilla lanzó una mirada a la vieja curandera con un brillo burlón en los ojos.

—¡Sólo porque estás lo bastante sorda como para aguantar mi parloteo!

Fauces Amarillas simuló que le bufaba malhumorada, y Carbonilla añadió para Corazón de Fuego:

—Bueno, al menos eso es lo que dice continuamente.

Al joven guerrero lo sorprendió sentir una punzada de celos al ver el estrecho vínculo que habían creado aquellas dos gatas. Siempre se había considerado el único amigo verdadero de Fauces Amarillas en el clan, pero parecía que ahora la curandera tenía más. Por lo menos Carbonilla tenía un sitio donde estar: si no podía entrenar para convertirse en guerrera, se sentiría fuera de lugar en la guarida de los aprendices.

Corazón de Fuego se levantó. Era hora de volver con Tormenta de Arena.

—¿Estaréis bien aquí, con Cola Rota? —preguntó.

Fauces Amarillas le dedicó una mirada desdeñosa.

—Creo que podremos manejarlo, ¿no te parece, Carbonilla?

—No se atreverá a causar problemas —afirmó ella llena de confianza—. Y Rabo Largo está aquí para ayudarnos.

La curandera regresó al claro y Corazón de Fuego la siguió.

—¡Adiós, Carbonilla! —se despidió.

—Adiós, y gracias por la comida.

—No hay de qué. —Luego se volvió hacia Fauces Amarillas—. ¿Tienes algo para este mordisco que me han dado en

el cuello?

La curandera examinó la herida.

—Parece bastante feo —gruñó.

—Es obra de Cola Rota —confesó el joven.

La vieja gata asintió.

—Espera aquí.

Fue a su refugio y regresó con un paquetito de hierbas envueltas en hojas.

—¿Podrás aplicártelo por tu cuenta? Sólo tienes que masticar las hierbas y frotar la herida con su jugo. Escocerá, pero ¡no es nada que un valeroso guerrero no pueda soportar!

—Gracias, Fauces Amarillas. —Tomó el paquetito entre los dientes.

La curandera lo acompañó a la entrada del túnel.

—Te agradezco que hayas venido —maulló, mirando de reojo hacia el nido de Carbonilla—. Estaba bastante alicaída. Se sentía mal después de la batalla, y aún más tras la ceremonia de nombramiento.

Corazón de Fuego asintió. Lo comprendía. Lanzó una última mirada cautelosa al lecho de Cola Rota.

—¿Seguro que estaréis a salvo? —volvió a preguntar.

—Ahora está ciego —contestó Fauces Amarillas. Suspiró, y luego añadió más animada—: ¡Y yo no soy tan

vieja que no pueda cuidar mi sitio!

Al despertar a la mañana siguiente, vio que una luz blanca y cegadora se colaba a través del muro del dormitorio. Supuso que había vuelto a nevar. Al menos ya no le dolían las heridas. Fauces Amarillas tenía razón: el jugo escocía, pero él se sentía mucho mejor tras una buena noche de sueño reparador.

Se preguntó cómo habrían soportado la vigilia Tormenta de Arena y Manto Polvoroso. Debía de haber hecho un frío atroz bajo la nieve. Se puso en pie y

estiró las patas traseras, arqueando el lomo y enroscando la cola. Los dos nuevos guerreros estaban ovillados y profundamente dormidos en el extremo más lejano del refugio. Tormenta Blanca debía de haberlos mandado dentro al partir con la patrulla del alba.

Salió al claro cubierto de nieve. Apenas logró distinguir el pelaje blanco de Escarcha, que acababa de salir de la maternidad para estirar las patas. Había dos espacios visibles en el centro del claro, donde habían pasado la noche Tormenta de Arena y Manto Polvoroso. Se estremeció al pensarlo, pero aun así los envidió al recordar la emoción de su

primera noche como guerrero. Había sentido una calidez que ni siquiera la helada más intensa habría podido congelar.

El cielo estaba cubierto de nubes cargadas de nieve. Seguían cayendo copos, blanda y silenciosamente. Pensó que ese día habría que cazar mucho. El clan necesitaría almacenar comida por si la capa de nieve se volvía más espesa.

Oyó la llamada de Estrella Azul desde la Peña Alta. Los gatos del clan empezaron a salir de sus guaridas y avanzaron entre la nieve para escuchar las palabras de su líder. Corazón de

Fuego se instaló en uno de los dos espacios despejados. Olía a Tormenta de Arena. Reparó en Látigo Gris, que se había sentado en el otro extremo del claro y parecía cansado, y se preguntó si se habría escabullido por la noche para contarle a Corriente Plateada lo de los gatos proscritos.

Estrella Azul empezó a hablar:

—Quiero asegurarme de que todos sabéis que Cola Rota está en el campamento.

Ningún gato emitió el menor sonido. El rumor se había extendido como un incendio forestal.

—Está ciego y es inofensivo —

continuó la líder.

Varios gatos mostraron su descontento resoplando, y Estrella Azul asintió para que supieran que ella comprendía sus temores.

—Me preocupa la seguridad de nuestro clan tanto como a vosotros. Pero, y el Clan Estelar lo sabe, no podemos echarlo de aquí para que muera en el bosque. Fauces Amarillas lo atenderá hasta que sus heridas hayan sanado. En cuanto eso suceda, volveremos a tratar el asunto.

La líder miró alrededor, esperando respuestas de los reunidos, pero nadie habló, de modo que bajó de un salto de

la Peña Alta. Mientras los demás se dispersaban, Corazón de Fuego advirtió que Estrella Azul se encaminaba hacia él.

—Corazón de Fuego —maulló la gata—, me inquieta un asunto. Aún no has arreglado las cosas con Látigo Gris. Hace días que no os veo juntos. Ya te lo dije: en el Clan del Trueno no hay sitio para peleas internas. Quiero que hoy salgáis los dos a cazar.

El joven asintió.

—Como quieras, Estrella Azul.

Le parecía bien. Y tras la batalla del día anterior, tuvo la esperanza de que a Látigo Gris también le gustase la idea.

Mientras la líder se alejaba, escudriñó el claro con la mirada, esperando que su amigo no hubiera vuelto a esfumarse. No; allí estaba, ayudando a retirar la nieve delante de la entrada de la maternidad.

—Eh, Látigo Gris —lo llamó, pero su viejo amigo siguió trabajando, de modo que se acercó—. ¿Te apetece ir a cazar esta mañana?

Látigo Gris se volvió hacia él con ojos fríos.

—¿Pretendes asegurarte de que no desaparezco de nuevo? —gruñó.

Corazón de Fuego se volvió sorprendido.

—N… no. Sólo pensaba que después de lo de ayer… Cara Cortada…

—Yo habría hecho lo mismo por cualquier gato del clan. ¡En eso consiste la lealtad al clan! —espetó Látigo Gris con dureza, y continuó apartando nieve.

Las esperanzas de Corazón de Fuego cayeron en picado. ¿Habría perdido la confianza de su amigo para siempre? Dio media vuelta con la cola baja, y se dirigió penosamente por la nieve a la entrada del campamento.

Por encima del hombro, exclamó:

—Estrella Azul me ha dicho que fuera a cazar contigo, así que puedes explicarle a ella por qué no vas a venir.

—Oh, ya veo, sólo intentabas complacer a Estrella Azul, ¡como de costumbre! —siseó Látigo Gris.

Corazón de Fuego se volvió de golpe, listo para replicarle, pero se detuvo al ver que Látigo Gris estaba cruzando el claro hacia él, sacudiéndose los copos de nieve de sus anchos omóplatos.

—De acuerdo, vamos —gruñó Látigo Gris, precediéndolo por el túnel de aulagas.

El ascenso del barranco resultó lento, pues todos los peñascos estaban cubiertos de nieve. Al alcanzar la cima, el bosque inmovilizado por la nevada se

extendió ante ellos. Látigo Gris echó a correr, con la cara seria de determinación, y Corazón de Fuego lo siguió. Mientras localizaba a un ratón alrededor de las raíces de un roble, vio a Látigo Gris perseguir a un conejo imprudente que se había alejado demasiado de su madriguera. El gato corrió furiosamente tras la criatura hasta que acabó con ella de un atinado zarpazo. Corazón de Fuego se sentó a observar cómo su viejo amigo regresaba con el conejo para depositarlo ante sus patas.

—Esto debería alimentar a un cachorro o dos —resopló Látigo Gris.

—A mí no tienes que demostrarme nada.

—¿Ah, no? —contestó amargamente, mirándolo con rabia—. Pues entonces tú deberías empezar a actuar como si confiaras en mí.

Dio media vuelta antes de que Corazón de Fuego pudiera replicar.

A mediodía, Látigo Gris había cazado más presas. Los dos lo habían hecho bien y regresaron al campamento con las fauces cargadas de carne fresca. Entraron en el claro y depositaron las piezas en el sitio habitual, vacío hasta ese momento.

Corazón de Fuego se preguntó si

debería salir de nuevo. Ahora nevaba con más fuerza y un viento helado soplaba por el barranco. Estaba observando el cielo, cada vez más oscuro, cuando oyó que Pecas maullaba preocupada cerca de la maternidad. El joven fue a ver qué sucedía.

—¿Ocurre algo? —inquirió.

—¿Has visto a Pequeño Nimbo? —preguntó la reina.

Corazón de Fuego negó con la cabeza.

—¿Ha desaparecido? —quiso saber, sintiendo un hormigueo en las patas al contagiarse del creciente pánico de Pecas.

—Sí. Y también mis otros cachorros. Sólo he cerrado los ojos un momento. Acabo de despertar, ¡y no logro encontrarlos! Hace demasiado frío para que estén fuera. ¡Morirán congelados! —La reina se tambaleó.

Corazón de Fuego se alarmó al recordar la última vez que un joven miembro del clan, Carbonilla, había desaparecido del campamento.



28

—Yo los encontraré —prometió Corazón de Fuego.

Acto seguido, miró alrededor en busca de Látigo Gris. Se estaba levantando más viento y la nevada se recrudecía; no quería salir solo. Corrió al dormitorio de los guerreros, pero Látigo Gris no estaba allí.

Tormenta de Arena acababa de despertarse.

—¿Qué sucede? —maulló.

—Los cachorros de Pecas han desaparecido.

—¿Pequeño Nimbo también? —Tormenta de Arena se puso en pie, repentinamente despejada.

—¡Sí! He venido por Látigo Gris, para que pudiéramos buscarlos juntos, pero no está aquí —maulló el joven guerrero. Sintió una punzada de ira porque Látigo Gris hubiera vuelto a esfumarse… ¡justo después de acusarlo de no confiar en él!

—¡Yo te acompañaré! —se ofreció

la gata.

Él parpadeó.

—Gracias. Vamos. Deberíamos decírselo a Estrella Azul antes de marcharnos.

—Manto Polvoroso puede decírselo. ¿Aún está nevando?

—Sí, y cada vez más. Será mejor que nos demos prisa. —Miró la figura dormida de Manto Polvoroso—. Despiértalo tú. Yo le contaré a Pecas que nosotros vamos a salir y me reuniré contigo en la entrada.

Regresó a la maternidad. Pecas seguía olfateando en busca de pistas.

—¿Algún rastro? —preguntó

Corazón de Fuego.

—No, nada —respondió la reina con voz temblorosa—. Escarcha ha ido a contárselo a Estrella Azul.

—Bien, no te preocupes. Saldré a buscarlos —la tranquilizó—. Tormenta de Arena viene conmigo. Los encontraremos.

Pecas asintió y continuó husmeando.

Fue con tormenta de Arena al túnel de aulagas y salieron disparados. Fuera, el viento parecía aún más violento. Corazón de Fuego entornó los ojos y se encorvó contra la ventisca.

—Será difícil captar algún rastro a través de la nieve fresca —advirtió a

Tormenta de Arena—. Empecemos comprobando si han salido al bosque.

—De acuerdo.

—Tú ve por ese lado —indicó el joven guerrero señalando con la nariz—. Y yo iré por el otro. Volveremos a vernos aquí. No tardes mucho.

La gata se alejó saltando, y Corazón de Fuego sorteó un árbol caído para dirigirse a la senda que el clan usaba con frecuencia. Los laterales del barranco estaban más cubiertos de nieve que por la mañana, y resultaban resbaladizos donde la nieve se había convertido en hielo. Se detuvo y levantó la cabeza con la boca abierta, pero no

captó ni rastro de los cachorros. Buscó pisadas en vano… ¿las habría tapado ya la nieve recién caída?

Recorrió el fondo de la pendiente, pero no dio con señales de ningún gato, y aún menos de los pequeños. El viento soplaba tanto que al final él mismo apenas se notaba la punta de las orejas. Ningún gatito podría sobrevivir con aquel tiempo, y el sol no tardaría en empezar a ponerse. Tenía que encontrarlos antes de que cayera la noche.

Regresó corriendo a la entrada del campamento. Tormenta de Arena ya estaba esperándolo, con el pelaje

trazado de ristras de nieve. La gata se las sacudió de encima al ver llegar a Corazón de Fuego.

—¿Alguna pista? —preguntó él.

—Nada.

—No pueden haber ido muy lejos. Vamos, probemos por aquí —indicó, encaminándose a la hondonada de entrenamiento.

Tormenta de Arena lo siguió esforzadamente. La capa de nieve era cada vez más profunda, y la gata se hundía hasta la barriga con cada paso.

La hondonada de entrenamiento estaba desierta.

—¿Crees que Estrella Azul se habrá

dado cuenta de lo espantoso que es el tiempo aquí fuera? —preguntó Tormenta de Arena, elevando la voz contra el viento.

—Lo sabrá.

—Deberíamos volver por ayuda, formar otro grupo de búsqueda.

Corazón de Fuego miró a la temblorosa joven guerrera. No sólo los cachorros podían congelarse. Quizá Tormenta de Arena tuviera razón.

—Estoy de acuerdo —maulló—. No podemos hacerlo solos.

Al dirigirse hacia el campamento, le pareció oír un leve chillido a través del viento.

—¿Has oído eso?

Tormenta de Arena se detuvo y empezó a olfatear el aire ansiosamente. De pronto irguió la cabeza.

—¡Por ahí! —exclamó, señalando hacia un árbol caído.

Corazón de Fuego se abalanzó hacia allí con la gata pisándole los talones. Los chillidos se tornaron más fuertes, hasta que el joven guerrero pudo distinguir varias vocecillas. Subió al tronco y miró al otro lado. Apretujados en la nieve había dos cachorritos. Sintió un gran alivio hasta que se dio cuenta de que Pequeño Nimbo no estaba entre ellos.

—¿Dónde está Pequeño Nimbo? —maulló.

—Cazando —chilló uno de los gatitos con voz temblorosa de frío y miedo, pero con una nota de desafío.

Corazón de Fuego levantó la cabeza.

—¡Pequeño Nimbo! —llamó, atisbando entre los copos de nieve.

—¡Corazón de Fuego, mira! —exclamó Tormenta de Arena, que también se había subido al tronco.

El joven dio media vuelta. Una empapada figura blanca avanzaba trabajosamente entre la nieve en dirección a ellos. ¡Pequeño Nimbo! Cada paso suponía un enorme escollo

para el cachorro, pues la nieve era tan alta como él, pero siguió adelante; en la boca traía un pequeño campañol rebozado en nieve.

Una oleada de alivio y furia recorrió a Corazón de Fuego. Dejó a Tormenta de Arena con los otros y corrió por la nieve para agarrar al cachorro del pescuezo. Pequeño Nimbo protestó gruñendo, pero no soltó el campañol que colgaba de su boca.

Al volverse, Corazón de Fuego vio que Tormenta de Arena estaba llevando a los otros hacia él. Los gatitos avanzaban a trompicones, hundiéndose hasta las orejas en la profunda nieve,

pero la joven guerrera no dejaba de empujarlos hacia delante.

Pequeño Nimbo se retorció entre los dientes de Corazón de Fuego, que volvió a dejarlo en el suelo. El cachorro lo miró, sujetando su pieza muy ufano. Corazón de Fuego no pudo evitar sentirse impresionado. A pesar de la nieve y el viento, ¡Pequeño Nimbo había cazado su primera presa!

—Espera aquí —le ordenó, y corrió a ayudar a Tormenta de Arena.

Agarró a una minúscula gatita que gimoteaba lastimeramente, y empujó al otro hacia delante con el hocico.

El empapado grupo regresó

esforzadamente al campamento. Pecas estaba aguardando fuera del túnel de aulagas. Estrella Azul se hallaba junto a ella, con los ojos entornados contra la profusa nevada. En cuanto vislumbraron al grupo de Corazón de Fuego, corrieron a ayudarlos. La líder levantó a Pequeño Nimbo y Pecas agarró al otro cachorro. Luego regresaron a toda prisa a la seguridad del campamento, con Corazón de Fuego y Tormenta de Arena corriendo tras ellas.

Una vez en el claro, los adultos dejaron en el suelo a sus congeladas cargas. Corazón de Fuego se sacudió la nieve de encima y miró a Pequeño

Nimbo, que seguía aferrando su presa tozudamente.

Estrella Azul fulminó con la mirada a los tres gatitos.

—¿Qué pretendíais hacer ahí fuera? ¡Sabéis que va contra el código guerrero que los cachorros cacen!

Los dos hijos de Pecas se encogieron bajo la iracunda mirada de su líder, pero Pequeño Nimbo se la sostuvo con sus ojos azules muy abiertos. Dejó el campañol en el suelo y maulló:

—El clan necesita carne fresca, así que hemos decidido traer algo.

Corazón de Fuego se estremeció ante

su descaro.

—¿De quién ha sido la idea? —quiso saber Estrella Azul.

—Mía —declaró Pequeño Nimbo, todavía con la cabeza bien alta.

La líder clavó su mirada en el osado cachorro y maulló:

—¡Podríais haber muerto congelados ahí fuera!

A Pequeño Nimbo lo sobresaltó la furia de su voz y se agachó.

—Lo hemos hecho por el clan —maulló a la defensiva.

Corazón de Fuego contuvo la respiración. Pequeño Nimbo había quebrantado el código guerrero. ¿La

líder cambiaría de idea sobre dejarlo quedarse con el clan?

—Vuestra intención era buena —dijo Estrella Azul lentamente—. Pero aun así ha sido una insensatez.

Corazón de Fuego sintió una leve esperanza, pero volvió a estremecerse cuando Pequeño Nimbo replicó:

—Pero yo he cazado algo.

—Ya lo veo —repuso la gata con frialdad. Observó a los tres cachorros—. Dejaré que sea vuestra madre quien decida qué hacer con vosotros. Pero no quiero volver a veros haciendo algo semejante. ¿Entendido?

Corazón de Fuego se relajó un poco

cuando Pequeño Nimbo asintió junto con los otros.

—Pequeño Nimbo, puedes añadir tu pieza al montón de carne fresca —agregó Estrella Azul—. Después iréis los tres directos a la maternidad, a secaros y calentaros.

Corazón de Fuego se sintió sorprendido. ¿Había detectado un tono maternal en la voz de la líder?

Los hijos de Pecas se encaminaron a la maternidad seguidos de su madre, mientras Pequeño Nimbo recogía su campañol para llevarlo al montón de carne fresca. Al ver el orgullo con que ladeaba la cabeza, Corazón de Fuego

notó un hormigueo de inquietud en las zarpas, pero entonces creyó advertir un brillo de admiración en los ojos de Estrella Azul, que también estaba observando al cachorro.

—Bien hecho, pareja —maulló la líder, devolviendo su atención a Corazón de Fuego y Tormenta de Arena—. Mandaré a Rabo Largo a avisar al otro grupo de búsqueda. ¡Vosotros también deberíais ir a vuestra guarida a secaros y entrar en calor!

—De acuerdo —respondió Corazón de Fuego.

Se volvió para marcharse con Tormenta de Arena, pero la líder lo

llamó de nuevo:

—Corazón de Fuego, quiero hablar contigo.

El joven sintió cierta aprensión. Tal vez se había relajado demasiado pronto.

—Hoy Pequeño Nimbo ha demostrado buenas capacidades para la caza —empezó la gata—. Pero toda la destreza del mundo no vale para nada si no aprende a obedecer el código guerrero. Quizá ahora sea por su propia seguridad, pero, en el futuro, la seguridad de todo el clan dependerá de ello.

Corazón de Fuego miró al suelo; Estrella Azul tenía razón, pero no pudo

evitar sentir que la líder esperaba demasiado del cachorrito. Pequeño Nimbo era todavía muy joven y llevaba muy poco tiempo con el clan. Se tragó un nudo de resentimiento al pensar en lo impúdicamente que Látigo Gris, un gato nacido en un clan, estaba desobedeciendo el código guerrero. Luego levantó los ojos hacia la líder.

—Me aseguraré de que lo aprenda —maulló.

—Bien. —La líder pareció satisfecha.

Dicho esto, se encaminó a su guarida.

Corazón de Fuego se dirigió al

dormitorio de los guerreros, aunque ya no sentía ningún frío. Las palabras de Estrella Azul lo habían acalorado. Se acomodó en su lecho y empezó a lavarse. Se quedó acostado toda la tarde, reflexionando sobre Látigo Gris y Pequeño Nimbo. Sabía que Estrella Azul tenía razón. Recordando el orgullo y el descaro que había visto en los ojos del cachorro blanco, se preguntó si realmente sería capaz de adaptarse a la vida del clan.

Al caer la noche, el hambre lo sacó de su refugio. Tomó un tordo del montón de carne fresca y se instaló junto a la mata de ortigas. Ya estaba oscuro y

nevaba con menos intensidad. En cuanto sus ojos se acostumbraron a la luz nocturna, pudo ver con claridad la entrada al campamento.

Vio a Látigo Gris en cuanto éste apareció, y lo observó mientras iba hacia el montón de carne fresca. El guerrero gris cargaba con varias presas. A lo mejor sólo había estado cazando.

Látigo Gris depositó la mayor parte de las piezas en la pila. Se reservó un ratón de buen tamaño, y se lo llevó a un lugar resguardado cerca del muro del campamento. La leve esperanza de Corazón de Fuego se desvaneció. La mirada distraída de su viejo amigo le

dijo que sus sospechas eran acertadas: Látigo Gris había estado con Corriente Plateada.

Se levantó y regresó a la guarida de los guerreros. No le costó sumirse en un profundo sueño, y mientras dormía volvió a soñar.

El bosque nevado se extendía ante él, blanco y reluciente al frío claro de luna. Él se hallaba sobre una roca alta y dentada. A su lado estaba Pequeño Nimbo… convertido ya en un guerrero hecho y derecho, con su denso pelaje blanco ondulando al viento. La escarcha centelleaba en la piedra sobre la que estaban.

—¡Mira! —siseó Corazón de Fuego a Pequeño Nimbo.

Un ratón de campo correteaba alrededor de las raíces heladas de un árbol. Pequeño Nimbo seguía su mirada y, sin hacer ruido, bajaba de la peña al suelo forestal. Corazón de Fuego observaba cómo el gato blanco avanzaba sigilosamente hacia la presa. De pronto, captaba un aroma tan cálido y familiar que le producía un escalofrío. Notaba un aliento caliente en la oreja, y se volvía de golpe. Jaspeada estaba a su lado.

El pelaje moteado de la gata resplandecía a la luz de la luna, y ella le

tocaba la nariz con la suya.

—Corazón de Fuego —susurraba—, tengo una advertencia para ti de parte del Clan Estelar. —Su tono era sombrío, y sus ojos abrasaban los de él—. Se avecina una batalla. ¡Cuídate de un guerrero del que no puedes fiarte!

El chillido de un ratón le hacía pegar un brinco y mirar alrededor. Pequeño Nimbo debía de haber cazado a su presa. Se volvía de nuevo hacia Jaspeada, pero ésta había desaparecido.

Corazón de Fuego se despertó con un sobresalto. El penetrante frío del bosque parecía adherido todavía a su piel, y la dulce fragancia de Jaspeada

perduraba en sus fosas nasales. Látigo Gris se movió junto a él, mascullando en sueños. Corazón de Fuego se estremeció. Sabía que debería seguir durmiendo, pero se quedó en su lecho observando a su amigo dormido hasta que la luz de la aurora empezó a colarse en la guarida.



29

Conforme se iba iluminando el dormitorio, Sauce se despertó. Corazón de Fuego se quedó mirando cómo la gata se levantaba, se estiraba y salía. Tras lanzar una última ojeada al dormido Látigo Gris, Corazón de Fuego siguió a Sauce.

—Ha dejado de nevar —maulló,

deseoso de romper el silencio fantasmal que envolvía el campamento inmovilizado por la nieve.

Su voz resonó por todo el claro y Sauce asintió.

Un sonido susurrante acompañó al olor de Garra de Tigre y Viento Veloz cuando ambos guerreros salieron de la guarida. Se sentaron junto a Corazón de Fuego y Sauce para lavarse. «Listos para la patrulla del alba», se dijo Corazón de Fuego. Pensó en ofrecerse a acompañarlos, pero, aunque una caminata por el bosque no le iría mal, una parte de él deseaba quedarse para vigilar a Látigo Gris. Las palabras de

Jaspeada aún le pesaban en el corazón. No lograba librarse de la idea de que su viejo amigo era el guerrero del que no podía fiarse. Látigo Gris insistía en que su relación con Corriente Plateada no modificaba su lealtad al clan, pero ¿cómo era posible? ¡Sólo con verla ya estaba quebrantando el código guerrero!

De pronto, Garra de Tigre levantó la cabeza como si hubiera olido algo. Corazón de Fuego se puso en tensión. Movió las orejas: logró captar pisadas sobre la nieve, en la distancia, acercándose deprisa. La brisa llevaba el olor del Clan del Viento. Las pisadas eran cada vez más sonoras. Todos a una,

los guerreros se quedaron inmóviles: un gato corría hacia ellos a través del túnel de aulagas. Garra de Tigre arqueó el lomo y bufó cuando Bigotes irrumpió en el claro.

El guerrero del Clan del Viento frenó en seco delante de ellos, con ojos de pánico.

—¡El Clan de la Sombra y el Clan del Río! —exclamó resollando—. ¡Están atacando nuestro campamento! Nos superan en número y nosotros estamos luchando a vida o muerte. Esta vez Estrella Alta se niega a marcharse. Debéis ayudarnos, ¡o mi clan será aniquilado!

Estrella Azul salió de su guarida. Todos los ojos pasaron de Bigotes a la líder.

—Lo he oído —maulló la gata.

Sin subirse a la Peña Alta, lanzó el maullido habitual para convocar al clan. El olor a miedo de Bigotes inundó el claro mientras los gatos iban saliendo a la luz matinal.

En cuanto el clan estuvo reunido, Estrella Azul empezó a hablar:

—No hay tiempo que perder. Tal como temíamos, los clanes del Río y de la Sombra han unido sus fuerzas, y ahora están atacando el campamento del Clan del Viento. Debemos ayudarlos.

Hizo una pausa y miró alrededor; los reunidos le devolvieron una mirada abatida. Bigotes permaneció junto a ella, escuchando en silencio y con los ojos llenos de esperanza.

Corazón de Fuego estaba horrorizado. Después de que descubrieran a los gatos proscritos, pensaba que podían confiar en Estrella Nocturna. Ahora parecía que, después de todo, el líder del Clan de la Sombra había quebrantado el código guerrero al aliarse con el Clan del Río para volver a expulsar de su hogar al Clan del Viento.

—Pero ¡estamos debilitados por la

estación sin hojas! —protestó Centón—. Ya nos hemos arriesgado por el Clan del Viento una vez. Dejemos que ahora cuiden de sí mismos.

Entre los veteranos y las reinas brotaron murmullos de aprobación.

Fue Garra de Tigre quien le respondió, dando un paso adelante para situarse junto a Estrella Azul.

—Tienes razón al ser prudente, Centón. Pero si los clanes de la Sombra y del Río se han unido, es sólo cuestión de tiempo que se vuelvan contra nosotros. Es mejor luchar ahora, con el Clan del Viento, ¡qué más tarde y solos!

Estrella Azul miró a Centón, quien

cerró los ojos y alzó la cola, aceptando las palabras de Garra de Tigre.

Fauces Amarillas se abrió paso entre los reunidos y le dijo en voz queda a la líder:

—Creo que tú deberías quedarte en el campamento. Aunque ya no tengas fiebre por la neumonía, aún sigues débil.

Las dos gatas intercambiaron una mirada que Corazón de Fuego comprendió con un sobresalto. La líder ya estaba en su novena y última vida. Por el bien del clan, no podía ponerla en peligro en una batalla.

Estrella Azul asintió.

—Garra de Tigre, quiero que

organices dos grupos; uno para encabezar el ataque y otro de apoyo. ¡Necesitamos que lleguéis tan rápido como podáis!

—Muy bien, Estrella Azul. —El lugarteniente se volvió hacia los guerreros—. Tormenta Blanca, tú dirigirás el segundo pelotón; yo, el primero. Me llevaré a Cebrado, Musaraña, Rabo Largo, Manto Polvoroso y Corazón de Fuego.

Corazón de Fuego levantó la cabeza cuando el atigrado oscuro pronunció su nombre, sintiendo un escalofrío de emoción. ¡Iba a ir en el grupo de vanguardia!

—¡Tú! —llamó Garra de Tigre a Bigotes—. ¿Cómo te llamas?

El guerrero del Clan del Viento pareció sobrecogido por el tono del lugarteniente.

Corazón de Fuego respondió por él:

—Bigotes.

Garra de Tigre asintió sin mirar apenas a Corazón de Fuego.

—Bigotes, tú irás en mi grupo. El resto de nuestros guerreros acompañarán a Tormenta Blanca. Tú también, Fronde. ¿Todos preparados? —rugió.

Los guerreros alzaron la cabeza y lanzaron un grito de guerra. Garra de Tigre salió disparado hacia el túnel de

aulagas y todos corrieron tras él.

Ascendieron por el barranco para internarse en el bosque. Se dirigían a los Cuatro Árboles y las tierras altas que había más allá. Mientras corría entre los árboles, Corazón de Fuego miró por encima del hombro. Látigo Gris iba casi en la cola, con semblante serio y los ojos inexpresivos y fijos en el frente. Se preguntó si Corriente Plateada estaría en la batalla. Sintió una punzada de lástima por su amigo, pero esa vez no tenía dudas sobre su propia disposición para pelear. Después de haber devuelto a casa al Clan del Viento, no podía evitar sentirse responsable de ellos. No

permitiría que ningún otro clan los mandase de nuevo a aquellos túneles del Sendero Atronador.

La fragancia de Jaspeada volvió a llenarle las fosas nasales y sintió un hormigueo. «¡Cuídate de un guerrero del que no puedes fiarte!». Aquél iba a ser un combate difícil en más de un sentido. Látigo Gris no tendría otras posibilidades para demostrar su lealtad.

Aunque había dejado de nevar, costaba avanzar a través de los montones blancos. Se había formado una lámina de hielo sobre la nieve, pero los guerreros pesaban lo bastante para romperla, y se hundían en la blanda capa

que había debajo.

—¡Garra de Tigre! —El maullido de Sauce llegó desde el final de la comitiva.

El lugarteniente dio el alto y se volvió.

—¡Nos están siguiendo! —exclamó Sauce.

Sus palabras alarmaron a Corazón de Fuego. ¿Habrían caído en una trampa? La patrulla volvió sobre sus pasos lentamente, alerta y recelosa. Una rama cargada de nieve crujió en lo alto y Fronde pegó un brinco.

—Esperad —siseó Garra de Tigre.

Todos se agazaparon en la nieve y

Corazón de Fuego captó un sonido de pisadas que se dirigían hacia ellos. Sonaban ligeras, como pequeñas patas que avanzaran delicadamente sobre la lámina de hielo. Con un gran peso en el corazón, el joven guerrero adivinó quiénes eran un segundo antes de que Pequeño Nimbo y los dos cachorros de Pecas aparecieran por detrás de un tronco.

Garra de Tigre se irguió sobre las patas traseras y los cachorros chillaron de pavor. El guerrero los reconoció al instante y volvió a ponerse a cuatro patas.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —

bramó.

—Queríamos participar en la batalla —respondió Pequeño Nimbo, y Corazón de Fuego se estremeció.

—¡Corazón de Fuego! —llamó Garra de Tigre. Cuando lo tuvo delante, le espetó con impaciencia—: Tú trajiste a este cachorro al clan; ocúpate de él.

Corazón de Fuego miró los llameantes ojos del lugarteniente. Sabía que intentaba obligarlo a elegir: podía unirse al pelotón de ataque y luchar por el clan, o cuidar de aquel gatito doméstico de su misma sangre. Toda la patrulla esperó en silencio la decisión del joven guerrero.

Él sabía que su elección sería luchar por el clan, pero no podía sacrificar al hijo de su hermana. Pequeño Nimbo y los otros debían regresar sanos y salvos a casa, acompañados por otro gato. Pero ¿de qué guerrero podía prescindir el grupo de asalto?

—¡Fronde! —llamó Corazón de Fuego—. Vamos, ¡llévate a estos cachorros a casa!

Esperó que Látigo Gris se opusiera, pero el guerrero gris guardó silencio mientras él ordenaba a su aprendiz que regresara al campamento.

Fronde bajó la cola, desanimado, y Corazón de Fuego se sintió culpable.

—Habrá muchas más batallas en las que puedas luchar —le prometió.

—Pero, Corazón de Fuego, ¡tú dijiste que un día pelearíamos juntos! —intervino Pequeño Nimbo, y su protesta resonó en todo el bosque.

Garra de Tigre lanzó una mirada burlona al joven guerrero. Éste sintió un incómodo picor cuando las palabras del gatito provocaron risas entre la patrulla, pero se negó a mostrar su azoramiento.

—Algún día —repuso—. Pero ¡no hoy!

El cachorro hundió los hombros, y Corazón de Fuego soltó un suspiro de alivio al ver que se reunía a

regañadientes con los otros para seguir a Fronde al campamento.

—Me sorprende tu decisión, Corazón de Fuego —se mofó Garra de Tigre—. No esperaba que tuvieses tantas ganas de participar en esta batalla.

El joven le sostuvo la mirada y sintió el pulso de la sangre en sus venas, como si todo su cuerpo latiese de rabia.

—¡Ojalá tú también tuvieses tantas ganas! —replicó—. ¡Habrías lanzado el grito de guerra en vez de tenernos aquí mientras los guerreros del Clan del Viento están muriendo!

Garra de Tigre le dedicó una mirada

de aborrecimiento, echó atrás la cabeza y maulló al cielo antes de salir disparado al campamento del Clan del Viento. Los otros lo siguieron a toda prisa. Pasaron ante los Cuatro Árboles, hacia la escarpada ladera que llevaba a las tierras altas. La subieron en silencio; sus patas no hacían ruido sobre la nieve.

Al alcanzar la cima, Corazón de Fuego se vio azotado por un viento aullador que le dobló las orejas. Los terrenos de caza del Clan del Viento parecían más desolados que nunca, con las aulagas cubiertas por una capa de nieve.

—¡Corazón de Fuego! ¡Tú conoces

el camino al campamento del Clan del Viento! —gritó Garra de Tigre por encima del vendaval—. Guíanos hasta allí.

Aminoró el paso para que lo adelantara el joven guerrero, que se preguntó si el lugarteniente no se fiaba lo bastante de Bigotes para permitir que éste los guiara. Se volvió para mirar a Látigo Gris, esperando algo de ayuda por su parte, pero su viejo amigo tenía la cabeza gacha y los hombros hundidos penosamente, mientras el viento alborotaba su espeso pelaje. No le sería de mucha ayuda. Alzó los ojos al Clan Estelar pidiéndole orientación.

Lo sorprendió descubrir que reconocía la forma de la tierra incluso debajo de la nieve. Allí estaba la madriguera de tejones, y la roca a la que había trepado Látigo Gris para tener mejor vista. Siguió los contornos que recordaba de su viaje con Látigo Gris, hasta llegar a la depresión del terreno que señalaba el campamento.

Se detuvo al borde de la hondonada.

—¡Ahí abajo! —aulló.

El viento paró un segundo y oyeron sonidos de batalla: chillidos y maullidos de gatos peleando.



30

Garra de Tigre se dirigió a los guerreros con un feroz bufido que sonó a través de la ventisca:

—¡Tormenta Blanca, espera hasta que oigas mi grito de guerra! Bigotes, tú nos llevarás a la entrada del campamento. Nosotros nos encargaremos del resto.

Bigotes echó a correr cuesta abajo, hacia los arbustos cubiertos de nieve. Garra de Tigre lo siguió como un rayo, con Cebrado pisándole los talones. Corazón de Fuego fue tras el lustroso atigrado gris a través del estrecho túnel que conducía al campamento. La aulaga era tan densa y espinosa como recordaba. Látigo Gris y los otros guerreros se quedaron en lo alto de la cuesta, un pelotón de asalto de refuerzo, listo para atacar tras el aluvión inicial.

Corazón de Fuego frenó en seco, retrocediendo ante la escena que lo recibió en el claro del campamento. La última vez que había estado allí, en

busca de rastros olorosos que condujeran hasta el clan desaparecido, el lugar estaba desierto y silencioso. Ahora bullía de gatos que chillaban y se retorcían en plena lucha. Bigotes tenía razón: los superaban absolutamente en número. Un batallón de reserva compuesto por guerreros de los clanes del Río y de la Sombra aguardaba al borde del claro, pero el Clan del Viento no podía permitirse un grupo de apoyo. Todo el clan estaba peleando: aprendices y veteranos, guerreros y reinas.

Corazón de Fuego descubrió a Flor Matinal forcejeando con un guerrero del

Clan de la Sombra. La reina del Clan del Viento parecía exhausta y asustada, y tenía el pelo erizado en mechones desiguales. Aun así, se volvió ágilmente y arañó a su atacante, pero éste era mucho más grande y la derribó con un potente golpe.

Con un rugido, Corazón de Fuego dio un salto y aterrizó sobre los omóplatos del agresor, y no lo soltó mientras el otro intentaba quitárselo de encima. Flor Matinal aprovechó para arañar al enemigo mientras Corazón de Fuego lo tiraba al suelo. El guerrero aulló y logró liberarse, corrió hasta el espinoso muro del campamento y se

marchó por allí. Flor Matinal lanzó una mirada de agradecimiento a Corazón de Fuego y volvió al combate.

Éste miró alrededor, sacudiéndose gotas de sangre de la nariz. Las reservas de los clanes del Río y de la Sombra se habían unido a la batalla. La llegada del Clan del Trueno había igualado los números durante un momento, pero ahora necesitaban al segundo grupo de asalto. Corazón de Fuego oyó el grito de guerra de Garra de Tigre, y al cabo de un instante Tormenta Blanca irrumpió en el claro, seguido por Látigo Gris, Viento Veloz y el resto de los guerreros.

Corazón de Fuego agarró a un

guerrero del Clan del Río, lo derribó con una pata y lo inmovilizó con otra. Luego lo hizo girar y le arañó la barriga con las garras traseras. El contrincante se alejó de un salto y chocó contra un guerrero del Clan del Viento. Éste se volvió sorprendido, y Corazón de Fuego reconoció de inmediato a Bigotes, que se puso de manos para atacar al del Clan del Río sin pensárselo. Vio el fuego que ardía en los ojos de Bigotes. Dejaría que él acabase la pelea.

Un bufido familiar atrajo su atención. Látigo Gris estaba batallando con un gato gris del Clan de la Sombra. Se trataba de Patas Mojadas, un

guerrero que los había ayudado en la lucha para deshacerse de Estrella Rota. Los dos oponentes estaban al mismo nivel. Látigo Gris lanzó a Patas Mojadas por el aire y miró alrededor, en busca de otro gato al que atacar. Corazón de Fuego vio a un guerrero del Clan del Río justo detrás de su amigo. Por encima del estruendo de la batalla, aguzó la mirada. ¿Atacaría Látigo Gris a uno de los compañeros de Corriente Plateada?

Látigo Gris dio un salto y Corazón de Fuego contuvo la respiración. Pero en vez de caer sobre el guerrero del Clan del Río, Látigo Gris pasó por encima de él y aterrizó en el lomo de

otro guerrero del Clan de la Sombra.

Corazón de Fuego oyó que Garra de Tigre lo llamaba. Giró la cabeza y descubrió al lugarteniente en el otro extremo del claro. Allí la confrontación estaba muy reñida, con gatos de todos los clanes combatiendo juntos. Cuando se disponía a ir hacia su lugarteniente, Leopardina le agarró la pata trasera y tiró hacia abajo.

—¡Tú! —bufó la lugarteniente del Clan del Río. Se habían encontrado por última vez en el desfiladero donde murió Garra Blanca.

Corazón de Fuego se zafó y rodó sobre su espalda. Se dio cuenta,

demasiado tarde, de que había dejado expuesta la barriga. Leopardina se alzó sobre las patas traseras y cayó sobre él con toda su potencia. Corazón de Fuego sintió que se quedaba sin aire antes de que unas garras afiladas como espinas se le clavaran en la barriga. Chilló de dolor. Con los ojos casi en blanco, vio a Garra de Tigre al borde del claro, observándolo con mirada fría e inexpresiva.

—¡Garra de Tigre! —aulló—. ¡Ayúdame!

Pero el lugarteniente no se movió. Tan sólo se quedó mirando cómo Leopardina clavaba sus garras en

Corazón de Fuego una y otra vez.

De pura furia, el joven guerrero reunió la fuerza que necesitaba. Se enfrentó al dolor, echó hacia atrás las patas traseras y golpeó la barriga de Leopardina tan fuerte como pudo. Vio su expresión de pasmo mientras la patada lanzaba a la lugarteniente por los aires. Corazón de Fuego se puso en pie a duras penas y fulminó a Garra de Tigre con la mirada, ardiendo de dolor y rabia. El lugarteniente le sostuvo la mirada con odio indisimulado, y luego volvió a la encarnizada batalla.

Un golpe en la parte de atrás de la cabeza desequilibró a Corazón de

Fuego. Se volvió tambaleándose y vio a Pedrizo, que estaba preparándose para atizarle de nuevo. Lo esquivó y lo empujó directamente sobre Tormenta Blanca, que dio media vuelta y agarró a Pedrizo por el pescuezo. Corazón de Fuego intentó saltar para ayudar a su camarada blanco, pero unas garras se lo impidieron al clavarse en sus ancas. Se retorció para ver quién lo atacaba y entrevió un pelaje gris. Corriente Plateada.

La gata se irguió ante él con el rostro contraído por la ira del combate. Tenía los ojos inyectados en sangre y Corazón de Fuego supo que no lo había

reconocido. Corriente Plateada alzó una pata para atacar, y el joven vio sus largas garras. Entornó los ojos, preparándose para el golpe, y entonces oyó un aullido desgarradoramente familiar.

—¡Corriente Plateada! ¡No!

«Látigo Gris», pensó Corazón de Fuego.

La bella gata sacudió la cabeza y reconoció al joven guerrero con un maullido ahogado. Cayó sobre las cuatro patas, con los ojos dilatados de la impresión.

Corazón de Fuego reaccionó instintivamente, pues le ardía la sangre

en el fragor del combate. Sin pensar, saltó sobre el lomo de la gata y la inmovilizó contra el suelo. Ella no se debatió mientras él echaba atrás el cuello para darle un mordisco atroz en el bíceps. Al levantar la cabeza, Corazón de Fuego sintió que los ojos de Látigo Gris lo estaban taladrando. El guerrero gris lo contemplaba horrorizado al borde del campo de batalla.

El sufrimiento y la incredulidad que reflejaban los ojos de su amigo lo devolvieron a la realidad. Se detuvo, envainó las garras y aflojó la presión sobre Corriente Plateada. La gata se

separó de él y desapareció por la cercana aulaga. Corazón de Fuego se quedó mirando sin pestañear, todavía conmocionado, cómo Látigo Gris corría tras la gata.

Sintió como si lo estuvieran observando. Miró alrededor y sus ojos se cruzaron con Cebrado, al otro extremo del claro. Se estremeció. Al final, el romance de Látigo Gris lo había empujado a ser desleal al Clan del Trueno: ¡había dejado escapar a una guerrera enemiga! ¿Cuánto habría visto Cebrado? Entonces oyó un chillido de Viento Veloz, pidiendo ayuda. El guerrero atigrado estaba forcejeando

desesperadamente con Estrella Nocturna, el traicionero líder del Clan de la Sombra. Corazón de Fuego corrió entre la multitud hacia Viento Veloz.

Sin pararse a pensar, saltó para agarrar a Estrella Nocturna por detrás. El líder negro aulló de ira cuando el joven tiró de él clavándole las garras. Hacía sólo unas lunas, Corazón de Fuego había luchado al lado de ese guerrero para ayudarlo a expulsar a Estrella Rota. Ahora hundió los colmillos en el bíceps de Estrella Nocturna con la misma ferocidad que había empleado contra el anterior líder del Clan de la Sombra.

Estrella Nocturna chilló, retorciéndose bajo las uñas de Corazón de Fuego. Mientras peleaba por sujetarlo, el joven guerrero comprobó que aquel macho no había llegado a líder por nada. Estrella Nocturna logró liberarse, pero Viento Veloz estaba listo. Saltó, y los dos guerreros rodaron por el congelado claro. Corazón de Fuego los observó pelear y retorcerse, calculando su momento, de modo que cuando por fin dio un salto aterrizó directamente sobre el lomo de Estrella Nocturna. En esta ocasión lo aferró con más firmeza, preparándose para cuando el guerrero quisiera zafarse. Pero Viento Veloz

también lo tenía bien sujeto. Entre los dos mordieron y arañaron al líder del Clan de la Sombra hasta que chilló con fuerza. Entonces lo soltaron, saltando hacia atrás con las uñas aún desenvainadas.

Estrella Nocturna se puso en pie y dio media vuelta resoplando. Corazón de Fuego vio furia en sus ojos, pero el líder del Clan de la Sombra sabía que estaba vencido. Retrocedió, barriendo con la mirada el claro donde sus guerreros estaban sufriendo un trato similar por parte del Clan del Trueno. Entonces lanzó el grito de retirada. Sus gatos dejaron de luchar y, como su líder,

desaparecieron por la aulaga que circundaba el campamento. Los guerreros del Clan del Río se quedaron solos para hacer frente a los clanes del Viento y del Trueno.

Corazón de Fuego se paró a recuperar el aliento, parpadeando para limpiarse los ojos de sangre. Tormenta Blanca estaba enzarzado ahora con Leopardina, con Musaraña a su lado. Tormenta de Arena batallaba con un guerrero del Clan del Río que la doblaba en tamaño, pero su oponente sólo tenía la mitad de su rapidez. Corazón de Fuego observó cómo Tormenta de Arena mordía y rodeaba sin

cesar al guerrero, hasta que éste pareció derrotado.

Manto Polvoroso estaba peleando cerca de allí con un macho negro grisáceo. Corazón de Fuego reconoció a Prieto, el guerrero del Clan del Río al que había visto cazando conejos en las tierras altas. Manto Polvoroso no se dejaba intimidar por los golpes y mordiscos de su contrincante; cada vez que recibía uno, el joven guerrero lo devolvía. No parecía necesitar ayuda, y Corazón de Fuego supuso que no le agradecería que se entrometiera en aquel enfrentamiento.

¿Dónde estaba Estrella Doblada?

Escudriñó el claro en busca del líder del Clan del Río, y no le costó encontrarlo ahora que el lugar estaba mucho menos abarrotado. El atigrado claro con la mandíbula torcida estaba agazapado, cara a cara con Garra de Tigre. Ambos guerreros se miraban fijamente, sacudiendo la cola de modo amenazador. Corazón de Fuego esperó con nerviosa expectación que uno de los dos hiciera un movimiento. Fue Estrella Doblada quien saltó primero, pero Garra de Tigre se apartó ágilmente. El lugarteniente fue más certero al abalanzarse sobre el lomo del líder. Lo aferró con sus largas garras y Estrella

Doblada se quedó inerme debajo de él. A Corazón de Fuego se le cortó la respiración al ver que Garra de Tigre mostraba los colmillos para clavarlos profundamente en la nuca de su rival.

El joven guerrero soltó un grito ahogado. ¿De verdad había matado Garra de Tigre al líder del Clan del Río? El aullido de dolor de Estrella Doblada le dijo que el lugarteniente no había acertado en la espina dorsal, aunque fue un golpe de efecto para ganar la batalla. El atigrado oscuro soltó a su oponente y lo dejó huir, maullando, hacia la entrada del campamento. En cuanto la cola de Estrella Doblada se

perdió de vista, sus guerreros se zafaron y corrieron tras él.

En apenas un segundo, el campamento del Clan del Viento quedó en silencio, aparte del fragor del viento por encima de las aulagas. Corazón de Fuego miró alrededor. Los guerreros del Clan del Trueno estaban cansados y maltrechos, pero los del Clan del Viento tenían un aspecto mucho peor. Todos sangraban, y algunos yacían inmóviles sobre el suelo helado. Cascarón, su curandero, no perdió ni un momento en correr de uno a otro para tratar sus heridas.

Estrella Alta se acercó cojeando a

Garra de Tigre, con sangre goteándole por la cara. Observando al líder del Clan del Viento, Corazón de Fuego recordó su sueño de algunas lunas atrás: la silueta de Estrella Alta se recortaba contra un fuego resplandeciente, como un guerrero enviado por el Clan Estelar para salvarlos. «El fuego salvará al clan», decía la profecía de Jaspeada. Pero al mirar a los gatos del Clan del Viento, exhaustos y derrengados, el joven guerrero se preguntó si habría malinterpretado su sueño. ¿Cómo podían esos gatos representar al fuego que, como había prometido el Clan Estelar, salvaría a su clan? ¿Acaso no era el

Clan del Trueno el que acababa de salvar al Clan del Viento… de nuevo?

Estrella Alta hablaba quedamente con Garra de Tigre. Corazón de Fuego no oía qué le decía, pero supuso que el líder estaba reconociendo la deuda que tenían con el Clan del Trueno. El lugarteniente estaba muy erguido, y aceptó el agradecimiento con la cabeza alta. Corazón de Fuego sintió asco ante la arrogancia del guerrero oscuro. Él nunca olvidaría que Garra de Tigre se había quedado mirando sin hacer nada mientras Leopardina casi lo despedaza.

—Esto te hará bien.

La dulce voz de Sauce interrumpió

sus pensamientos: estaba ofreciéndole un bocado de las hierbas del curandero. Corazón de Fuego ronroneó para darle las gracias mientras ella exprimía las hojas sobre los mordiscos que tenía en los bíceps. El jugo escocía, pero el olor lo trasladó a otro tiempo, con Jaspeada. Muchas lunas atrás, ella le había dado las mismas hierbas para que tratara las heridas de Fauces Amarillas. Conforme el aroma de las hierbas impregnaba el aire, Corazón de Fuego recordó su sueño de la noche anterior. «Cuídate de un guerrero…», le había advertido Jaspeada. ¿Cuidarse de un guerrero?

La verdad lo envolvió como un

viento gélido: ¡no debería haber recelado de Látigo Gris, sino de Garra de Tigre! ¿Cómo podía haber sospechado de su amigo cuando sabía de qué era capaz aquel lugarteniente? De pronto estuvo seguro de que Cuervo decía la verdad, dijera lo que dijese Estrella Azul. Después de ver la actuación del lugarteniente ese mismo día, el joven comprendió que Garra de Tigre podía haber matado tranquilamente a Cola Roja y seguido adelante sin remordimientos.

—¡Has luchado muy bien, Corazón de Fuego! —lo interrumpió Viento Veloz. El atigrado marrón le guiñó un

ojo afectuosamente mientras prometía —: ¡Me aseguraré de que Estrella Azul se entere de esto!

—Sí —coincidió Sauce—. Eres un gran guerrero. El Clan Estelar te honrará por ello.

Corazón de Fuego los miró agitando las orejas de alegría. Era un alivio volver a sentirse parte del clan.

De pronto sintió un hormigueo. Cebrado estaba cruzando el claro en dirección a Garra de Tigre. Se sentó detrás de Estrella Alta y esperó a que se alejara; entonces se inclinó y susurró algo al oído del lugarteniente. Los dos guerreros no dejaron de mirar a Corazón

de Fuego.

«Cebrado me ha visto —pensó el joven, asustado—. Ha visto que dejaba escapar a Corriente Plateada».

—¿Te encuentras bien? —preguntó Sauce.

Corazón de Fuego se dio cuenta de que se había estremecido.

—Eh… sí, perdona. Sólo estaba pensando.

Garra de Tigre se encaminaba hacia él, con los ojos relucientes de rencorosa satisfacción.

—Bueno, si estás seguro, iré a ver a los otros —maulló Sauce.

—Sí… muy bien. Gracias.

Sauce recogió las hierbas y se alejó. Viento Veloz fue tras ella.

El lugarteniente agachó las orejas y enseñó los dientes con un gruñido, observando a Corazón de Fuego.

—¡Cebrado dice que has dejado escapar a una gata del Clan del Río!

El joven comprendió que no podía alegar nada en su defensa. Por mucho que Látigo Gris le hubiese complicado las cosas, de ningún modo iba a traicionar a su amigo. Le dieron ganas de maullar que Garra de Tigre se había quedado mirándolo mientras una guerrera del Clan del Río intentaba matarlo. Pero ¿quién lo creería?

Cebrado se situó junto al lugarteniente. Corazón de Fuego añoró la sabiduría y la imparcialidad de Estrella Azul, pero ella estaba muy lejos, en el campamento del clan.

Respiró hondo, preparándose para hablar bajo la mirada amenazadora de Garra de Tigre. Entonces cayó en la cuenta de que al lugarteniente no le importaba la deslealtad que hubiese mostrado a causa de Látigo Gris. Ésa no era la verdadera razón por la que lo acosaba. Garra de Tigre aún temía qué podía haberle contado Cuervo sobre la muerte de Cola Roja, ocurrida muchas lunas atrás. Pero, al contrario que

Cuervo, Corazón de Fuego no iba a ceder al miedo. Sus ojos desafiaron al atigrado oscuro y gruñó:

—La gata ha escapado, sí, como a ti se te ha escapado Estrella Doblada. ¿Por qué lo dices? ¿Acaso querías que la matara?

La cola de Garra de Tigre atizó el frío suelo.

—Cebrado dice que ni siquiera le has hecho un rasguño.

El joven guerrero se encogió de hombros.

—¡A lo mejor Cebrado debería ir tras ella y preguntarle si eso es cierto!

Cebrado parecía a punto de bufar,

pero guardó silencio mientras Garra de Tigre hablaba.

—No es necesario. Cebrado también dice que tu joven amigo gris ha salido en persecución de la gata. Tal vez él pueda contarnos lo malherida que está.

Por primera vez desde que se habían unido a la batalla, Corazón de Fuego sintió el frío del viento. El fulgor de los ojos de Garra de Tigre contenía una amenaza velada. ¿Habría descubierto el amor de Látigo Gris por Corriente Plateada? Mientras buscaba una respuesta adecuada, en la entrada del campamento apareció Látigo Gris.

—Mira quién ha regresado —se

mofó Garra de Tigre—. ¿Quieres preguntarle cómo se encuentra la gata? No, espera. Puedo imaginarme su respuesta. Me dirá que no ha conseguido alcanzarla. —Y sin molestarse en disimular su desprecio, se alejó con Cebrado a la zaga.

Corazón de Fuego miró a Látigo Gris, cuyo rostro estaba surcado de agotamiento e inquietud, así que cruzó el claro hacia su amigo. ¿Seguiría resentido con él por haberse entrometido? ¿Estaría enfadado con él por haber intentado atacar a Corriente Plateada, o agradecido porque la había dejado marchar?

El gato estaba muy callado y cabizbajo. Corazón de Fuego estiró el cuello para tocarle suavemente el flanco con la nariz. Sintió la vibración de un ronroneo y alzó la vista. Látigo Gris le devolvió la mirada. Tenía los ojos tristes, pero en ellos no había ni rastro de la furia que había visto en los últimos tiempos.

—¿Ella está bien? —le preguntó en voz baja.

—Sí —susurró Látigo Gris—. Y te agradece que la hayas dejado marchar.

Corazón de Fuego le hizo un guiño.

—Me alegro de que no esté herida —maulló.

Su amigo le sostuvo la mirada un momento y luego dijo:

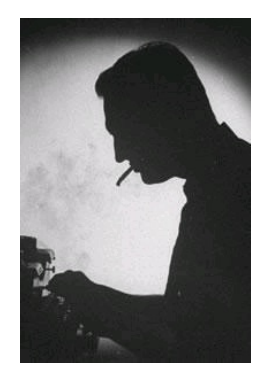
—Tenías razón. La batalla no ha sido fácil. Sentía que estaba luchando contra los compañeros de clan de Corriente Plateada, no contra guerreros enemigos. —Bajó la vista, avergonzado—. Pero aun así no puedo dejar de verla.

Las palabras del guerrero gris llenaron a Corazón de Fuego de malos presagios, pero no pudo evitar compadecerlo.

—Eso es algo que debes resolver por ti mismo —maulló—. Yo no soy quién para juzgarte —añadió, y Látigo

Gris levantó la vista—. Decidas lo que decidas, yo siempre seré tu amigo.

Látigo Gris se quedó mirándolo fijamente, con los ojos empañados de alivio y gratitud. Luego, sin hablar, ambos se acostaron en el suelo, uno junto al otro, en aquel claro poco familiar. Por primera vez en lunas, sus cuerpos se apretaron como muestra de amistad. Por encima de ellos, la aulaga cargada de nieve les ofrecía un frágil cobijo ante la tormenta que se avecinaba.



Bajo este seudónimo colectivo escriben las escritoras Cherith Baldry, Kate Cary, Inbali Iserles, Gillian Philip y Tui Sutherland la serie de novelas fantásticas infantiles y juveniles, Los gatos guerreros.